

LOS TRASHUMANES



EUGENIO VIEJO



@edicionsb

En Kenia, un grupo de funcionarios internacionales tratan de aplicar programas humanitarios expuestos a la incipiente amenaza islamista y pese a los fracasos vitales propios, ayudando a los refugiados en escenarios que van de Nairobi, Nueva York y Ginebra a Lamu, entre otros.

Eugenio Viejo

Los trashumantes

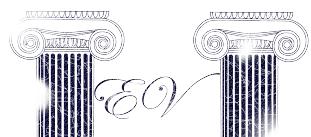
Título original: *Los trashumantes*

© Eugenio Viejo, 2008

Ilustraciones: Ed. Abecedario

ISBN Ed.Impresa: 9788492669349

RTPI: 12/RTPI-008427/2008



Índice de contenido

Cubierta

Los trashumantes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Sobre el autor

*Para Hedwig Muth y Pedro Caba.
Y para Tony Lyons y Manuel de la Escalera,
in memórian.*

«El hombre no es más que un puñado de polvo, y la vida una violenta tempestad».

PROVERBIO SUAHILI

«Deseamos que el amor dure y sabemos que no dura...».

A. CAMUS, *El hombre rebelde*

1

«*¡Mtoto maji! ¡Mtoto maji!*».

En el ronroneo que acompañaba el avance del barco, la doble exclamación restalló como un trueno partido en dos.

Eso, y la algarabía que siguió, sacaron a Víctor Montalvo de la introspección, forzándole a volver la cabeza y descubrir que los pasajeros se habían apiñado a popa del viejo navío y hablaban gesticulando todos a la vez.

Se acercó a los alborotadores justo cuando el contramaestre, aparecido como por encanto, se abría paso a codazos hasta llegar a la autora del escándalo, una mujer aún joven que había perdido la protección del chador y, con rostro alterado, señalaba un lugar impreciso de la superficie del mar. A su lado, un hombre mayor que ella parecía más apremiado por la necesidad de cubrirle de nuevo la cabeza que por dar las explicaciones que el contramaestre pedía, y Víctor dedujo que se trataba del padre o el marido.

«*¡Mtoto mume tosa majini! ¡Tosa majini!*», se desesperaba la mujer, tratando de indicar algo que sólo ella parecía distinguir en el agua.

El marinero habló con el acompañante de la alborotadora y entre ambos la apartaron del costado de la embarcación.

—Dice que su niño ha caído al mar y se ahoga —dijo a Víctor un anciano vestido de blanco.

Víctor le encaró y agradeció sus palabras con una inclinación de cabeza.

—Ella quiere que el barco dé la vuelta y vaya a buscarlo —explicó el anciano.

—¿Dónde cayó el niño? —dijo Víctor.

—Allí, —señaló el anciano en la misma dirección que lo había hecho la mujer.

Víctor forzó la vista cuanto pudo, siguiendo el subir y bajar de las ondas que producía en el agua el barco de modesto calado, y por un

momento le pareció distinguir una pequeña mancha de color. Aunque también podía ser obra de su imaginación o de su deseo de ver lo que se le indicaba. Además, el punto señalado estaba a unos cincuenta metros de la popa del navío, y la medicación antipalúdica había debilitado su vista.

El contramaestre se había apartado de los pasajeros arremolinados y hablaba a gritos con el capitán, asomado a un ventanuco lateral del puente de mando. Tras un breve diálogo, el capitán se retiró un instante para reaparecer de nuevo con unos prismáticos que enfocó sobre la superficie del agua, observándola en una y otra dirección. Al fin dejó de mirar, cruzó un par de frases con su segundo y, tras negar con la cabeza, desapareció.

Por un momento, Víctor esperó en vano que la embarcación cambiara de rumbo para regresar al lugar donde al parecer el niño había caído al agua.

—*Shuriya mungu* —respondió el anciano a la mirada inquisitiva que Víctor le dirigió cuando comprobó que aquello no se producía—. Voluntad divina. El capitán dice que no se ve nada, que es voluntad divina.

O sea, adiós a cualquier intento de ir en busca del niño, tradujo Víctor para sí la conversación final de los marinos. Y de nuevo intentó en vano distinguir algo que pareciese un cuerpo infantil en la estela espumosa de la nave.

—Voluntad de Dios —insistió el anciano al ver el gesto de contrariedad que se pintaba en la cara de Víctor.

Semejante muestra de resignación le repugnó hasta el punto de que hubo de desviar la mirada de su interlocutor, por miedo a contestarle con una observación ofensiva. Vio que un corro de mujeres habían rodeado a la madre, ocultando sus lamentaciones a las miradas intrusas. En ese momento el contramaestre ordenó dispersarse a los pasajeros, antes de desaparecer a su vez por la portezuela que conducía al interior del navío. Víctor se apartó del anciano y regresó al lugar que ocupaba a proa de la embarcación antes de que el tumulto le sacara de su ensimismamiento.

Una vez allí, acodado en la borda del *Azánia*, miró el agua esforzándose por no pensar en la escena de que acababa de ser testigo. Si los acontecimientos hubieran seguido el curso previsto, se dijo, ahora él estaría en un piso de Manhattan con la calefacción encendida para combatir los rigores del invierno neoyorquino, y no sobre la cubierta de un mercante reciclado en buque de pasajeros que navegaba hacia un archipiélago desconocido bajo un sol aturdidor.

Pero sus planes habían comenzado a torcerse hacia una semana, cuando la diarrea que le atacara al final de su estancia en la región pantanosa del norte de Namibia se había complicado con vómitos y fiebre alta. Un médico de Windhoek había hablado de malaria, pese a la medicación preventiva que Víctor tomaba. Le había tenido un par de días en observación y le había recomendado que, en vez de hacer el extenuante viaje de regreso a Nueva York, tomara un avión para Nairobi y consultara su caso con los prestigiosos especialistas en paludismo kenianos.

Entre vómitos y ataques de fiebre, Víctor recordó entonces que un viejo amigo madrileño trabajaba en la sede africana de la Organización, y le envió un fax a la capital de Kenia explicando su problema y advirtiéndole de su llegada al país. No obtuvo respuesta. Sin embargo, en la recepción del hotel nairobita frecuentado por funcionarios internacionales al que llegó cuarenta y ocho horas después, encontró una nota del amigo. Partía con su familia rumbo a Lamu, donde le invitaba a recibir junto a ellos el último decenio del siglo veinte. «Conocerás un África más amable que la que sin duda has visto en Namibia», le prometía, para luego aconsejarle que encomendara la organización de su viaje a uno de los conserjes del hotel.

Víctor no supo qué pensar. Después de la tranquila Windhoek, Nairobi resultaba caótica, con su tráfico salvaje, sus niños mendigos, sus vendedores callejeros de toscos souvenirs y la muchedumbre afanosa que pululaba por todas partes. Si eso era la capital del país, temió lo que podría aguardarle en la concurrida costa keniana, conocida por albergar algunas de las zonas palúdicas más peligrosas del África oriental. Como aún faltaban seis días para el Año Nuevo, decidió ponderar con calma la oferta del amigo.

A los dos días de su llegada a Nairobi, Víctor fue examinado por médicos kenianos. Estos le sometieron a numerosas pruebas, comprobaron la medicación que tomaba y su estado general, y concluyeron que podía padecer un cuadro palúdico intenso enmascarado por la medicación preventiva.

«Llevará algún tiempo identificar la cepa del mosquito que le picó», le informó el jefe del equipo de especialistas. «Tal vez después de las fiestas podamos ofrecerle un tratamiento específico».

Su cautela impresionó favorablemente a Víctor, que aceptó esperar los resultados.

La mañana del día siguiente, al pasar Víctor ante la recepción del hotel camino del salón donde tomaba el desayuno, el conserje de turno le abordó.

—Señor, tiene un mensaje procedente de Lamu —dijo al tiempo que le daba un sobre.

«Última habitación disponible en toda la costa keniana reservada a tu nombre Hotel Peponi. Lujo, servicio de primera y tranquilidad garantizada. Te esperamos, pero si quieres llegar no te descuides. Ngugi es tu hombre ahí», decía el fax de Federico.

Víctor alzó la vista y se encontró con la sonrisa del conserje.

—Soy Ngugi —dijo aquel.

En ese momento Víctor decidió aceptar la invitación de Federico, pero aun así, ni la habilidad gestora de Ngugi —que como tendría ocasión de comprobar tiempo después era mucha—, ni su disposición a pagar el precio que por esas fechas alcanzaban los billetes de avión en el mercado negro, le evitaron tener que esperar hasta el treinta de diciembre para subir al avión que le llevaría a Mombasa. Para entonces la medicación de los especialistas del Nairobi Hospital y una dieta espartana habían puesto fin a vómitos y diarrea, y sólo los accesos de fiebre súbitos le recordaban la precariedad de su salud. Mientras las gestiones de Ngugi daban fruto, Víctor decidió ir a ver los huesos de los antepasados africanos de la humanidad que se exponían en el Museo Nacional de Nairobi. La experiencia resultó positiva, pero tras ella Víctor volvió a sentir escalofríos a la vista de los reptiles del Serpentario anexo al museo en el que tuvo la mala ocurrencia de entrar a continuación, y el malestar le obligó a volver al hotel a toda prisa para meterse en la cama.

Víctor aprovechó también la espera obligada del billete de avión para telefonear a Nueva York y explicar a su mujer las razones por las que no iba a poder pasar el fin de año con ella y con su hija única. Fue una conversación llena de sentido común por ambas partes, aunque al final se produjo un silencio en el que Víctor sintió que se condensaban años de incomunicación. Se despidieron con el acuerdo de que él haría todo lo posible por hablar con la hija tras las doce campanadas.

—Lamu —anunció de nuevo a su lado el anciano que antes había actuado de traductor.

Víctor salió de su meditación y vio a los lejos la silueta borrosa de la isla.

El muelle de Lamu era rudimentario, pero allí, en primera fila de los mirones congregados para asistir a la llegada de los barcos, Federico agitaba el brazo en un gesto de saludo. Víctor correspondió de igual manera y sonrió.

Su relación se remontaba a los días de la actividad política clandestina en el Madrid de las postrimerías del franquismo. Allí se habían conocido poco después de que ETA asesinara al almirante Carrero Blanco, en alguna de las reuniones conspirativas que entonces comenzaban a proliferar. Y aunque al principio Federico calificara a Víctor de reformista y él atribuyera el radicalismo del otro a su relativa inexperiencia, habían acabado por simpatizar en el curso de los muchos encuentros celebrados de noche robándole horas al sueño. La última ocasión en que coincidieron había tenido lugar ante el Palacio de Justicia madrileño, con motivo del entierro de unos abogados laboralistas asesinados por la ultraderecha. Aunque no hablaron mucho, rodeados como estaban por la masa silenciosa que esgrimía puños cerrados en torno a rosas rojas como único argumento, Víctor había comprobado que ninguno de los dos defendía ya tan firmemente su credo respectivo.

Después habían llegado los tiempos de transición en que muchas cosas cambiaron para que lo esencial no variara, y al no haber ya reuniones ni mítinges unitarios en los que coincidir, Víctor acabó por olvidar a quien había sido un compañero de lucha entre tantos. Pero Federico no se olvidó de él.

«Si no los puedes derrotar, únete a ellos», parodiaba la vieja consigna oportunista Federico, en la carta suya que Víctor recibió a finales de los años setenta. En ella le proponía participar en el concurso de méritos para funcionarios internacionales cuyas bases le adjuntaba. «Aprobarás sin dificultad, y te podrás unir a esta legión extranjera de especialistas pagados como reyes por su dudosa contribución al mantenimiento de la paz y la seguridad y por su ayuda a los desheredados de la tierra. La lucha continúa, compañero».

Víctor nunca llegó a saber cómo había conseguido Federico sus señas, pero eso no le impidió acudir al reclamo. La España que ya apuntaba no era la que él había esperado. Su vida familiar comenzaba a mostrar las grietas que los años de actividad política clandestina habían maquillado. Y su futuro profesional de periodista se anunciaba cargado de rutina y claudicaciones. Compitió pues en el concurso de méritos, lo aprobó y, en el otoño del setenta y nueve, llegó a la Gran Manzana dispuesto a ocupar

su celdilla en el gigantesco panal burocrático de la Organización. Para entonces Federico había encontrado un lugar de destino más exótico: se dedicaba a difundir técnicas de construcción de viviendas baratas en el antiguo país de los Mau-Mau.

—¡Eh, colega, bienvenido a Lamu!, —le gritaba ahora Federico desde tierra.

El *Azanía* culminó la maniobra de atraque, una vez sorteados los faluchos arábigos de vela triangular, los cargueros y las embarcaciones de pesca, y acostó contra el muro de cemento.

Mientras esperaba su turno de descender por la pasarela, Víctor vio flotar en el agua un bulto desteñido que, por un instante, adquirió a sus ojos sobresaltados la forma de un cuerpo de niño. Alguien situado a sus espaldas le empujó suavemente para que no siguiera deteniendo la cola de viajeros deseosos de pisar tierra. Víctor se rehizo, fijó la mirada en la rampa de madera para evitar que se le fuese de nuevo hacia las ropas mojadas, y recibió con alivio el abrazo en que Federico le envolvió al pie mismo de la pasarela.

—Estás más joven que hace diez años —dijo Víctor, observando la chispa maliciosa que iluminaba los ojos tras los lentes sin aros, los rasgos finos y la tez pálida del amigo.

—Serán las africanas —guiñó un ojo Federico, indicando con un movimiento de cabeza la figura velada de una mujer que asistía a la descarga del barco—. En cambio tú tienes un aspecto que da pena. Pero no te preocupes, aquí te repondrás. ¿Tan malo ha sido el viaje?

—En absoluto, pero ha ocurrido algo que me ha descompuesto —dijo Víctor, y resumió al amigo el incidente de que había sido testigo.

—Cuesta creerlo, sí —admitió Federico una vez que lo hubo oído—. Como musulmanes devotos, la gente de estas islas cree firmemente que su vida está en manos de Dios y que tras ella les aguarda el Paraíso, pero aun así. ¡Lástima que no me avisaras con más tiempo! Habrías podido venir directamente en avión.

—La malaria no estaba en mis planes, créeme. Además, lo poco que he visto de Mombasa me ha gustado; un día volveré.

—Famosas palabras —sonrió visiblemente contento de cambiar de tema Federico, al tiempo que se apoderaba de la bolsa de Víctor y le tomaba del brazo—. Pero además de la malaria, esa barba de dos días tampoco te favorece, compañero.

—Sólo relativamente. Lo que ves es lo que suele haber.

—¡Vamos! No me envejezcas también a mí.

Se abrieron paso entre los curiosos y caminaron en paralelo al mar. Lo que Federico calificó de Paseo Marítimo rebosaba de hombres ataviados a la manera de la costa y de mujeres envueltas en una prenda negra que les cubría de los pies a la cabeza.

—¿Cómo está tu familia? —dijo Víctor.

—Bien, te esperan en el hotel. ¿Y la tuya?

—Lejos.

Notó que Federico le miraba de reojo, tal vez sorprendido por el temblor que había acusado su voz, pero el amigo no hizo comentarios.

Pasaron ante un grupo de ancianos de aire solemne y rasgos árabes y Víctor preguntó si los habitantes de la isla tenían en su mayor parte ese origen.

—En absoluto. No creo que pasen de un centenar de familias. Pero eso sí, mantienen la pureza de sangre casándose entre ellos —explicó el amigo—. Además son poderosos; controlan el comercio y la mayor parte de los barcos que traen y llevan mercancías.

—¿Y el resto? —se sorprendió Víctor.

—Son los suahilis, una mezcla de negro bantú y árabe de Omán que predomina en Lamu y en sus dos hermanas menores, Manda y Pate —dijo Federico—. Tuvieron conflictos más o menos sangrientos, pero hace ya tiempo que viven en armonía, lo cual no abunda mucho en África.

—Sí, algo he aprendido en Namibia sobre la complejidad de las relaciones étnicas africanas —dijo Víctor.

—Por no hablar de las europeas —adoptó un tono burlón Federico—. ¿Estás al tanto de lo que sucede en los países del socialismo real?

—No mucho. Tenía otras prioridades, en las ciénagas de Namibia.

—Dichoso tú.

Ante ellos, un edificio de tres plantas con arcos en la fachada se anunciaba como el Lamu Palace Hotel. Federico señaló los veladores situados bajo las arcadas y ofreció a Víctor tomar un café.

—Preferiría una cerveza fresquita —dijo él.

—Para eso tendrás que esperar al Peponi, que es uno de los pocos lugares de Lamu donde sirven bebidas alcohólicas —le explicó el amigo.

—Esperaré.

—También puedes probar un helado local —propuso Federico—. Son muy refrescantes, aunque no sé si lo más adecuado para alguien que acaba de tener malaria.

Víctor miró con envidia al niño que chupaba una bola roja sujetada a un palo, observado por varios compañeros.

—Aún la tengo —dijo—, y no creo que sea buena idea. ¿Tú los comes?

—Sí —admitió Federico—. Soy partidario de la inmunidad adquirida. Ya sabes, en vez de prevención, exposición a los bichos locales y desarrollo de las defensas naturales.

—Tiene sus riesgos, ¿no?

—Menos de lo que se dice. Y si vas a vivir aquí, no puedes estar todo el tiempo tomando pastillas.

A su izquierda, protegidos de los rayos del sol por un sombrajo, varios hombres remendaban redes sentados en la arena.

—*Jambo!* —saludó con un *¡hola!* Federico cuando llegaron a su altura.

—*Kwaheri!* —respondieron con un «*¡adiós!*» los pescadores.

Víctor tuvo la impresión de que su amigo se sentía a gusto entre aquella gente.

Al poco pasaron ante una serie de bungalós situados frente al mar cuyos muros de contención mostraban la marca de humedad dejada por la marea alta. Del hueco existente entre dos de ellos partía un sendero pedregoso que llevaba al cementerio local, según el cartel escrito a mano.

—Es el camino que se emplea cuando la marea sube —dijo Federico—. Pero discurre por la espesura y no es muy recomendable para los mzungus, como llaman aquí a los blancos.

—El suelo parece pobre —observó Víctor, deteniéndose como si quisiera comprobarlo.

El sol comenzaba a derrotarle y la sangre le retumbaba en sienes y oídos, causándole una sensación de vértigo que le obligó a clavar los pies en la arena. Federico le observó preocupado mientras se enjugaba el sudor. A él no parecía afectarle el calor. Cuando reanudaron la marcha, el amigo señaló a Víctor un cercano saliente rocoso que llegaba hasta el borde del agua.

—Pasado ese peñasco se ve el hotel, —anunció.

Víctor pensó que, si un par de semanas antes alguien le hubiera dicho que la víspera de fin de año le hallaría deshidratado y sudoroso en un camino perdido a orillas del Océano Índico, su reacción habría sido de total incredulidad.

El recepcionista del Hotel Peponi vestía esmoquin y turbante y sus facciones eran color café. Víctor cumplimentó la ficha de viajero y dejó que un mozo llevara su equipaje a la habitación, mientras él seguía a Federico camino de la piscina.

A un lado de la recepción, sobre el tablero montado en un caballete que anunciaba las actividades deportivas y lúdicas programadas para la jornada, se deseaba a los huéspedes del hotel todo un decenio de felicidad: ¡Felices Noventa!

Manuela, que en la memoria de Víctor era una chica delgada y tensa con un eterno cigarrillo en los labios, se había convertido en una mujer sensual cuyas formas apenas contenía el bikini. Llevaba el pelo negro recogido sobre la nuca con una cinta roja, y desde la tumbona donde se bronzeaba, parecía vigilar a las dos niñas que nadaban en la piscina infantil cercana. Sólo una pareja madura con aspecto de alemanes tomaban el sol en la terraza ajardinada del hotel, y las niñas chapoteaban felices sintiéndose dueñas del lugar.

Manuela abandonó la tumbona y los tres se instalaron en una mesa cubierta por una sombrilla, a la espera de los refrescos que Federico había encargado.

—La mayor, Nerea, tiene diez años —respondió Manuela a la pregunta de Víctor sobre la edad de las niñas—, y Loli va a cumplir seis. Tú también tenías familia, ¿no?

—Sí, una hija de catorce años —dijo Víctor, sintiendo una punzada de culpa al evocar la imagen de la adolescente en el paisaje urbano de la Manhattan invernal.

La sensación no duró. Tan pronto como el camarero apareció, las niñas salieron del agua y, al oír a su padre calificar de tío a Víctor, Loli se le echó encima con la despreocupación de su corta edad y el frescor húmedo de la piscina en el cuerpo. Luego, mientras Manuela y Federico secaban a sus hijas, Víctor llenó los vasos de zumo y apuró el suyo con ansia, volviéndolo a llenar.

—Espero que te haga bien —dijo Federico por encima de la cabeza de Nerea, que se había sentados en sus rodillas—. Es un ponche de frutas algo astringente.

—¿Te has indisputado en el viaje? —se interesó Manuela.

Víctor dedujo que Federico no le había comentado la razón de su presencia en Kenia.

—No, el viaje ha sido tranquilo, aunque largo —dijo—. Es algún virus que agarré en Namibia, pero ya voy mejor.

—Nosotros nunca hemos venido a Lamu en barco, con la de tiempo que llevamos ya en este país —dijo Manuela con lo que a Víctor le pareció un tono de reproche.

—El *Azania* es algo incómodo —dijo Víctor—, en particular para los niños.

—Exacto —pareció querer evitar la ampliación del comentario Federico—. Lo haremos dentro de un par de años, cuando estas sirenas sean un poco mayores.

El segundo vaso de zumo y la sombra que les protegía causaron escalofríos a Víctor.

—Oye, tú tendrías que descansar un poco, ¿no? —se dirigió a él Federico con gesto preocupado.

—Sí, mejor me quito de este calor —convino Víctor—. ¿Cuándo nos vemos?

—A eso de la puesta del sol. Pero no te preocupes, yo pasará a buscarte.

La penumbra que reinaba en el interior del hotel aumentó la tiritera de Víctor, quien precedido por el mozo atravesó un patio interior en el que crecían flores y granados en torno a un surtidor.

El frescor de la habitación era obra de un moderno aparato de aire acondicionado. Víctor redujo su potencia al mínimo y vació la bolsa de viaje sobre la cama, procediendo a distribuir su contenido. El mobiliario eran una mesilla de noche, un escritorio y la mesa baja para el café con un par de butacas. Desde la ventana se veía el mar. Se desnudó en el cuarto de baño y se mantuvo bajo el agua templada de la ducha hasta que el cansancio y los escalofríos desaparecieron. Luego puso el despertador, apagó el aire acondicionado y se tendió sobre el cobertor de la cama.

Relajado, Víctor pensó que había merecido la pena viajar hasta aquel oasis insular perdido en el Océano Índico. Recordó haber leído que un fundamento de la cultura suahili es creer que cada hombre tiene un destino trazado por Dios exclusivamente para él, y deseó que fuera cierto también en su caso.

Con ese pensamiento se durmió.

2

Cuando Federico se presentó, Víctor ojeaba un libro sobre la construcción del ferrocarril en Kenia cuya cita inicial le había atraído. «Si un hombre bueno de Lamu es capaz de mil astucias, ¿qué cabe esperar de un mal hombre de Lamu?», prevenía el autor anónimo.

Las medicinas prescritas por los médicos de Nairobi y tres horas de sueño le habían devuelto una sensación de bienestar físico que debía de resultar evidente, a juzgar por la manera en que reaccionó Federico.

—¡Vaya, eres un hombre nuevo! —dijo el amigo—. Sabía que Lamu te iba a sentar bien, compañero. ¿Listo para salir?

—Cuando quieras.

Al pasar ante el recepcionista, Víctor vio que no era el mismo que estaba de servicio a su llegada, y se acercó a él para recordarle que tenía pedida una conferencia internacional con Nueva York para después de la medianoche.

El conserje comprobó que el encargo se había registrado, pero a continuación dijo:

—Es posible que haya dificultades con el enlace de Mombasa, señor. Convendría que estuviera usted atento, para aprovechar la primera oportunidad que se presente.

—Lo estaré —dijo Víctor.

La luz del ocaso daba a la terraza del Peponi aspecto de club privado, y Víctor observó que sus mesas estaban ocupadas ahora por parejas de mediana edad vestidas con elegante descuido. Manuela conversaba con un hombre corpulento que debía rondar los cuarenta y cinco años y una mujer bastante más joven.

—Sonia y su marido, Alberto, una de las personas que más saben de Lamu y de Kenia en general —se los presentó Federico, antes de calificarle a él de colega recién llegado de Namibia.

—Promotor de independencias, ¿eh? —estrujó la mano de Víctor el experto en Kenia.

—Modesto supervisor electoral —se puso a la defensiva Víctor, sin saber por qué.

—Tampoco yo paso de ser un arquitecto especializado en técnicas de construcción baratas que a ratos se interesa por los usos y costumbres de esta parte de África, si a eso vamos —dijo el recién presentado.

A Víctor le gustó más la mirada de la mujer del arquitecto y la serenidad de sus rasgos, enmarcados por una corta melena rubia.

—Gusto de conocerte —le acogió ella con un acento porteño que a Víctor le pareció exagerado adrede, para facilitar la identificación.

Estrechó la mano carnosa que se le ofrecía y comprobó que los ojos que le observaban eran verdes.

—¿Y las niñas? —desvió la vista hacia Manuela.

—Con la canguro del hotel. Quiero ver cómo se llevan, antes de decidir si voy o no a la fiesta de *chez Madame*.

—¿Vais a un club nocturno? —se interesó Víctor.

En ese instante llegó el camarero, y tanto él como Federico encargaron gintonics.

—No, Manuela se refiere a la casa de una expatriada europea que vive aquí —dijo el arquitecto—. Sus fiestas de fin de año son memorables, y te puedes considerar invitado.

—Temo no estar para fiestas —dijo Víctor sin pensarlo—. Y ni siquiera tengo ropa adecuada.

—Sí, ya nos ha contado Federico que llegas de rebote —le atajó el arquitecto—, pero no te preocupes. Tampoco nosotros vamos muy formales, que se diga.

A Víctor le pareció que el pantalón blanco marfil, la camisa a juego de cuello abierto y la chaqueta azul marino con botones dorados que lucía su interlocutor nada tenían de informales.

—Lleva razón Alberto —se sumó a la tentativa de persuasión Federico —, el ambiente no será formal.

—¿Es francesa la anfitriona? —eludió comprometerse Víctor.

—No, polaca. El nombre le viene de las actividades que realizó en otra época de su vida —dijo el arquitecto en un tono que a Víctor le sonó a falsamente cándido.

Las dos parejas rieron, cómplices al parecer en un viejo chiste.

—Sí, a su edad, le sería difícil dedicarse a ellas —dijo Manuela—. Aunque con una mujer de su carácter, no pondría yo la mano en el fuego.

Víctor exteriorizó una curiosidad que indujo al arquitecto a hacerle partícipe del secreto.

—Es francesa por matrimonio —dijo—. Estuvo casada con el embajador de Francia en Kenia hasta su muerte, hará cosa de ocho años. Claro que, según otra versión, el buen hombre se suicidó.

—¡Papá! —interrumpió Sonia al marido en tono de reproche.

El apelativo concretó para Víctor la imagen que le habían estado sugiriendo la corpulencia y el rostro barbícano del arquitecto, sin que hasta ese momento lograra ponerle nombre. Ahora ya pudo: trataba de parecerse a Hemingway.

—No seas ridícula —dijo el arquitecto—. Yo también me lo habría planteado, con el tipo de cáncer que él tenía. Habiendo sido militar y resistente con medallas, no creo que la idea de la muerte le asustase.

—Pero algo anormal sí que hubo, ¿no? —intervino Manuela.

—Bueno, si consideras anormal que lo encontraran en el jardín descalzo y en pijama... —no disimuló su condescendencia el arquitecto.

—Yo me inclino por la versión de los barbitúricos —dijo Federico.

Víctor se preguntó si el antagonismo que creía detectar entre los dos hombres sería real o imaginario, mientras observaba a los camareros que avanzaban por la terraza encendiéndo lámparas disimuladas entre los macizos de flores y cuya luz amarillenta no atraía a los mosquitos. Un piano comenzó a difundir música pegadiza en ese momento.

—En todo caso, *Le Mirage* ofrece la mejor juerga de fin de año en toda la isla —pareció querer zanjar el asunto el arquitecto.

—Curioso nombre. ¿Se corresponde con el lugar? —dijo Víctor.

—Tú mismo podrás juzgarlo.

—Creo que es el nombre de la escuela de amor que Madame tuvo antes en Mombasa —apostilló Federico.

Víctor creyó haber entendido mal.

—¿Una escuela de amor? —dijo.

—Sí, pero la academia se llamaba Kisauni, que en suahili significa lugar del olvido, —le corrigió el arquitecto, para añadir—. Y era el nombre adecuado, además.

—¿Un burdel? —dijo Víctor.

—No, señor. Un lugar donde las mujeres aprendían etiqueta social, literatura, música y danza, además de las artes amatarias.

Se interrumpió para pedir más güisqui al camarero que pasó junto a él, y entonces Federico intercaló un comentario jocoso.

—De ahí lo de Madame —dijo.

—Chicos, de verdad, sois unos deslenguados —se quejó Sonia—. Está bien claro que el Madame le viene de sus días de embajadora consorte en Nairobi, ¿no?

A Víctor le gustó su franqueza.

—Vamos, Mamá —volvió a sonar condescendiente el arquitecto—, es sabido que el embajador la encontró en una *maison de plaisir* de Niza frecuentada por oficiales nazis y gente de Vichy.

Hizo una pausa para beber güisqui y después usó un tono didáctico dirigido a Víctor.

—Era de una familia noble polaca asentada en Rusia que tuvo que exiliarse tras la revolución que hicieron los amigos de este —señaló a Federico con el vaso que aún sostenía—. Las cosas les fueron mal y ella terminó practicando el alemán con oficiales nazis en un burdel de la Riviera. El enlace de la resistencia al que luego pasaba la información que les sacaba, terminó siendo embajador y marido suyo.

—¿Cómo cuadra todo eso con la academia? —dijo Víctor.

—En eso se metió después de enviudar, a los sesenta años, y no fue en Nairobi, sino en Mombasa.

—Voy a ver cómo se entienden la canguro y las niñas —anunció Manuela con brusquedad, al tiempo que se ponía en pie.

—Te acompaño —dijo Sonia.

Víctor las observó mientras se alejaban, seguidas por las miradas apreciativas de los hombres de las mesas vecinas.

—¿Por qué Mombasa? —quiso saber.

—Bueno, en sus días de embajadora no ocultó su promiscuidad ni su afición a sustancias ilegales, y al morir el marido las autoridades de Nairobi le sugirieron un cambio de aires. A esta gente aún le cuesta aceptar que una mujer casada se lleve otros hombres a la cama.

—¿Y cómo es que ahora vive en Lamu?

—Destierro —resumió el arquitecto—. A mediados de los ochenta, el cónsul de Israel en Mombasa murió envenenado por una pupila de Madame, y esta vez las autoridades le cerraron la academia y la obligaron a elegir entre la repatriación y Lamu.

—Debieron de pensar que la antigua resistente volvía a la política —exhibió Federico una ironía nueva para Víctor, que no supo cómo interpretarla.

—A veces, la flauta suena por casualidad —replicó, sibilino, el arquitecto—. Oficialmente, lo del cónsul se atribuyó a celos lésbicos.

—¿Y dices que la academia no era un burdel? —manifestó su escepticismo Víctor.

—Lo digo y lo mantengo —insistió el arquitecto—. Varias de sus alumnas consiguieron emparejarse con jeques del petróleo o se fueron a Europa de la mano de algún alto funcionario internacional.

El pianista había dejado de tocar, y en el silencio que siguió Víctor oyó, claros y próximos, los rebuznos plañideros de uno de los asnos que, según le había explicado Federico, eran el único medio de transporte autorizado en la isla.

—Desde luego, la recepción promete —se sumó Víctor al tono irónico de la conversación.

El pianista dio la réplica a los rebuznos.

—No te hagas ilusiones, lo de esta noche es sólo una fiesta de fin de año, ¿verdad, Papá? —siguió en la misma vena Federico.

—Algo de animación habrá, aunque yo no esperaría nada extraordinario —pareció coincidir el arquitecto, al tiempo que levantaba la mano mostrando su vaso vacío al camarero.

El pianista atacó una melodía que a Víctor le resultó familiar, pero que no consiguió identificar.

La luna iluminaba el sendero para Víctor y los dos matrimonios, que avanzaban con el mar sonoro a su derecha y las últimas casas de Shela a la espalda. Alberto y Federico abrían la marcha y Víctor les seguía flanqueado por Sonia y Manuela, esta última empeñada en hacerle preguntas sobre su situación doméstica y profesional que él trataba de esquivar.

—Vamos a tener una linda noche para despedir el año —dijo Sonia.

—Sí —convino Víctor, aliviado—. Nunca imaginé que vería terminar un año tan nefasto en semejante lugar.

—¿Por qué nefasto? —quiso saber Manuela—. ¿Hablas por ti mismo o en general?

—Hablabía en general, ahora que la desaparición del socialismo de los muros de hormigón y los escaparates vacíos augura el triunfo del libre mercado —eligió sus palabras Víctor—. Pero podría estar exagerando: al fin y al cabo, el mundo no se reduce a Europa.

—¿No te gusta el rumbo que las cosas están tomando allá? —intervino Sonia—. Al menos en España podéis presumir de democracia. Fíjate en cambio en mi país.

—No sé si el término adecuado es presumir —trató Víctor de seguir con su argumento.

—Pues para mí, lo que ocurre en España y en Alemania es positivo —le interrumpió Manuela—. Claro que nosotros esperábamos más, pero nos equivocábamos; la mayoría de la gente no estaba por la labor. Y como tú dices, visto el resultado de setenta años de socialismo real en Europa, tampoco es tan difícil de aceptar lo que está pasando.

—Ahí tienes razón —ironizó Sonia—. La tripa siempre termina imponiéndose al cerebro; por algo ocupa más sitio en el cuerpo, ¿no? Mira, Víctor, esa es la ruinita donde vamos a despedir el año.

El camino había ido torciendo a la derecha mientras hablaban, y ahora, superadas las dunas, les conducía a una casona mezcla de palacete árabe y villa modernista.

—Sí —dijo Manuela—, ese es el espejismo que se hizo construir Madame.

Se hallaban frente a una mansión de dos plantas con arcos de herrería en la fachada. En el porche de lo que parecía la entrada principal, Federico y Alberto saludaban a un pequeño grupo de personas.

Cuando estuvieron más cerca de la casa, flanqueada por densos arbustos, Víctor sintió que el aire se cargaba de un olor dulzón y penetrante que le puso al borde de la náusea.

—Son las campanillas tropicales —le tomó del brazo Sonia al percibir su malestar, al tiempo que señalaba las grandes flores blancuzcas que pendían de los arbustos—. En mi tierra les llamamos floripondios, y se plantan junto a las fincas porque son venenosas y ahuyentan a los animales nocturnos.

—El sitio es precioso, pero tan pronto como anocchece, esas flores lo estropean un poco —se quejó Manuela—. Por suerte, el otro lado de la casa da al mar.

Los tres se unieron a los congregados en el porche y Alberto hizo las presentaciones entre Víctor y la anfitriona, una mujer elegante que no aparentaba más de cincuenta años, pese a que se la habían descrito como más allá de los setenta. La mano que se abandonó a la de Víctor era blanda, pero los ojos femeninos, pintados de azul añil, se adueñaron de los suyos y le sondaron, inquisitivos. A Víctor le impresionó su porte de gran

dama, con la cabellera rubia platino a ras de los hombros cruzados por tirantes que sostenían el traje negro ceñido a la figura de pechos pequeños y firmes, vientre plano y caderas escurridas.

—Encantada de conocer a otro apuesto español —le acogió en un francés gutural, cambiando de idioma para añadir—. Alberto me dice que llega usted directamente de la Namibia y no en plena forma.

Víctor quitó importancia a su malestar físico y comenzó a agradecer la invitación, pero la anfitriona le interrumpió.

—Nada que agradecer —dijo—, mi casa siempre está abierta para la gente interesante. Esta noche es algo especial, *quand même*, y no podré atenderle como desearía. Acuda a Daniel para cuanto necesite.

Al tiempo que decía esto, indicó al africano maduro y solemne, de túnica azul y chaleco rojo, que permanecía inmóvil a sus espaldas, y que dedicó a Víctor una leve inclinación de cabeza. Luego Madame se apartó para intercambiar besos con Sonia y Manuela.

Alberto siguió con las presentaciones. Álvaro era un exdiplomático que había decidido quedarse en Nairobi, donde se dedicaba a negocios de exportación. Miraba con cálculo y vestía de esmoquin. Su compañera, que dijo ser peruana y tenía veinte años menos que él, utilizaba un grueso collar de perlas para disimular lo menguado de su busto. La otra pareja la formaban Jordi y Tina, dos barceloneses de aire jovial que rondaban la cuarentena.

Concluido el ceremonial, Madame les precedió al interior de la casa.

El bufé estaba dispuesto sobre la larga mesa situada en un extremo del salón rectangular al que les condujo la anfitriona, para unirse a los invitados que charlaban allí en grupos. Víctor calculó que había una decena larga de hombres y mujeres, en su mayoría blancos y ataviados con el desenfado que parecía ser la norma, salvo en el caso de Madame y del exdiplomático y su pareja.

Federico asumió entonces la tarea de presentar a Víctor a otros invitados comenzando por los más próximos, una pareja en la que ella era española y él, más joven, keniano. Sin duda la ronda habría continuado de no impedirlo el propio Víctor, a quien la vista del menú frío y el olor a cordero y curry que escapaba de las bandejas cubiertas le provocó una náusea que apenas logró disimular. Se apartó con una disculpa y se dirigió a la mesa cargada de botellas que estaba al otro lado de la puerta más allá de la cual se veía la terraza.

El bar, que atendía un joven vestido a la manera local, era muy abundante para una sociedad en la que se vedaba el consumo de alcohol, y Víctor optó por un trago que llevaba quinina.

—Qué, ¿paralizado por la variedad de la oferta? —pareció leerle el pensamiento un invitado que había seguido sus pasos—. Me llamo Alfredo y creo que somos colegas —continuó, tendiéndole la mano—. Parece que has participado en el show de Namibia.

—¿El show? —se sorprendió Víctor, al tiempo que indicaba al camarero que no pusiera más ginebra en su agua tónica.

—¡Hombre!, el resultado electoral estaba cantado —dijo el interlocutor de Víctor—. Era sabido que la etnia de los guerrilleros independentistas representa la mayoría de la población namibiana, ¿no?

—Cierto —dijo Víctor—, pero según los clásicos, las formas son tan importantes como el contenido, en eso de cada hombre un voto. Yo estuve en Caprivi, donde predominan los partidarios de permanecer unidos a Sudáfrica, y asegurar la libertad de voto era esencial.

—Loable tarea, sí —dijo el otro socarrón, ladeando la cabeza a la izquierda y entornando los ojos—. Y supongo que nada fácil, con un noventa y cinco por ciento de analfabetos entre el electorado. Claro que nos pagan por hacer ese tipo de milagros, ¿verdad?

—Perdona, necesito un poco de aire fresco —se excusó Víctor y se dirigió a la terraza.

El comentario de su interlocutor le había traído a la mente la imagen de las largas hileras de hombres y mujeres que caminaban descalzos por senderos abiertos en los hierbales infestados de serpientes, rumbo a las escuelas rústicas donde tenían que votar. Muchas de las mujeres estaban visiblemente embarazadas y llevaban una criatura colgada a la espalda. Muy pocos habían levantado la cabeza, cuando Víctor les sobrevoló en helicóptero con las primeras luces del alba, a fin de hacer una estimación inicial de la afluencia de votantes.

El aire salino le llenó los pulmones, librándole de la sensación de náusea, y Víctor centró su atención en el murmurar tranquilo del océano que tenía delante. Necesitaba superar el malestar que le había producido el sarcasmo del colega. Una carcajada repentina procedente de su izquierda le hizo volver la cabeza y descubrir al pequeño grupo de bebedores sentados en torno a una mesa, más allá de las tumbonas. Alzó su vaso en gesto de saludo y fue correspondido.

—¡Hola, extraño! ¿Quieres unirte a la tribu? —le propuso una alegre voz femenina.

Víctor declinó con un movimiento de mano y, renunciando a descender la escalinata que conducía a la playa, cruzó la puerta que estaba entornada a su derecha. Mala idea, acudir a una fiesta en mi estado, pensó mientras lo hacía.

La sala en que se introdujo era un estudio. Un pequeño escritorio con agenda y clasificador de documentos. Un diván con cojines adosado a la pared. Una mesa baja hexagonal sobre la que descansaba una pipa de agua, y una vitrina completaban el mobiliario. Se acercó a la vitrina y estudió su contenido. Media docena de figurillas de marfil con parejas orientales desnudas y en complicadas posturas amatorias; otras tantas en bronce toscamente fundido con africanos practicando el coito en posición perruna o misionera, y varios estuches con artefactos sexuales. Todo ello, destinado al parecer a ilustrar el aforismo bordado en rojo sobre un trozo de tela: Siente el roce de otra piel con la tuya y olvida la soledad, la vejez y la muerte.

Nada del otro mundo, si aquello era el lema de la celebrada academia del amor, pensó Víctor.

Salió a un corredor con puertas a ambos lados. De una de ellas brotaba música de guitarra acompañando a una voz de mujer que entonaba una canción latinoamericana. Víctor se asomó a su interior. Adultos de ambos性es yacían por el suelo con las piernas recogidas y la espalda apoyada en la pared, mientras fumaban con la mirada perdida. Alguien le indicó un lugar donde sentarse.

«Yo no sé por qué mi Dios/ le regala con larguezas/ sombrero con tantas plumas/ a quien no tiene cabeza», cantaba la morena de buen ver sentada al borde de una cama turca. Víctor se apartó del hueco de la puerta, temeroso de que el humo dulzón que flotaba en el cuarto le trajera de vuelta las náuseas.

El salón del bufé parecía estar al final del pasillo, y hacia él iba Víctor cuando una mampara entreabierta le brindó la escena de un hombre calvo y maduro dedicado a masajear a un joven de piel marrón que yacía bocabajo en una mesa camilla. Desde luego, pensó, lo visto hasta ese momento justificaba el nombre dado por Madame a su palacete.

En el salón le esperaba otra novedad. Un trío de camareros dirigidos por Daniel distribuían copas y cubetas con hielo por la mesa que servía de bar. Las bebidas alcohólicas y la soda habían desaparecido. Víctor se

acercó al mayordomo y le preguntó si era posible conseguir más agua tónica.

—En la biblioteca encontrará bebidas, señor —respondió el mayordomo—. Está en el pasillo que lleva al jardín —le indicó la dirección—. No tiene pérdida.

Y en efecto, no la tenía. Además, Víctor encontró allí no sólo bebidas. Federico, Alberto y el colega que se había presentado como Alfredo estaban frente a un televisor al que habían quitado el sonido y miraban un programa sobre los hechos más destacados del año que ahora concluía. Los tres sostenían vasos bien servidos y Alberto chupaba un habano. El tresillo que ocupaban era de estilo Segundo Imperio y hacía juego con las estanterías repletas de libros que cubrían las paredes, por lo que Víctor dedujo que se hallaba ante mobiliario legado a Madame por el embajador suicida.

—¿Dónde te habías metido? —dijo Federico cuando Víctor se dejó caer a su lado en el sofá.

—Necesitaba aire fresco —dijo Víctor, tras un primer trago del gintonic que acababa de prepararse.

—Lo mismo que esos alegres muchachos —volvió a escuchar Víctor la voz socarrona de Alfredo, que al hablar indicaba la imagen de unos berlineses encaramados al Muro en la pantalla del televisor.

—Los burócratas del Kremlin no aceptarán que la situación se les vaya de las manos —sentenció Alberto—. ¿Qué os apostáis a que en menos de cuarenta y ocho horas llegan los tanques?

—No puedo aceptarte la apuesta —dijo Alfredo—. He oído que no tienen piezas de repuesto para hacerlos marchar.

Víctor y Federico se miraron.

—Debe ser duro de llevar, ¿eh? —comentó el arquitecto al sorprender su mirada.

—Era fruta madura —dijo Federico.

—Podrida, diría yo —le corrigió Alfredo.

—Pues ahora ya pueden unirse a los felices consumidores de jazz y hachís —devolvió el sarcasmo Federico.

—Me he encontrado con algunos de esos en otra habitación —dijo Víctor.

—Sí, esta noche vamos a andar todos juntos y revueltos —sentenció el arquitecto, y Víctor no supo cómo interpretar sus palabras.

Unos guerreros masáis con túnica y lanza ocupaban ahora el televisor y competían a saltar cada cual más alto, en vertical y con los pies juntos y los brazos pegados al cuerpo. El humo del cigarro de Alberto hizo que Víctor volviera a sentir un amago de náusea.

—Me pregunto en qué andará la anfitriona —rompió Alfredo el silencio que había seguido al intercambio de sarcasmos.

—Se ha encerrado en el salón francés con tu mujer, la mía y alguna otra —dijo, malicioso, Alberto.

—Con tal que les enseñe algo de provecho —se unió al esfuerzo de distensión Federico.

Entonces sonaron los tres golpes de gong.

En el salón había una treintena de invitados en torno a la mesa del champaña, presidida por Madame y atendida por Daniel y los camareros. Víctor vio a los fumadores de porros y a media docena de parejas mixtas, entre las que descubrió a quienes le habían saludado en la terraza. Un grupo de gays que incluían al efebo desnudo y su masajista formaban banda aparte. Decidió permanecer junto a Federico y Manuela, quien al oír que Víctor ya se había cruzado con los que ella acababa de calificar de pasotas, juzgó necesario informarle de la identidad de la cantante.

—Tuvo que exiliarse tras un golpe militar —dijo—. Su marido es ese galán bigotudo que agarra de la cintura a la rubia, holandesa y experta en desarrollo con mucho predicamento en los círculos opositores de Nairobi. Ya les conocerás; son un trío muy bien avenido.

Mientras hablaba, Manuela miraba de reojo a Federico, que en ese momento bromeaba con una pelirroja situada a su izquierda.

Víctor temió que Manuela se embarcara en la descripción pormenorizada de los presentes, pero en ese momento Madame dio unas palmadas reclamando atención, a la vez que el mayordomo esgrimía un gong y un pequeño mazo. Se hizo el silencio. Madame comprobó con la mirada que todos sostenían la copa de champaña correspondiente. Tomó entre los dedos de la mano derecha el relojito esférico que colgaba sobre su escote, levantó la izquierda en el aire y, un segundo después, la hizo descender con rotundidad.

Víctor vio al mayordomo golpear el gong.

Los presentes comenzaron a entrechocar sus copas, entre risas y toses de atragantado que hicieron que algunos derramaran el champaña. Víctor

no había terminado de beber el suyo cuando Daniel sacudió el gong por última vez.

—¡Feliz año 1990! ¡Larga vida y mucho amor en el nuevo decenio! — exclamó Madame.

Todos corearon su doble deseo, y Víctor observó que varios invitados arrojaban sus copas vacías al suelo, provocando el estallido de los cristales. Los camareros se afanaron por recoger los pedazos de vidrio y proporcionar nuevas copas llenas a quienes las solicitaban. En medio del tumulto general, Víctor correspondió a los abrazos de Federico y Alberto y besó a Sonia y Manuela, notando que ambas llevaban el mismo perfume. Luego estrechó la mano a varios desconocidos e intercambió besos con mujeres de labios húmedos, mientras alguien le derramaba champaña encima.

Por la puerta abierta de la terraza penetró el estampido de cohetes y Víctor se vio arrastrado por los celebrantes, que corrieron en tromba hacia ella. Una vez fuera, observó que los trazos luminosos surgían del lugar donde se alzaba el Hotel Peponi y, tras ganar altura, se convertían en grandes flores multicolores que resplandecían brevemente en el cielo nocturno antes de desaparecer. Mirándolas, pensó por un segundo en cierto rascacielos de Manhattan y sintió una punzada de culpa, al preguntarse cómo y con quién irían a recibir el Año Nuevo su mujer y su hija. Tenía que regresar al hotel y hacer la llamada telefónica que había prometido.

«¡Todo el mundo al agua!», gritó junto a Víctor una voz masculina.

Este apartó la vista de los fuegos artificiales y, al volver la cabeza, descubrió que a su alrededor los invitados se desnudaban entre risas y empujones. Madame, que al parecer había detectado su asombro, le apuntó con el dedo y dijo:

—Usted también, señor.

Víctor comenzó a manifestar una negativa, pero Federico, ya desnudo, le tomó del brazo.

—Es obligatorio, compañero. Ritual de purificación y renacimiento en el año que empieza. Inmersión bautismal en pelotas en el padre Índico.

—No sé si en mi estado ...

—No hay pero que valga, colega —se les unió Alberto, que se protegía cómicamente el miembro con ambas manos—. Son las reglas de la casa.

Víctor fue el último en desnudarse, rodeado de nalgas blancas y negras, torsos nervudos y pechos caídos o picudos. Cuando acabó, Madame, situada al comienzo de la escalinata que descendía a la playa,

inició la marcha hacia el mar cercano. A la luz de la luna, su desnudo le pareció a Víctor el más armonioso y flexible entre todos los que seguían sus pasos. A la derecha, los gays avanzaban agrupados y tocándose entre risas.

—Esos dos son profesores de la *Alliance française*. El calvo es suizo, y el del pelo negro rizado es Mario, italiano y dueño de un restaurante muy concurrido en Nairobi —los describió Federico, que caminaba al lado de Víctor—. Los tres jóvenes son de aquí, suahilis que ejercen de *beach boys*, vendiendo sus favores a hombres o mujeres.

La entrada de Madame en el mar provocó la estampida de los invitados, al parecer deseosos de figurar entre los primeros en imitarla. Federico también corrió a unirse con Manuela, que le hacía grandes señas, como si temiera perderle, y Víctor se quedó solo ante las olas que llegaban lentas a morir a sus pies.

Titubeó. A su izquierda, en dirección a Lamu ciudad, una gran hoguera iluminaba las siluetas de danzarines que bailaban al son de tambores invisibles. Optó por meterse en el agua con cautela, pero aun así, al contacto con el líquido su cuerpo se estremeció de arriba abajo. Avanzó pisando un fondo arenoso y poco inclinado hasta que el mar sobrepasó su cintura y entonces se detuvo. Ante él, Madame y sus acólitos se bañaban a la luz de la luna. Algunos invitados chapoteaban entrelazados en el agua, y otros —como Federico y Manuela— se perseguían bulliciosamente. Los más alborotadores eran los gays, cuya agilidad marina envidió Víctor.

—¿Tú no te purificas? —dijo una figura femenina emergiendo junto a él.

Víctor reprimió un sobresalto y descubrió que se trataba de la cantante que había amenizado la reunión de adeptos al hachís. La parte de su figura visible relucía por el doble efecto del agua y la claridad lunar, y el pelo se le pegaba a la cara componiendo una insólita máscara.

—¿Cómo? —dijo Víctor apartando los ojos de su desnudez.

—Si no te sumerges, durante el año que empieza arrastrarás las impurezas acumuladas en el que acaba de terminar.

—No sé nadar.

—¡Ah, era eso! No te preocupes, aún falta un buen trecho para que el agua cubra. Además, si quieras, yo te ayudo —ofreció la nadadora, al tiempo que se apartaba el pelo de la cara con ambas manos echando la cabeza hacia atrás, en un gesto que reveló la generosidad de sus pechos y la turgencia de su cuello.

—La verdad es que no soporto tener la cabeza bajo el agua.

—Pues tiéndete boca arriba y yo te sostendré por los hombros —propuso ella—. Este mar tiene tanta sal, que cualquiera puede flotar.

—Preferiría no hacerlo.

—Bueno, lo he intentado —dijo la nadadora, apartándose un par de pasos y zambulléndose en el agua.

Las salpicaduras produjeron un escalofrío a Víctor, que dio media vuelta y salió del mar lo más deprisa que pudo. En la terraza, alguien había dejado bien a la vista una pila de toallas de baño. Víctor pensó en el eficaz mayordomo de Madame. Encontró su ropa y se vistió, oyendo a sus espaldas las exclamaciones de los bañistas.

La hoguera que perforaba la oscuridad a un centenar de metros de *Le Mirage* tentó a Víctor con su calor. Volvió a la playa y, caminando descalzo por la orilla, dejó atrás a los ruidosos invitados de Madame y acudió al reclamo de las llamas. Hubo un momento, a mitad de camino entre los unos y las otras, en que se detuvo a mirar el cielo agujereado de estrellas, comparándolo mentalmente con el de Manhattan. Tenía que hacer esa llamada.

—¡Feliz año! —gritaron varios bailarines al advertir su presencia.

Víctor les correspondió con idéntico deseo y contempló la escena. Tres negros sudorosos percutían los tambores a cuyo ritmo una veintena de blancos y mestizos saltaban y se contorsionaban. Supuso que los primeros —en su mayoría mujeres— eran turistas alojados en los bungalós de la playa, y los segundos residentes de la isla, tal vez *beach boys* como los que alegraban la fiesta de Madame.

El calor de la fogata y la vitalidad contagiosa de los cuerpos que se ondulaban armoniosos tonificaron a Víctor e hicieron desaparecer su mala conciencia. Al cabo de unos minutos dijo adiós a los celebrantes y emprendió el regreso a *Le Mirage*, decidido a despedirse de la anfitriona y seguir camino hasta el Peponi para telefonear a Nueva York.

Una vez en *Le Mirage*, Víctor descubrió que encontrar a Madame no iba a ser fácil. En su ausencia, los bañistas habían vuelto a la casona decididos a cometer nuevos pecados, a juzgar por el ambiente que reinaba allí.

En la segunda planta, a la que subió buscando un lavabo, varias puertas que nadie se había preocupado de cerrar le brindaron un concierto de

jadeos y risas sofocadas producido por parejas entregadas al amor. Creyó reconocer al marido de la cantante en una de las escenas, y dedujo que la instructora de natación exploraba en esos momentos aguas realmente profundas. Casi se alegró de que la malaria hubiese adormecido su apetito sexual, reduciéndole a la calidad de mirón.

Dio con un cuarto de baño, se libró del champaña y el agua tónica acumulados, y abandonó el lugar preguntándose si todos aquellos dormitorios bien empleados eran sólo la contribución de Madame al inicio venturoso del nuevo decenio, o significaban que la anfitriona no consideraba definitiva la prohibición de seguir promoviendo las artes amatorias.

En el salón, el bar volvía a ofrecer su cargamento de güisqui y ginebra, ahora junto a bandejas repletas de dulces. Víctor aceptó el vaso mediado de *scotch* que le ofrecía el camarero y tomó un buen trago: el espectáculo de tanto amor compartido le hacía sentirse incómodo.

La planta baja parecía sumida en la tranquilidad, lo mismo que la terraza, y sólo desde el ala que daba al jardín de la mansión llegaron hasta Víctor risas y gritos de protesta. El bullicio procedía de la habitación situada más allá de la biblioteca donde, una hora antes, había visto junto a Federico las imágenes del entierro formal del socialismo. El letrero pintado sobre el quicio de la puerta identificaba el lugar como *Salón francés*. Víctor la empujó y entró.

Grandes espejos decoraban techo y paredes del salón, multiplicando los divanes y alfombras que ocupaban una serie de invitados entre los que Víctor no distinguió a Madame. La voz cantante la llevaban los gays, que al parecer procedían a una subasta en la que dos europeos pujaban por los favores de uno de los jóvenes locales.

Nadie le prestó la menor atención, pendientes como estaban todos de la mesa situada en el centro de la sala y sobre la que uno de los *beach boys*, vestido sólo con un escueto slip negro, imitaba la actitud del discóbolo.

—*Non rompermi i coglioni!* —exclamaba en ese momento el invitado que Federico había descrito como dueño de un restaurante en Nairobi.

Al parecer, los otros dos gigolós ya habían sido subastados, pues descansaban en los divanes abrazados por los profesores de francés. El tercero se lo disputaban el italiano y el suizo al que Víctor había visto dar masaje al joven que ahora les enfrentaba. Decidió no quedarse a ver el fin de la puja y regresó al salón en busca de una última dosis de güisqui, antes de poner rumbo al Peponi.

La anfitriona no aparecía, ni tampoco el mayordomo, eclipsado. Alberto y Sonia tal vez siguieran encerrados en uno de los dormitorios del piso superior, donde poco antes, mientras orinaba, a Víctor le había parecido oír la risa de Manuela. Supuso que estaba gozando de los afanes de Federico. Ya en el salón, se hizo mediar de nuevo el vaso y salió a la terraza: quería beber el último trago de la noche con la mirada perdida en aquel cielo inmenso que sin embargo daba la sensación de estar muy cerca.

—¿También solo? —le interrogó desde la oscuridad una voz estropajosa.

Víctor se volvió. En un rincón de la terraza, sentada en compañía de una botella de güisqui, estaba la cantante y fallida instructora de natación.

—Es lo que ocurre cuando se asiste a una fiesta sin pareja —respondió.

—No lo crea —dijo ella—. Este es el tipo de fiesta al que se recomienda acudir solo o formando trío. La gracia está en cambiar por una noche, ¿comprende?

—¿Es eso lo que le ha ocurrido a usted?

—Evidente. Por cierto, me llamo Aurora. ¿No te quieres sentar?

—Y yo Víctor. Ya me iba.

—¡Vaya! ¿Sólo sabes decir no, Víctor?

—Bueno ...

La mujer se levantó, tambaleante, y se acercó a él con la botella en una mano y el vaso en la otra.

—Mi marido está encamado con la holandesa —le explicó con hablar trabajoso—. ¿No vas a aceptar siquiera pasear conmigo bajo la luna?

—Desde luego —dijo Víctor.

—Bien. Entonces, sostenme por la cintura y vamos allá.

Víctor hizo lo que se le pedía y descendieron la escalinata, echando a andar por la playa con paso titubeante. Había abandonado su propio vaso, de nuevo vacío, sobre la barandilla de la terraza, y pudo ceñir el cuerpo cálido de su compañera con un brazo mientras con el otro hacía ademán de librarla de la botella.

—No, espera que me estabilizo —pidió la mujer, mientras tiraba el vaso lejos de ella y se descalzaba con dos golpes de talón.

—De acuerdo —dijo Víctor.

—De acuerdo, ¿qué? —dijo ella, al tiempo que se inclinaba para recoger las sandalias.

—De acuerdo, Aurora —se corrigió él, divertido, mientras la sostenía con firmeza por temor a que se derrumbara.

—Esó está mejor —se irguió ella—. ¿Quieres un trago? —le ofreció la botella—. Me parece que te vendría bien.

Víctor bebió con la cabeza de Aurora apoyada en un hombro, de manera que cuando dejó de hacerlo, a ella le bastó con levantar la cara para pegar sus labios a los de él.

Acabaron el güisqui entre los dos, sentados en la arena fría y aprovechando los intervalos entre besos cada vez más largos. La lengua de ella fue la primera en explorar, recorriendo los rincones de la boca de Víctor. Él se concentró en mordisquearle los labios y, cuando ella se prestaba, en lamer las comisuras femeninas con la punta de la lengua.

—Besas bien, para ser tan estirado —dijo Aurora en otra pausa entre besos.

Para entonces Víctor ya se había apoderado de su lengua varias veces, succionándola hasta arrancar a la dueña quejidos de protesta.

—¿Estirado? —dijo a la vez que vencía su cuerpo sobre el de la mujer, de forma que ambos quedaron tendidos en la arena.

En esa posición, tomó la cabeza de ella con ambas manos, sintiendo los pechos firmes palpitar contra su costado, y su lengua buscó las profundidades de la boca ajena, lamiendo con ansia. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Aquí no —dijo ella y se apartó para respirar—. Mejor vamos a tu hotel.

La brisa que soplaba junto al Peponi hizo temblar de nuevo a Víctor, y Aurora se pegó más a él. Entraron en el hotel con ella sosteniendo las sandalias en la mano y él refugiado en el calor que brotaba del cuerpo femenino. El recepcionista les entregó la llave y les deseó un feliz año nuevo sin mirarles. Víctor pensó por un instante en reclamar la conferencia telefónica con Nueva York, pero la inmediatez tibia de Aurora le hizo renunciar a la idea.

Se apartaron de la recepción enlazados por la cintura y oyendo los sones de la música de baile que llegaba amortiguada desde algún salón interior. La pareja con que se cruzaron camino de la habitación —él de esmoquin y ella con traje de noche largo— desaprobaron con sendas miradas de reojo el vestido arrugado y húmedo de Aurora y la camisa desabrochada de Víctor.

—Estás en un hotel de estirados —dijo Aurora en voz alta.

Víctor la apretó contra sí mientras cruzaban el pequeño patio, y cuando atravesaron muy juntos el umbral de su habitación todavía les duraba la

alegría cómplice de la reprobación experimentada en común. Como si no bastara, nada más cerrar la puerta, y mientras Aurora corría a encerrarse en el baño, Víctor descubrió asombrado la flor roja que alguien del servicio de habitaciones había prendido del mosquitero sobre un lecho que de pronto cobraba solemnidad.

Después, cuando a iniciativa de ella ambos navegaron desnudos y enlazados por la cama anchurosa, Víctor tuvo la sensación de que un mar cálido y protector les envolvía, meciéndoles de un lado para otro. Por dos veces perdió la tumescencia y ella le ayudó a recuperarla, haciendo que ambas pieles hablaran. Para ello, guio las manos, los labios y la lengua de Víctor por la lisura de sus pechos, su vientre, sus ingles y sus pliegues rezumantes. El libó el licor que las lentes caricias destilaban y, cuando al fin entró en ella, la sintió acogedora y prensil. Tuvo la sensación de que el latir cálido de la vagina que le arropaba nunca iba a acabar. Pero luego las sensaciones se fueron apagando en su cerebro y él se entregó al abandono compartido.

En algún momento de esa noche, la sed sacó a Víctor de un sueño turbador en el que las imágenes del muro de Berlín desmoronándose se mezclaban con la de su hija, sentada en una habitación vacía de Manhattan junto a un teléfono que permanecía silencioso. Por un instante no supo dónde estaba ni quién era la desconocida que yacía a su lado. Se levantó, fue al cuarto de baño y bebió agua del grifo mientras se decía que no era bueno hacerlo. Luego volvió a la cama, tiritando bajo los efectos de la humedad fría de las baldosas y con la conciencia de que, al final, no había hecho la llamada prometida. Se tendió junto a la mujer que dormía dándole la espalda y se refugió en su tibiaza, buscando que su respiración se acompañara con la de ella. «Aurora», musitó el nombre de pronto recuperado; y ella, aunque no despertó, acentuó la posición fetal para dejarse envolver por él.

El ruido insistente de nudillos que golpeaban la puerta sacó a Víctor de un sueño profundo. Aurora dormía bocabajo a su lado. Levantó el mosquitero, se envolvió una toalla a la cintura y abrió. Frente a él, un Federico compungido y curioso captó de una ojeada su somnolencia y la figura femenina yacente.

—Siento interrumpir, compañero, pero es fuerza mayor. Alberto ha telefoneado. Tenemos que comparecer lo antes posible en la oficina del

Comisionado en Lamu —anunció sin pasar del umbral—. Uno de los invitados de anoche, el italiano homosexual, ha amanecido muerto en la playa. Parece que tiene la cabeza destrozada y que le han castrado.

3

La muerte del invitado italiano de Madame tuvo por efecto que Víctor viajara de regreso a Nairobi en el mismo avión que Aurora. La policía había centrado sus pesquisas desde el comienzo en el grupo de gays que habían asistido a la fiesta en *Le Mirage*. «Parece un crimen de motivación homosexual, quizás una venganza», dijo el inspector que les tomó declaración en Lamu a la mañana siguiente del suceso. En consecuencia, se decidió retener al suizo y a los dos profesores franceses y trasladarles a Mombasa, a fin de contrastar su testimonio con el de los *beach boys*. Esa medida, que liberó plazas en el vuelo con destino a la capital, benefició a Víctor.

Ya en el avión, no le resultó fácil permanecer inmóvil con la mirada puesta en Aurora, que ocupaba el asiento del pasillo dos hiladas por delante de él y actuaba como si también estuviera convencida de que todo el pasaje conocía su secreto, según le confesó después. Todo él, y en particular sus manos, añoraba el tacto de la piel de ella, y hubo un momento en que, desquiciado, se levantó y fue a los lavabos para refrescarse la cara.

—¿Perdiste el miedo al agua? —oyó que susurraba a sus espaldas la voz de Aurora, al tiempo que sentía en la nuca el aliento de ella.

—Podría perdérselo. Tú, ¿qué crees? —acertó a responder, haciendo ademán de girar sobre sí mismo.

—Que estaríamos en la gloria. Pero no te des vuelta, que viene una colega.

De uno de los lavabos salió un africano corpulento, y ambos tuvieron que apretarse para que pudiera pasar. La mano de Aurora encontró la de Víctor y dejó en ella un pedazo de papel.

—Es mi número de la oficina —musitó ella al tiempo que se apartaba.

Antes de cerrar la puerta del estrecho cubículo a sus espaldas, Víctor tuvo tiempo de reconocer la voz jovial de la barcelonesa que le habían presentado en la fiesta.

—Demasiado champaña estos días, ¿verdad? —oyó que comentaba con Aurora.

Por fortuna, Federico viajaba con Manuela y las niñas en la parte delantera del avión, y el marido de Aurora iba demasiado pendiente de la holandesa instalada a su otro costado como para darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Tal vez consciente de ello, Aurora se inclinaba a menudo por encima del marido para intercambiar unas palabras con la holandesa, lo que permitía a Víctor espiar la curva sensual de la pantorrilla desnuda que entonces asomaba al pasillo central.

Cuando el avión comenzó a descender para el aterrizaje, Víctor alcanzó a ver que el cielo de Nairobi estaba cubierto de nubes grises de aspecto desapacible, y antes incluso de experimentar los efectos de la brisa fría que corría en el aeropuerto echó de menos el calor de Lamu.

Por fortuna, la cara sonriente y amistosa de Ngugi le esperaba en la recepción del hotel, junto con una nota del Nairobi Hospital en que se le citaba para dos días después.

Buena parte de ese tiempo lo pasó Víctor durmiendo u observando desde el hotel el ajetreo de los nairobitas, al parecer tan sorprendidos como él por las rachas de viento y los chaparrones súbitos que se habían adueñado de la ciudad. En cambio, una vez en el centro médico halló a los especialistas convencidos de haber dado con el tratamiento que le libraría del paludismo en breve plazo.

—Bastará una semana para saber si su organismo responde a la medicación como esperamos que lo haga —dijo el keniano de mediana edad, porte distinguido y acento británico que le atendía desde el principio —. Entonces haremos nuevos análisis, y si los resultados son los previsibles, podrá volver a Nueva York tan pronto como deseé.

Víctor volvió al hotel, se instaló junto al ventanal de uno de sus salones y, entre sorbos de un té muy cargado, analizó la situación. Esa tarde, o mañana, o pasado, tendría que telefonear a casa para comunicar a Esther los resultados de su visita al hospital, y si deseaba conservar la autoestima, mejor era no seguir mintiendo. Aún le duraba la sensación de culpa derivada de la conversación que ambos mantuvieran a su vuelta de Lamu, en la que había contestado con evasivas a las preguntas de Esther sobre sus planes para regresar a Nueva York.

Al mismo tiempo, en la mesilla de noche de su habitación había un pequeño rectángulo de papel que le emplazaba a efectuar una llamada distinta. Si cerraba los ojos, la veía. A veces, al cruzarse con una mujer en

alguno de los corredores enmoquetados del hotel, creía reconocer el perfume de Aurora. O se sorprendía a sí mismo palpándose los labios para recuperar la presión dejada allí por los labios de ella. Todo en él clamaba por su proximidad, pero precisamente ese clamor era lo que le impedía llamarla. Por más que se repetía que aquello no podía ser sino una aventura, que los dos estaban casados y que en unos días él se iría de Nairobi para siempre, una voz insidiosa insistía en preguntar: ¿Y si no es una aventura?

Al otro lado del ventanal, una lluvia fina trataba en vano de lavar la superficie mugrienta del paisaje urbano y disipar la peste a gasolina mal quemada que solía flotar en el centro de la ciudad. Ngugi había asegurado a Víctor que, de junio a octubre, la piscina situada en la terraza del hotel rebosaba de bañistas que se bronceaban al sol. Pero enero apenas comenzaba, y las turistas que llegaban de la costa o de los parques nacionales revelando el esplendor de sus formas bajo un par de shorts o una camiseta ceñida, recurrían a los pantalones largos y al suéter tan pronto como deshacían las maletas. Sólo al caer la tarde aparecerían en los salones y bares del hotel las kenianas maquilladas y ondulantes en sus vestidos diminutos cuya presencia anunciaba que la caza nocturna podía empezar.

Víctor pasó el resto de la jornada ensimismado; incapaz de decidirse a efectuar una u otra llamada. Y el día siguiente, sábado, habría sido igual, si Federico no hubiese telefoneó para anunciarle que Manuela reclamaba su presencia en la comida familiar del domingo.

—Iré a recogerte hacia las once —concretó el amigo—. Así podrás jugar un rato con las niñas, que están deseando verte, y luego tomaremos el vermu sentados en el porche, como plantadores de café salidos de algún libro de la Blixen.

A Víctor se le ocurrió que Federico tal vez deseara calibrar los efectos que había tenido en él la estancia en Lamu, y en particular los de la compañía en que le había encontrado en su habitación del Hotel Peponi. Especuló con esa idea, y con las consecuencias anímicas de compartir el ambiente hogareño descrito por su amigo, mientras regaba el almuerzo tomado en el hotel con un buen vino sudafricano. Este, unido a la acción de los medicamentos, le condujo a una siesta de la que salió con resaca y sin ánimo para descolgar el teléfono y pedir la conferencia internacional.

Se quedó un buen rato bajo la ducha, sorprendido por la ausencia de escalofríos, y una vez despejado recordó haber visto cerca del hotel una

librería y varias tiendas donde buscar regalos para las niñas y sus padres. De pronto sentía necesidad de ampliar sus conocimientos sobre el país y la ciudad en que se hallaba.

El domingo amaneció soleado y con un aire que refrescaba los pulmones, pero aun así no fue un día fácil para Víctor. Las horas que pasó en la casa de arquitectura colonial ocupada por Federico y los suyos en la zona residencial de Karen —sólo al ver el monumento erigido a Denys Finch-Hutton en las cercanas Colinas Ngong entendió Víctor la alusión de su amigo a la Blixen— le afectaron más de lo que había imaginado. Los mimos de Nerea, la mayor de las niñas, le hicieron recordar la promesa incumplida de telefonear a su propia hija desde Lamu al comienzo del nuevo año. Pero sobre todo le afectó ser testigo de los esfuerzos de Manuela —muy atractiva en unos shorts y una blusa que realzaban su figura y con el pelo negro y lustroso recogido en un moño— por agradar a un Federico que, lejos de agradecerles, parecía abrumado por ellos. Eso confirmaba las tensiones matrimoniales que Víctor había creído percibir ya en Lamu, y al hacerlo le remitía a su propia situación.

De vuelta en el hotel, Víctor recurrió a los gintonics del night-club para capear otra noche de soledad y mala conciencia.

El lunes también amaneció despejado, y Víctor desayunó pronto y después telefoneó. Le pareció oír un suspiro cuando dijo su nombre.

—Creí que no ibas a llamar —le respondió la voz de Aurora.

—Pues ya ves que lo he hecho.

—Sí —dijo ella.

No supieron cómo seguir.

—¿Estás bien? —la oyó decir al fin—. ¿Qué piensan los del Nairobi Hospital?

—Sí, bien —confirmó Víctor—. ¿Podríamos vernos?

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—A la hora del almuerzo, si quieres.

—De acuerdo —se resignó—. Mañana a mediodía, entonces. ¿Dónde?

—No, hoy —le corrigió Aurora—. Dentro de un par de horas en tu hotel, si te parece bien.

Víctor reservó mesa en el *Jacaranda*, el pequeño restaurante decorado en tonos verdes y ocres que había en el primer piso del hotel. Se cambió de

ropa y estuvo ojeando el periódico que cada mañana echaban por debajo de su puerta, aunque luego, en el ascensor que le conducía al vestíbulo, no fue capaz de recordar uno solo de los titulares que había leído y eso le divirtió.

En el *Thorn Tree*, el café al aire libre anexo al hotel, había un público heterogéneo que disfrutaba del sol. Víctor se instaló en una de las pocas mesas libres y pidió un gintonic. Turistas y kenianos compartían aquel oasis asediado por el tráfico. Se fijó en que los turistas reclamaban impacientes la atención de los atareados camareros, en tanto que los kenianos bromeaban con ellos en actitud relajada y de ese modo conseguían ser atendidos primero. En el centro de la terraza, el árbol espino cuya copa sobrepasaba el cuarto piso del hotel y daba su nombre al café, lucía en el tronco abundantes mensajes clavados allí por turistas que buscaban amigos o compañeros de viaje perdidos. Sobre las mesas predominaba la fuerte cerveza keniana.

Cuando Aurora apareció en la entrada del café y Víctor se levantó para recibirla, sintió un temblor de piernas que nada tenía que ver con las secuelas de la malaria; el inconsciente le advertía del período de zozobra en que se embarcaba.

Se rozaron las mejillas evitando mirarse.

—¿Qué quieras tomar? —dijo Víctor cuando se hubieron sentado.

—Lo mismo que tú —respondió ella, posando el bolso sobre la mesa.

—Un gintonic, entonces.

—¡Ah, no! —se desdijo Aurora sin titubear—. Sólo tónica, por favor.

Víctor buscó con la mirada un camarero, consciente de que las manos de Aurora se movían inquietas sobre la mesa. Llevaba un traje de chaqueta claro y blusa cerrada que él relacionó con su trabajo en la oficina, lo mismo que la formalidad de su peinado y el ligero maquillaje.

—Tal vez tenías otros planes para hoy —dijo Aurora cuando sus ojos no pudieron seguir evitándose—, y sentiría haberlos alterado.

—En absoluto —protestó él—. ¿Qué te hace pensar eso?

—Por teléfono me pareció que titubeabas y temí que te sintieras acosado —sopesó ella cada palabra—. Estos días, al ver que no llamabas, he estado pensando en lo que ocurrió en Lamu y en cómo ocurrió. ¿Crees que fue un poco forzado por el ambiente?

—No, no lo creo. ¿Y tú?

—Primero lo creí, pero ahora no sé.

—¿No sabes?

—No estoy segura.

Víctor sintió que se tocaban con los ojos.

—Tenemos mesa en el *Jacaranda* y creo que ya es la hora —consiguió recordar—. Allí estaremos más tranquilos.

—Sí —dijo ella.

Víctor actuaba convencido de que, mientras almorzaban en el restaurante, hablarían de lo ocurrido en Lamu con la ligereza exigida por las reglas de la etiqueta social. Pero en el breve trayecto de la terraza hasta vestíbulo del hotel y el arranque de la escalera que conducía al *Jacaranda* descubrió que su cuerpo le traicionaba, buscando el contacto con el de Aurora.

—A menos que quieras tomar algo ligero —se oyó decir—. Podríamos pedirlo al servicio de habitaciones y charlar con mayor intimidad. ¿Qué te parece?

—Fabuloso.

En el ascensor se besaron con ansia.

—¡Hola, señor! —dijo ella cuando las puertas se abrieron y tuvieron que separarse.

—¡Hola, señora!

Aurora estuvo mirando por la ventana mientras Víctor anulaba la reserva del restaurante y encargaba unos sándwiches, y tan pronto como él terminó se aferraron uno al otro como naufragos, hasta que la llegada del camarero les obligó a separarse. Entonces ella se metió en el cuarto de baño y Víctor oyó correr el agua. Cuando el camarero se marchó, Aurora reapareció envuelta en una toalla, descalza y con el pelo húmedo. Les llevó mucho tiempo aquietar la tormenta que les poseyó tan pronto como volvieron a abrazarse.

—¿A qué hora tienes que volver a la oficina? —quiso saber Víctor en algún momento.

—No te preocupes, nos queda mucho tiempo —le aseguró ella.

Los sándwiches seguían intactos encima de la mesa donde los había dejado el camarero.

—Hay algo que te debo decir sobre mi situación matrimonial —anunció Aurora, apoyando su cuerpo desnudo en el de Víctor.

—¿Es necesario? —dijo él, al tiempo que posaba la mano sobre el pecho cálido de ella.

—Sí, quiero que lo sepas por mí y no por terceros, aunque algo habrás oído, ¿cierto?

—Algo me comentaron en *Le Mirage*, y en el vuelo de regreso os estuve observando.

—Ya lo noté. Y sabía que Manuela no podría resistir la tentación; somos uno de sus temas de conversación favoritos. ¿Sabe lo nuestro?

—No creo. Federico no es dado a hablar —buscó tranquilizarla Víctor—. Durante años compartimos actividades sobre las que era mejor no hacerlo.

—Sí, Sonia me dijo que sois buenos amigos —dijo Aurora—. Me alegro, aunque no me preocupaba por mí, sino por ti.

—¿Sonia y tú os conocéis?

—Compartimos despacho y somos amigas, sí.

Aurora rozó la mejilla de Víctor con los labios y, en voz queda, comenzó a contarle la historia de su fracaso matrimonial; la crónica de la derrota íntima que había coincidido en el tiempo con la sufrida junto a miles de compatriotas, en su pequeño país andino.

—Su fidelidad duró menos que nuestros sueños políticos —resumió el comportamiento del marido—. Apenas llevábamos dos años casados cuando acudió a la clínica para conocer a su hijo acompañado de una amiga. Digo una porque no creo que fuera la primera, y desde luego no fue la última.

Hablabía sin congoja, en el tono de quien ha razonado consigo misma los motivos de la peor traición. Sólo un par de veces se interrumpió para tomar aliento.

Así desgranó Aurora la crónica de sus primeros años de matrimonio y de su aprendizaje de la maternidad —«Mi hijo está con la abuela en nuestro país, decidiendo si quiere hacer allí el bachillerato»—, dijo. Y añadió que matrimonio y maternidad habían coincidido con el proyecto de una patria justa y solidaria, y habían fracasado mientras aquel proyecto era ahogado en sangre por militares manejados desde Washington.

—Cuando el niño pasó dos meses en el hospital al borde de la muerte, él no acudió a verlo siquiera una vez —dijo—. Ni solo ni acompañado.

Luego calló, sacudida por un temblor que sus cuerpos desnudos compartieron.

—Es cierto que entonces él tenía muchas responsabilidades políticas —dijo Aurora al cabo de un rato—. Por eso nada más triunfar el golpe militar desapareció.

—¿Quieres un poco de té? —propuso Víctor—. Debe estar frío, pero te ayudará.

—No, prefiero sentirte a mi lado.

Pasó una pierna sobre las de Víctor y con el brazo libre le atrajo más hacia ella.

—Fue un matrimonio tan fallido como el sueño de un socialismo democrático que tantas vidas costó —resumió Aurora.

Y luego Víctor escuchó su versión del viejo desastre, enriquecida con los detalles de la odisea personal. La salida del país conquistado por su propio ejército y el exilio en Berlín Oriental, «la Meca» de muchos de nosotros. Por eso el desencanto, cuando llegó, fue más doloroso”.

—En realidad me decepcioné enseguida —dijo Aurora—, pero me las arreglé para cerrar los ojos y aturdirme durante años con el trabajo cotidiano que realizaba en Berlín. Me decía a mí misma que las crónicas y boletines informativos que transmitíamos a mi país utilizando la onda corta contribuían a hacer más eficaz la acción de los que se habían quedado allí para seguir la lucha. Hasta que él reapareció.

Aurora hizo una pausa, colocó una mano sobre la de Víctor y presionó, haciéndole sentir los latidos de su corazón bajo el pecho abandonado.

Luego describió las circunstancias de la reaparición del marido. El reencuentro de ambos en el Berlín invernal, donde por un tiempo pareció que el calor de la pasión reavivada por años de alejamiento les haría renacer de las cenizas de los sueños defraudados.

—El niño fue el más insistente porque era el que más ganaba —explicó—. De la noche a la mañana, pasó de ser medio huérfano a tener un padre digno de admiración que le llevaba al cine y al fútbol, jugaba con él en el parque del barrio y le pedía ayuda con el idioma alemán.

Hacía rato que la luz del sol había dejado de entrar por la ventana y Víctor pensó en recuperar la colcha que yacía en el suelo, pero no se atrevió a romper el contacto de sus cuerpos.

—Pero muy pronto fue como si deseara recuperar los años perdidos en el encierro —dijo Aurora en el tono de quien, más que convencer, busca compartir un error—. O como si acostándose con cuantas alemanas se le ponían a tiro, quisiera resarcirse de una derrota por la que, al fin y al cabo, él había pagado un precio más alto que yo.

Víctor la apretó un poco más contra él, mientras la oía contar cómo una noche, después de una pelea por el carácter público de la promiscuidad del marido, resolvió acabar.

—Decidí que para rehacer mi vida, tenía que alejarme de quien me había engañado casi desde el principio —dijo Aurora—. Y también de aquel Berlín que me asfixiaba. Preparé durante meses la fuga del refugio convertido en prisión y de quien había hecho de su sacrificio una tela de araña en la que creía haberme atrapado de nuevo.

Víctor sintió deseos de poner fin a lo que oía; de cerrarle los labios con un beso. Pero no se atrevió.

—Mi error fue no entender que su autoestima era ya tan baja que, puesto a elegir entre enfrentarse solo a la dura realidad de la vida berlinesa o seguirme contra mi voluntad, optaría por lo segundo —la oyó resumir su vano intento de liberación.

Luego Aurora tomó aire, le miró con el rabillo del ojo y buscó sus labios antes de terminar.

—Se presentó en Nairobi y juró que no volvería a las andadas. Que nos necesitaba. Que haría lo que fuese para recuperarme. Y yo, tonta, pensé que tenía que darle otra oportunidad. El resultado ya lo has visto.

Víctor supo que debía guardar silencio, pero se oyó pronunciar las palabras que habría tenido que silenciar.

—¿Por qué no te separas de él? —dijo.

—Lo he intentado, créeme —llegó, rápida, la explicación de Aurora—. Pero él se niega a perder el estatus de marido consorte de una funcionaria internacional. Eso sí, me ha sugerido que busque un amante. Dice que entonces me demostraría que es más liberal que yo. ¿Entiendes ahora mis dudas sobre lo que sucedió en Lamu?

Víctor aceptó responder con los ojos de Aurora clavados en los suyos.

—Creo que sí —dijo.

Lo que siguió fue un entrelazamiento largo y cauteloso; con esa cautela instintiva que adoptan los cuerpos al sentir que se adentran en lo desconocido.

—¿Sabías que tus ojos cambian de color cuando te entusiasmas? —dijo Aurora una vez que recuperaron el aliento.

—No, no lo sabía. Será que no me suelo entusiasmar tanto —concedió él.

—¿Y tú? —cambió de tono—. ¿Qué va a pasar contigo? ¿Cuándo te vas?

Él no supo qué responder y se escabulló.

—Depende de los médicos —dijo—. Quieren hacer nuevos análisis. Una semana más, supongo.

Pero descubrió que ella no aceptaba dejarlo ahí.

—Sé que desde el principio has sido claro. No espero que rompas nada. Sólo que me digas si Lamu y hoy son producto de tu soledad circunstancial o de algo más.

—No lo sé. Y tampoco voy a hacerme el interesante. Lo mío es más vulgar. Una historia de rutina, tedio y desamor como hay tantas. Y no haber tenido el coraje de hacer tabla rasa en su momento, si quieres.

Víctor calló y ambos se estudiaron en silencio.

—Ven —dijo al fin Aurora, al tiempo que le apretaba contra ella—. Tenemos toda una semana.

Mucho después, con la habitación en penumbra, Víctor fue el primero en hablar.

—¿Comemos mañana? —propuso.

—Claro.

Así comenzaron sus almuerzos de amor en el hotel, celebrados a diario y en los que lo único que no hacían era almorzar. Porque si bien él se aseguraba cada día de que la bandeja con el servicio estuviera ya en la habitación cuando Aurora llegaba, en general permanecía sin tocar hasta que, entrada la tarde, ella partía de regreso a la oficina. Sólo entonces, apoyado en el quicio de la ventana y mirando a la gente que se apresuraba por Kimathi Street camino de casa, comía él los sándwiches y se bebía la cerveza.

Lo que sí hicieron durante esos días fue explorarse mutuamente, alternando un erotismo cada vez más desinhibido con el intercambio de confidencias que suelen reservarse para el psicoanalista. Así salieron a la luz embarazos involuntarios de cuya interrupción se había encargado el sistema de salud berlines y traumas infantiles debidos a un contacto excesivo con la muerte en el Madrid de posguerra. Un talento musical truncado por la irrupción del amor y anhelos literarios víctimas de la necesidad de combatir a la dictadura. El error de dedicar los años más fructíferos de la vida a una quimera adornada con las galas de la justicia social y la fraternidad.

Todo ello susurrado en las pausas entre abrazos que les dejaban con el cuerpo laxo y la conciencia de tener un cómplice con el que transgredir los límites. Pero también preocupados, como se confesarían mutuamente más tarde, ante la fuerza del torbellino que les atrapaba. Desconcertados por la

persistencia de un deseo que renacía febril y acuciante tras cada nuevo abrazo, impulsándoles a lamer, chupar o morder cada poro de piel, cada rincón erógeno, cada curva, cavidad o relieve hasta caer exhaustos. En esas tardes lentas y ensimismadas, Aurora abrió todas sus puertas al gozo de Víctor, al tiempo que multiplicaba sus caricias hasta llevarle al borde del colapso, mostrándole lo primitiva que había sido hasta entonces su idea del placer.

Si no estaban juntos, a Víctor le bastaba entrecerrar los ojos para verla descender del taxi que la traía de la oficina. Avanzar por los corredores enmoquetados. Arañar la puerta suavemente. Encerrarse en el baño tras un primer beso apresurado. Plantarse por último ante él para calmar con la humedad de su piel los ardores febriles de la suya. Cuando yacían desnudos, prefería dejar que fuese Aurora quien buceara en él, buscando descubrir en sus ojos y sus gestos el mismo asombro expectante que él detectaba en ella segundos antes del nuevo abrazo.

—¿Consigues concentrarte, en la oficina? —bromeó Víctor una de aquellas tardes, mientras ella se vestía para irse.

—Sólo si me pellizco a menudo, para cerciorarme de que estoy allí y no aquí, chupándote —dijo ella—. Por fortuna, Sonia me ayuda mucho con el trabajo.

—¿Cómo terminará esto?

—Nada bien; dentro de poco te irás.

La realidad se encargó de que Víctor y Aurora vivieran por adelantado lo que sería la separación. Al cabo de días sin noticias mutuas, Federico telefoneó a Víctor una mañana para invitarle al cóctel que se daba esa tarde de viernes en la sede de la Organización.

—Podrás conocer de una tacada a lo más granado de la fauna trashumante, pues la tradición exige que nadie falte a ese rito inicial de toda conferencia —dijo el amigo—. Y además, tendrás ocasión de ver a tu invitada del Peponi, que por fuerza ha de estar allí.

Víctor aceptó sin entusiasmo.

Aurora telefoneó poco después para anunciarle que ese día no podrían almorzar juntos y entonces Víctor mencionó la invitación de Federico.

—¡Fabuloso! —dijo ella—. Así estaremos juntos y verás el lugar donde trabajo.

—Allí estaré, con los ojos bien abiertos —trató de disimular él su decepción por el almuerzo perdido.

Pero el desencanto se evaporó tan pronto como Víctor descendió del taxi que le había llevado hasta Gigiri, donde se alzaba la sede africana de la Organización.

Federico le esperaba a la entrada, sonriente y con las gafas sin aros espejeando al sol. Una vez más actuó de cicerone, por el laberinto de edificios bajos y pasillos acristalados donde anidaban despachos, salas de reunión, galerías abiertas a jardines con flores de nombre desconocido y estanques de nenúfares junto a los que medraban el papiro y el bambú. Todo ello para ir a desembocar en la explanada de césped lustroso donde, contra el telón de fondo de flamboyanes y acacias africanas, dos centenares largos de diplomáticos y funcionarios internacionales rodeaban mesas repletas de bebidas y entremeses dispensados por camareros solemnes.

La luz de la tarde empezaba a declinar por un extremo del jardín.

—Bienvenido al circuito del cóctel party —definió el espectáculo Federico, al tiempo que le indicaba el corrillo donde estaba Manuela y ambos se dirigían hacia él.

Víctor reconoció a algunos compañeros de la fiesta de Lamu que le recibieron con gestos de complicidad, y llamaron su atención una española que nadie le habían presentado entonces, con su trenza dorada que le llegaba a las nalgas, y el keniano de figura atlética que era su marido. Aurora le había contado que la pareja se había conocido en España, cuando él estudiaba medicina en la universidad con una beca, y allí se habían casado.

—Leonor y Karioki —se los presentaba ahora Manuela—; la pareja interracial más famosa de Nairobi.

—No exageres, querida —reprochó la española, mientras realizaban el ritual del besuqueo de mejillas y la española aprovechaba para interrogarle —. ¿Te quedarás mucho tiempo entre nosotros?

—No, en unos días vuelvo a Nueva York —casi se excusó Víctor.

—Tú te lo pierdes, paisano —dijo ella, dedicándole una mirada coqueta—. Esta gente tiene mucho que enseñarnos; te lo digo yo.

Víctor besó más rostros femeninos, estrechó manos y fingió interesarse en los temas de conversación del grupo durante el tiempo necesario para poder alejarse de ellos sin parecer descortés.

—Voy a buscar un trago —anunció al fin, y se dirigió a una de las mesas en que se agolpaban los asistentes al cóctel con la esperanza de descubrir la figura de Aurora en medio de la concurrencia.

Le llevó un rato obtener una bebida, en pugna con caballeros agresivos y damas descotadas que buscaban lo mismo con rudeza poco diplomática. La palabra que más se oía era martini, y eso fue lo que Víctor recibió al fin sin proponérselo, cuando uno de los camareros le alargó una copa en la que flotaba una aceituna. Lo aceptó sin protestar y, vaso en mano, merodeó entre los grupos que conversaban sin cesar, notando en los pies la progresiva humedad de la hierba. Más allá de la pendiente suave a cuyo fondo estaba el lago que cerraba el recinto, unos chafarrinones cobrizos indicaban en el cielo el lugar por donde se hundía el sol. Víctor ya desesperaba de encontrar a Aurora, cuando la vio surgir ante él en compañía de su marido y de la holandesa. Tal vez ella le había divisado antes, porque fue la primera en reaccionar y encargarse de las presentaciones.

—¡Ah, sí!, el enfermo de malaria —le recibió Diego con un energético apretón de manos—. ¿Ya te has recuperado?

—Un poco —dijo Víctor.

Karina, más alta y esbelta que Aurora, sacudió la media melena castaño oscuro y entornó los párpados pintados de un verde a tono con un vestido que dejaba poco a la imaginación.

—Encantada —correspondió al saludo de Víctor evitando mirarle a los ojos.

—Si estás solo, únete a nosotros —le propuso Diego, atrapando por un brazo al camarero que pasaba con una bandeja repleta de martinis.

—En realidad, estoy con Federico y Manuela —dijo Víctor, esforzándose por mantener la mirada lejos del escote de Aurora—, pero los he perdido.

—¡Lástima! —lamentó el marido, al tiempo que, tras proveer a la holandesa y a sí mismo de sendos vasos llenos, dejaba ir al camarero.

—Te acompañó a buscarles —se ofreció Aurora—, quiero saludar a Manuela.

Avanzaron entre los corrillos evitando tocarse, hasta que la tensión forzó a Víctor a hablar.

—Hacen buena pareja —comentó.

—Sí, eso piensa la mayoría de la gente.

—¿Tan público es?

—Bastante.

—¿Podremos vernos mañana?

—No creo, mi hijo regresó anoche y necesitamos estar juntos.

—Claro.

Víctor sintió la mano de Aurora sobre la suya y, un segundo después, sin pensarlo, dijo algo que a él mismo le sorprendió.

—¿Habéis llegado a un acuerdo?

—¿Quién? ¿Sobre qué? —dijo Aurora.

—Tu marido y tú —insistió en herirla contra su voluntad—. Si os habéis puesto de acuerdo en que yo sea el cuarto en discordia.

Aurora se detuvo, soltó la mano de Víctor y le miró incrédula.

—¿De verdad piensas eso? —dijo con un temblor de voz.

Víctor habría querido dejar caer el vaso de martini y abrazarla, pero no lo hizo; no lograba entender de dónde salía el resentimiento que le había llevado a pronunciar esas palabras.

—Tú misma dijiste que te lo había propuesto, ¿no? —se obstinó.

—Ya veo —dijo Aurora—. Mejor nos sepáramos.

Y se fue, dejándole plantado con el vaso en la mano y la imagen de sus rasgos contraídos por la pena; las lámparas que se habían encendido poco antes se encargaron de hacérselo notar.

—¡Eh, colega!

La llamada de atención sacó a Víctor del desconcierto. Acompañado de un árabe que vestía a la manera de los saudíes, Alberto le dedicaba su parodia de sonrisa Hemingway, lo que le hizo pensar que había sido testigo de la escena con Aurora. Estrechó las manos de ambos.

—Me comenta su amigo que pertenece usted a la Secretaría de Nueva York y ha participado en el proceso electoral de Namibia —dijo el diplomático saudí.

—Así es —admitió Víctor, sintiéndose sopesado por la mirada del otro.

—¿Y qué piensa que ocurrirá allí a partir de ahora?

—Parece que las relaciones interétnicas son buenas —dijo Víctor, midiendo sus palabras—. Se diría que unos y otros quieren que el experimento salga bien. Los blancos son una minoría exigua pero muy poderosa. Convendría que la Namibia independiente contara con ellos. Sobre todo, por lo que el caso podría tener de modélico para Sudáfrica.

—Sí, eso indicaría que la sensatez ha llegado por fin a esa parte de África —convino el saudí—. Tal vez pueda comenzar la obra de

regeneración que el continente necesita.

—Sudáfrica no tardará en seguir la senda de Zimbabue y Namibia, ahora que la guerra fría toca a su fin —dijo Alberto—. La cuestión radica en saber quién dirigirá ese proceso de regeneración, ¿no les parece?

—Esperemos que sean los africanos —dijo el diplomático—. Cualquier otra cosa sería mantener las viejas estructuras colonialistas, por mucho que se disimule. África debe ser gobernada por los africanos, y Occidente haría bien en aceptar eso y las realidades que lo hacen necesario.

—¿A qué realidades se refiere? —se interesó Víctor.

—A las que supone la presencia abrumadora del Islam en todo el continente, por ejemplo —llegó de inmediato la respuesta.

Víctor vio que Sonia le hacía señas por encima del hombro del diplomático.

—¡Qué alegría, señor! —dijo besándole en la mejilla—. ¿Dónde te has metido todo este tiempo, además de ir a los médicos?

El saudí había arrugado el ceño ante la intromisión, y se excusó diciendo que iba a buscar bebida.

—En una de las mesas he visto coca-cola y zumo de frutas —dijo Alberto, a la vez que le acompañaba en la búsqueda.

Sonia dedicó a Víctor una sonrisa maliciosa. Seguía tan atractiva como la primera vez que la viera en Lamu, pensó él.

—Andan queriendo convencerle para que deje la Organización y se traslade a la Costa, a dirigir varios proyectos que tienen por allá.

—¿Quienes, los saudíes?

—Sí, les preocupa la presencia israelí en la zona de Mombasa, y quieren contrarrestarla.

—¿Y Alberto qué opina?

—Bueno, ya le oíste en Lamu. Cada día ve con mejores ojos la labor que los islamistas hacen entre los sectores más pobres —dijo. Y tras lanzar un suspiro, añadió—. Por lo demás, está harto de la ineeficacia de su trabajo aquí. Y asqueado también, por la corrupción.

—Podría ser más interesante para él, en lo profesional —dijo Víctor—. Y en el sector privado siempre tendrá mayor libertad.

—No sé qué tanto de privado ni de libre pueda tener trabajar con los saudíes por estas tierras —mostró su escepticismo Sonia.

Luego miró a Víctor a los ojos al tiempo que cambiaba de tema.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—Si te regresas a Nueva York o te quedarás más tiempo entre nosotros.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, he visto cómo os mirabais Aurora y tú hace un momento —dijo Sonia—. No querría sonar a entrometida, pero me parece que hay mucha corriente positiva entre ustedes dos —sugirió, antes de ponerse seria y añadir—. Seguramente no lo sabes, pero toda esta semana he andado tapándole las ausencias de la oficina. Se ha arriesgado mucho, en vísperas de la conferencia.

—Y claro, habéis hablado —dijo Víctor.

—No ha hecho falta —negó con la cabeza Sonia—. Basta con ver cómo ha cambiado.

Lanzó una mirada alrededor, antes de tomar del brazo a Víctor.

—Mira —dijo—, yo no sé cuál es tu situación en Nueva York, pero una cosa te digo: no me extrañaría verte de vuelta por acá no tardando mucho.

—¿Eso te parece?

—Sí, señor. Y otra cosa: Aurora es una mujer como pocas. El hombre que supiera estar a su altura y conservarla, se habría sacado el premio gordo.

—Está casada —dijo Víctor.

—Malcasada, y durante demasiado tiempo, en mi opinión —le corrigió ella—. Si quieras que te diga, es el único defecto que le encuentro: no ser capaz de largar a ese parásito. Pero creo que es porque aún no ha encontrado quien la motive para hacerlo.

Terminado el cóctel, Federico y Manuela ofrecieron a Víctor llevarle de vuelta al hotel, y tan pronto como se alejaron de Gigiri y su entorno, descubrieron que los barrios habitados por africanos estaban sumidos en la oscuridad. Nairobi sufría uno de sus frecuentes apagones, según le explicaron, y en las ventanas de las casas parpadeaban velas y lámparas de keroseno. En una rotonda de distribución del tráfico, hombres y mujeres dormían sobre el suelo de tierra en torno a una fogata.

—Andas muy perdido estos días —reprochó Manuela a Víctor cuando estaban a punto de separarse a la entrada del hotel, iluminado con normalidad lo mismo que el resto de los edificios céntricos—. Y esta noche has desaparecido nada más llegar. ¿A quién buscabas?

—A alguien con un tema de conversación más interesante que el nuestro —intervino Federico con una causticidad que sorprendió a Víctor—. Felices sueños, hermano —le deseó agitando una mano por la ventanilla al tiempo que ponía el vehículo en marcha.

El sábado amaneció nublado, y Víctor pasó el día en su habitación leyendo libros sobre Kenia y esperando una llamada telefónica que no llegó. Avanzada la tarde bajó al bar del hotel y se instaló en una mesa. Pequeños grupos de turistas discutían los safaris que iban a iniciar al día siguiente, y parejas de kenianos blancos de edad avanzada bebían güisqui con aire aburrido. Cuando vaciaba el segundo gintonic, Víctor consiguió razonar el malestar que le había estado carcomiendo durante la jornada: su vida basculaba y él no controlaba los sentimientos que podían inclinarla de un lado o de otro.

Se fue a dormir con dolor de cabeza y tuvo un sueño agitado.

El domingo se levantó temprano, desayunó y se echó a la calle sin pasar por su habitación a lavarse los dientes. Se dijo que necesitaba ver periódicos europeos recientes, pero en realidad huía tanto de otra jornada de espera inútil como de la posibilidad de que el teléfono sonara. Durante la noche había llovido, y el pavimento estaba cubierto de una pátina resbaladiza que obligaba a caminar con cuidado.

En las proximidades del Mercado Central, un edificio de arquitectura colonial británica con armazón de hierro, presenció un hecho que le turbó. Una docena de adolescentes, harapientos y descalzos, daban saltos y volteretas entre la basura acumulada en un solar, bebiendo con frecuencia el contenido de unas botellas de plástico. De vez en cuando, uno de ellos se acercaba a los espectadores y los miraba desafiante, para luego soltar una risotada e imprimir a su cuerpo enflaquecido un salto mortal que le devolvía junto a sus compañeros.

—Beben una mezcla de cerveza, diluyente y pegamento —dijo al lado de Víctor uno de los mirones, para ilustrar a la turista que le acompañaba—. Se mueren en poco tiempo.

Víctor se alejó de aquel espectáculo.

Esa parte de la ciudad, ruidosa y concurrida durante la semana, aparecía ahora semidesierta. Incluso la mezquita de *Jamia*, tan reluciente bajo el sol o la iluminación nocturna, estaba como difuminada por la humedad, con pequeños grupos de hombres conversando acuclillados en el

atrio que se extendía ante la cúpula y los minaretes. La tarde anterior Víctor había visto en la guía que cerca de allí estaban los Jardines *Jeevanjee*, mandados construir por un indio que se había enriquecido con la construcción del ferrocarril.

Tal vez en otra época los jardines fueran una isla de vegetación en medio de la ciudad, como aseguraba la guía, pero Víctor los encontró embarrados y con los setos y árboles desteñidos, como si el agua caída durante la noche no hubiera sido suficiente para librarlos del polvo de años. Un par de mendigos o borrachos dormían encogidos en sendos bancos. En una plazoleta descubrió la estatua insólitamente pequeña de la Reina Victoria erigida en 1906, según indicaba el pedestal; su piedra tenía manchas de verdín que le daban un aspecto sarnoso.

Frente a la salida del parque, Víctor subió a un autobús urbano que iba en dirección al Museo del Ferrocarril. Media docena de mujeres con cestos y varios hombres de apariencia cansada ocupaban los asientos delanteros, y Víctor se sentó a sus espaldas y se dedicó a observar el paisaje urbano. Poco antes de llegar a la parada en que debía descender, dos perros surgidos de pronto se pusieron a correr en paralelo al autobús ladrando furiosamente.

Ya en el Museo, ante a la antigüedad falseada de la locomotora que se había utilizado en el rodaje de *Memorias de África*, le vino a la mente otra metáfora de su situación: estaba habitando un espacio irreal —por mucho que en los mapas figurara con los nombres de Lamu, Nairobi o Kenia— situado entre dos tiempos concretos aunque inabarcables: ayer y mañana.

La sensación de desasosiego que esa idea le produjo, le llevó a vagar por calles semidesiertas, despreciando los consejos sobre seguridad que le habían dado en el hotel. Cuando sintió hambre, se metió en un local popular y, a la manera de los clientes de aspecto humilde que le rodeaban, tomó de pie ante el mostrador el té fuerte y el trozo de tarta de manzana que le sirvieron.

Luego anduvo callejeando sin preocuparse de mirar el plano, deteniéndose a admirar los pareos de colores fuertes y estampados exóticos que se vendían en las tiendas de telas indias, a observar a los chiquillos que se perseguían descalzos o a estudiar la arquitectura de alguna casa de madera decrepita que parecía remontarse a los primeros tiempos del Nairobi colonial.

Cuando por fin alcanzó el hotel, provisto de unos periódicos en inglés atrasados pero con fotografías de la caída del muro berlines, Ngugi le

entregó dos mensajes. Federico había telefoneado a media mañana y le pedía que devolviera la llamada, si le apetecía almorzar de nuevo con ellos. El otro era una nota del Nairobi Hospital en que se le informaba que los resultados de la última analítica eran óptimos y podía partir tan pronto como quisiera.

Ya en su habitación, encargó un sándwich de jamón y queso y una cerveza que consumió despacio, haciéndolos durar, mientras leía en los periódicos crónicas y reportajes sobre el derrumbe de la mitad del mundo con la que en otro tiempo se había identificado.

La mañana del lunes, mientras se afeitaba, su inconsciente afloró la síntesis del estado de ánimo que le embargaba: Vuelve a tu sitio. Haz lo que debes. Sé tú mismo, decía el mensaje.

Desayunó, fue a la agencia de viajes, y consiguió un pasaje de ida para Nueva York con escala y cambio de avión en Londres. Luego pasó por la librería vecina al hotel y compró libros para familia y amigos, consciente de estar haciendo tiempo. Ya era mediodía cuando en la recepción del hotel le aseguraron que no había recados para él. Subió a la habitación y telefoneó a Gigiri. La voz de mujer que respondió no era la que él esperaba ni tampoco la de Sonia, y se limitó a informarle de que Aurora había salido sin decir dónde iba ni si pensaba regresar.

La hora del almuerzo encontró a Víctor en la terraza del *Thorn Tree Café*, observando el ajetreo de los turistas y escuchando retazos de la conversación que mantenían sus vecinos de mesa kenianos, oficinistas en el cercano rascacielos a juzgar por sus comentarios.

Hacia las tres pidió cerveza y un sándwich de atún con aguacate. Una hora después se hizo servir un té. El turno de camareros cambió. Y durante todo ese tiempo Víctor se hartó de mirar el reloj y fue en varias ocasiones a la Recepción para preguntar si había mensajes para él. La tercera vez que lo hizo, decidió responder a la discreta curiosidad manifestada por el recepcionista —era el día libre de Ngugi— anunciando que dejaba el hotel al día siguiente y deseaba pagar la cuenta esa tarde. También decidió que llamaría a Federico para despedirse de él y justificar su silencio, y después telefonearía a Nueva York. No obstante, eso lo hizo más tarde. Antes aún pasó varias horas en la terraza del café, pendiente de la puerta en la que Aurora podía aparecer en cualquier momento.

Pero no apareció.

4

En marzo se cumplía algún aniversario, y Esther, aficionada a celebrarlos, se había asegurado de que lo pasarían haciendo algo fuera de lo común. Por eso ahora Víctor y ella asistían a una representación de *El Anillo de los Nibelungos* ofrecida en el sumuoso auditorio neoyorquino de Lincoln Center. Sobre el escenario, Sigfrido se debatía entre la fidelidad marital a una Crimilda incapaz de vislumbrar «las pasiones que se esconden tras la mirada ausente y el silencio perpetuo», según decía el libreto, y su deseo por Brunilda, la amante furiosa cuyos celos «serán el origen de la muerte del héroe». El espectáculo de ese combate interior librado a los sones operísticos de Wagner desasosegaba a Víctor, que sin embargo temía cerrar los ojos, pues entonces las imágenes grandilocuentes del mito ario serían sustituidas por las de su cuerpo y el de Aurora entrelazados.

Así al menos venía sucediendo desde su regreso de África.

Los dos meses posteriores a su vuelta los había pasado Víctor añorando las vivencias de Lamu y Nairobi con tal intensidad que su razón, como si temiera los efectos que esa añoranza podía tener en su equilibrio psíquico, se esforzaba por desacreditarlas. Lo cual no impedía que, en su ir y venir por la Manhattan invernal sembrada de carritos ambulantes que despedían un denso olor a repollo y salchichas recalentados, Víctor siguiera ideando formas de reencontrarse con Aurora.

No otro era el objeto de sus cavilaciones, cuando se sentaba a solas ante una taza de café en el Salón de Delegados. O mientras tomaba té con leche en la Cafetería de Personal, con la mirada puesta en las aguas del Río Este a su paso frente la sede de la Organización. O en su deambular por los corredores de aquella Babel de la intriga y la componenda donde estaba vendiendo años cruciales de su vida por unos miles de dólares. O cuando, instalado en la terraza del selecto complejo residencial donde vivía con otros funcionarios internacionales y *yuppies* nativos, intentaba concentrarse en la lectura de la revista de libros del *The New York Times*,

luchando contra la obsesiva necesidad de marcar un número de teléfono y escuchar al otro lado de la línea la voz que inundaba su cerebro de palabras ardientes.

El domingo que siguió a la velada operística, mientras Esther y él tomaban el desayuno-almuerzo en un restaurante bohemio de Lower Manhattan, Víctor mencionó por primera vez la posibilidad de irse a África por algún tiempo.

—El Secretario General insiste en que salgamos de la Sede y trabajemos en el mundo real —argumentó—, y creo que un cambio de aires y de paisaje vital no nos haría daño.

Esther le miró unos segundos, sin decidirse a beber de la taza que se había llevado a los labios.

—¿Hablas en serio? —dijo al fin, posándola sobre la mesa con cuidado—. ¿Me estás proponiendo que, ahora que he conseguido rehacer mi vida profesional mutilada por tu imperiosa necesidad de abandonar España y venir a Nueva York, tire por la borda otros diez años de esfuerzos y frustración para seguirte en una nueva aventura nada menos que a África? ¿No le bastan a tu Secretario General los meses que acabas de pasar allí con malaria incluida?

—Sabía que dirías eso —desoyó Víctor toda prudencia para seguir internándose en el campo de minas—, pero, piénsalo un poco. ¿Por qué no verlo como una nueva oportunidad para los tres? Al menos, sería un cambio de decorado, ya que no de guión.

—¿Quieres explicarme qué oportunidades ofrece África a una especialista en arte moderno occidental? —controló su tono de voz Esther ante la atención que les prestaban otros comensales—. Otra cosa. Creía que estábamos de acuerdo en que las prioridades de África son evitar que el hambre, la malaria o el SIDA acaben con la mitad de su población, y no veo dónde encaja ahí el arte moderno. Ni tampoco el interés que puede tener ese decorado, al menos para mí.

—Las prioridades siguen siendo las mismas, pero África no es solo eso. En Namibia y Kenia me fascinaron culturas de las que ni siquiera había oído hablar, y lo mismo podría sucederte a ti. Además, sería una estancia de sólo dos años. No sé, tal vez recuperáramos alicientes y un poco del viejo entusiasmo.

—Habla por ti —dijo Esther—. Yo no veo mas que a una mujer de cuarenta y cinco años que de nuevo tendría que buscar trabajo en Manhattan, al cabo de esa aventura africana. Lo siento, pero no.

Al tiempo que negaba, se puso en pie, echando la silla hacia atrás con un golpe de las corvas, y alzó la mano para atraer la atención de una camarera.

—Vamos, o llegaremos tarde a la inauguración de esa galería —zanjó ella el asunto.

La negativa de Esther fue tan rotunda, y tan cargado de razón su reproche por el nuevo sacrificio profesional que se le pedía, que Víctor decidió no volver a plantear la cuestión. En cambio se esforzó por reducir lo vivido en Kenia a lo que de hecho había sido: un espejismo, un *mirage* que con el tiempo se difuminaría hasta desaparecer.

Mientras esperaba que eso ocurriera, se volcó en la relación con la hija. Durante su ausencia, Claudia se había convertido en una adolescente imprevisible que pasaba de los accesos de egoísmo y tozudez más detestables, a estallidos de un amor filial que le dejaban sin aliento. Además, un día también ella podría reprocharle con razón el abandono de que la había hecho objeto en sus primeros años de vida, a causa de sus actividades de militante clandestino.

En el trabajo, se reincorporó al grupo de colegas con los que antes de ir a África solía compartir el café de media tarde y la tertulia a que daba lugar. Cierto que ahora la superficialidad con que se abordaban los temas de conversación le resultó doblemente insopportable, pero aun así persistió.

Los sábados acompañaba a Esther en su recorrido por las galerías de vanguardia o en la visita a la última exposición inaugurada en el Museo de Arte Moderno o en el Guguenhein, y las tardes de domingo solían pasarlas en un cine de Manhattan viendo alguna nueva genialidad de Woody Allen o, más raramente, una obra de teatro novedosa. Por lo general, fuera ululaba un viento helado que venía del Canadá.

En el terreno profesional, la reincorporación a sus tareas habituales había comportado para Víctor olvidar lo visto y lo vivido en Namibia y concentrarse en la labor de convertir en documentos tan solemnes como vacuos los compromisos alcanzados en tediosas negociaciones diplomáticas. En días dedicados de nuevo a navegar en automático por el erial de las discusiones sobre la semántica de tratados de desarme que nadie estaba dispuesto a firmar. A documentar incumplimientos de convenios concertados cuando el mundo aún se dividía en dos bloques. A hundirse en suma en una rutina de la que ni siquiera le rescataron los aromas y colores de la primavera que al fin se hizo presente en los desfiladeros de Manhattan. Así consiguió pensar cada vez menos en la

posibilidad de reorientar su vida que se le había ofrecido en un hotel de Nairobi. Incluso llegó a creerse a salvo.

Pero entonces ocurrió algo para lo que no se había preparado.

—Aurora me pidió que, antes de irme, te preguntara si tienes algún mensaje para ella —le anunció la colega llegada de Nairobi para participar en unas reuniones que se celebraban en la sede de la Organización—. Somos amigas y puedes confiar en mí.

Víctor estudió a la mujer que estaba sentada frente a él en Salón de Delegados, con los labios entreabiertos en una sonrisa cómplice. No recordaba haberla visto en Lamu o en Nairobi.

—No, verdaderamente no —dijo de manera maquinal.

—Comprendo que así, de repente... —acentuó su sonrisa la mensajera—. Pero la verdad es que, con tanta reunión, no me ha sido posible contactar antes contigo. Piénsalo, ¿quieres? Me voy pasado mañana, y cualquier cosa que deseas, yo estaría encantada. Me llamarás si cambias de parecer, ¿verdad?

—Desde luego.

Pero ya entonces sabía que no iba a hacerlo, aunque en ese momento no habría podido explicar el porqué. Aunque hubo de pasar todo el día siguiente, y el fin de semana que vino a continuación, antes de que le fuera posible decidir que había reaccionado así porque estaba molesto con Aurora. Molesto por el hecho de que, tras desaparecer durante los dos días finales que él había pasado en Nairobi, hubiera confiado el secreto de la intimidad que les unía a una persona para él desconocida. ¿Qué pretendía Aurora, obrando así?

Siguió dándole vueltas al asunto durante los diez días que tardó en llegar la Semana Santa. Y si bien ya antes lo presintió, sólo ahora, mientras conducía por la recta de asfalto interminable que les llevaba hacia el chalet de Long Island donde iban a pasar el largo fin de semana de vacaciones, acabó por admitir que su negativa se había debido a otro motivo: el miedo.

—¿En qué piensas, que no has abierto la boca desde que salimos de Manhattan? —quiso saber Esther, enderezándose en el asiento que ocupaba a su lado.

El cielo estaba cubierto y llevaban la calefacción del coche encendida.

—Es verdad, papá, no dices nada —se lamentó a su vez la hija, saliendo también de la somnolencia y apartándose el pelo que le cubría la

cara—. ¿Ves, como tenía razón en no querer venir? Estaría mejor en Manhattan, con mis amigas.

—Sobre todo, con tu nuevo amigo —precisó Esther.

—También con él, sí, ¿qué tiene de malo? —pasó Claudia del aburrimiento a la beligerancia.

—No pasa nada —se apresuró Víctor a mediar—. Se trata de hacer algo juntos estos días, ya que no pudimos hacerlo en Navidad.

—No por culpa nuestra —se dolió la hija—. Y si lo que vamos a hacer juntos es aburrirnos ...

—Tenemos un día de excursión en el mar —dijo Víctor—. Tú tienes un par de clases de equitación, y el tiempo va a mejorar, así que podremos pasear por la playa.

—Déjalo —intervino Esther—. El caso es protestar.

Esther había insistido en que debían de llevar a la hija con ellos a Long Island. Y aunque se negó a darle detalles, Víctor la notó preocupada por el carácter que empezaba a tomar la relación de Claudia con uno de sus compañeros de instituto; un puertorriqueño de piel oscura y cuerpo atlético al que Víctor había visto jugar muy bien al baloncesto.

Sí, recuperó Víctor el hilo de sus pensamientos, su reacción a la oferta de la amiga de Aurora se había debido al miedo. No al malestar por la ligereza con que el vínculo existente entre ellos se había revelado, sino al temor de que la voz que en Nairobi le había insinuado que cuanto estaba sucediendo podía ser algo más que una aventura, acabara por tener razón. Miedo a actuar de una forma que le hiciera perder la confianza y el cariño de la adolescente que ahora le miraba con el ceño fruncido.

Después de comer, mientras madre e hija iban al picadero de *French Cove* a concretar los detalles de las clases reservadas para el viernes y sábado, Víctor estuvo caminando por la playa que se extendía ante el chalet alquilado para la Semana Santa. El Atlántico reflejaba el gris de las nubes que cubrían el cielo de Long Island, y cuando Víctor metió los pies descalzos en el agua fría y espumosa de la orilla, el mecanismo de superposición de imágenes que venía operando en él desde hacía meses le devolvió a la noche de Lamu. Frente a la superficie gris del Atlántico, entornó los ojos y trató de conjurar las risas y gritos bautismales con que los invitados de Madame habían festejado en *Le Mirage* la entrada del nuevo decenio.

Volvió a ver cómo Alberto, en su papel de Hemingway, levantaba del agua a una Sonia de desnudez turbadora. Escuchó los gritos histéricos de

Manuela, feliz de acaparar por fin la atención de un Federico que parecía estar siempre en otra parte. Se esforzó por recuperar el tono de voz de Aurora en el breve diálogo que entonces habían mantenido, y el esfuerzo le produjo un escalofrío que le llevó a escapar del contacto con el agua, lo mismo que había escapado aquella noche, y regresar al chalet en busca de algo caliente que beber.

Más tarde, cuando Esther y Claudia estuvieron de vuelta, adujo haberse destemplado para no acompañarlas en su paseo por la playa. En cambio, se instaló con un libro en el porche acristalado y observó de lejos cómo madre e hija gesticulaban y se enfrentaban en su ir y venir, Supuso que discutían por la insistencia de la madre en alejar a Claudia de su nuevo amigo, y se le ocurrió que tal vez esa no fuera la única razón que había impulsado a Esther a obrar así. Quizás también estuviera utilizando a Claudia para eludir la tensión que de otro modo habría surgido entre ellos dos.

Tras la cena, Claudia se encerró a hablar por teléfono con las amigas, y Víctor intentó concentrarse en la lectura de un informe sobre la situación de la libertad de culto y la práctica de las creencias religiosas en el mundo. El grupo de expertos al que le habían asignado se iba a ocupar del tema a la vuelta de las vacaciones, y Víctor tendría que hacer una presentación de los hechos acorde con la objetividad que se esperaba de los funcionarios de la Secretaría. A veces apartaba la vista del documento para observar a Esther, que leía revistas de arte instalada en el sofá en la posición del loto aprendida en sus clases de yoga semanales. En un par de ocasiones fue él quien se sintió observado, pero no consiguió que sus miradas se encontraran. Aunque se obligó a seguir leyendo y haciendo anotaciones al margen del informe, el espesamiento del silencio que le separaba de Esther acabó por resultar insopportable, y decidió que para superarlo era necesario cambiar de decorado.

—Creo que me voy a la cama —anunció poniéndose en pie—.
¿Vienes?

—No, aún quiero leer un rato —dijo Esther.

Alargó cuanto pudo el aseo nocturno, y una vez instalado en el lecho abrió una novela policiaca para mantenerse despierto y apagó la luz de la habitación, dejando encendida sólo la lámpara de lectura de la mesilla de noche. Leía con la espalda apoyada contra el cabecero de la cama, y así vio aparecer al fin a Esther en el umbral del dormitorio, y también el gesto de contrariedad que por un instante se dibujó en su cara.

Después, cuando ella hubo acabado de quitarse el maquillaje y salió del cuarto de baño con un camisón largo de algodón que revelaba su figura al trasluz, hizo un comentario elogioso de la prenda.

—Es el regalo navideño de Claudia —dijo Esther.

—Pues te favorece.

—¿Tú crees? —mantuvo el tono distante ella.

Y no varió de actitud en lo que siguió, por más que Víctor dilató los juegos preliminares del amor buscando prolongar el abrazo y conseguir que el orgasmo fuera simultáneo. De manera que cuando Esther emitió el sollozo entrecortado con que solía anunciar su culminación, no tuvo la certeza de que ella lo hubiera conseguido realmente. Lo cual no era nada nuevo, se dijo mientras buscaba la postura más adecuada para conciliar el sueño cuanto antes.

El resto de las vacaciones fueron por el estilo. El sábado no se produjo la mejoría del tiempo con que los meteorólogos habían especulado, y la excursión para avistar cachalotes se convirtió en un bamboleo incesante del pequeño barco, rociado por ráfagas de espuma que les obligaron a permanecer en la cabina panorámica bebiendo sidra caliente e intercambiando observaciones falsamente animosas con otros pasajeros. A mediodía un marinero anunció la presencia de cetáceos a estribor, y hubo una pequeña estampida de excursionistas hacia el costado derecho de la embarcación. Aunque se esforzó, Víctor no consiguió distinguir, entre las crestas y los senos que se alternaban en la masa de agua gris, las siluetas de las criaturas marinas que el patrón y sus ayudantes insistían en señalar. Lo mismo les ocurrió a Esther y Claudia.

Cuando descendieron del barco, la excursión que Víctor había contratado con el propósito de que revivir experiencias similares propiciase un acercamiento entre Claudia y él había derivado en un motivo más de malestar.

—Os dije que mis amigas me advirtieron del mal tiempo que hace aquí por estas fechas —protestó Claudia mientras se instalaban en el interior cálido del coche para volver al chalet—. Pero no me hicisteis caso.

Esther no tuvo mejor suerte con su propuesta de asar bolas de masa dulce en el fuego de la chimenea, mientras la lluvia velaba los cristales de las ventanas y aceleraba la llegada de la oscuridad.

—No querrás que me atiborre de calorías, después de pasar la mañana sentada bebiendo coca-cola y de los trotecitos ridículos de esta tarde, ¿verdad? —rechazó la oferta Claudia.

Los paseos a caballo con que Esther había intentando vencer la resistencia de la hija a abandonar Manhattan y sus discotecas también se habían frustrado en gran medida a causa de la lluvia continua. Incluso en la breve partida de *scrabble* que Víctor consiguió armar antes de que Claudia se encerrara de nuevo para comentar su aburrimiento con las amigas, le pareció que la hija utilizaba las fichas más para formar palabras mordaces —como *tedio* o *prejuicios*— que para obtener puntos.

Más tarde, mientras Esther y él se ocupaban de los platos de la cena, Víctor tuvo clara conciencia de que bastaría una palabra suya para que estallara el enfrentamiento verbal que pendía sobre ellos, y optó por refugiarse en el silencio.

Sí, es miedo, acabó por reconocer un par de horas después, de pie en la penumbra del porche y con una copa de coñac en la mano. Miedo a perder el cariño y la admiración de esa niña a la que llevaba a pasear por el Retiro. A estropear lo único que hasta ahora estaba haciendo bien. Eso es lo que me pasa.

«Eliminación de todas las formas de intolerancia religiosa. —*La Asamblea General*,» comenzó a escribir Víctor, sentado ante el ordenador en su despacho, «... *Reafirmando* que la discriminación por motivos de religión o creencias constituye una afrenta a la dignidad humana y una negación de los principios de la Carta de las Naciones Unidas,»...

Esa mañana, entre las circulares internas apiladas en su bandeja de correo profesional, había visto la vacante anunciada por la sede de la Organización en Nairobi para funcionarios de su especialidad.

«... *Alarmada* por las graves manifestaciones de intolerancia y de discriminación por motivos de religión o creencias,» siguió trabajando en el texto, «entre las que se incluyen actos de violencia, intimidación y coerción motivados por la intolerancia religiosa, que se producen en muchas partes del mundo y amenazan el disfrute de los derechos humanos y de las libertades fundamentales,»....

Después del café de las once, había acudido al Departamento de Personal y había pedido un formulario de solicitud de la vacante.

—Seducido por África, ¿eh? —había bromeado la joven funcionaria etíope, al tiempo que le entregaba la solicitud.

«... *Profundamente preocupada* porque, según ha informado el Relator Especial, entre los derechos violados por motivos religiosos se encuentran

el derecho a la vida, el derecho a la integridad física y a la libertad y seguridad de la persona, el derecho a la libertad de expresión, el derecho a no ser sometido a tortura u otros tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes...», continuó escribiendo Víctor.

Había estudiado la solicitud de vacante mientras almorzaba a solas en un rincón de la cafetería, al abrigo de compañeros de comida imprevistos, y luego había paseado por los jardines que rodeaban la sede internacional. Allí, con la brisa del Río Este en la cara, había sentido cómo se abría en su interior un agujero negro. Cómo se adueñaba de él un estado de fatalismo que, de vuelta en su despacho, le había llevado a cumplimentar el formulario de manera automática y sin titubeos.

«... *Insta además* a los Estados a que, de conformidad con las normas internacionales de derechos humanos, tomen las providencias necesarias para impedir tales manifestaciones, adopten todas las medidas apropiadas para luchar contra el odio, la intolerancia y los actos de violencia, intimidación y coerción motivados por la intolerancia religiosa, y para fomentar la comprensión, la tolerancia y el respeto en lo relativo a la libertad de religión o creencias, por medio del sistema de enseñanza y otros medios».

Cerró el documento, apagó el ordenador y, yendo hasta la ventana, se puso a mirar la ancha cinta líquida del río, donde en ese momento aterrizaba un pequeño hidroavión destinado al turismo. No, por ahora no diría nada a Esther. Ni tampoco se lo haría saber a Aurora.

Desde el regreso de Long Island, Aurora había comenzado a aparecersele de nuevo en los momentos más inesperados. Una tarde, mientras tomaba notas para el acta que reflejaría las intervenciones de los delegados de los distintos países que habían intervenido en la reunión del Comité de Libertad Religiosa, levantó la cabeza y la vio sentada entre los representantes de Uzbekistán y Vanuatu, sonriéndole con la mezcla de malicia y complicidad que acostumbraba a lucir cuando salía del cuarto de baño del hotel envuelta en una toalla y con el pelo húmedo, lista para uno de sus almuerzos de amor. Otro día su pulso enloqueció cuando creyó reconocer a Aurora en la mujer que caminaba unos pasos por delante, en el corredor de acceso a la sala de sesiones del Consejo de Seguridad: su mismo pelo y peinado, idénticas caderas, piernas y manera de andar. Estaba a punto de decir su nombre en voz alta cuando la mujer volvió la cabeza. Por esas mismas fechas, la vio también entrar y salir de varias boutiques del centro de Manhattan. Subirse a un autobús en la Quinta

Avenida, frente a la Biblioteca Pública. Inclinarse para buscar algo en una bolsa con el nombre de unos grandes almacenes.

Así estuvo viviendo hasta que, convocado por la secretaria etíope mediante una llamada, se entrevistó con el jefe de personal y este le informó de que su nombre era el primero entre los seleccionados para cubrir la vacante de Nairobi.

La conversación fue un puro trámite.

—De acuerdo —concluyó el funcionario ruso que dirigía la sección—. Puesto que aún le interesa el nuevo destino, mi secretaria le entregará la documentación relativa al traslado.

Era el viernes diecisiete de mayo, y esa tarde, camino de las cuatro torres idénticas y muy próximas a la sede de la Organización donde Esther, Claudia y él vivían desde su llegada a Nueva York, Víctor descubrió que los cerezos que bordeaban la Primera Avenida y algunas calles adyacentes estaban en flor.

Nueve días después, la terraza colectiva del complejo residencial estaba muy concurrida por hombres y mujeres que se bronceaban al sol de un mes de mayo insólitamente caluroso para Manhattan. Era domingo y Víctor, instalado junto a Esther en uno de los pequeños cubículos que brindaban intimidad a los residentes, contemplaba pensativo el espectáculo de los hidroaviones que aterrizaban en la cercana marina turística, trayendo de vuelta a la ciudad a parejas o grupos de amigos que habían pasado el fin de semana en las playas de Fire Island. Llevaba un largo rato buscando la mejor manera de iniciar la conversación que preparaba mentalmente desde que le comunicaran la fecha de su partida para el nuevo destino en Nairobi.

—El jueves me llamaron de personal —dijo por fin, comenzando precisamente como había decidido que menos le convenía hacerlo.

—¿Y? —giró ella la cabeza, mirándole desde detrás de las gafas oscuras que la protegían del sol.

—Me dieron la fecha de partida.

—¡Vaya!

No podía ver los ojos de su mujer, ocultos por las gafas. Sobre su labio superior, cubierto de crema bronceadora como el resto del cuerpo, se le habían formado unas gotas de sudor.

—Mañana tengo que decirles si vamos a viajar los tres o solo yo.

—Creía que eso ya estaba claro —se irguió un poco Esther en la toalla sobre la que estaba tendida, apoyándose en el codo del brazo derecho—. ¿Por cuánto tiempo vas, finalmente?

—Dos años, en principio, aunque insisten en que lo deseable serían cuatro, si me aclimato bien.

—Lo harás.

—No estoy tan seguro.

—Pues yo sí, y creo que algo te conozco —acabó de incorporarse Esther hasta quedar sentada frente a él—. Cuatro años son el bachillerato íntegro de Claudia, ¿lo has considerado? En octubre cumple los quince, si te acuerdas.

—Sí —dijo Víctor—, y sigo pensando que podría ser una experiencia muy positiva para ella.

—Ya sé que lo piensas, pero yo no —dijo Esther—. Y además, creo que haces mal en engañarte. Está claro que no sólo quieres cambiar de escenario y de forma de vida, como dices, sino también de circunstancias familiares.

El sudor obligó a Víctor a despojarse del gorro con que se protegía del sol.

Habían hablado del tema cuando él anunció que su petición de traslado había sido aceptada, y ya entonces Esther se había negado en redondo a permitir que las perspectivas universitarias de la hija fueran sacrificadas a sus inquietudes viajeras. Sí, esos eran los términos que había empleado: inquietudes viajeras.

—Por eso insisto en que deberíamos divorciarnos —continuó con su razonamiento Esther, una vez que hubo terminado de ponerse la blusa sobre el biquini, pasándola por la cabeza sin quitarse las gafas.

No quiere que le vea los ojos, pensó Víctor.

—Sobre eso ya estábamos de acuerdo, ¿no? —dijo él.

—Sí, pero entonces, los dos años no llevaban ese en principio del que ahora hablas —recalcó ella las dos palabras—. Y no creo que después de cuatro años las cosas puedan volver a ser como antes.

—¿No crees o no quieres creerlo? —dijo Víctor—. Ya te he dicho que mi compromiso es por dos años.

—Y yo que te engañas sólo a ti mismo, porque a mí, no —respondió ella. Había terminado de ponerse los shorts y empezó a doblar la toalla, para meterla en la bolsa de mano—. ¿Cuál es la fecha?, si puede saberse.

—El quince de agosto —dijo Víctor, incapaz de moverse a su vez—. Calculan dos semanas para la instalación, y el uno de septiembre he de estar en mi puesto en Nairobi.

—Entonces quiero que te vayas —dijo Esther—. Es demasiado tiempo. Ninguno de los tres necesitamos dos meses y medio de tensión.

—¿Y dónde quieres que vaya? —dijo Víctor, alarmado por la idea de que Esther quisiera separarle de Claudia.

—Eso es asunto tuyo —se quebró la voz de Esther—. A un hotel o donde te dé la gana.

Habló mientras se calzaba las sandalias sin sentarse, para no quedar de nuevo frente a él, y por un segundo perdió el equilibrio y se le cayeron las gafas de sol. Víctor vio que tenía los ojos húmedos.

—La semana que viene se lo dices a Claudia y luego te vas —añadió, recuperando las gafas con ademán brusco—. Si quieras, puedes esperar hasta el fin de semana para decírselo, como has hecho conmigo.

Luego cogió la bolsa y se alejó, camino de la puerta de acceso a la torre donde vivían.

Fue uno de los comienzos de verano más calurosos que se recordaban en Manhattan, y la gente caminaba por las calles procurando mantenerse lo más lejos posible de los chorros de vapor calientes que los aparatos de aire acondicionado de edificios y tiendas lanzaban al exterior. En junio se alcanzaron ya los treinta y cuatro grados.

En las dos conversaciones que siguieron a la mantenida en la terraza del complejo residencial, Víctor logró convencer a Esther de que renunciara a su exigencia de verle fuera del hogar familiar lo antes posible, si bien ella insistió a cambio en una separación de bienes ante notario de la que salía claramente beneficiada. Víctor concluyó que su mujer se había asesorado con algún abogado, pero renunció a hacer otro tanto, decidido a evitar cuanto pudiera poner en peligro la posibilidad de permanecer junto a su hija hasta el último día.

En lo que Esther no cedió fue en su exigencia de que, en el plazo de una semana, él explicara a Claudia los motivos de la nueva situación.

—¿No es mucho tiempo, dos años? —reaccionó la hija, tras escuchar las explicaciones de Víctor.

—Podrás ir a verme cuando quieras. Creo que Kenia te gustaría —propuso él, pensando ya en el futuro.

Era a primera hora del sábado por la tarde, y los dos estaban sentados en la escalinata que llevaba de la plaza interior del complejo a la verja que impedía acceder a este desde el agua. El tráfico de hidroaviones turísticos y deportivos era muy intenso, y los ágiles aparatos se posaban sobre las tranquilas aguas de la ría o alzaban el vuelo desde ellas, dejando una estela de espuma blanca tras de sí.

—¿Y mamá?

—También, si quiere.

—¿Por qué no iba a querer?

—No lo sé. Bueno, sí —se obligó a no fingir Víctor—. No le gusta la idea de ir a África.

—A mí tampoco, en realidad.

Más tarde, en el ascensor que les llevaba de vuelta al penúltimo piso de la torre, Víctor habló de la posibilidad de mantener frecuentes conversaciones telefónicas para que los dos años se hicieran más cortos.

—Sí, como la última vez —manifestó la hija el resentimiento que Víctor había detectado en ella desde su regreso de África, debido a su promesa incumplida de telefonear el día de fin de año.

—Podrás llamarme tú siempre que lo deseas, a cobro revertido —dijo.

—Eres tú quien se va.

A finales de julio el calor aumentó, favorecido por una humedad pegajosa que dificultaba la respiración. Con todo, lo peor llegó en agosto, cuando hubo días en que la calina resultaba asfixiante, obligando a la gente a permanecer en los espacios refrigerados.

Víctor vivió esos meses de pesadilla general sumido en su particular estado de zozobra. Las reuniones especiales que la sede internacional acogía cada verano parecían haber aumentado, y el personal cuyo cometido era atenderlas, y entre el que se contaba él, vio prolongada la duración de sus jornadas laborales. Esto le benefició, pues a menudo significaba volver a casa cuando Esther y Claudia ya habían cenado y la hija estaba encerrada en su cuarto, hablando por teléfono o estudiando, y Esther parecía enfrascada en alguna lectura profesional. Él comía en silencio, privado de la coartada de unos noticiarios de televisión que por lo general hacía ya horas que se habían emitido, y poco después se echaba a la calle, tras anunciar que iba a dar un paseo.

En eso, al menos, no mentía. En plena ola de calor, Víctor aturdió su mala conciencia con largas caminatas nocturnas que le llevaban a recorrer el laberinto caliginoso y húmedo en que se había convertido el paisaje

urbano de Washington Square, el Village y Tribeka. Ese era el mundo que los tres habían explorado en los primeros tiempos de su instalación en Manhattan, y cada esquina, plaza o calle tenía adherido un fragmento de los recuerdos compartidos con Claudia y Esther que, Víctor lo supo ya entonces, poblarían más de uno de sus insomnios futuros.

En su deambular, Víctor descubrió que ese año, tal vez debido a que el calor prolongaba la permanencia de la gente en las calles, se había puesto de moda que negros y latinos celebraran combates de boxeo a mano desnuda en Washington Square. Los pugilatos comenzaban pasada la media noche y transcurrían en un cuadrilátero pintado en el suelo, con árbitro, cruce de apuestas y bolsa para el ganador incluidos. Víctor solía identificarse con los boxeadores negros, tal vez porque le recordaban lo visto y vivido en Kenia y Namibia, y apostaba por ellos incluso cuando resultaba evidente que el púgil blanco era muy superior. Luego sentía como propios tanto los golpes que asestaba su favorito como los que encajaba, relacionando las alternativas del combate con las incógnitas de un futuro cada día más próximo y esforzándose por no ver la derrota de su patrocinado como un vaticinio de la suya propia. Una noche, mientras contemplaba el combate entre un negro y un hispano cuyas fuerzas y habilidades eran tan similares que, incapaces de derrotarse uno al otro, buscaban cada cual el cuerpo del adversario para apoyarse en él y evitar derrumbarse, se le ocurrió que aquel par de sonados que procuraban no hacerse más daño del necesario, eran un buen símil de lo que sucedía entre Esther y él.

Terminados los pugilatos, el calor le hacía buscar el alivio de la cerveza fría en alguna terraza improvisada sobre las aceras mugrientas del Soho. Y casi siempre, antes de volver a casa para encontrar a Esther y Claudia dormidas con el aire acondicionado puesto, concluía su peregrinar expiatorio apurando uno de los güisquis dobles que servían en un garito irlandés de la Calle Catorce, a eso de las tres de la madrugada.

La mañana en que por fin subió al taxi que le conduciría al Aeropuerto Kennedy, Esther llevaba ya tres horas trabajando en la oficina y Claudia debía ir por su segunda actividad matutina, en la colonia donde pasaba las vacaciones de verano.

5

—No, señor, Ngugi no está. Hoy es su día libre —respondió el recepcionista a Víctor—. Pero le ha reservado un cuarto tranquilo en el último piso, como usted pidió.

Víctor acusó el desencanto que le producía la ausencia del eficaz Ngugi, única persona, además de Federico, a quien había comunicado el día y la hora de su llegada a Nairobi. Tampoco el amigo había acudido a recibirlle en el aeropuerto Jomo Kenyatta, y mientras el ascensor le conducía a la sexta planta del hotel, se dijo que su nueva etapa nairobita comenzaba como había terminado la anterior: en la más completa soledad.

La decepción aumentó al ver lo que iba a ser su hogar provisional.

—Todas las habitaciones de este piso acaban de ser renovadas —le informó el mozo que empujaba el carrito con su equipaje, antes de abrir la puerta y de hacerse a un lado para dejarle pasar.

No mentía. El aparato del aire acondicionado era nuevo y silencioso; el cuarto de baño al que Víctor se asomó estaba recién alicatado y ostentaba un espejo de cuerpo entero, y la cama era ancha y parecía cómoda. Pero la única ventana de la habitación daba sobre Mama Ngira Street y Moi Avenue, a esa hora ya tardía del sábado repletas de automóviles y *matatus* colectivos que soltaban densos chorros de humo negro, encajonados entre las modernas torres de veinte pisos y los edificios oficiales heredados de la colonia británica.

Tan pronto como se libró del mozo, Víctor desconectó el aire acondicionado; los veinticinco grados y la humedad de Nairobi resultaban primaverales, comparados con la canícula que había dominando Nueva York a finales de agosto. Luego fue al baño y se refrescó brazos y cara, antes de cambiarse de ropa, y a continuación pidió al servicio de habitaciones una botella de vino blanco frío. Después se acercó de nuevo a la ventana y estuvo observando el tráfico con los ojos entornados, hasta que la llegada del camarero que traía el vino le sacó de la contemplación. Descorchó la botella, paladeó el líquido de sabor frutal, y por fin puso

manos a la obra de deshacer las maletas y distribuir sus pertenencias por cajones y perchas.

Cuando, al filo de las diez de la noche, terminó de organizarse y se tendió en la cama dispuesto a recuperar las horas de sueño perdidas en el largo viaje de Nueva York a Nairobi, había llegado a la conclusión de que adaptarse a la nueva realidad le iba a llevar más tiempo de lo previsto.

—¡Vaya! ¡Así que era verdad que estabas aquí! —exclamó el Federico sonriente que apareció de improviso ante Víctor.

Se abrazaron y el recién llegado se instaló a la mesa que Víctor ocupaba en la terraza del hotel. La llegada del amigo sin anunciarse le había sorprendido cavilando. Pensaba en cuál sería la reacción de Aurora, después de su fría acogida del mensaje que ella le mandara con la colega que visitaba Nueva York. Y a eso había que añadir los ocho meses de silencio que habían seguido al último encuentro de ambos.

—Siento no haber ido a esperarte —decía Federico—, pero Manuela habría insistido en acompañarme. Hoy me ha pedido que te invitara a comer. Creo que tiene planes para ti.

El camarero apareció ante ellos y Víctor le encargó una ronda de cerveza. Luego observó a Federico, que se había quitado los lentes sin aros y procedía a limpiarlos con una servilleta, en un gesto que le era característico. Nada más calárselos de nuevo, el amigo soltó un silbido de admiración.

—¡Qué envidia me das, hermano! —comentó paseando la mirada por las bañistas que se bronzeaban alrededor de la piscina en el centro de la azotea. Varias de ellas se habían desprendido de la parte superior del bikini y exponían los pechos al sol.

—Serás bienvenido siempre que quieras —dijo Víctor.

Mientras hablaba no dejó de estudiar al amigo, a quien encontraba más extrovertido que en diciembre y en quien creyó percibir cierto entusiasmo. Se lo dijo así a Federico y él le confirmó su impresión.

—Tiene que ver con el tiempo que pasé este verano en el norte, levantando campamentos de acogida para los refugiados somalíes —dijo—. Creo que pronto volveré allí.

—Algo se habló sobre eso en Nueva York —se esforzó en recordar Víctor—. Fugitivos de los combates entre exmarxistas y musulmanes armados por Washington, ¿no?

—El nuevo orden mundial —se encogió de hombros Federico—. Pero me sentí útil por primera vez en mucho tiempo, plantando tiendas y cavando fosas sépticas.

—¿No hay peligro, en esa parte del país?

—No más que en otras. Todo el norte de Kenia va camino de convertirse en un enorme campo de refugiados.

—Me refería a la malaria —dijo Víctor—. ¿Sigues sin creer en la utilidad de la medicación preventiva?

—Sigo —dijo el amigo—, pero en esa zona ni siquiera es necesario tomarla. Estuve en Ariya, cerca de la planicie pedregosa de Sigiso, y allí apenas hay mosquitos. Por cierto, ¿cómo van tus secuelas?

—Soportables. Solo un poco de fiebre cuando me agoto. Pero por nada del mundo querría repetir la experiencia. Ni se la recomiendo a nadie.

El camarero dejó sobre la mesa dos botellas oscuras rezumantes de humedad.

—Yo tengo fama de descuidar la salud y la seguridad, cuando trabajo sobre el terreno —pareció considerar necesario explicarse Federico, al tiempo que se servía cerveza—. Lo oirás comentar cualquier día de estos. Pero las cosas no son tan sencillas. En este país, nunca lo son.

Se llevó el vaso a los labios y Víctor le imitó. En ese momento, una joven de pelo corto rizado y piel de un negro resplandeciente, dejó la tumbona donde yacía, fue hasta el borde de la piscina, y probó con la punta del pie la temperatura del agua. Al parecer satisfecha, retrocedió unos pasos, tomó impulso y, tras breve carrera, saltó, describiendo un arco en el aire antes de sumergirse. Los dos se miraron y Federico levantó su vaso, en un brindis silencioso al que Víctor correspondió.

—¿Decías que Manuela tiene planes para mí? —volvió sobre lo dicho por el amigo.

—Eso temo —asintió Federico, mientras se ajustaba los lentes sobre el caballete de la nariz—. Al saber que venías, estuvo mirando casas en alquiler en Karen y quiere hablarte de ello. Le gustaría tenerte de vecino, y piensa que el trato con las niñas te hará la situación más llevadera al principio. No entiende que hayas venido solo.

—Y tú, ¿qué piensas? —dijo Víctor.

—Creo que, en el fondo, espera que seas una buena influencia para mí. Siempre te ha tenido por sensato.

—Me refiero al hecho de que haya venido solo.

—Tus razones tendrás, ¿no?

—Esó pensaba... Y a vosotros, ¿cómo os va?

—Atravesamos un período de fatiga matrimonial, supongo.

—Siempre que no derive en estrés posmarital. —Dijo Víctor.

La nadadora negra terminó de cruzar la piscina y, renunciando a emplear la escalerilla, se apoyó en ambas manos, flexionó los brazos, y salió del agua sin esfuerzo. Su cuerpo fino y armonioso espejeaba por obra del sol y la humedad.

—¿Es tu caso? —quiso saber Federico.

—Podría serlo. No estoy seguro.

—¿Quién lo está, en esas cosas? —se enderezó en el asiento Federico, para seguir con la mirada la figura de la nadadora, que volvía con paso grácil a la tumbona—. En cuanto a mí, creo que me ronda la crisis de los cuarenta. ¿Algún consejo útil?

—No. Yo voy para los cuarenta y cinco y aún no he salido de ella.

Se miraron y rieron por lo bajo.

—Salud —adelantó el vaso Federico.

Cuando terminó de beber, se limpió los labios con el dorso de la mano y dijo:

—Entonces, no vienes a comer, ¿verdad?

—Necesito pensar —dijo Víctor—, prepararme para Gigiri.

—Desde luego —convino el amigo—. Ahora que se agotó el tema del comunismo, en Gigiri la línea divisoria comienza a estar entre occidentales e islamistas. Conviene ir con cuidado, para que no te encasillen en uno u otro bando.

—¿Te ha ocurrido a ti?

—No, pensaba en Alberto.

—¿Cómo le va, al arquitecto?

—Bien —sacudió la cabeza Federico—, sabe nadar en toda clase de aguas. Aunque, en opinión de algunos, empieza a parecer demasiado próximo a ciertos diplomáticos árabes.

Víctor se incorporó a sus funciones en la época de mayor actividad de Gigiri.

—Como recién llegado, te corresponden las sesiones vespertinas —le anunció el jefe del servicio de conferencias.

Eso le obligó a centrar la atención en el complejo mecanismo que regía el trabajo de los plenarios, grupos de expertos y comités de redacción,

amenazado siempre por un caos cuya ordenación correspondía a funcionarios como él. Cuando cayó en la cuenta, el reencuentro con Gigiri, tan largamente imaginado en Manhattan, se había frustrado.

Empezaba a trabajar a las tres de la tarde y, si todo iba bien, concluía a las diez de la noche. En esencia, su labor seguía siendo preparar las reuniones de delegados y técnicos y levantar acta de lo que en ellas se acordaba. Pero los temas tratados eran distintos de los que solían abordarse en Nueva York. En vez de tediosas cuestiones políticas, militares o presupuestarias, ahora los problemas eran cómo suministrar agua potable, alimentos, medicinas y cobijo a millares de refugiados. Y aunque a menudo el origen de esos problemas eran los conflictos interétnicos o las crisis humanitarias derivadas de ellos, la labor de poner de acuerdo a los diplomáticos resultaba un poco menos ardua.

A las siete de la tarde, las reuniones se suspendían para que delegados y funcionarios repusieran fuerzas en la cafetería. Y fue a esa hora del jueves, mientras buscaba una mesa donde instalarse con el café y la porción de tarta, cuando Víctor descubrió a Aurora sentada en un extremo del local. No estaba sola. Sus miradas se encontraron. Víctor no supo qué hacer, salvo aferrar la bandeja para que la taza dejara de temblar y esgrimir la sonrisa congraciadora que desde la niñez acudía en su ayuda en caso de confusión. Cuando se sobrepuso, avanzó al encuentro de Aurora.

Sonia fue la primera en hablar.

—¡Eh, por fin se manifiesta, el esperado! —dijo al tiempo que se incorporaba a medias para recibir en la mejilla el beso de Víctor.

Él repitió la operación con Aurora, que permanecía muda e inmóvil. Sus labios no se tocaron. Víctor había puesto la bandeja entre las dos mujeres, sin saber junto a cuál de ellas sentarse. De nuevo fue Sonia quien acudió en su ayuda, haciéndole sitio.

—Imaginaba este momento de muchas maneras, che —dijo tocando con el codo el costado de Víctor—, pero no así. Se te ve fenómeno, de modo que no pregunto qué fue de la malaria. ¿Verdad que tiene buen aspecto, Aurora?

—Sí —dijo aquella con voz sorda.

—Me incorporé el lunes, pero he estado tan ocupado que... —comenzó a decir Víctor.

—No te molestes, todos llevamos semanas de trabajo agotador —le interrumpió Sonia—. Hoy mismo estaremos acá hasta las tantas de la noche.

—Tenemos que ultimar un informe sobre los refugiados del norte para que el plenario de mañana lo apruebe —se sumó Aurora a la conversación.

—Algo he oído —dijo Víctor.

—Bueno, chicos, yo me voy, que el ordenador se enfriá —anunció la argentina mientras se ponía en pie. Apagó el cigarrillo que estaba fumando y, dirigiéndose a Aurora, añadió—. Vosotros tendréis cosas de que hablar, así es que yo acabo de preparar las conclusiones, y mañana temprano les damos una leída juntas, ¿de acuerdo?

Aurora asintió con la cabeza, y Sonia se despidió de Víctor tocándole en el hombro.

—Chao, colega, y no te hagas tanto de desear.

Víctor la siguió con la mirada, retrasando el momento en que sus ojos tendrían que encontrarse con los de Aurora. Cuando la argentina hubo desaparecido, agarró la taza y se la llevó a los labios. El café estaba frío y amargo. La tarta no le apetecía.

—Llegué el sábado —dijo por fin.

—Lo sé —respondió Aurora—. Federico me lo había anunciado. ¿Te alojas con ellos?

—No, estoy en el mismo hotel.

Ahora fue ella quien se llevó a los labios el vaso mediado de zumo. Víctor reparó en que las manos de Aurora eran más grandes y fuertes que las suyas. Las de alguien acostumbrada a sujetar el timón en aguas revueltas, pensó. O a tocar la guitarra.

—En Nueva York no fue fácil —dijo—. Y una vez aquí, entre instalarme y orientarme, se me fueron los días.

—Claro —aceptó ella, dejando el vaso en la mesa.

La cafetería se vaciaba de gente. Tengo que volver, pensó Víctor, al tiempo que una súbita oleada de deseo le aceleraba el pulso y le hacía apartar la mirada de Aurora. La fijó en la delgada cortina de agua que descendía por la pared de cristal y, más allá, en la explanada donde había tenido lugar el cóctel que les había separado, ocho meses antes. Al ir a coger de nuevo la taza, su mano encontró la de ella.

—¡Hola, señor! —decía Aurora.

—Te he echado de menos.

Apoyaron los brazos en la mesa y entrelazaron los dedos, mirándose.

—Tengo que volver a la reunión —dijo al poco Víctor.

—Yo también —asintió Aurora—. Sonia es un sol, pero me necesita en el despacho.

Se levantaron y quedaron inmóviles frente a frente, indecisos.

—¿Quieres que almorcemos juntos mañana? —dijo Víctor mientras echaban a andar hacia la salida de la cafetería.

—Sí.

—¿En mi hotel?

—Claro.

Con su sonrisa siempre a punto y su eficacia discreta, Ngugi se convirtió en cómplice esencial para que los almuerzos de amor que Víctor y Aurora reanudaron al día siguiente, no causaran estragos irreparables en el equilibrio nervioso o profesional de la pareja.

Las citas de los amantes obedecieron desde el principio al ritmo febril impuesto por el deseo y por la disparidad de sus horarios de trabajo. Sus encuentros eran una serie continua de enlazamientos que les dejaban rendidos. En sus meses de espera neoyorquinos, Víctor había fantaseado sobre las variantes eróticas que exploraría con Aurora, si alguna vez regresaba a Nairobi. Y la complicidad con que ella respondía a sus apremios o tomaba la iniciativa, le convenció de que tampoco la imaginación de ella había estado ociosa durante ese tiempo.

Llegaba sofocada y se desnudaba a toda prisa ante el espejo del cuarto de baño, cuyas proporciones le arrancaron exclamaciones de júbilo la primera vez que lo vio. Se metía bajo la ducha y, sin secarse apenas, se abrazaba a él rezumando gotas de agua, con un ansia que a Víctor le dejaba a menudo sin aliento.

—¡Ay, que se desmaya mi amor! — fingía alarmarse Aurora.

Pero también ella jadeaba, mientras los dos esperaban tendidos bocarriba que su respiración se calmara.

—¿Por qué te fuiste? —le susurró ella al oído, al cabo de uno de aquellos abrazos—. Si intentas volver a dejarme, te mato.

Él se preguntó si debía tomarlo como una declaración de amor.

Yacían de costado en la cama, acoplados uno al otro en posición fetal, y Víctor sentía en la nuca la respiración entrecortada de Aurora, cuyos pechos se apretaban contra su espalda. La cama, que resultó tan cómplice como Víctor había pensado que sería, fue de hecho el único elemento de la nueva etapa amorosa que varió. Los restantes aspectos funcionales se ajustaron al guión establecido ya en enero. Así, a diario, él volvió a encargar al servicio de habitaciones unos sándwiches y cervezas para dos

que ahora sabía que sólo él iba a consumir por la noche, de regreso de Gigiri. A mediodía ninguno de los dos almorzaba, fiando a sus energías declinantes la tarea de mantenerles en pie y activos durante el resto de la jornada.

La alternativa era peor, pues cuando el azar del calendario de reuniones les permitía coincidir en la cafetería poco después de haberse incorporado a las tareas vespertinas en Gigiri, la corriente erótica que les fusionara en el hotel volvía a apoderarse de ellos. Así, empozado cada uno en los ojos del otro, con las rodillas tocándose por debajo de la mesa y las tazas de café y las empanadas de compota olvidadas, reanudaban un diálogo erótico tanto más intenso cuanto imposible de plasmar en actos. El tiempo dejaba de existir para ellos, en su enlazamiento hecho de miradas hipnóticas, rozamiento de manos y labios palpitantes de deseo, a mitad de camino entre la sonrisa cómplice y el rictus de ansiedad.

Los dos eran conscientes de que, en lo profesional, actuaban fiados a la rutina, más que al análisis de los problemas que tenían que tratar. Y en eso Víctor era el más vulnerable, al estar bajo el escrutinio de sus nuevos jefes y de los participantes en las reuniones a él encomendadas.

Entonces intervino Ngugi.

Después, Víctor pensó que el conserje debía de haber llegado pronto a la conclusión de que Aurora y él no lograrían superar sin ayuda el ritmo loco de su vida amorosa. Un día que irrumpieron en el vestíbulo al filo de las tres de la tarde, todavía ocupados en ordenarse la ropa con gestos desmadejados, Ngugi levantó una mano e indicó a Víctor que se acercara.

—El taxi gris que hay frente a la entrada es para ustedes —le anunció—. El chófer ya sabe dónde van y les llevará lo más rápido posible.

—Es un taxi de la flota presidencial —explicó Aurora a Víctor cuando estuvieron sentados en el espacioso vehículo—. Moi ordenó comprar un centenar de ellos en Londres hace un par de años, con fondos de la ayuda internacional para el desarrollo, y los explota en beneficio propio.

Víctor dio las gracias en silencio a Ngugi y al presidente keniano, harto de jugarse la vida en la lucha que el decrepito *escarabajo* verde conducido por Aurora libraba cada tarde contra el belicoso tráfico nairobita, en el intento de llegar a Gigiri antes de que les echaran en falta.

Una de aquellas tardes, mientras sus piernas y las de Aurora compartían temblores aún no aquietados bajo la mesa de la cafetería, Víctor se encontró pensando ¿Es esto es lo que quiero? ¿He llegado al fin a casa? No supo qué contestarse, y por la noche, antes de conciliar el sueño,

pactó consigo mismo no volver a hacerse preguntas. Concéntrate en vivirlo, concluyó.

La intervención de Ngugi —quien veló igualmente por que uno de los taxis presidenciales recogiera diariamente a Aurora en Gigiri al término de las reuniones matutinas para llevarla al hotel—, permitió a la pareja mantener el ritmo de sus encuentros hasta que, mediado el mes de octubre, la actividad en la sede de la Organización volvió a su ritmo normal.

Debió ser por entonces cuando, en uno de sus viajes de vuelta a Gigiri, Víctor descubrió que al otro lado de la ventanilla del taxi Nairobi parecía haberse llenado de jacarandas en flor. Los árboles que hasta entonces bordeaban anónimos calles y avenidas, se le mostraron de pronto resplandecientes, con su carga de pequeños racimos de flores violáceas.

—¿Por qué sonrías? —quiso saber Aurora, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Parece que me ha cambiado la mirada —dijo él.

—Será que te has enamorado.

—A lo mejor esta ciudad hace milagros.

—¿Aún lo dudabas?

Otro efecto de la disminución del trabajo en Gigiri fue que los horarios de ambos se igualaron, con lo que pudieron aprovechar los frecuentes cócteles para permanecer más tiempo juntos.

—Aunque sea en público y vestidos, se lamentó un día Víctor con humor.

Los cócteles le facilitaron el acceso al mundo de diplomáticos y funcionarios residentes y le familiarizaron con los usos y costumbres que lo regían, para lo que contó con la ayuda de Sonia y Federico. Además, en las reuniones sociales que tenían lugar en los salones de Gigiri o sobre el césped de sus jardines, Víctor reencontró a varios asistentes a la fiesta de fin de año celebrada en *Le Mirage*.

Fue en uno de esos cócteles donde oyó hablar por primera vez de los trashumantes.

—El nombre se le ocurrió a Alberto —le reveló Federico—. Somos docena y media, y el único requisito de admisión es ser expatriado y participar en la ronda de cenas que se organizan en los domicilios respectivos. La próxima será en nuestra casa dentro de dos domingos, y

harás bien en acudir dispuesto a escuchar los reproches de Manuela, que no te perdona la tardanza en comparecer.

Cuando llegó ese día, entre los conocidos que Víctor descubrió junto a las mesas del bufé instalado en el jardín desde el que se veían las colinas de Ngong estaban Alberto y Sonia; Alfredo y su mujer, Elena; Jordi y Tina, y Aurora con su marido y la holandesa. También le presentaron a Peter, un escocés casado con la pelirroja que atraía las atenciones de Federico en la fiesta de Lamu. Algo más tarde llegaron el exdiplomático, que no ocultó su contrariedad por el hecho de que Víctor no recordara su nombre, y la descendiente de los incas que suplía con perlas de gran tamaño la pobreza de su busto.

Los reproches de Manuela le llegaron a Víctor en forma de un comentario que la anfitriona hizo aprovechando que ambos estaban en la cocina, sin más compañía que la del cocinero nativo que abastecía el bufé.

—Había un par de casas muy bonitas y con alquileres razonables, cerca de aquí —comenzó Manuela—. Hablé con los agentes inmobiliarios y aceptaron esperar tu visita, cuando les dije que eras funcionario de la Organización y acababas de llegar de Nueva York. Pero, claro, eso fue hace dos meses.

—Te lo agradezco —eludió el tema Víctor.

—Podríamos ser vecinos, y estoy segura de que cualquiera de ellas te gustaría —insistió la anfitriona—. Son ideales para un hombre solo, y parece que no piensas traerte a la familia.

Ante el gesto vago de Víctor, que por toda respuesta alzó en el aire el par de botellas de vino que había acudido a buscar y se dirigió a la puerta de la cocina, Manuela elevó el tono de voz:

—Cuando Federico me confirmó que por fin te dejarías ver hoy, le pedí que te preguntara si estabas interesado, antes de molestar de nuevo a los agentes, pero aún no sé si lo hizo.

—Algo me comentó —exculpó Víctor a su amigo—. Pero creo que me voy a tomar un tiempo antes de meterme en esos líos. Ya hablaremos. Ahora déjame llevarles este vino, si no quieres que lo reclamen a gritos.

Víctor sólo exageraba a medias. En el jardín iluminado por un sol que comenzaba a ocultarse tras la colina donde estaba el monumento al protagonista de «*Memorias de África*», los invitados que hablaban en corrillos habían elevado el tono de voz.

—Pues a mí me parece de un idealismo simplista, esperar que la Organización resuelva en unos meses conflictos que enfrentan a esos energúmenos desde hace varios siglos —oyó decir Víctor a uno de los trashumantes reunidos en torno a la mesa sobre la que depositó las botellas de vino.

Quien hablaba era Peter, que parecía polemizar con un Federico plantado ante él con gesto agrio. El corro lo formaban Alberto, Alfredo, la pareja Jordi y Tina, y Pamela, la pelirroja casada con el escocés. A unos pasos de distancia, Sonia, Aurora, el marido de esta y la holandesa asistían a la discusión sin intervenir.

—Conflictos que el colonialismo europeo, y en especial el británico, no hizo nada por superar —respondió Federico al escocés—. Más bien los agravó.

Hizo una pausa, para beber del vino que Víctor acababa de servirle, y añadió:

—Además, yo no hablo de solucionar conflictos territoriales o religiosos, sino de evitar que millares de mujeres y niños mueran de hambre, mientras los hombres se matan por pedregales desérticos que no merecen ni una gota de sangre.

A Federico se le quebró la voz y tuvo que dejar de hablar para tomar aliento.

Desde los días ya lejanos de la común militancia antifranquista, Víctor no había vuelto a ver a su amigo tan excitado.

—Y mientras, aquí estamos nosotros, dándonos la gran vida a costa de la Organización y bailándoles el agua a los representantes de los países que la financian —retomó Federico la palabra.

—Mala conciencia de revolucionarios fracasados —dictaminó el escocés—. Yo hago mi trabajo lo mejor que puedo. Me gano el sueldo. Si quisiera hacer política, estaría en el Foreign Office y no en la Organización.

—¡Qué revolucionarios fracasados ni qué hostias! —estalló Federico—. Yo hablo de gente hambrienta y que se muere de sed, mientras aquí discutimos.

—En todo caso, los revolucionarios serían los somalíes, ¿no? —intervino, socarrón, Alfredo—. Los etíopes siempre han sido los meapilas de África.

—¿Meapilas? —pareció perder el hilo el escocés.

—Beatos —le aclaró Jordi, con oficiosidad fingida—. Más papistas que el Papa, para que lo entiendas.

—¡Ah! —dijo Peter.

—Incluso en su etapa marxista quisieron serlo —añadió Alfredo—. Una especie de polpotismo africano, apoyado por La Habana.

Federico pareció optar por el silencio. Se había quitado los lentes con brusquedad y limpiaba los cristales con una servilleta de papel.

Víctor sintió deseos de acudir en ayuda del amigo, pero temió meterse en una polémica cuyos antecedentes desconocía.

El que intervino fue Alberto.

—Que yo recuerde, James Bruce fue un escocés protestante que actuó como un déspota, mientras decía buscar las fuentes del Nilo en Etiopía para mayor gloria de su graciosa majestad —dijo el arquitecto con una ironía tranquila que contrastaba con la vehemencia de Federico—. Y en cuanto a la Organización, cualquiera que haya trabajado seis meses en ella dará fe del control anglosajón que la caracteriza.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —volvió a parecer confundido el escocés.

—Quiere decir que la mentalidad blanca, anglosajona y protestante sigue dominando, lo cual explica muchas de las actuaciones de la Organización —continuó el arquitecto, rascándose la barba a lo Hemingway mientras hablaba—. Y también, que ya va siendo hora de que las cosas cambien.

—Oye, anfitrión, ¿podríamos dejar de arreglar el mundo por un rato y dedicar el resto de la tarde a pasarlo bien?

El autor de la observación era Diego, el marido de Aurora, que observaba a los que discutían con gesto burlón y vaso en mano.

Sus palabras pusieron fin a la polémica.

Víctor siguió con la mirada a Federico, mientras desaparecía en el interior de la vivienda. Al poco empezó a sonar un ritmo latino que brotaba de pequeños altavoces colgados en el porche.

Además de relajar el ambiente, la música ofreció a Víctor la oportunidad de acercarse a Aurora que había estado buscando desde el inicio de la velada. Mientras la mayoría de los trashumantes se instalaban en torno a las mesas del bufé y alzaban la voz para seguir conversando, los dos amantes se unieron a las parejas que, siguiendo la iniciativa de Diego y

la holandesa, comenzaron a evolucionar por el espacio con suelo de cemento que se extendía ante del porche.

Aurora tomó la iniciativa, tan pronto como vio que su marido abría el baile con la holandesa.

—Ven, vamos a bailar —propuso a Víctor.

—No se me da muy bien.

—Ni falta que hace. Estos ritmos dejan margen para la improvisación.

Pronto la cadencia musical se hizo más lenta y les permitió enlazarse. Mientras evolucionaban, Víctor observó que la discusión entre Federico y el escocés, azuzados por Jordi y Alfredo, iba a más. Sonia había apartado a Alberto del corrillo sacándolo a bailar. En la pista improvisada, el antiguo diplomático y la peruana eran con mucho los mejores bailarines.

—Manuela desaprueba lo nuestro —dijo Aurora aludiendo a la anfitriona, que estaba en el porche atenta a las necesidades de los invitados.

—¿Qué te hace pensar lo?

—No hay más que ver cómo nos mira. Sobre todo a ti.

—Es porque hace un momento me ha hecho una proposición y la he rechazado.

—¿Por deshonesta? — fingió alarmarse Aurora.

—Por maternal.

—Me parece que te ha salido una mamá un poco incestuosa.

—Le preocupa que siga viviendo en un hotel.

—Pues a mí me encanta que lo hagas. Sólo con cerrar los ojos, veo determinada habitación y su cama.

Víctor la habría apretado contra él, pero la proximidad del marido, que bailaba con la holandesa, le inhibía.

Una exclamación de cólera procedente de la mesa donde continuaba la polémica y un estrépito de vasos que se rompián, hizo que las parejas dejaran de bailar. La música cesó. Víctor miró al porche y descubrió que Manuela había desaparecido. Volvió la vista y vio que Federico se apartaba del corrillo bajo la mirada irónica de Alfredo, mientras Jordi y Peter intercambiaban lo que le pareció un gesto de triunfo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó al amigo cuando pasó junto a ellos camino del interior de la casa.

—Nada. Que no soporto a esos cínicos —dijo Federico sin detenerse —. Seguid bailando. Sólo faltaba que nos jodan la reunión.

Como si Manuela hubiera escuchado su deseo, la música volvió a sonar. La pelirroja mujer de Peter fue hasta el escocés y, tomándolo de la mano, le arrastró hacia la zona de baile.

Aurora y Víctor apenas habían dado unos pasos cuando Diego apareció a su lado.

—¿Me devuelves un momento a mi mujer? —dijo, tomando del brazo a Víctor para que dejara de bailar—. Conviene que cambiemos de pareja, o mañana seréis la comidilla de todo Gigiri.

Víctor se apartó, al notar que Aurora miraba furiosa a su marido.

La holandesa bailaba con Alberto, y Sonia se había unido al grupo de mirones formado por Jordi, Alfredo y sus respectivas mujeres. Víctor se acercó a ellos, deseoso de saber qué había motivado la cólera de Federico.

—Se pone insoportable —decía en ese momento Alfredo, en lo que Víctor entendió como una alusión a su amigo—, con esos aires de propagandista de la fe. Parece que nunca crecerá.

Víctor notó que los ojos de Sonia se clavaban en él. Se sirvió medio vaso de vino y se lo llevó a los labios.

—Les pasa a muchos que cambiaron el catecismo Vaticano por el de Moscú —apoyó Jordi la observación de Alfredo, con una mueca de petulancia en los labios.

Víctor apuró el vino de un trago y dejó el vaso sobre la mesa.

—Vamos a bailar —dijo Sonia, tomándole del brazo.

Mientras se acercaban a la pista, la argentina añadió:

—No vale la pena. La Organización está llena de tipos así.

Cuando las dos parejas se acercaron siguiendo las evoluciones del baile, Víctor vio que Aurora y Sonia cruzaban una sonrisa cómplice.

—He visto cómo os separaba ese gigoló —dijo Sonia, con un movimiento de cabeza en dirección a Diego.

Y ante el silencio de Víctor, añadió:

—No quiero entrometerme, pero la situación doméstica de Aurora se hace insostenible.

—Tenía la impresión de que lo es desde hace ya tiempo —dijo Víctor.

—Todo lo que puede empeorar, empeora; ya sabes.

A pesar del baile y de la animación forzada de algunos, la velada no llegó a normalizarse, y no pasó mucho tiempo antes de que comenzara el desfile de invitados. El exdiplomático y la peruana fueron los primeros en partir.

—Parece que quieren llegar aún a tiempo de participar en otro sarao más animado —comentó Jordi, que en ese momento se hallaba en el grupo formado por Sonia, Aurora y Víctor a un lado de la pista de baile improvisada.

—Siempre le han puesto nervioso los debates políticos —dijo Aurora
—. Debe ser un reflejo de sus días de diplomático.

—Maderas preciosas, diría yo —añadió el catalán—. Según he oído, esta noche hay un ágape de la asociación de exportadores.

—Eres un calumniador —dijo Sonia—. ¿Por qué no unos trashumantes que hacen honor a las normas del club?

—Y tú una falsa ingenua —se defendió el otro—. ¿Cuándo se ha visto que el exdiplomático de apellido ilustre diera puntada sin hilo?

Tres horas después, tumbado en su cama y con las manos bajo la nuca, Víctor aún le daba vueltas a lo dicho por Sonia.

Llamaron a la puerta.

La Aurora que le miró a los ojos desde el otro lado del umbral, tenía un gesto de seriedad que Víctor sólo le había visto en otra ocasión: la noche en que él mismo la ofendiera sobre el césped de los jardines de Gigiri.

—¡Hola, señor! —dijo ella, sin hacer nada por cruzar el umbral.

Víctor extendió los brazos, atrayéndola hacia él, cerró la puerta sin dejar de abrazarla, y respondió al beso que Aurora le ofrecía.

Más tarde, desnudos y con los cuerpos entrelazados sobre las sábanas, Aurora le explicó:

—En casa siguió poniéndose impertinente, con lo de las habladurías. Estaba bebido, y como no lograba provocarme, me amenazó. Creo que habría sido capaz de golpearme, de puro despecho.

Víctor la apretó más contra sí.

—Entonces se lo he dicho.

—¿Qué?

—Que me divorcio. Que ya está bien de farsa. Que mañana mismo voy a ver a un abogado e inicio los trámites de separación.

—¿Y tu hijo? —dijo Víctor, asaltado por la imagen de su propia hija sentada sola en uno de los bancos de la plaza que daban al Río Este neoyorquino.

—Se quedará con mi madre. Ya estaba harto de todo esto.

Su hijo y Claudia, pensó Víctor. ¿Van a ser ellos la fuente de culpa que corroa nuestro futuro juntos?

6

A mediados de noviembre, Víctor recibió un fax de Claudia en el que le pedía autorización para reservar un billete de ida y vuelta Nueva York - Nairobi - Nueva York. Si él estaba de acuerdo, le visitaría en la última quincena de diciembre, y así podrían pasar juntos la Navidad.

«Para que no suceda como el año pasado», concluía el fax de la hija.

Víctor reaccionó a la consulta con aprensión. No era el momento adecuado, por prematuro. Claudia notaría el estado de confusión en que se él hallaba sobre el rumbo que iba a tomar su vida. Estaban demasiado unidos para que algo así le pasara inadvertido. Pensó pedirle que aplazara el viaje hasta la primavera, cuando podría ofrecerle algo más que una habitación de hotel. Pero allí estaba, expresado claramente en el fax, el recordatorio de la hija.

«Siempre que mantengas tu promesa de que podría viajar a Kenia cuando quisiera, claro».

Fue a la oficina de correos que había en el propio Gigiri y contestó al mensaje. «Mantengo mi promesa ahora y siempre. Ven cuando quieras. Pero antes, vacúñate de lo necesario».

El anuncio de Claudia hizo estallar la burbuja en que Víctor se había instalado. Él mismo no se reconocía en aquel personaje desinhibido que aprovechaba la menor oportunidad para besarse con Aurora en algún corredor vacío de Gigiri, tras la puerta entornada de alguna cabina de interpretación simultánea o en el rellano de una escalera poco transitada.

—Lo vuestro comienza a ser público, chicos —les previno Sonia, al encontrarlos besándose en el despacho que compartía con Aurora.

En algún momento de lucidez, a Víctor le inquietaba la posible reacción de Diego ante el carácter abierto que sus amores iban tomando, pero rehuía profundizar en ello y dejaba a su compañera la tarea de sacar al marido de su negativa a aceptar el divorcio.

La intimidad con Aurora adquiría carácter cotidiano, mientras a su alrededor los nairobitas comenzaban a protegerse con chaquetas y jerséis

del frío de las noches. Unas noches que a ellos les encontraban cada vez con mayor frecuencia juntos en el hotel, amándose y avanzando sin admitirlo por la senda de los planes de vida en común. También en esto llevaba la iniciativa Aurora, con la aquiescencia de un Víctor que sólo de tarde en tarde se maravillaba de la naturalidad con que aceptaba en su nueva compañera el liderazgo que nunca había consentido a Esther.

De esa agradable sensación de levedad vino a sacarle el fax de Claudia, que le obligó a reflexionar sobre las consecuencias de sus actos. Al principio nada dijo a Aurora de la existencia del mensaje, y si al fin lo hizo fue porque ella insistía en querer saber lo que le preocupaba.

—Mi hija viene a pasar dos semanas conmigo en diciembre —anunció una tarde, mientras yacían desnudos después de haber hecho el amor.

—¿Tan pronto? —sonó a desencantada Aurora. Pero en el acto se pegó más a él y dijo—. ¿Qué vamos a hacer?

Empezaron por buscar nuevo alojamiento para él, y en esa tarea, como en tantas otras, la ayuda de Sonia resultó decisiva.

—Un compañero de Alberto se va a Zimbabwe y alquila su apartamento —les anunció mientras almorcaban en Gigiri—. Vive en Meda Tower, y es un piso con vistas.

—¿Cuándo estaría disponible?

—Creo que parte a fines de noviembre, pero habla con Alberto y él te lo presentará.

—Lo haré mañana —dijo un Víctor al que ya no sorprendían la benevolencia del arquitecto ni su eficacia para resolver problemas.

La tarde que fueron a ver el apartamento caía una lluvia fina que daba a Nairobi una tonalidad gris nueva para Víctor. La decoración del piso combinaba motivos africanos e indios, aunque el mandala representado en el pareo que adornaba una de las paredes recordó a Víctor los rosetones de las catedrales góticas españolas. Un baúl claveteado de Lamu acentuaba la impresión de estar en casa de un viajero. La cocina y el cuarto de baño eran pequeños, pero Víctor decidió que bastarían para sus necesidades.

—Lo mejor es la terraza —dijo el conserje que les mostraba el piso.

—Un momento —pidió Aurora, introduciéndose en el dormitorio.

Víctor la siguió y se abrazaron junto a la ancha cama de matrimonio.

—Tendremos que probarla antes de firmar el contrato —dijo ella.

En la terraza, que ofrecía un amplio panorama de Nairobi desde veinte pisos de altura, descubrieron que había dejado de llover.

Una vez resuelto el problema de dónde recibir a Claudia —el sofá escondía una cama extra—, se planteó la cuestión de si ella y Aurora debían conocerse y cómo.

—Hablaré con Federico y su mujer —dijo Víctor—. Mi hija aún les recuerda de España, y encontrarlos aquí tal vez... ¿Por qué pones esa cara?

—Me preocupa Manuela —dijo Aurora—. Con su actitud hacia nosotros, quizás no sea la mejor influencia para tu hija.

—Exageras.

—Pensémoslo un poco, ¿de acuerdo? Tenemos un mes para hacerlo.

Lo que Víctor sí hizo enseguida fue ir a una agencia de viajes y contratar el safari más completo que le ofrecieron. Quería impresionar a Claudia. Mostrarle Kenia en toda su diversidad y con ello ganársela para la idea de que merecía la pena vivir al menos algún tiempo en un país semejante. Eso contribuiría a resaltar el hecho de que Esther no hubiera querido intentarlo.

Partirían el veintiuno de diciembre, cuarenta y ocho horas después de la llegada de Claudia, y durante ocho días recorrerían parques nacionales, el Valle del Rift y la gran reserva de Masai Mara.

—Se enamorará de Kenia —dijo Sonia al oír el itinerario.

—Sí, y quizás luego no quiera irse —dijo Aurora.

Pese al entusiasmo de las mujeres, Víctor dudaba de la reacción de su hija.

—La fiesta de fin de año será en nuestra casa, y haremos que conozca gente de su edad —prometió la argentina. Y ante la expresión de duda de Víctor, añadió—. No temas, no será como en Lamu.

Al final le convencieron de que esa era la mejor manera de que Claudia y Aurora se encontraran: en un ambiente distendido, dentro de un grupo de personas relacionadas con el trabajo de él y a sólo dos días de su regreso a Nueva York. Víctor habría preferido evitar el encuentro, pero decidió no oponerse al deseo de Aurora de conocer a su hija. Máxime cuando, tan pronto como estuvo instalado en Meda Tower, ella se puso a completar la decoración de la vivienda.

—Se nota que es un piso de soltero —anunció la tarde que comprobaron la solidez de la cama—. Buscaré cortinas para una chica de quince años.

Él la dejó hacer, deseoso de que su hija encontrara ambiente positivo en una visita que le llenaba de dudas.

Y esas dudas aumentaron ante el gesto de desagrado que Claudia lucía cuando apareció en la puerta de llegadas internacionales del aeropuerto.

—¡Qué sucio está todo! —comentó la hija tras el abrazo de bienvenida—. ¡Y qué mal huele!

Víctor buscó los posibles motivos de queja. En el vestíbulo, los viajeros vociferaban y arrastraban bultos y maletas, bajo la mirada indiferente de los policías.

—Estás cansada —dijo, y guio a su hija hacia uno de los taxis presidenciales—. Cuando descanses verás las cosas de otra manera.

—Eso espero, porque, la verdad...

—En casa dormirás —prometió él, ofreciendo a su hija un hombro que ella pareció no ver—. Es un sitio tranquilo y podrás descansar.

—Falta me hace. Y además tenemos que hablar.

Pero el viaje y las diferencias horarias afectaron a Claudia más de lo que Víctor había previsto, y esa noche, en lugar de acudir al restaurante de moda donde había reservado mesa, su hija prefirió cenar en la terraza, a la luz temblona de velas que alumbraban la mantelería comprada días antes por Aurora. Tampoco apreció el espectáculo de un Nairobi para ella sumido en la oscuridad.

—Aquí arriba me siento más segura —dijo.

A los postres, Víctor recordó a su hija:

—En el aeropuerto dijiste que teníamos que hablar.

—Sí, pero no ahora. Estoy muy cansada y tengo frío. ¿Te importa que nos metamos dentro?

El día siguiente lo dedicaron a comprar ropa adecuada, crema solar y repelente para los mosquitos. Antes de salir Víctor había comprobado que su hija tomaba correctamente las pastillas preventivas de la malaria, pero aun así entraron en una farmacia y obtuvieron la versión reforzada del antipalúdico que se vendía en Kenia. Luego iniciaron las compras con las que él esperaba cambiar el humor de la hija. Pero Claudia protestó enseguida por el acoso de los niños mendigos y los vendedores ambulantes. Sobre todo cuando, mientras miraban un escaparate, un niño limpiabotas se apoderó de uno de sus pies y le embadurnó el zapato con el pretexto de lustrarlo.

—¡Eh, tú, qué haces! —se alarmó la hija, luchando por liberar el pie—. ¡Mira cómo me ha dejado el zapato!

Víctor la convenció de que permitiera al chiquillo terminar lo que había empezado, y para calmarla fingió regatear el precio con él. En

cambio, no consiguió que Claudia se interesara por las buganvillas y jacarandas que florecían a su alrededor en pleno diciembre, ni por los colores vivos con que se vestían las nairobitas. Sólo en el ambiente cosmopolita de la terraza del *Thorn Tree Café* pareció la adolescente recuperar el sosiego.

El safari comenzó con un malentendido.

Ocurrió en la agencia, cuando les presentaron al keniano de mediana edad que sería su chófer y guía durante el viaje.

—Buenos días míster Masha —le saludó Claudia.

Víctor notó que el conductor no sabía cómo interpretar el hecho de que su hija le hubiera tratado de señor, cuando lo normal era que los blancos se dirigieran a los negros por su nombre de pila. Al intentar arreglarlo, él mismo incurrió en otra inconveniencia.

—¿De qué etnia es usted, Masha? —preguntó deseoso de que Claudia tomara conciencia de la diversidad de la gente del país.

El conductor se tomó su tiempo antes de responder.

—Soy de origen sudanés —dijo—. Mi padre era suboficial del ejército inglés y llegó a Kenia un año antes de que yo naciera.

Después de eso, Víctor renunció a impresionar a Claudia con su conocimiento de la realidad keniana. El día antes de la llegada de su hija había comprado una cámara muy recomendada para safaris fotográficos, y mientras el minibús abandonaba Nairobi decidió repasar con Claudia el manual de instrucciones.

—No empieces con tus lecciones, papá —reaccionó la hija—. Ya me preocuparé de eso cuando llegue el momento.

El día era claro y despejado, con una ligera brisa que se cargó de humedad cuando, dos horas más tarde, llegaron a las Catorce Cataratas. El agua se precipitaba allí al vacío desde gran altura y se estrellaba contra la superficie cobriza del río Athi, que espumeaba sobre un fondo pedregoso.

Masha detuvo el minibús en un mirador rústico y ellos dos se apearon y se acercaron a la orilla.

—¿Quieres tomar una foto? —ofreció Víctor a su hija.

—Ya tengo muchas fotos de cataratas —dijo Claudia—. Hace dos meses, para mi cumpleaños, mamá y yo estuvimos en las del Niágara.

Víctor notó que el keniano les observaba, al parecer sorprendido por el antagonismo que sentía en la actitud de su hija.

Más tarde, cuando pararon a tomar sándwiches y refrescos en un campamento desde el que se divisaba el Monte Kenia, Claudia escuchó con impaciencia las explicaciones de la guía que Víctor insistió en leer en voz alta.

—O sea, que los kenianos son animistas —concluyó la adolescente.

Y sin esperar respuesta, descendió del minibús y se metió en la tienda para turistas frente a la que habían aparcado. Cuando salió llevaba un pequeño diario de viaje en la mano.

La carretera, estrecha y empinada, comenzó a hacerse monótona, y Víctor agradeció que el chófer asumiera el papel de guía y les hablara de la cordillera en la que estaban, llamada los Aberdare y de tres mil metros de altura. Luego encontraron bosquecillos de bambú rodeados de niebla matutina, brezales y páramos con hierba alta y lustrosa.

—Aquí viven más de cuatrocientas clases de pájaros —concluyó su explicación el keniano.

—Sabe usted mucho de aves, míster Masha —dijo Claudia.

—No tiene mérito —dijo el chófer. Y unos metros más allá, en un tramo recto de la pista, alargó a la joven un libro de bolsillo titulado *Aves de Kenia*.

Claudia lo aceptó y se puso a ojearlo.

Víctor recuperó la esperanza de que el safari le ayudara a acercarse a su hija. Sobre todo cuando, mediada la tarde, llegaron al hotel donde iban a pernoctar, famoso por hallarse en plena naturaleza.

«*Jambo! Habari!*», revolotearon mozos y botones del hotel en torno a Claudia.

Víctor observó que su hija, abrumada, le pedía auxilio con la mirada.

—Sólo te saludan —explicó—. *Jambo* es su forma de decir hola.

—*Jambo* —repitió la hija entre dientes.

Una vez instalados en habitaciones contiguas, Víctor propuso a Claudia visitar el aviario construido en una terraza del hotel. Allí dos empleados alimentaban a decenas de aves de distintas especies, entre las que reconocieron algunas por el manual que el chófer había prestado a Claudia. En cambio, nada les había preparado para el asalto del grupo de pequeños monos descarados que les rodearon en el porche cubierto del hotel, tironeándoles de la ropa con una mano y pidiendo comida con la otra. Un camarero ahuyentó a los que acosaban a Claudia, temeroso de que mordieran a la confiada *mzungu*.

Después de la cena volvieron al porche, pero con la puesta del sol la temperatura había descendido y Víctor, presa de escalofríos, propuso dormir unas horas, antes de que les despertaran para ver los animales que acudían a beber en la charca que había detrás del hotel.

—¿De verdad merece la pena el madrugón? —dijo Claudia.

—Según la agencia de viajes, sí. Y por el precio que nos cobran, debe ser cierto.

—Yo no te pedí un safari de lujo —dijo Claudia—. Sólo quería estar contigo y que habláramos.

—De acuerdo, hablaremos. Buenas noches.

Ya en su habitación, Víctor se dijo que su esperanza era infundada, y que la zozobra que había experimentado en Nairobi al leer el fax de su hija era más realista.

A las cuatro de la mañana le despertaron: los animales estaban en la charca. Se envolvió en una manta y salió al balcón. Claudia ya contemplaba la escena iluminada por potentes focos. Búfalos, elefantes con crías y una tropa de jabalíes bebían o lamían terrones de sal de gran tamaño. En el extremo más alejado, media docena de antílopes hundían el hocico en el agua y movían las orejas en todas direcciones.

—¿No tienes frío? —se inquietó Víctor al ver que Claudia no se había arropado contra la humedad.

—No.

Víctor pensó en la cámara fotográfica abandonada sobre la mesilla de noche y fue a buscarla.

Cuando volvió junto a Claudia, un león macho surgido de la espesura se encaminaba al abrevadero y provocaba la huida de los antílopes. Los elefantes dejaron de lamer sal y apuntaron las trompas al intruso, mientras los búfalos resoplaban y los jabalíes cerraban filas. El león, indiferente, la emprendió a lametazos con el agua.

—No me distraigas —rechazó Claudia la cámara.

El león terminó de beber, levantó la cabeza, olfateó el aire, y volvió a la espesura. Los antílopes reaparecieron y se acercaron de nuevo a la charca. Al poco los elefantes y los búfalos abandonaron el abrevadero a paso lento. Entonces los focos que iluminaban la charca se apagaron, y Víctor recomendó a su hija que volviera a la cama.

—Qué poco ha durado —dijo ella.

Seis horas más tarde emprendían la segunda etapa del safari. Durante el desayuno, Víctor había tenido que insistir para que Claudia, que

comentaba la experiencia nocturna con sus vecinos de mesa, no olvidara tomar los comprimidos antipalúdicos. Cuando el minibús comenzó a rodar el sol ya calentaba el ambiente y convertía la niebla matutina en humedad pegajosa.

—¿Fue buena la noche? —dijo Masha tan pronto estuvieron en la carretera.

—Sólo vimos algunos elefantes y búfalos y un león —respondió Claudia, y eso dio pie al chófer para hablar de la tregua nocturna en que depredadores y víctimas compartían las charcas.

—Creo que el secreto está en la sal —dijo el chófer—. En todo caso, no está mal, haber visto a tres de los Cinco Grandes en la primera noche de safari.

—¿Qué Cinco Grandes? —dijo Claudia.

—León, elefante, búfalo, rinoceronte y leopardo —recitó el keniano—. Ya sólo le faltan dos. Pero no se preocupe, podrá verlos de nuevo y fotografiarlos. Así presumirán cuando vuelvan a casa.

—Lo haremos —dijo Claudia.

Durante dos horas treparon por una carretera mal asfaltada, antes de dar la vuelta al Monte Kenia e iniciar el descenso vertiginoso que llevaba a la semidesértica frontera septentrional keniana. Allí abundaban los termiteros de gran altura y arquitectura futurista.

—Parecen rascacielos de Manhattan —comentó Claudia.

—Según los entomólogos, el más alto suele albergar a la reina —dijo Víctor.

Pero su hija no le pidió que ampliara la explicación.

Cuando llegaron al hotel bebieron con ansia el zumo de fruta incluido en la bienvenida, y Víctor se prometió que el resto del viaje tendrían siempre a mano botellas de agua.

Por la tarde, después de la siesta, fueron al *Crocodile Bar* a ver los saurios de río que daban fama al hotel. La terraza del kiosco estaba a escasos metros del agua, y Víctor se instaló en una mesa y pidió cerveza. Los cocodrilos parecían enormes, y le inquietó que Claudia se acercara a la tela metálica que los separaba de los turistas.

—Parecen monstruos del espacio —comentó la hija ante uno que dormitaba con las fauces abiertas—. Y a este le faltan varios dientes.

Víctor apartó la vista de ella para atender al camarero que llegaba con la cerveza y entonces oyó el grito.

—¡Papá!

Se incorporó y corrió hacia su hija. La adolescente había extendido el brazo para indicar las mellas del saurio, que alertado por ese movimiento adelantó veloz la enorme cabeza y estrelló el morro contra la red metálica, al tiempo que cerraba las mandíbulas con golpe seco. Claudia temblaba cuando Víctor la tomó de los hombros.

—¡Cómo se te ocurre acercarte así! —exclamó.

—Hay que tener cuidado —dijo a su lado un mozo del hotel—. Lo avisa el letrero.

Mientras hablaba, el mozo sacó de un cubo un gran trozo de carne y la lanzó por encima de la red metálica en dirección al cocodrilo. Luego repitió la operación con los otros saurios. El olor a putrefacto de la carne hizo que Víctor y Claudia se apartaran.

—Me parece que voy a vomitar —dijo Claudia.

—Respira hondo y aguanta.

Fueron al bungalow y Víctor llamó al servicio de habitaciones y encargó un té y un gintonic. Claudia se había metido en el cuarto de baño y al poco Víctor oyó correr el agua. Después, mientras esperaban la hora de la cena, vio que la hija escribía largamente en su diario, y trató de no pensar en el reflejo que el percance del cocodrilo hallaría en sus páginas. Luego, en el restaurante, Claudia rechazó la carne y el pescado que ofrecía el menú y sólo aceptó tarta de manzana y una infusión.

Tan pronto como terminaron, Víctor propuso:

—Volvamos al bungalow, que los mosquitos también quieren cenar.

—Aquí todo son peligros —dijo Claudia.

La etapa siguiente comenzó con la visita a unas cuevas prehistóricas que contenían dibujos rupestres. Víctor había leído en la guía que el lugar era interesante e insistió en visitarlo. A la entrada de la cueva principal, estrecha y profunda, una placa indicaba que había servido de refugio a los guerrilleros del Mau-Mau durante la guerra de liberación.

Masha no les acompañó al interior de la cueva y luego esquivó las preguntas de Claudia sobre los Mau-Mau, por lo que Víctor concluyó que el padre del chófer probablemente había combatido a las órdenes de los británicos en el conflicto colonial.

El guía permaneció en silencio durante el largo trayecto hasta el lago Bogoria, uno de los que jalonan el Valle del Rift. El camino de tierra discurría por un paisaje rojizo en el que sólo crecían espinos africanos y

cactus candelabro. Claudia intentaba dormir a pesar de los saltos y bandazos del minibús, que hacían muscular a Masha. Por fin se detuvieron a la vista de unos géiseres, por los que Claudia si mostró interés e incluso fotografió, vigilada de cerca por Víctor para evitar que pisara por descuido alguna de las bolsas de agua subterráneas hirvientes. Tan pronto como la hija terminó de hacer fotos, propuso:

—Vamos. Aquí huele demasiado mal y el camino es largo, ¿verdad míster Masha?

Después del parque geotérmico, la carretera que descendía por el Valle del Rift en dirección a Nakuru mejoró, pero aun así el trayecto le pareció a Víctor interminable. La noche antes había leído que las aguas alcalinas del lago Nakuru acogían un millón de flamencos, pelícanos y grullas, y se había dicho que eso impresionaría a Claudia.

Cuando llegaron, la densidad de las aves que hundían el pico en el agua o lo usaban para producir un carraqueo ensordecedor superaba de veras todo lo imaginable. Víctor aprestó la cámara y se la ofreció a su hija.

—No —dijo Claudia—. Ya tengo muchas fotografías de flamencos que tomamos en Florida, ¿no te acuerdas? Además, aquí también huele muy mal.

Llevaba razón. A dos metros escasos del agua, una capa de deyecciones blancuzca y hedionda cubría por completo la arena. Grandes bandadas de aves rosadas levantaban el vuelo o aterrizaban sin cesar.

Volvieron al minibús y reanudaron la marcha. Por fortuna, Nakuru ciudad, donde llegaron después de cruzar una altiplanicie desolada en la que destacaba un cráter volcánico, resultó ser una encrucijada donde empresas kenianas y extranjeras tenían grandes almacenes y depósitos logísticos.

Masha les dejó en un restaurante famoso por su menú de carnes de antílope y las vistas que ofrecía a los comensales. Cerca había un museo con restos de poblaciones nilóticas que habían habitado la zona durante más de tres mil años, y Víctor esperaba que su visita interesase a Claudia. Sin embargo, cuando pasó a recogerles, el chófer dijo que el museo estaba cerrado, y en cambio les propuso visitar un centro de artesanía.

—Los precios son más bajos que en Nairobi y tienen cosas originales —prometió.

De hecho, el bazar acogía en sus naves todo lo que la imaginación era capaz de relacionar con África, desde colmillos de elefante, pieles de animal, águilas y monos disecados, hasta figurillas y artefactos bélicos.

Víctor observó complacido que su hija seleccionaba pareos y se probaba collares y pendientes, entre halagos de la vendedora. Él mismo seleccionó para ella una representación de los Cinco Grandes tallados en ébano.

—Esto le quedará bien a mamá —le mostró Claudia un batik con motivos florales.

Víctor asintió a lo seleccionado por su hija y regateó los precios con la vendedora, mientras Masha compartía una coca-cola con el dueño indio del local sin perderles de vista.

El chófer sonreía satisfecho, mientras ayudaba a Claudia a meter los paquetes en el minibús, pero Víctor descubrió que los precios sobre los que había creído regatear estaban fijados en dólares, y no en chelines kenianos. Ya era tarde para protestar. El indio barrigudo que había bromeado con Masha le devolvió la tarjeta de crédito y Víctor no tuvo más alternativa que firmar el recibo en el que figuraba una suma varias veces superior a la que había pensado gastar.

Mientras dejaban la ciudad, Víctor luchó contra la cólera que le producía sentirse víctima de una estafa, consciente de que chófer le miraba por el espejo retrovisor. Claudia, al parecer contenta, le pidió la guía y se puso a leer la información sobre su próximo destino.

Al día siguiente el sol aún no calentaba cuando se reunieron con el keniano en la recepción del hotel de Naivasha, una localidad sin grandes atractivos pero donde pudieron dormir con aire acondicionado y sin preocuparse de que las mosquiteras sellara por completo las camas.

—Tenemos un largo y duro camino por hacer —dijo a manera de saludo el chófer.

El estado de la carretera de Naivasha a Narok era aceptable, y los treinta kilómetros que separaban las dos ciudades se le hicieron cortos a Víctor en el fresco de la mañana. En Narok encontraron los primeros masáis, apostados con sus lanzas en cada esquina, y Claudia se interesó por los jóvenes de figura elegante y pelo teñido de rojo. Las calles de la pequeña localidad vibraban de ajetreo, con grupos de turistas que fotografiaban a los guerreros o entraban y salían de las tiendas de objetos de recuerdo.

Otra cosa fueron los doscientos kilómetros de subidas y bajadas sobre piedras sueltas y baches que tuvieron que recorrer hasta llegar a la altiplanicie donde estaba Masai Mara. A Víctor le contrarió que su hija sacara un walkman de la bolsa de viajes y se pusiera a escuchar música con la mirada puesta en el paisaje. Habría deseado aprovechar el trayecto

hasta la gran reserva animal para compartir con ella su entusiasmo por Kenia y contrarrestar la labor de zapa que Esther sin duda había hecho en Nueva York, pero de nuevo veía escapar la oportunidad. Entrecerró los ojos, buscó la posición más cómoda, y trató de no pensar. Cuando despertó el minibús acababa de detenerse a la entrada de Masai Mara.

—Así viaja cualquiera —le dijo Claudia.

—¿He dormido mucho?

—Más de una hora. Y eso que el camino es horrible.

El chófer había apagado el motor y hablaba con el agente forestal de la entrada. A un metro de Víctor, varias masáis con la cabeza afeitada y envueltas en mantas a cuadros les observaban rodeadas de una decena de chiquillos.

—¿Por qué no les ofreces caramelos? —sugirió a su hija.

—¿Crees que es buena idea?

—Seguro que lo agradecen.

—Están muy sucios —dijo Claudia, pero ya rebuscaba en el bolso.

Víctor bajó el cristal de la ventanilla y tres de las mujeres se aproximaron. Llevaban criaturas en brazos y niños agarrados de las mantas. El aspecto de los niños era demacrado, con los ojos hundidos y mocos colgando hasta los labios. Cuando Claudia les ofreció un puñado de bombones, sus ojos mortecinos se animaron y extendieron hacia la *mzungu* sus manos huesudas. Claudia titubeó, antes de depositar en ellas los trozos de chocolate. Entonces las mujeres alargaron también las manos y dijeron algo que Víctor no entendió.

El guarda forestal había levantado la barrera y Masha accionó el motor y puso el minibús en marcha. Por la ventanilla abierta se metieron varias moscas.

—Pobrecillos —dijo Claudia, que había agotado los bombones—. También para ellos es Nochebuena, aunque no lo sepan.

—Lo saben —dijo el chófer—, los misioneros estuvieron aquí. Cierren las ventanas, por favor.

Claudia no respondió, ocupada en frotarse las manos con una toallita desechable que olía a limón, y Víctor hizo lo que el chófer pedía, molesto por el tono del keniano. Un par de moscones se refugiaron al fondo del vehículo, lejos del aire acondicionado.

De nuevo saltaron por caminos de tierra polvorrientos, bajo nubes que llegaban de la vecina Tanzania.

El *Keekerok Lodge*, donde tenían reservada habitación, era el hotel más antiguo de Masai Mara, y según las fotografías que decoraban el vestíbulo había sido inaugurado por Jomo Kenyatta, la Reina Isabel II y su consorte. Un risueño Winston Churchill y otros famosos poblaban la galería de huéspedes ilustres del hotel, construido conforme a una supuesta arquitectura tribal africana. Por fortuna, hacía poco que sus instalaciones habían sido renovadas, y el bungalow de dos camas que les asignaron era fresco y acogedor.

—Creo que aquí lo vamos a pasar bien —dijo Víctor.

—Ya veremos.

Tan pronto como hubieron repartido la ropa por los cajones, Claudia se metió en el cuarto de baño para ponerse el bikini que habían comprado en Nairobi.

—Quiero nadar en esa piscina rodeada de flores —anunció—. ¿Vienes conmigo?

—Anda tú —dijo Víctor—. Voy a encargar unos refrescos y a enterarme del horario del almuerzo. Luego me reúno contigo.

Fue al edificio que albergaba la recepción, el comedor y varias tiendas, y se informó de las actividades previstas para el día de Navidad. El plato fuerte sería un espectáculo a cargo de guerreros masáis el veinticinco por la noche.

En la piscina, se tumbó en una hamaca situada a la sombra para ver cómo Claudia disfrutaba del baño. Había turistas ingleses y alemanes y unos franceses que criticaban cuanto les rodeaba.

Después del almuerzo, Claudia aceptó ojear la historia ilustrada del hotel que Víctor había encontrado en una tienda, y él leyó prensa keniana y un *Herald Tribune* atrasado hasta la hora de reunirse con Masha.

El keniano dijo que el plan de esa tarde era localizar un leopardo y acercarse lo más posible a algún rinoceronte, para lo que se dirigieron al extremo occidental del inmenso parque por caminos de tierra avanzando despacio y entre bandazos.

Pronto menudearon las furgonetas turísticas aparcadas en semicírculo y por cuyas ventanas y techos levantados emergían cabezas o brazos armados de cámaras. Masha las dejó atrás, y después de parar en dos ocasiones para pedir información a los guardas forestales, detuvo por fin el minibús en un vado que las fieras utilizaban para cruzar el río. Estaban

solos en el lugar, y tan pronto como el ruido del motor cesó les rodeó un silencio roto únicamente por el resoplido de unos hipopótamos que lanzaban sus deposiciones al aire haciendo girar velozmente la cola. El chófer esgrimió los prismáticos y los dirigió hacia la otra orilla.

—Toma, usa estos —ofreció Víctor los suyos a Claudia.

—¡Qué divertidos son los hipos! —exclamó la hija—. Esto le gustaría a mamá.

—Allí está —dijo Masha.

Había hablado en voz baja e indicaba con la mano un punto de la orilla opuesta donde se alzaba un árbol solitario rodeado de arbustos.

—Sí, es un leopardo —dijo Claudia—, pero está dormido.

—Cazan por la mañana temprano, antes de que lleguen los turistas con sus cámaras —dijo el chófer.

Víctor creyó detectar en la voz del keniano un deje de menosprecio. Claudia le cedió los prismáticos y él mismo vio al animal, instalado en la rama más gruesa del árbol con la cola y una pata colgando en el aire. Su cuerpo subía y bajaba al ritmo de la respiración, y sus orejas sacudían el aire para espantar las moscas.

—Vamos a por el quinto grande —dijo el chófer, y puso el minibús en marcha.

Los rinocerontes que Masha buscó a continuación estaban rodeados de vehículos repletos de turistas, a los que dos guardias forestales armados impedían acercarse mas. Se trataba de una pareja con su cría, y pese a los gritos y al zumbido constante de los tomavistas, los tres pastaban tranquilamente. En cambio, medio centenar de metros más allá, una manada de elefantes sí parecían irritados por la ruidosa presencia humana, y apuntaban con frecuencia las trompas hacia los intrusos.

—Parece un escenario de Hollywood —dijo Claudia.

—No es la mejor época para venir —dijo el chófer—. Cuando lo deseen, nos vamos.

—¿No quieres tomar una foto? —dijo Víctor—. Si esperamos, tal vez esa gente se vaya.

—Vendrán otros —dijo Claudia.

Confirmado sus palabras, varias furgonetas pintadas de cebra llegaban al lugar seguidas de una nube de polvo.

—Vamos, entonces —dijo Víctor.

Volvieron al hotel por la red de caminos de tierra que cruzaba la reserva en todas direcciones, mientras las nubes se adensaban en el cielo y

el aire se cargaba de una electricidad que parecía anunciar tormenta.

—Su programa no incluye la excursión en globo —dijo Masha cuando el minibús enfilaba la entrada del hotel—. Si lo desean, puedo organizarles una. Es algo que casi todo el mundo hace.

Víctor buscó en su hija una reacción a la propuesta del chófer, pero no percibió ninguna.

—Lo pensaremos —dijo.

No obstante, mientras el minibús se alejaba y Claudia iba hacia el bungalow con aire cansino, Víctor consultó al recepcionista, y tras escuchar sus explicaciones se inscribió para la excursión del día siguiente. Sería su regalo navideño a Claudia.

Víctor tiritó de frío, mientras subían a la pequeña camioneta que les llevaría al lugar de la excursión. Por fortuna el conductor les entregó una manta a cada uno, explicándoles que eran los únicos excursionistas del *Keekerok* y que el minibús de la empresa había ido a otros hoteles.

Claudia se quejó de estar en pie a las cinco de la mañana y Víctor, sentado entre el chófer y ella, la animó a dormir. Los focos de la camioneta apenas iluminaban unos metros del camino, y en la oscuridad que se extendía a ambos lados comenzaron a brillar, fugaces, las pupilas de animales que buscaba comida al amparo de la noche.

—Como este cacharro se averíe y nos quedamos aquí... —dijo Claudia.

Más que protesta, Víctor creyó detectar excitación en la voz de su hija. Tal vez veía en la aventura algo que contar a sus amigas cuando regresara a Nueva York.

Tardaron una hora en llegar donde estaban los dos globos, a cuyo alrededor se afanaban media docena de negros y un par de blancos que preparaban los aparatos a la luz de unos focos. Otros turistas se apiñaban ateridos junto al minibús de la compañía.

Terminados los preparativos, uno de los pilotos pidió a Víctor y Claudia que se acomodaran en las celdas de la barquilla. A su lado se instalaron dos parejas de recién casados ingleses, mientras el piloto ocupaba su lugar y empuñaba el cable guía. Los ayudantes negros soltaron los anclajes, y mientras en el horizonte aparecía la mancha anaranjada que precedía al sol, el globo comenzó a ascender entre los bufidos del quemador de gas con que el piloto controlaba la presión. La primera luz del día iluminó la cara sonriente de Claudia.

Luego todo fue deprisa. El disco rojo brotó de golpe y comenzó a trepar por el cielo. Un silencio denso subía de la llanura que comenzó a desfilar bajo sus pies. El rocío se transformó en una neblina que se prendía de las copas de los árboles. Después empezaron a ser visibles grandes manchas pardas que se movían sobre el terreno, y cuando el sol las iluminó, Víctor descubrió que se trataba de una manada de ñus compuesta por miles de animales. Por los flancos del inmenso rebaño corrían grupos de cebras. Víctor calculó que estaban a cuarenta metros del suelo, lo mismo que el segundo globo, situado a su derecha, y la otra media docena de ellos que flotaban en el cielo impulsados por la brisa. Alargó la cámara a Claudia, que la aceptó y se puso a tomar fotos, mientras las parejas de recién casados lo filmaban todo entre exclamaciones.

—Van hacia el río Mara —dijo el piloto con fuerte acento británico.

Bajo la luz matutina, la planicie de Masai Mara parecía extenderse más allá de los confines de la tierra, pensó Víctor mientras recorría el paisaje con los prismáticos. El sol coronaba en ese momento una sierra lejana y escarpada. Las nubes de polvo empezaban a ser perceptibles alrededor de las distintas manadas que se movían por la reserva, y el aire portaba el singular balido de los ñus y los relinchos de las cebras.

—¿No crees que a tu madre también le habría gustado ver esto? —dijo en un momento en que Claudia no enfocaba la cámara.

Su hija tardó en responder.

—No estoy segura —dijo al fin—. Ya sabes que ella se marea con la altura.

Al cabo de una hora de navegar plácidamente iniciaron el descenso sobre una colina despejada.

—Agárrense, que podemos volcar —avisó el piloto cuando el globo tocaba tierra.

Y en efecto, cayeron de costado sobre la superficie inclinada de la colina, entre los gritos y risas de los recién casados. Para sorpresa de Víctor, en lugar de quejarse Claudia se sumó al coro, mientras el piloto la libraba de los cinturones que les habían asegurado durante la navegación.

Al poco llegó el equipo de tierra con los pasajeros del otro globo y armó una larga mesa de campamento, con platos y cubiertos desechables y provisiones traídas en una furgoneta. Víctor, Claudia y los otros excursionistas se acomodaron sobre asientos improvisados e iniciaron el desayuno, precedido por un brindis con champaña en copas de cristal.

Mientras ellos comían, los pilotos llenaron los certificados de vuelo individuales que acreditaban la experiencia.

—¿Merecía la pena el madrugón o no? —dijo Víctor, tras fotografiar a su hija flanqueada por ambos pilotos y su certificado de vuelo bien visible.

—Esto sí.

El viaje de vuelta se les hizo largo, pues el minibús pasó por los hoteles donde se alojaban los demás viajeros antes de poner rumbo al *Keekerok*. A medida que progresaban hacia el oeste, en dirección a la frontera con Tanzania y al cercano Lago Victoria, el cielo empezó a cubrirse de nubes dispersas. Luego, al descender del vehículo ante la entrada del hotel, encontraron a Masha esperando para emprender el safari fotográfico que el programa incluía esa mañana.

—Es tarde para salir —dijo el keniano—. Debieron de avisarme, si pensaban hacer la excursión en globo.

—Lo siento, lo decidí a última hora y no sabía cómo contactarle —respondió Víctor, molesto por el tono del chófer.

—¿Sabes qué? —intervino Claudia—. Yo preferiría quedarme aquí, nadar un poco y luego descansar. Llevamos seis horas levantados.

—Según el programa, esta tarde no hay salidas —dijo Masha—. Tienen tiempo libre hasta la cena de Navidad.

—¿Seguro que no quieres ir? —dijo Víctor.

—Seguro. Será lo mismo de siempre. ¡Y con toda esa gente, además!

—Pues ya lo ha oído —dijo Víctor al chófer.

—Bien, que tengan una buena Navidad, entonces —se despidió el keniano.

—Gracias, míster Masha —respondieron a coro Víctor y su hija.

Una vez en el bungalow, Claudia se metió en el cuarto de baño provista de un bikini. Víctor oyó correr el agua y pensó que también él necesitaba quitarse el polvo de la excusión.

Sólo cuando estuvo bajo la ducha sintió el cansancio acumulado. Un par de escalofríos, fuera de lugar en el bochorno creciente, le recordaron sus días de malaria. Aun así rechazó la tentación de acostarse. El incidente con Masha le había contrariado no tanto por la queja razonable del keniano como porque había hecho que Claudia manifestara en voz alta lo que pensaba de la experiencia que estaba viviendo. A tres días de terminar el viaje, y en pleno plato fuerte de cualquier visita a Kenia, su hija seguía rechazando la idea de que la realidad africana, tan distinta de la artificiosa

vida neoyorquina, mereciera al menos un intento sincero de ser experimentada.

Camino de la piscina se detuvo en el quiosco del bar y encargó sándwiches y cerveza. Si los escalofríos se repetían, pensó, tomaría un té cargado y se metería entre las sábanas. Al verlo llegar, Claudia sacó un brazo del agua y lo agitó en el aire. Alrededor de la piscina no había más de diez personas.

Víctor descolgó el teléfono al primer zumbido y oyó la voz de Aurora.

—...

—Bien, creo que está durmiendo —respondió.

—...

—Pues no lo sientas —dijo, y miró a Claudia por si había despertado —. No, no, estamos bien. Sólo que nos hemos dado un madrugón y luego tenemos la cena navideña.

—...

—Aún no lo sé. A ratos creo que le interesa, pero otros...

Le pareció que Claudia se movía.

—...

—Yo también a ti —dijo en un susurro.

La comunicación cesó. Víctor fue al cuarto de baño y se refrescó la cara. La llamada de Aurora le había alterado. Se enjuagó la boca, se pasó el dorso de la mano a contrapelo por las mejillas, y decidió no afeitarse. Por fortuna, ya no se sentía destemplado. Cuando volvió al dormitorio Claudia se desperezaba.

—¿Era mamá? —le preguntó desde la cama.

—No, colegas de Nairobi, para felicitarnos la Navidad.

—¿A mí también?

—Sí, saben que venías. Tal vez pasemos el fin de año con ellos.

—¿He dormido mucho?

—Estábamos cansados.

—¿Cuánto falta para la cena?

—Un par de horas.

—Entonces me voy a lavar el pelo, que todavía huele a cloro.

Claudia se entretuvo en el baño y luego, al elegir lo que iba ponerse, quiso saber la opinión de Víctor, que se la dio complacido por el interés con que la hija se tomaba la velada.

Al final, Claudia eligió un vestido negro sin mangas que dejaba al aire los hombros, y aceptó ponerse medias ante la insistencia de Víctor. Él optó por unos pantalones de tono marfil, chaqueta negra formal y camisa blanca. Decidieron visitar las tiendas mientras llegaba la hora de la cena.

La vendedora de la joyería, una kikuyu joven y atractiva, se ganó a Claudia con su buen humor y no tardó en venderle unos pendientes con rubíes y el collar que los acompañaba. Mientras se probaba el conjunto, Claudia no dejaba de mirar otro collar de lapislázuli, la piedra favorita de Esther, y Víctor preguntó:

—¿Crees que a tu madre le gustaría?

—Desde luego. Iría muy bien con sus ojos, pero es caro y ya has gastado mucho.

—A mí no me lo parece.

—Creo que no lo aceptaría —dijo Claudia, mientras la vendedora les miraba expectante.

—Tal vez si le dices que lo pagaste tú...

—¿Con qué dinero?

—Con el que yo te había dado para el viaje. Ella sabe que aquí los precios son más baratos.

—Si de verdad quieres comprárselo...

—Me gusta la idea de que las dos llevéis joyas kenianas.

Camino del restaurante, Claudia se tomó de su brazo.

Cenaron en una mesa para dos con vela, flores silvestres y un menú que mezclaba lo occidental con lo africano. A los postres, Claudia dijo de improviso:

—Papá, ¿crees que las cosas podrían volver a ser como antes?

Tomado por sorpresa, Víctor tardó en reaccionar.

—¿Entre tu madre y yo, quieres decir?

—Entre los tres. Volver a ser una familia.

—No lo sé —evitó él la mirada de su hija—. Lo intenté, pero... Hagamos una cosa. Antes de que vuelvas a Nueva York, te contestaré lealmente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Claudia respiró hondo. El pelo castaño y lustroso, la llama de la vela, los reflejos de los rubíes y tal vez la emoción, hacían resplandecer su cara pecosa de una manera que produjo escozor en los ojos de Víctor.

Fueron de los últimos en pasar del restaurante a la terraza descubierta donde se ofrecía el espectáculo. Tres músicos tocaban para el público que

ocupaba las sillas dispuestas en semicírculo. Durante la cena había oscurecido, pero las nubes que cargaban la atmósfera de pesadez impedían ver las estrellas.

Víctor ayudó a Claudia a instalarse y fue en busca de un chal para sus hombros y brazos desnudos. Le inquietaban los mosquitos del cercano río Mara. Ya en el bungalow, dio a la centralita del hotel el número de Aurora. Toda la tarde le había preocupado su reacción a la llamada de ella. Mientras esperaba, se frotó cuello y manos con la loción antimosquitos.

—Su conferencia está en curso, señor —dijo la telefonista—. Puede hablar.

Víctor escuchó sonar el timbre una docena de veces, antes de que la comunicación se cortara.

—Podemos intentarlo más tarde —ofreció la telefonista.

—Eso haré, gracias.

De vuelta en la terraza, Víctor vio a Claudia acompañada por un joven masái con el pelo en finas trenzas ocres, cinta roja en la frente y la cara pintada. Llevaba el torso al aire y una falda abierta por un lado y sostenía una lanza. El masái hablaba y Claudia escuchaba sonriente. Al verle llegar, el masái saludó y fue a reunirse con sus compañeros.

—Mira lo que me ha dado —le mostró Claudia la pulsera de colores que lucía en la muñeca.

—Si no me equivoco, te ha pedido relaciones —reconoció Víctor el adorno que se vendía en las tiendas para turistas de Nairobi. Al tiempo, tendió a su hija el frasco de loción antimosquitos.

—¡Por eso quería saber hasta cuándo estaré aquí! —dijo Claudia, divertida.

Los tambores rompieron a sonar y media docena de jóvenes masái colocados en dos filas enfrentadas comenzaron a saltar en el aire con los pies juntos y los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Emitían sonidos ululantes y cimbreaba el busto, sosteniendo un pequeño escudo y la lanza. Víctor habría deseado entender el canto, para no dejar sin respuesta las preguntas de su hija.

El baile terminó tan de súbito como había empezado, y Víctor creyó percibir a su alrededor el zumbido de los mosquitos. Fuese por obra de las antorchas que les rodeaban o por efecto del vino y el champaña de la cena, sudaba y presentía la llegada de los escalofríos.

—Estoy destemplado —dijo, y aunque no esperaba que su hija le siguiera, propuso—. ¿Vamos al bungalow y pedimos una conferencia

telefónica con Nueva York?

—Ni hablar —dijo Claudia—. Para una vez que me lo estoy pasando bien...

—Pues tápate con el chal, que esto se está llenando de mosquitos.

—De acuerdo —dijo Claudia—. Mira, ahí está mi pretendiente.

—Ya lo veo —dijo Víctor, descubriendo al joven entre los masáis que se preparaban para una nueva danza—. No le des confianza, ¿eh?

Besó a su hija y se dirigió al bungalow, decidido a intentar comunicarse con Aurora.

Víctor oyó el ruido de la cisterna del baño y abrió los ojos. Claudia no estaba en su cama. La noche antes, tras varios intentos fallidos de hablar con Aurora, él había tomado dos aspirinas y se había acostado, dispuesto a esperar la llegada de la hija mientras repasaba con ayuda de la guía el programa para el resto del safari.

La puerta del baño se abrió y dio paso a una Claudia cuyo aspecto sobresaltó a Víctor, que fue hacia su hija.

—¿Qué sucede? —dijo.

—Creo que la cena me sentó mal.

Claudia tenía ojeras y parecía tiritar. Inquieto, Víctor puso una mano sobre la frente de su hija, pero no detectó síntomas de fiebre.

—He vomitado un par de veces, y ahora tengo diarrea —dijo Claudia.

Más que la información, le asustó el tono plañidero, casi infantil de la hija. Entreabrió el cuello de su pijama y vio los puntitos rojos. Había media docena; picaduras, seguramente.

—¿Tienes más en otras partes del cuerpo? —se alarmó—. ¿A qué hora regresaste?

—No sé, cuando terminó el baile —se apartó de él Claudia para acostarse—. Estabas dormido y no te quise despertar.

—¿Has tomado la medicina antipalúdica?

—¿Cómo quieres que la tome, si no aguento nada en el estómago? Debió ser la langosta. Tenía un sabor raro, pero no quise disgustarte rechazándola.

Víctor halló en la mesita de noche el tubo de *nefloquina*, sacó dos tabletas y se las dio a la hija, junto con la botella de agua mineral.

—Tómalas —pidió.

—Lo voy a vomitar —protestó Claudia.

—No creo, si después comes esto.

Claudia aceptó la galleta de avena y se la llevó a los labios. Mientras la hija masticaba con desgana, él volvió a tocar su frente y a buscarle el pulso. No parecía haber fiebre, pero eso no mitigó su alarma.

—Trata de resistir las arcadas —insistió mientras la arropaba—. Y no te preocupes, cariño, que yo me encargo de todo.

Descolgó el teléfono, dio al recepcionista el número de la habitación, y explicó:

—Necesito un médico cuanto antes. Mi hija tiene problemas estomacales y habones.

Después, empapó una toalla en agua fría y la aplicó a la frente de su hija, pidiéndole que la sostuviera allí mientras él se vestía. Cuando Claudia se quejó de que la toalla le daba tiritera, la abrigó con una manta que sacó del armario.

—Me parece que voy a vomitar —anunció la hija.

—Aguántate las ganas cuanto puedas —rogó él—. Es muy importante.

Estaba terminando de afeitarse cuando llamaron a la puerta del bungalow.

El médico del hotel tomó el pulso a Claudia, le metió un termómetro bajo la axila y preguntó si le dolía la cabeza y desde cuándo. Mientras examinaba su cuello, brazos y piernas, quiso saber si la joven había asistido al espectáculo de la noche anterior.

—Te quedaste hasta el final de la fiesta, ¿verdad? —adoptó un tono cómplice para dirigirse a Claudia.

La adolescente asintió.

—Yo hice lo mismo —dijo el keniano. Y añadió—. No te preocupes, no es nada serio.

Después, ya junto a la puerta del bungalow, devolvió a Víctor el tubo de medicinas que este le mostraba.

—No creo que llegue a tener fiebre, dele tres tabletas de *fansidar* en una sola toma y luego continúe con la *nefloquina* cada ocho horas. Veremos cómo evoluciona.

Víctor telefoneó al servicio de habitaciones y pidió té muy cargado, como había sugerido el médico. Apenas había colgado el auricular cuando llamaron de recepción. Su chófer y guía estaba allí y preguntaba por ellos.

—Ya está bien de safari, papá —dijo Claudia—. Quiero volver a Nairobi y a Nueva York cuanto antes. Aquí todo son problemas. Vamos a casa, por favor.

Víctor volvió a refrescar la toalla para su hija, esperó que el camarero llegase con el té y las tostadas, y luego fue a reunirse con el chófer.

Masha aguardaba en el vestíbulo del edificio central, y aunque respondió con cortesía a su saludo y se interesó por su velada navideña, Víctor detectó un deje de irritación en su voz.

—Mi hija está enferma —anunció—. El médico acaba de verla y podría ser malaria. No quiere seguir viajando. Volveremos a Nairobi tan pronto como ella pueda hacerlo.

—Pero... aún quedan dos días de safari —dijo el keniano—. Y no puede ser malaria, aquí no hay mosquitos palúdicos. Tal vez se destemplara anoche, con la fiesta al aire libre y ...

—Da igual —le cortó Víctor—. Nos volvemos a Nairobi.

El chófer pareció perder el control.

—La agencia no les devolverá nada, ¿sabe? —dijo—. Sólo se hace en caso de enfermedad grave o de fuerza mayor, no por capricho.

—No espero que lo hagan —le volvió a interrumpir Víctor—. Usted límítese a comunicarlo a la agencia. Y esté localizable, por favor. Cuanto el médico lo autorice, nos vamos.

Cuando abandonó el edificio central para volver al bungalow, las nubes acumuladas durante la noche rompieron y comenzó a llover con fuerza.

Pasaron el día en el bungalow, con Claudia durmiendo a ratos y Víctor ojeando periódicos atrasados, mientras afuera la lluvia caía a ráfagas. A primera hora de la tarde telefonearon de las oficinas de la agencia en Nairobi y Víctor les confirmó su decisión de poner fin al safari y renunciar a cualquier reembolso. Después el médico pasó a ver de nuevo a Claudia y tras comprobar que no tenía fiebre y la diarrea había cesado, autorizó la partida, aunque recomendó que estuviera en observación un par de días más.

—No quiero seguir aquí —dijo Claudia tan pronto como el keniano se hubo marchado—. Y has prometido que nos iríamos cuanto antes.

—Los caminos van a estar mucho peor, con esta lluvia —intentó argumentar Víctor.

Pero mientras hablaba sacó del armario las bolsas de viaje y empezó a seleccionar la ropa que se podía empaquetar. Claudia se sentó a medias en la cama y le miró trabajar. Después Víctor localizó a Masha y le pidió que estuviera lista para partir al día siguiente.

Abandonaron *Keekerok Lodge* bajo una lluvia fina pero continua que había hecho bajar la temperatura, por lo que Víctor se aseguró de que

Claudia realizaba bien arropada el largo trayecto hasta Nairobi. Los caminos estaban embarrados, y a la media hora de viaje el minibús se atascó en un hoyo disimulado por el barro. Masha luchó por desatascarlo, mascullando. Hacía rugir el motor y se esforzaba con los pedales del vehículo, pero al final todo fue inútil, y tuvo que llamar por radio a los guardas forestales para que le auxiliaran. Eso no ocurrió hasta una hora después, y Víctor lamentó haber salido del hotel sin un termo de té.

El conductor del jeep del servicio forestal llevaba unas tablas que él y Masha colocaron junto a las ruedas hundidas del minibús. Luego el guarda enganchó un cable al chasis del vehículo atascado, puso en marcha su jeep y, utilizando la tracción de este, tiró del minibús hasta sacarlo del hoyo y llevarlo a un punto firme del camino. Reanudaron el viaje con Masha conduciendo despacio y rezongando contra la lluvia que seguía cayendo.

A mediodía alcanzaron la carretera asfaltada que conducía a Nairobi y la circulación mejoró, pero poco después Masha detuvo el vehículo frente a una gasolinera.

—Necesito revisar el motor y poner gasolina —anunció—. Si lo desean, pueden comer algo en la cafetería. Luego ya no pararemos hasta Nairobi.

Claudia, adormilada, rehusó bajar del vehículo.

—Todo está asqueroso —dijo.

Víctor no se atrevió a dejarla sola.

Tal y como había anunciado, Masha no volvió a detener el vehículo durante la hora y media que les llevó alcanzar la capital, y aunque Víctor se inquietó en un par de ocasiones al ver que Claudia se esforzaba por retener las arcadas, no fue necesario pedir al chófer que se detuviera en alguna de las cafeterías que pasaron por el camino. En Nairobi apenas lloviznaba, pero el tráfico era tan caótico que llegar a Meda Tower les llevó el doble de lo normal. En cambio, una vez que alcanzaron la entrada de su domicilio la despedida entre ellos y el chófer no pudo ser más breve. El keniano aceptó sin efusiones la propina que Víctor le entregaba, les deseó feliz regreso a América y desapareció.

Ya en el piso alto, y al introducir la llave en la cerradura, Víctor notó que no estaba echada, pero eso no le preparó para encontrarse con Aurora al otro lado de la puerta.

—¿Qué hacéis aquí? —reaccionó ella primero.

—¿Quién es? —dijo Claudia detrás de Víctor.

—Una colega —respondió él, y dirigiéndose a Aurora, añadió—. Eso podría preguntar yo, ¿no?

Aurora se acercó a Claudia e hizo intención de besarla, pero la adolescente se apartó. Víctor se inclinó a su vez sobre Aurora y la besó en ambas mejillas.

—Hola, Claudia, me alegro de conocerte —dijo Aurora—. Tu padre nos pidió que hiciéramos esto acogedor para ti, y eso es lo que intentaba; acabo de colgar esas cortinas. ¿Te gustan?

Al hablar, dio media vuelta y señaló las telas de color pastel que sustituían a las cretonas de los anteriores cortinajes.

—No están mal —dijo Claudia, y camino del cuarto de baño, añadió—. Perdón, no me siento bien.

Cuando la puerta se cerró a espaldas de la hija, Víctor y Aurora se miraron. Ella se le acercó y le besó, pero enseguida se apartó. Víctor respondió con un gesto de impotencia a la mirada de ella.

—Algo le sentó mal, la noche de Navidad, y hubo que recurrir al *fansidar* —dijo—. Ahora está con *nefloquina* en dosis reforzada.

—Pero ¿cómo ocurrió?

Víctor negó con la cabeza e imitó la acción de telefonear. En el baño acababa de sonar el ruido de la cisterna al descargarse.

—Gracias por las cortinas —dijo alzando la voz—. Ha sido muy amable por vuestra parte.

—Las compré con Sonia —dijo Aurora—. Bueno, os dejo, que estáis cansados. Dile a tu hija que se ponga buena para el fin de año; Sonia está organizando algo especial para ella.

Junto a la puerta se besaron fugazmente.

—Gracias, lo intentaremos —dijo Víctor mientras cerraba.

Como si hubiera estado esperando a que eso ocurriera, Claudia salió del baño, tomó su bolsa de viaje y comenzó a desempaquetar, sentada al borde del sofá-cama.

—Será mejor que tú uses el dormitorio —dijo Víctor—. Estarás más cómoda. ¿Quieres que te prepare algo caliente?

—¿Cómo es que tenía la llave? —dijo Claudia.

—¿La llave?

—Sí. Había entrado, ¿no?

—¡Ah, eso! Se la habrá pedido al portero. Siempre le dejo una, para las emergencias.

—Claro —dijo Claudia sin levantar la vista de la bolsa—. ¿Fue ella quien llamó para felicitarnos o esa Sonia?

—Fue ella —dijo Víctor.

La fiebre no se declaró, pero Claudia continuó quejándose de dolores de estómago y náuseas, pese a lo cual Víctor consiguió que tomara la *nefloquina*. Veía que su hija estaba asustada y resistió el deseo de examinar de nuevo los habones.

La lluvia y un frío relativo se habían adueñado de Nairobi, y los dos días siguientes Claudia se quedó acostada, leyendo o amodorrada en la cama del dormitorio o mirando caer la lluvia por el ventanal. Víctor fue al supermercado y preparó comidas ligeras de fácil digestión, que Claudia solía rechazar en favor del fuerte té keniano y tostadas.

La tarde del veintinueve telefoneó Sonia. Quería saber cómo evolucionaba Claudia y explicarle los preparativos que había hecho para que se sintiera cómoda en la fiesta de Nochevieja. Y también asegurarse de que efectivamente acudirían, lo que hizo pensar a Víctor que Aurora debía de haberle comentado la reacción de Claudia ante su presencia en Meda Tower. Quedó en contestarle después de hablar con su hija.

Luego, mientras Claudia tomaba el té y las galletas que le había llevado a la cama, dijo:

—¿Crees que estarás en condiciones de ir a la fiesta de fin de año? Sonia ha invitado a gente de tu edad y será divertido. Además, te podrán contar cómo es la vida aquí.

—No me interesa saber cómo es la vida aquí —le miró de frente Claudia—. No me gusta Kenia. Todo parece un escenario de Hollywood; hasta los animales. Y la gente es tan hipócrita y codiciosa como en Nueva York, pero más sucia.

—¿Cómo puedes estar segura?, sólo llevas aquí una semana. No me parece justo, porque te hayas indispuesto. Yo he intentado ayudarte a ...

—Pues cambia mi billete para mañana o pasado. Quiero volver a Nueva York cuanto antes.

—No estás en condiciones de hacer un viaje tan largo —dijo Víctor.

—Yo creo que sí. Y quiero irme, de verdad. Voy a llamar a mamá, y si está de acuerdo, me iré mañana mismo. Por favor, papá, entiéndelo.

—No es cuestión de entenderlo. ¿Sabes en qué fechas estamos? No habrá ni una plaza disponible en ninguna línea aérea. ¿Por qué crees que me quedé aquí la Navidad pasada?

—Voy a llamar a mamá. Quizás desde allí pueda arreglarlo.

—Sí, llámala.

Víctor no quiso ser testigo de la conversación de Claudia con Esther. Tan pronto como oyó que su hija comenzaba a hablar, salió a la terraza y estuvo mirando el paisaje nocturno de un Nairobi pasado por agua. Sólo volvió a entrar cuando Claudia le llamó.

—Está de acuerdo —anunció la hija—, pero cree que debería ser menos difícil conseguir aquí un billete sólo de ida.

—Bien, abrígate o vuelve a la cama. Ahora voy a hacer yo un par de llamadas.

No podía conceder esa baza a Esther, pensó Víctor mientras marcaba el número de teléfono de Sonia. Si alguien podía ayudarle, sería Alberto.

Al arquitecto no le asombró el cambio de planes repentino, que consideró propio de una adolescente, y prometió ayudar.

El sábado amaneció despejado y Claudia aceptó salir por la mañana. Fueron a la librería a comprar «*Elle*» y «*Sixteen*», y luego se sentaron en la terraza del *Thorn Tree* a comer un sándwich y observar a los turistas.

Víctor decidió aprovechar ese momento.

—A tu llegada dijiste que querías que habláramos. ¿Quieres hacerlo ahora? —sugirió.

—No, ya no hace falta —dijo Claudia, sin apartar la mirada de los turistas.

Acababan de regresar a Meda Tower cuando Alberto telefoneó.

El arquitecto le dijo que el viaje estaba resuelto, aunque tendría que pagar un billete en primera clase hasta Nueva York.

—Eso es lo de menos, muchas gracias —dijo Víctor.

No se las debía a él, sino a Peter, el escocés, y a los buenos contactos que tenía en su embajada y en la British, le aclaró Alberto en un tono que a Víctor le sonó a malicioso.

Acto seguido, el arquitecto quiso saber si al menos podían contar con él para la noche de fin de año.

—Desde luego —le aseguró.

Víctor colgó el teléfono y salió a la terraza, donde Claudia leía al sol.

—Vas en primera, así que esperarás el embarque en la sala de los Vip, sin suciedades —concluyó su explicación.

—Y podré dormir durante el vuelo. ¿Sabes a qué hora llego? Tendré que decírselo a mamá.

—No, pero ahora llamo a British Airways y luego telefoneas a tu madre.

Más tarde, mientras Claudia ordenaba la maleta, Víctor dijo:

—Fue idea suya que vinieras ahora, ¿verdad?

Claudia tardó en responder.

—No, pero ella tenía razón —dijo por fin—. Tú no querías cambiar de escenario porque estuvieras harto de Nueva York. Querías cambiar de vida y de familia. Debiste decírmelo allí y no habría venido.

7

De pie junto a la ventana de su despacho en Gigiri, Víctor vio a Aurora salir del decrepito *escarabajo* verde y dirigirse hacia la entrada del edificio cruzando el aparcamiento reservado a los funcionarios de la Organización. La observó un instante y se apartó de la ventana. Esa mañana gris se cumplían dos semanas desde la última vez que habían estado juntos en el piso de Meda Tower.

Se sentó a la mesa y encendió el ordenador. Las circunstancias en que se había producido el regreso de Claudia a Nueva York, y el reproche que su hija le hiciera antes de partir, le tenían confundido en sus relaciones con Aurora. Se sentía incómodo junto a ella, pero no podía pasarse sin verla sonreír, sentirse objeto de su penetrante mirada de miope o escuchar su voz enronquecida por el tabaco.

A la hora del almuerzo, Víctor dejó a medio redactar las conclusiones de la reunión que tenía que coordinar esa tarde, deseoso de encontrarse con Aurora camino del comedor. Le pareció preferible a que ella lo buscara en su despacho.

—¿Ocurre algo? —le preguntó ella mientras almorcaban.

—Nada. Necesito pensar en lo ocurrido con mi hija —respondió.

Pero de nuevo a solas ante el ordenador, reconoció que más que en Claudia pensaba en Aurora y en él mismo. Analizó una vez más sus relaciones y se interrogó sobre su índole y duración. Y de nuevo se preguntó si no habría abandonado a su familia y saltado al vacío sólo porque Aurora suponía recuperar la pasión frente al tedio y la rutina. Una cosa era evidente; preferiría no tener la certeza de que, cuando entrase en la cafetería para el té vespertino, vería la mano de Aurora agitándose en el aire y llamándole a su lado.

—¿Va a durar mucho el retiro espiritual? —quiso saber Aurora el viernes por la tarde, ante su vaga alusión a un compromiso con Federico y Manuela que le impediría verla ese fin de semana.

Víctor la miró en silencio, sin saber qué responder, y ella tuvo el tacto de no insistir.

Fue ese mismo fin de semana, que Víctor pasó tumbado en la cama con la ginebra y el agua tónica al alcance de la mano, cuando el absceso que crecía en su interior estalló, despejándole la mente y serenando su ánimo. Se vio como el náufrago que era. Pero sobre todo, vio a Aurora como la tabla cercana que sólo esperaba a que él extendiese la mano. En la penumbra del dormitorio donde el tráfico dominical apenas era un murmullo, oyó la voz de Aurora. Palpó la superficie del lecho persiguiendo la huella fugitiva de su cuerpo. Sintió en la piel el aliento que brotaba de su boca después del placer y admitió que la necesitaba. Más aún, le agradeció que fuera como era: apasionada e insistente. Y además, se perdonó a sí mismo por quererla. Aceptó que deseaba recorrer con ella la nueva senda, ya fuese corta o larga. Se dijo que en compañía de Aurora, el fardo de las viejas derrotas que en vano había intentado superar por sí sólo a base de cinismo y de soberbia sería más llevadero. Y aunque en mitad de la noche se despertó pensando que tal vez todo aquello fuera una ilusión, fantasías de quien sólo ve lo que desea ver, buscó de nuevo el sueño diciéndose que ella sabría como ayudarle.

El lunes por la mañana fue al encuentro de Aurora en un corredor muy transitado y la besó en los labios, ante las miradas divertidas de los colegas.

—Por fin, señor —dijo ella, espléndida en un traje chaqueta con falda plisada.

Por esos días la lluvia empezó a escasear, dejando tras de sí una ciudad de edificios lavados y un clima fresco que infundía vigor a los nairobitas. La gente volvía a vivir al aire libre, disfrutando de la temperatura suave y de una flora de jacarandas y buganvillas que alegraban la vista. Las terrazas de los cafés bullían de turistas, e incluso el tráfico parecía menos denso y contaminante. Aurora y Víctor iniciaron un peregrinar por restaurantes, parques públicos y mercados cuyo fin inconfesado era dotar de escenarios al amor que se consolidaba con cada nuevo abrazo nocturno en Meda Tower.

En Gigiri, la mesa que ocupaban a la hora del almuerzo o del café era frecuentada por Sonia, Federico, Alberto y otros colegas que, entre bromas y comentarios de trabajo, iban dando un carácter cada día más público a

sus relaciones de pareja. Tal estado de cosas, del que ambos eran conscientes pero cuya evolución ninguno de los dos suscitaba, habría podido prolongarse por tiempo indefinido de no ser porque Diego actuó de forma que el panorama cambió por completo.

Ocurrió a mediados de abril, seis meses después de que la actitud del marido de Aurora en la reunión ofrecida por Federico y Manuela, y la disputa que siguió en su propio domicilio, decidieran a Aurora a exigirle el divorcio. La negativa de Diego había sido rotunda, pero esa mañana de abril en que Víctor se afanaba por arreglar un documento especialmente farragoso, Aurora abrió la puerta de su despacho y, sin llegar a entrar, dijo:

—Ya está. Lo ha hecho.

—¿Qué? —se sobresaltó Víctor, apartando la mirada del ordenador.

—Diego se ha ido a vivir con la holandesa.

Él fue incapaz de reaccionar.

—Me lo ha dado por escrito. No habrá juicio.

Vio que Aurora callaba para tomar aire.

—¿Cómo ha sido? —acertó a decir.

—Después te cuento los detalles. Voy tarde y me esperan en el comité de expertos.

Le sonrió y cerró la puerta suavemente, dejándole a solas con su sorpresa.

Él tardó varios minutos en sobreponerse, y lo primero que pensó fue «Me va a pedir que vaya a vivir con ella». Esa idea le alteró al punto de que en vano trató de volver a trabajar en el documento. Las frases hechas de palabras neutras y fórmulas vacías le resultaban impenetrables. Fue a los lavabos, y la cara que le devolvió el espejo mientras se enjabonaba las manos tenía un gesto de preocupación. No, de miedo, se corrigió. Qué poco ha durado.

Más tarde, mientras almorcaban, Aurora le dijo que los trámites de la separación durarían unos meses, y en contra de lo que él había esperado, no hizo alusión alguna a planes de futuro.

Por fortuna, las semanas que siguieron fueron muy atareadas en Gigiri, y el carrusel de cócteles y recepciones ofrecidos por las delegaciones de las conferencias que se sucedían en la sede de la Organización les mantuvo muy ocupados. Además, aumentaron las cenas de fin de semana con colegas que les trataban como a una pareja más, incluso si coincidían con Diego y la holandesa. Los cuatro compartieron mantel en alguna ocasión, y al llegar y al partir se estrechaban la mano o se besaban en las mejillas.

Todo ese ajetreo impidió a la pareja ampliar la lista de lugares que un día podrían recordar como escenarios de su amor.

Luego, a finales de mayo, la crisis latente en el norte del país se agudizó con la llegada de miles de refugiados que escapaban de la lucha de todos contra todos que los señores de la guerra libraban en la vecina Somalia. La Organización tuvo que improvisar más campamentos de acogida, y Alberto y Federico se incorporaron a los equipos encargados de su creación.

Con ese motivo se anunció en Gigiri una fiesta de despedida para los funcionarios que partían. Y en esa fiesta, Víctor fue objeto de una proposición que, lejos de halagarle, le complicó la vida de modo imprevisto.

La fiesta comenzó a las siete de la tarde, con un breve discurso en el que la directora de personal elogió a quienes iban a enfrentarse a duras condiciones de vida y de trabajo para asentar a los nuevos refugiados.

—Exagera. Con tal de salir de aquí, haría cualquier cosa —dijo Federico a Víctor, en la mesa que las tres parejas compartían en el jardín de la sede de la Organización.

—Por una vez dices lo que piensas —dijo Manuela, instalada entre Aurora y Alberto.

—Que no te oiga la jefa, o me borrará de la lista por lenguaraz —respondió Federico, que apuraba ya el segundo martini.

—Haya paz —pidió Sonia.

—Sí, que la haya —dijo Alberto. Y dirigiéndose a Víctor, añadió—. Por cierto, tu tardanza en unirte al Club de los Trashumantes empieza a dar que hablar, ahora que ya no estás solo. Conviene salir al paso, y hemos decidido invitarte de manera oficial a que lo hagas. Si estás de acuerdo, yo te apadrinaré, y Federico y Peter, el escocés de logística, actuarán como testigos.

Víctor se llevó el vaso a los labios, dándose tiempo para reaccionar.

—¿No resulta un poco mafioso y antiguo, todo eso? —dijo.

—Nada de mafioso —dijo el arquitecto—. Nuestro único fin es no sucumbir al alcoholismo o la depresión, en medio de tanta rutina. Además, con los cinco que nos vamos, el circuito de las cenas se va a reducir, y tu terraza tiene vistas de Nairobi que a muchos les gustaría disfrutar.

—Preferiría pensarlo —dijo Víctor—. La experiencia de España me hizo alérgico a los grupos, clubes y capillas de cualquier índole. Ya perdí todo el tiempo que tenía para perder en ese tipo de cosas.

—No dramatices —dejó de beber Federico para intervenir—. Se trata de cenar juntos de vez en cuando, criticar a los ausentes y apoyarse unos en otros. O cambiar de pareja, en el mejor de los casos.

Víctor no supo cómo interpretar la alusión del amigo. Incómodo, desvió la mirada y la fijó en el cielo azul oscuro que cubría sus cabezas como un manto protector. Creyó oír el croar de las ranas que vivían en el estanque del jardín.

—Bueno —dijo por fin.

—No te arrepentirás —alzó su vaso Alberto.

Agosto empezaba a declinar cuando Aurora y Víctor decidieron celebrar el divorcio recién obtenido por ella con un viaje a Lamu, al cumplirse veinte meses de su primer encuentro en *Le Mirage*.

—Antes te enseñaré Malindi —propuso Aurora—. Siempre he querido ir allí enamorada. Yo me ocupo de todo.

Y así lo hizo, tras incluir en el plan el deseo de Víctor de aprovechar el viaje para visitar a Federico y Alberto en el campamento de refugiados donde continuaban destacados.

Un viernes, después del trabajo, subieron al avión de Kenya Airways que unía la capital con la Costa y emprendieron la luna de miel que ninguno de los dos había mencionado. Llegaron a Malindi con la luz del atardecer ya declinante, pero eso no impidió a Víctor apreciar desde el avión la blancura de la línea de playa que partía del extremo sur de la ciudad en dirección a Mombasa. Ni la vegetación de casuarias, tamariscos y palmeras que les acompañó camino del hotel elegido por Aurora.

—¿Te gusta el sitio? —dijo ella cuando estuvieron solos en el amplio bungalow seudocolonial que daba al mar—. Hemingway estuvo aquí en los años treinta para practicar la pesca deportiva, aunque parece que la mayor parte del tiempo lo pasó en el bar vaciando martinis.

—Trataré de no imitarle —dijo Víctor, mientras pasaba un brazo por la cintura de ella junto a la puerta corrediza que acaba de entreabrir—. Escucha cómo retumba el mar.

Se besaron en la penumbra, oyendo el sordo restallar de las olas que les iba a acompañar toda la noche y que Víctor acabó por asociar con el latido uterino, durante el rato que pasó en vela antes del amanecer.

Por la mañana fueron al parque oceánico de Watamu y Aurora buceó entre bancos de peces de colores, que huían veloces ante la proximidad de

los intrusos provistos de máscaras y tubos. Víctor observaba la escena por el fondo de cristal de la lancha, que compartían con un grupo de italianos bullangueros. Precisamente uno de ellos sufrió un accidente mientras buceaba, y de pronto todo fueron remolinos de agua, cabezas que emergían gritando y brazos y aletas confundidos en un caos desesperado. Al finizaron a bordo a un joven que parecía inconsciente y dos de ellos comenzaron a hacerle la respiración artificial, mientras Víctor deducía de sus exclamaciones que el accidentado había sufrido un calambre paralizador al tocar una raya.

—¡*Pazzi! Stronzzi!* —gritaron de improviso el presunto inconsciente y sus reanimadores, calificando de imbéciles a los amigos arremolinados en torno a ellos. Luego todos soltaron la carcajada.

—Son unos descerebrados —dijo Aurora apareciendo junto a Víctor—. Actúan como si el mar fuera suyo.

Pero más que enojada, se la veía radiante tras el ejercicio.

—Estás hecha una sirena —dijo Víctor.

—Gracias, señor —y al tiempo que hablaba, le puso en la mano un pequeño coral rosado y le hizo cerrar el puño—. Te traerá buena suerte.

De regreso en el hotel, se instalaron junto a una de las piscinas y Aurora nadó y flotó boca arriba, mientras él sentía el roce cálido de la brisa y veía agitarse las ramas de las palmeras tumbado en una hamaca. Varias rocas que emergían del agua a poca distancia de la orilla se le antojaron lanchas de desembarco olvidadas después de algunas maniobras. La arena de la playa espejeaba de tal modo que era imposible mirarla sin gafas de sol. Kenianos jóvenes recorrían la playa provistos de collares y pareos multicolores que utilizaban para acercarse a las turistas, protegidas por muros de piedra de un metro de alto que separaban el dominio público de los santuarios hoteleros. Pero los *beach boys* veían frustrados sus intentos por la intervención de vigilantes con uniforme y garrote en mano.

Después de la siesta fueron a la ciudad. Aurora conocía Malindi de ocasiones anteriores y decidió comenzar la visita por el monumento a Vasco de Gama, una cruz con lápida conmemorativa que decepcionó a Víctor por su rusticidad y mal estado de conservación. En cambio le impresionó la arquitectura verdiblanca y luminosa de las mezquitas, en particular la erigida en el antiguo mercado de esclavos que había hecho próspera a Malindi. También comentó, divertido, la forma fálica de la tumba que guardaba los restos de un santón del siglo quince.

—Hay otras iguales en la ciudad, pero no se te ocurra mencionarlo —le previno Aurora—. Los creyentes lo considerarían una injuria, aunque son únicas en toda la costa y deberían sentirse orgullosos.

En el barrio suahili disfrutaron del mercado al aire libre, confundidos con los kenianos y los turistas que asediaban a los vendedores de maíz, sésamo, casava, mangos y bananas. Después se internaron por estrechas calles comerciales donde el único tráfico lo formaban carros de varas arrastrados por hombres descalzos. Allí curiosearon en las tiendas de especias y observaron a los sastres, que trabajaban a la puerta de talleres diminutos manejando con destreza las rústicas máquinas de coser. Y al final, en un almacén regentado por indios, Aurora compró tela para un sari y bastoncillos de incienso, antes de emprender el regreso al hotel en un autobús que olía a cuero sudado y que bordeaba la pequeña bahía.

Más tarde salieron a caminar por la playa, y al cabo de un rato Aurora, que avanzaba pisando el agua, propuso:

—Vamos a nadar. Será como darnos un baño juntos en el hotel.

Al tiempo que hablaba, se desprendió del pareo anudado a su cintura y quedó en bikini. Víctor hizo lo mismo con la camisa y los shorts y lo apiló todo sobre las sandalias. La temperatura del agua invitaba en efecto a dejarse envolver por ella, y cuando les llegó al pecho se unieron en un abrazo, mecidos por el ritmo lento de las olas.

Al separarse, ella dijo:

—Déjame que te ayude a flotar. Sólo tienes que relajarte y confiar en mí.

—Preferiría no hacerlo —dijo Víctor—. Recuerda que no sé quedarme quieto y flotar.

—Todo el mundo sabe, si no se deja envarar por el miedo.

—Yo lo tengo.

Sin embargo aceptó. Aún sentía contra el suyo el vientre de ella y la sangre le latía veloz. Se dejó caer hacia delante y comenzó a bracear sostenido por ella. A medida que se adentraban en el mar el agua se fue enfriando. Una ola más alta y brusca que las otras les separó. Víctor trató de hacer pie, pero no lo consiguió y empezó a hundirse. Tan pronto como su cabeza quedó bajo el agua, un espasmo cerró sus pulmones y el líquido le entró por la nariz. Creyó ver un pez grande que avanzaba hacia él y temió que fuese una raya. El miedo pareció acelerar su caída en vertical, sin que sus torpes pataleos pudieran impedirlo. Sintió que pasaba mucho tiempo y que el agua se oscurecía a su alrededor. Además el agua le entró

en los oídos, ensordeciéndole. Me voy a ahogar, pensó. Aquí se acaba todo. Su pecho estaba a punto de estallar y tenía que abrir la boca.

Una mano agarró sus cabellos y tiró de él hacia arriba. El agua salada le bajó por la garganta en el momento que su cabeza salía de nuevo a la superficie. Resolló con ansia, sin entender lo que Aurora decía. El brazo de ella le sostenía por la barbilla y le arrastraba hacia la playa. Creyó que no iban a llegar, mientras se esforzaba por mantener la cabeza fuera del agua y respirar a bocanadas. Cuando sus pies tocaron fondo, se irguió y avanzó tambaleándose hasta la tierra firme, sin esperar a Aurora. Tan pronto como salió del agua se desplomó entre toses y jadeos. Sentía arcadas pero no lograba echar el agua.

—De costado, mi amor, de costado —le instaba Aurora.

Dejó que ella le manejara, mientras luchaba contra el escozor de los ojos y la contracción pulmonar que aún le atenazaba.

—Lo siento. Lo siento mucho —repetía Aurora, inclinada sobre él.

Una vez que pudo andar, fueron directamente al bungalow y Aurora pidió té, mientras él tiritaba bajo las sábanas. Le volvían las sensaciones vividas en los peores momentos de la malaria. Se adormeció.

Cuando despertó era noche cerrada. Cenaron en la habitación, y Aurora le convenció para que tomará el consomé caliente que había encargado.

—Te sentará el cuerpo, ya verás. No me pierdas la confianza, por favor —le pidió con mirada implorante.

—No seas tonta —dijo él—. Ha sido un accidente. Y si hay algún culpable soy yo.

Mucho más tarde, con el retumbar pautado de las olas y el croar de las ranas como fondo, el calor del cuerpo desnudo de Aurora pegado al suyo devolvió el vigor a Víctor, que se abandonó a las caricias lentas con que ella le condujo al orgasmo.

La mañana del domingo la pasaron en la piscina. Aurora no quiso bañarse y estuvo atenta a que Víctor no se quemara con el sol, untándole de crema y tapándole con el albornoz cuando se amodorraba. Luego volvieron al bungalow e hicieron el amor pese al ardor de la piel. Se ducharon, almorcizaron en el restaurante del hotel y, bajo la luz fuerte de las cuatro de la tarde, fueron al aeropuerto para tomar el avión que les llevaría a Lamu.

Haciendo honor a su nombre, la silueta de *Le Mirage* temblaba en la luz difusa procedente del Índico, cuando Víctor divisó la casa de Madame desde el camino de tierra que conducía hasta ella. Luego, ya más cerca, el caserón le pareció decrepito y descuidado, en comparación con el recuerdo de él que conservaba, pero aun así, su estilo y proporciones seguían destacándolo como uno de los edificios más originales de la isla.

Se habían alojado en la ciudad porque el Hotel Peponi estaba cerrado por arreglos, y al hacer las reservas Aurora había elegido la pensión de un suahili de aire patriarcal y pelo y barba teñidos de rojo al que conocía de viajes anteriores. La pensión estaba en la parte antigua de la ciudad, y el día siguiente a su llegada decidieron dedicar la mañana a recorrer las callejuelas con casas de piedra y coral que daban a Lamu su color y textura singulares. Eso permitiría a Víctor familiarizarse con el lugar, mientras llegaba la hora de acudir a casa de Madame.

La ciudad vieja había seducido a Víctor, haciéndole presentir una relación secreta entre el misterio que emanaba de las viviendas suahili, y los ojos de las mujeres envueltas en negro de los pies a la cabeza que se clavaban en él con pícara curiosidad. En el barrio del museo y el mercado al aire libre, donde abundaban las jóvenes vestidas con menos rigor, Víctor las había observado reír y cuchichear entre ellas, comentando quizás el descaro de aquel *mzungu* que las seguía con la mirada pese a ir acompañado de una extranjera que mostraba la piel desnuda.

—Atractivas, ¿eh? —había detectado Aurora su interés por las muchachas adornadas con vistosos collares, el pelo cubierto por un velo y las manos pintadas de gena.

—Misteriosas, por lo menos —había admitido él.

Pero eso había ocurrido por la mañana. Ahora, tras ser recibidos a la entrada de *Le Mirage* por el mayordomo de gesto hierático que supervisara la fiesta de fin de año y de recorrer en pos de él una parte de la mansión que a Víctor se le antojó menos laberíntica que en la noche de su primera visita, llegaron por fin a presencia de la anfitriona. También en esta ocasión Madame vestía de negro ceñido, si bien el encaje blanco que lucía en puños y cuello daba a su figura una elegancia adicional. Llevaba el pelo rubio platino cortado a lo garsón y les recibió con los ojos entornados.

—¡Qué alegría, queridos! —dijo sin levantarse—. Os acordáis de Daniel, ¿verdad?

Aurora y Madame se besaron. Al inclinarse para hacer otro tanto, Víctor sintió el calor del cuerpo perfumado y la tersura de la mejilla que rozaba la suya. Se instalaron frente a la antigua embajadora consorte, sentada a esa hora del día en un ángulo del porche que daba directamente a la playa. En ese porche se había dirigido a él Aurora, aquella velada de fin de año en que ella tomó una iniciativa que seguía manteniendo, y que a punto había estado de costarle la vida en Malindi.

—Está guapísima —decía en ese momento Aurora a Madame—. No sabe cómo le envidio su talento para vestir.

—Entrenamiento profesional, querida. Tú también estás muy atractiva, con esas flores y la manga corta. Desprendes felicidad.

Daniel colocó frente a ellos los vasos de limonada y se retiró en silencio.

—Y también el apuesto español parece plenamente recuperado de la malaria, ¿me equivoco? —continuó Madame, que ante el silencio de Víctor, añadió—. El amor hace milagros, *n'est-ce pas?*

Al tiempo que decía esto, levantó su vaso en un brindis dirigido a ellos dos.

Bebieron. El combinado de fruta de la pasión y lima tenía un gusto ligeramente amargo que a Víctor le hizo pensar en la quinina.

—Pues tenía que haberlo visto esta mañana, prendado de las jovencitas de Lamu —dijo Aurora, apuntando a Víctor con dedo acusador.

—Pero, querida, eso es natural —sonrió Madame—. Como dijo no sé qué poeta francés de mi época, la mujer es el destino del hombre. Pero el destino es muy largo, para que una sola mujer lo colme. Y lo mismo se aplica al hombre.

—Ni usted ni los poetas tienen época, Madame —dijo Víctor.

—Galanterías —agradeció la anfitriona con un ligero movimiento de mano—. Lo cierto, sin embargo, es que estos últimos tiempos han sido duros. Pero no hablamos de ello. Así que le han fascinado las jóvenes suahili, ¿verdad? No se sienta culpable, pese a las quejas de nuestra amiga. Era inevitable.

Hizo una pausa y se llevó el vaso a los labios, a la vez que les dedicaba una mirada que a Víctor le pareció cargada de humor.

—Los africanos, y no hay que olvidar que los suahili son mitad árabes y mitad africanos, viven la sexualidad con más libertad que los occidentales, ¿sabe? —continuó la antigua embajadora consorte una vez que hubo bebido. Y dirigiéndose ahora a ambos, añadió—. Además, la

viven sin ningún sentido de culpa, que es lo mejor. Basta verles bailar. ¿Ya lo han hecho? Pues habrán notado que sus bailes reproducen el ritmo continuo y pulsante del acto sexual, con esos torsos y esas pelvis ondulándose tan sugerentes. Y desde los seis años, niños y niñas viven inmersos en ese ritmo, además.

—Me ha fascinado su coquetería —admitió Víctor—. Pero no sabría opinar sobre su sensualidad o su libertad sexual. De hecho, me han parecido recatadas.

Iba a seguir hablando, pero se interrumpió al sorprender la mirada cómplice que Aurora y Madame intercambiaron al oír sus palabras. Entonces resumió:

—Claro que nunca he tratado con mujeres inmersas en la cultura de la poligamia.

La luz de la tarde se había ido concretando mientras hablaban, y Víctor percibió el esmero con que la anfitriona se había pintado ojos y labios de un azul morado que acentuaba la palidez del cutis.

—¡Ah, la poligamia! Le fascina, ¿verdad? —adelantó su cuerpo hacia él Madame—. A todos los occidentales les ocurre. Los musulmanes, en cambio, se sirven de ella sobre todo para crear vínculos de sangre o fortalecer alianzas, y el aspecto amoroso o sexual es secundario. En cuanto a las mujeres, puedo asegurarle que rara vez conocen la satisfacción, a manos de señores que las ven como simples instrumentos, *les imbécils*! Y se sorprendería usted de lo extendido que está el adulterio femenino aquí, entre las suahili, y también en países como Arabia Saudita, según me dicen.

Por la mente de Víctor cruzó la visión de Madame presidiendo con porte de gran dama un encuentro de su Academia del Amor, en la sala donde se había celebrado el brindis de fin de año. Saudíes gordinflones envueltos en ropas blancas, y algún rico comerciante de Mombasa vestido a la europea, fumaban pipas de agua o sorbían café sentados con las piernas cruzadas, mientras estudiaban a las pupilas de Madame. ¿Habrá puja? ¿Regatearían los jeques por las alumnas más aventajadas?

—Por fortuna, aquí no lapidan o decapitan a las adulteras —dijo Aurora.

—Si lo hicieran tendríamos serios problemas demográficos, querida —sonrió fugazmente Madame.

En ese momento Daniel se acercó para volver a llenar los vasos, y Víctor se fijó en que la mano de la exembajadora buscaba el contacto con

la del criado mientras este le servía más refresco.

—Porque lo cierto es que las mujeres necesitamos sentirnos poseídas, *n'est-ce pas?* —prosiguió Madame, cuando el mayordomo hubo terminado de servir y se retiraba—. No siempre, desde luego, pero sí en algunas ocasiones, ya que esa posesión nos permite librarnos de toda responsabilidad y dar rienda suelta a nuestra sexualidad más profunda y espontánea; buscar el placer sin prejuicios, vamos.

Levantó una mano para detener la objeción que pareció anticipar en Aurora, quien había arrugado la frente y taladraba con la mirada a la anfitriona.

—No me malinterpretes, querida —prosiguió Madame—. De los hombres puede decirse lo mismo. Lo que sucede es que, presos de su papel, raramente alcanzan la espontaneidad necesaria para gozar del sometimiento a nosotras. —Y mirando ahora a Víctor, concluyó—. En lo erótico, son ustedes muy inferiores, amigo mío.

Ahora fue Víctor quien recurrió a la limonada, tratando de hallar la respuesta adecuada. Se preguntó qué variantes del placer —con sus setenta años cumplidos por mucho que el bótox, los antioxidantes y las hormonas sintéticas lo disimularan—, podría experimentar aún aquella mujer que había conocido la vida del burdel y la de las embajadas, antes de regentar una escuela de artes amatorias. Aurora le había contado que la dueña de *Le Mirage* había tenido problemas con las autoridades kenianas a raíz de la muerte del homosexual ocurrida en su casa durante la fiesta de año nuevo, y tal vez en eso consistiera la dureza de los últimos tiempos a que Madame había aludido. Según Aurora, no le permitían dar recepciones. Ni recibir más invitados que los imprescindibles para armar partidas de cartas o sesiones de espiritismo, al que Madame parecía haberse aficionado últimamente.

Cuando dejó el vaso de nuevo sobre la mesa, Víctor había renunciado a cuestionar las opiniones de su anfitriona sobre el erotismo. La admiración que le inspiraba aquella polaca afrancesada de pronunciación gutural y tono arrogante, fríos ojos azules y ánimo juvenil pese a haber vivido a fondo varias vidas, superaba con creces su sentimiento de agravio por ser víctima de semejante generalización.

También Aurora parecía haber renunciado a contradecir a la anfitriona, y durante un tiempo los tres contemplaron en silencio los colores que el sol iba mezclando sobre el horizonte marino. Aurora alargó una mano y tomó la de Víctor, apretándola. La brisa húmeda se había cargado de un olor que

Víctor reconoció como el aroma dulzón de los floripondios, las flores de efluvios letales que alejaban de *Le Mirage* a los insectos y las bestias nocturnas, según le explicara Sonia.

Volvió a pensar en los floripondios camino del cuarto que Aurora y él ocupaban en la pensión, sobresaltado por la presencia en un rellano de la escalera de una máscara que le había pasado inadvertida la noche anterior. Tenía la altura de un hombre y estaba pintada en rojo y negro, con fibra de cocotero por cabellera y dientes picudos de marfil. Su vista le produjo un escalofrío, y Aurora se pegó a él riendo por lo bajo.

—¡Pero si es un espíritu protector! —dijo.

—Infernal, diría yo.

Tras despedirse de Madame prometiendo visitarla más detenidamente la próxima vez que estuvieran en la isla, habían regresado a la ciudad caminando lentamente por la playa semivacía que conectaba Shela y Lamu, deteniéndose a menudo para besarse o mirar el mar y escuchar el murmullo de las olas. Habían cenado en un cafetín del paseo marítimo, y después, en la terraza de un hotel llamado *Petley's Inn*, habían abusado del güisqui ilegal que sólo se servía a los blancos. Sobre todo Aurora había abusado.

—¿Crees que Madame se droga? —le preguntó ella ahora, mientras se desprendía con dificultad de la ropa dejándola caer al suelo junto a la cama de la pequeña habitación.

—¿Por qué lo dices?

—La he hallado incoherente. Y más locuaz que de costumbre, aunque me habría gustado oírle hablar más de la poligamia. ¿A ti no?

Víctor no respondió. La desnudez espléndida de ella se lo impedía.

—¿Le gusta lo que ve, señor? ¿Cuánto habría ofrecido por mí en la academia de Madame? —dijo entonces ella.

—No hay dinero en el mundo.

Minutos después, quizás bajo la influencia de las teorías expuestas por Madame, fue ella quien tomó la iniciativa, en el acto de amor que los mantuvo enlazados bajo el mosquitero que les protegía de lo que pudiera traer el aire húmedo de la callejuela lindante con el dormitorio. Luego ambos se quedaron dormidos, y más tarde, cuando la sed le despertó, Víctor se alzó sobre el codo y estuvo observando a Aurora un momento, antes de levantarse para ir al baño. Las sombras acentuaban la serenidad de los rasgos tantas veces besados, a la luz tenue que entraba por la ventana

abierta. Un ronquido breve ponía punto y final a cada expulsión de aire procedente de los castigados pulmones de la fumadora.

—Esto será nuestro amor, susurró Víctor, antes de levantarse con cuidado para no despertarla. Sintió el suelo húmedo bajo sus pies. Una perseverancia hecha de gestos cotidianos e ínfimos, como ese tuyo de esta tarde al agacharte para recoger la caracola en la playa, siguió su diálogo mental con Aurora, mientras dejaba salir la orina. Nada que ver con esa selva a la que aludía Madame. Ni yo soy un jeque gordinflón, ni tú una alumna de su academia entrenada para colmar mis apetitos.

Bebió agua del grifo, tras dejarla correr. Luego fue hasta la ventana y la entornó, antes de acostarse de nuevo y pasar un brazo sobre el vientre de Aurora. Que madame la exembajadora se dedique a la ouija y al bridge con los excéntricos de la colonia inglesa residente, mientras la policía se lo permita. El futuro de nuestro amor ya lo decidiremos nosotros, concluyó.

Entre Lamu y Mandera, la ciudad más próxima al campamento donde trabajaban Alberto y Federico, no había comunicación aérea directa. Aurora y Víctor tuvieron que volar desde Lamu a Wajir en la avioneta de un anglo-keniano taciturno que mantenía por su cuenta el enlace entre la Costa y el noreste semidesértico del país.

La poca envergadura del avión y las buenas condiciones climatológicas les permitieron sobrevolar a baja altura la zona pantanosa de Lorien, donde el desierto se traga finalmente al río Ewaso haciéndolo desaparecer. Luego siguió un paisaje seco y hostil, en el que durante dos horas de vuelo sólo divisaron algunos rebaños de camellos que, según el piloto, pertenecían a pastores somalíes.

—Hay que estar muy desesperado para andar por ahí abajo buscando los pozos que los yanquis perforaron en los años sesenta —respondió de mala gana a una pregunta de Aurora—. Y cuando los encuentran, el agua suele ser demasiado alcalina para beberla. Por eso les dejamos hacer.

—¿Y aquella aglomeración que se ve a la izquierda? —preguntó Víctor.

—Eso es Hobaswein, una antigua ciudad guarnición francesa. Un par de fuertes ruinosos, moscas y camellos —dijo. Y en un tono que ponía fin a tanta charla, añadió—. Faltan veinte minutos para Wajir.

No habían pasado más de quince cuando aterrizaron en la pequeña ciudad de casas de tejado plano, entre las que sobresalían los minaretes y

cúpulas verdes de las mezquitas. Wajir era el centro administrativo de la región fronteriza con Somalia y Etiopía, y aunque sus calles semivacías y polvorrientas distaban quinientos kilómetros del caudal navegable más próximo, Víctor descubrió que el edificio colonial visible desde el pequeño aeródromo era el Real Club Náutico de la ciudad.

Media hora después, tras reponer fuerzas con un café turco y dulces de calabaza, subieron al desvencijado avión correo que a diario hacía la ruta Nairobi-Wajir-Mandera, su lugar de destino. Aterrizaron cuando el sol comenzaba a declinar, y acuciados por el temor a los mosquitos que pronto invadirían la zona procedentes del cercano río Daua —«Los más virulentos del país», según el chófer que les llevaría al campamento—, subieron al todo-terreno y siguieron viaje sin dilación.

La carretera, antaño asfaltada, discurría por un paisaje de peñascos y tierra amarilla que se convertía en polvo al pisarla, y en el que sólo los arbustos espinosos habían resistido al viento que soplaban del noreste. A uno y otro lado del camino abundaban los despojos de camiones inutilizados por los baches que ocultaba la arena, y que el chófer fue sorteando entre maldiciones mientras Víctor y Aurora contenían la respiración.

Por fin llegaron frente a la colina cubierta de peñascos rojos en cuya ladera se alzaban las tiendas de campaña de la Organización.

—Allí les esperan —dijo el chófer.

Para llegar hasta las tiendas siguieron el camino de tierra que cortaba en dos la población de chozas improvisadas entre los arbustos. Grupos de mujeres y niños harapientos les vieron pasar postrados en tierra, y media docena de perros famélicos, con la piel costrosa y las orejas caídas, acompañaron unos metros al vehículo ladrandos sin convicción.

El Federico que les recibió junto a la entrada de una de las tiendas sorprendió a Víctor por los cambios que había experimentado su aspecto. El amigo vestía de caqui, incluido un chaleco con abundantes bolsillos, y la camisa se le abolsaba alrededor de la cintura revelando la pérdida de peso. Pero lo más notable era su gesto de gravedad, que a Víctor le recordó la del joven militante antifranquista lleno de certezas y entusiasmo.

—¡Felicitaciones, pareja! —les acogió con su media sonrisa Federico—.
¡El amor os sienta de primera!

Besó a Aurora, y Víctor y él se abrazaron.

—Tu estás más flaco —dijo Aurora.

—Trabajamos duro. Y desde hace días me ronda un resfriado que no acaba de brotar. Pero vamos adentro, estaremos a salvo del polvo y de las moscas. ¿Habéis tenido buen viaje?

Mientras hablaba les precedió al interior de una de las tiendas de campaña.

—Alberto no está —anunció—. Se fue anteayer a Nairobi para informar al grupo de crisis sobre la situación que tenemos aquí.

La tienda era de lona gruesa impermeabilizada. Tendría seis metros de largo por cuatro de ancho y dos de alto, como todas las que la Organización utilizaba en los campamentos de ese tipo. Un zócalo de malla tupida recorría la parte baja asegurando la ventilación, y un recuadro protegido de igual modo abierto en el techo servía de tragaluces. Había seis catres de lona dispuestos en dos hileras a los lados de la tienda, una pequeña mesa rectangular junto a la entrada, sillas plegables y taquillas de aluminio. Sobre cada taquilla había una lámpara de gas.

—Instalaros en las dos del fondo, a la derecha. Sara y yo ocupamos las de enfrente, y estas de la entrada están vacías ahora. Una es la de Alberto y la otra la usa Lauro, el encargado de la logística, que ha ido también a Nairobi a recoger tiendas para los niños. Además hay dos técnicos, pero se alojan por su cuenta.

—¿Quién es Sara? —dijo Aurora.

—Una médica angoleña. Ya la conoceréis. Ahora está en la tienda hospital.

—Las chozas de los refugiados dan pena —dijo Víctor—. ¿Cuántos hay?

—Más de dos mil. Pena, ¿eh? Tenías que haberlos visto cuando llegamos. Cuatro ramas secas y una piel de cabra por techo. La mitad de ellos tenían neumonía y llagas cubiertas de moscas. La primera semana murieron más de un centenar por desnutrición y diarrea, la mayoría niños. Al menos ahora tienen lonas contra el frío nocturno, mosquiteros y utensilios individuales para comer.

—Hemos visto niños y mujeres al pasar, pero hombres no —dijo Aurora.

—Sólo hay ancianos; centenar y medio. Los jóvenes y los adultos se quedaron en Somalia, luchando con uno u otro clan.

Víctor y Aurora distribuyeron el contenido de las bolsas de viaje en las taquillas mientras hablaban, y cuando terminaron, Federico propuso.

—Si queréis, os muestro el complejo, antes de que oscurezca. Luego podemos cenar con los colegas.

Salieron. La luz había cambiado, y Víctor divisó en el horizonte la línea púrpura de una cordillera en lo que debía ser Somalia.

—¿Cómo estáis de agua? —dijo.

—Mal. Es el problema principal y agudiza la crisis sanitaria. Alberto va a intentar volver con una potabilizadora para el agua del río, aunque costará dios y ayuda traerla hasta aquí, desde tan lejos.

—Según el chófer, ese río produce unos mosquitos muy mortíferos —dijo Víctor.

—Exageraciones. Peor son las moscas, como comprobaréis. Lo transmiten todo, en particular a los niños.

—Sí, se les veía muy apáticos —dijo Aurora.

—Cada día enterramos a unos cuantos. Y eso que por fin conseguimos que utilizaran las letrinas recurriendo a la autoridad de los ancianos, porque las madres se negaban diciendo que los niños se caerían dentro. Sara os lo puede contar. Ya hemos comenzado a excavar otras un poco más lejos que intentaré iluminar, para que también vayan de noche. Esa es ahora mi principal aportación al campamento. Bueno, eso, y los enterramientos.

Había cuatro tiendas en total. La que servía de vivienda. Una dedicada a almacén. Otra a transmisiones, y la cuarta a hospital. Más allá de la empleada como almacén, semienterrados entre las peñas, estaban los bidones de combustible. Cuando volvían sobre sus pasos para dirigirse al otro extremo de las instalaciones, donde se alzaba el hospital, un par de hombres jóvenes a los que Víctor no reconoció les observaron desde la entrada a la tienda de transmisiones.

—Los técnicos que os dije —señaló Federico—. Cenaremos con ellos, pero no mencionéis los perros. A Irving, el americano, le obsesionan, y si por él fuera los habríamos matado a todos.

—¿Por qué no lo hacéis? —dijo Aurora—. A mí me han parecido un peligro para los niños.

—Los ancianos se oponen. Fueron su única protección durante las semanas que estuvieron dando tumbos, en su huida de Somalia.

Levantó la lona impermeabilizada de la tienda hospital y entraron. La mujer estaba acuclillada ante un armario metálico que contenía medicamentos y de cuya puerta colgaba un candado. Al sentirles llegar cerró el armario, se levantó y dio un paso hacia ellos. Debía rondar los

treinta y cinco años y sus ojos les miraron risueños desde la cara redondeada por los cabellos cortos y rizados. En las facciones color canela destacaban los labios abultados. Lucía pendientes de plata pegados a los lóbulos y abierto el cuello de la camisa verde olivo, a juego con el pantalón.

—Sara es nuestra médica —dijo Federico—. Cortesía del gobierno angoleño.

—Ya tenía ganas de conoceros —dijo la presentada—. Este hombre no para de hablar de vosotros, desde que supo que veníais. Y en especial, de ti.

Mientras hablaba besó a Víctor, después de haber hecho lo mismo con Aurora.

En la tienda había cinco catres ocupados por niños esqueléticos, un pequeño refrigerador de gas para las vacunas, y una mesa de exploraciones cubierta con un plástico verde.

—Selím se queda a cargo de ellos —dijo la angoleña, indicando a un joven que acababa de aparecer en silencio a la entrada de la tienda—. Es mi ayudante somalí.

Se saludaron. Sara intercambió unas palabras con él, y los cuatro abandonaron el hospital, saliendo a lo que restaba de una tarde cuya temperatura descendía con la llegada de la oscuridad. La angoleña dio un respiro friolero, y Federico le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Víctor y Aurora se miraron.

Después de asearse en la tienda que iban a compartir, los cuatro se reunieron en el almacén con Irving y su compañero, Isak, un danés rubio y silencioso.

—Espero que os guste el menú —dijo Irving—. Ya quisiera yo tener amigos que me visitaran en un lugar como este.

—Tal vez lo hagan —dijo Aurora.

—No lo creó.

Entre él e Isak habían preparado una cena de tres platos sirviéndose de las raciones de campaña nórdicas: trozos de arenques en galletas saladas, un estofado con setas, y postre a base de gelatina con sabor a plátano. Víctor puso sobre la mesa la botella de *martini rosso* que atesoraba desde la visita a Malindi. Durante la cena hablaron de la situación imperante en la zona. Se temía la llegada de varios miles de refugiados más, avistados hacia poco desde el aire vagando por las planicies desérticas próximas a la frontera.

—Si eso ocurre, habrá que replantearse toda la operación —dijo Sara—. Ni siquiera potabilizando con cloro el agua de las charcas que quedan en el río podríamos asegurarles el mínimo de un litro diario.

Federico cambió de tema.

—¿Sabéis que Irving es un dibujante consumado? —dijo—. Tiene un cuaderno de acuarelas con escenas del campamento.

—Trato de recoger las menos tristes —dijo el aludido—. Si os vais a quedar unos días, os las enseñaré. Me gustaría hacer vuestros retratos.

—Sólo estarán aquí mañana —dijo Federico.

—¡Lástima!

Terminada la cena, los cuatro permanecieron unos minutos al aire libre, comentando las constelaciones que ilustraban el cielo nocturno. Hablaban en voz baja y pegados uno a otro por parejas, para protegerse del relente que parecía brotar de los peñascos. Esto, y un ladrido que les sonó muy próximo, les indujo a meterse en la tienda y cerrarla a sus espaldas para el resto de la noche.

—¿Cómo está Madame? —quiso saber Federico, mientras Sara preparaba la infusión de yerbas que les había ofrecido.

Se habían sentado alrededor de la mesa, y las lámparas de gas creaban una atmósfera propicia a la intimidad.

—Muy sola —dijo Aurora.

—Y más proselitista que nunca —añadió Víctor—. Nos dio una conferencia sobre poligamia, adulterio, culpa y diferencias sexuales entre musulmanes y cristianos.

—Se está haciendo vieja —dijo Federico, quitándose los lentes para limpiarlos con el faldón de la camisa.

Sara puso las tazas humeantes sobre la mesa y tocó la frente de Federico durante unos segundos, antes de sentarse.

—¿Te ocurre algo? —dijo Víctor.

—Nada. Ya os lo dije. Un resfriado que no cuaja. Es que la doctora no quiere que mis fuerzas decaigan.

Pese a la media sonrisa que el amigo solía utilizar para congraciarse, Víctor detectó preocupación en su tono.

—Tal vez a vosotros os atienda —intervino Sara—. Llevo días intentando convencerle de que siga el tratamiento preventivo contra la malaria, pero es muy cabezota, este señor.

—El peligro está en las moscas y en el agua —replicó Federico. Y dirigiéndose a Víctor añadió—. Aunque no nos vendría mal un fin de

semana en Malindi, como el que os disteis vosotros. Eso es saber vivir.

—De momento, recomiendo que nos acostemos —dijo Sara—. Mañana empezamos muy temprano.

En efecto, el sol era poco más que un disco azafranado sobre el horizonte cuando Sara y Federico iniciaron su ronda por el campamento de chozas, acompañados de Aurora y Víctor. El ayudante somalí les seguía, al mando de unos adolescentes que portaban cajas con medicamentos. Víctor descubrió en seguida que, como dijera Federico, los más afectados eran los niños. Desnutridos, aletargados por la fiebre y con los ojos cercados por moscas verdes, esperaban la llegada de la angoleña derrumbados entre las piernas de las madres, un poco menos esqueléticas que ellos. Sara se acuclillaba y, con Selím actuando de traductor, interrogaba a la madre, asentía con la cabeza a las explicaciones de esta, y luego ponía en sus manos uno o más de los saquitos que contenían las sales de rehidratación. A algunas les entregaba comprimidos antipalúdicos o de tetraciclina. Nunca se levantaba sin haber auscultado a las criaturas y comprobado su pulso.

—Hace días que se agotaron los demás antibióticos y muchos tienen disentería por el agua que bebieron de las charcas —explicó Sara—. Entre las mujeres predomina la tuberculosis y la desnutrición. Entre los ancianos, las infecciones oculares. Ojalá Lauro consiga más antibióticos.

Como confirmando sus palabras, de las chozas brotaba un olor nauseabundo.

—Cuando oscurece se niegan a ir a las letrinas —explicó Federico—. Temen a los chacales que merodean, y los perros ya no les protegen.

Media docena de ancianos andrajosos pero de porte digno —los jefes del campamento, supuso Víctor— les observaban a distancia en sus idas y venidas.

Ante una de las chozas, Víctor vio cómo la angoleña perdía el control cuando una madre levantó los trapos sucios que cubrían el cuerpo de su hija sin dejar de hacer gestos negativos con la cabeza. La niña tenía el rostro arrugado de una anciana, aunque no podía pasar de los seis años. Los ojos aún relucían con una intensidad que las moscas, incansables en su búsqueda de la humedad, no habían conseguido apagar.

Sara lanzó una exclamación ronca, se puso en pie de un salto y se alejó de todos ellos.

—Murió hace un rato —tradujo Selím las explicaciones de la madre—. Parecía estar bien y de pronto dejó de respirar. Sus otros hijos murieron

durante la marcha.

—Sara creía haberle salvado —respondió Federico a la mirada interrogativa que le dirigía Víctor—. Era su favorita.

La médico volvió junto a ellos y se dirigió a Selím:

—Dile que le daremos arpilla, para el sudario.

—Eso, que descanse envuelta en un saco con las palabras **REGALO DE LA UE** como epitafio —dijo Federico, espantando las moscas de los ojos de la niña y volviéndole a cubrir el rostro.

—¿Qué más da lo que la envuelva, una vez muerta? —dijo Sara, al tiempo que se apartaban de la madre dejando que Selím hablara con ella—. La rabia no sirve de nada, y hablas así porque estás cansado.

—Sí, cansado de actuar de enterrador.

—Haz caso a Sara —dijo Víctor, asiendo al amigo de un brazo—. No es la primera muerte que encuentras. Y de verdad se te ve muy fatigado. Te lo tomas demasiado a pecho.

—¡Miren quién fue a hablar! —se desasió Federico para encararse con Víctor.

Ambos se habían rezagado del grupo, y sólo uno de los perros que les seguían se detuvo a observarlos, sin ladrar.

—Lo que estoy es harto —siguió diciendo Federico—. Harto de ver cadáveres. Harto de nuestra ineeficacia y de la mansedumbre de esta gente. Pero ¿y tú? ¿Hasta cuándo vas a seguir con el papel de ofendido y defraudado por el resto del mundo? No fuiste el único que vio esfumarse sus expectativas de algo mejor, ¿sabes? ¡Déjalo ya y mira a tu alrededor!

Paralizado por la sorpresa, Víctor vio cómo Federico iba a reunirse con Sara y los demás. El perro titubeó, antes de seguir los pasos del amigo. Él mismo sólo salió de la inmovilidad cuando Aurora le llamó con la mano, al ver que no llegaba.

Durante el resto de la inspección, Víctor se limitó a observar el modo de actuar de Sara, admirando la economía de sus gestos.

—¿De qué hablabais antes, los dos solos? —quiso saber Aurora, al notar su retraimiento.

—Comparábamos notas.

—¿Y...?

—Y nada.

Los medicamentos que llevaban se acabaron antes de que la ronda concluyera, cumpliéndose el temor manifestado por Sara al inicio de la misma, pero aún así recorrieron todas las chabolas donde había madres

postradas con sus hijos. Cuando se retiraban hacia las tiendas, en el lugar donde se hallaban las letrinas se alzó una nube de humo negro.

—Pedí a Irving e Isak que utilizaran queroseno para ver si evitamos que las moscas propaguen con tanta facilidad las miasmas —dijo Federico sin dirigirse a nadie en concreto—. Luego las taparemos con tierra y empezaremos a utilizar las nuevas.

Por la tarde Víctor visitó la tienda de transmisiones. Allí vivían Irving, Isak y Selím, con el radiotransmisor y otros útiles y piezas de recambio. El americano tenía su catre junto a la radio, al fondo de la tienda, y se había creado un espacio propio con un biombo improvisado.

—Acabo de hablar con Lauro —dijo Irving como respuesta al saludo de Víctor—. Parece que traerán algunas tiendas para los niños y más medicamentos y sales de rehidratación. Pero nada de potabilizadora.

Y ante el movimiento de cabeza con que Víctor reaccionó a la información, añadió:

—Tienen suerte de no estar aquí, ¿sabe? Esto se va a poner duro. Sobre todo para alguien como su amigo, que no está acostumbrado a que la muerte gane la partida.

—¿Usted sí lo está?

—Tuve ocasión de acostumbrarme en San Francisco, viendo morir a mis amigos. Los perdí a todos en menos de dos años.

—Lo siento —dijo Víctor.

—Sí —dijo Irving, volviendo a ocuparse de la radio.

Víctor se fijó en los dibujos de niños, mujeres y ancianos que el americano había pegado a la lona de la tienda. Eran dibujos realistas, con las mujeres sentadas en tierra sosteniendo a los niños macilentos y los ancianos tomando el sol de pie, apoyados en báculos. Pero ninguna de las figuras tenía rostro.

—Les vamos a preparar una tarta de gelatina y galletas machacadas con sabor a plátano, como despedida —dijo Irving sin volverse, cuando Víctor ya se iba.

Después de cenar, Aurora insistió en ver los dibujos de Irving que Víctor le había comentado y Sara la acompañó.

—¿Lo sabe Manuela? —dijo Víctor cuando Federico y él se quedaron solos, sentados en sillas plegables junto a la entrada de la tienda.

—No por mí. Aunque algo debe de imaginarse.

Como la noche anterior, el cielo estaba lleno de estrellas y constelaciones que Víctor no reconocía.

—¿Y qué vais a hacer?

—Nada, supongo. —Federico calló un instante y luego añadió—. Nos conocimos el verano pasado, cuando estuve en esta zona por primera vez preparando campamentos. Ella había venido antes y siguió aquí cuando me fui. No esperaba encontrarla de nuevo.

Selím pasó ante ellos, una figura blanca y furtiva en su albornoz y su turbante blancos, y les hizo un gesto de saludo camino de la tienda hospital.

—Entonces, es serio —dijo Víctor.

—Sí. Me gustaría hacer lo que tú hiciste, pero no voy a ser capaz. No por Manuela, por las niñas. No me perdonaría a mí mismo abandonarlas.

—Hay que evitar los callejones sin salida.

—Alguna encontraré.

—Date tiempo.

—Eso mismo me dice Sara.

—Me gusta. Le sobra toda la vitalidad que a ti te falta.

—¿Sólo a mí?

—Yo trabajo en ello.

Federico estornudó un par de veces y Víctor vio que tiritaba.

—Deberías cuidarte más —dijo.

—No te preocupes, tengo atención médica personalizada las veinticuatro horas del día.

—Embustero —dijo la voz de Sara, que llegaba en ese momento con Aurora—. Una cosa es que yo te quiera cuidar, y otra que tú te dejes. Ahora mismo debería usted estar más abrigado, señor cabezota. Te traeré una manta.

—No hace falta —dijo Federico—. Esta pareja tiene que madrugar mucho mañana, si quieren conseguir plaza en el avión para Nairobi.

—Sí, vamos dentro —dijo Aurora.

Víctor se preguntó cuánto habrían escuchado las dos mujeres de su conversación con Federico, antes de interrumpirles.

La respuesta a esa pregunta se la dio Aurora a la mañana siguiente, en el avión correo que les devolvía a Nairobi.

—No nos casemos nunca —dijo, dejando de mirar por la ventanilla para clavar sus ojos en los de Víctor.

—¿A qué viene eso? —dijo él.

—A nada en particular. Pero hagamos el trato. Mientras dure, ha durado. Lo otro ya lo intentamos los dos, y mira los resultados.

Víctor comprobó que los otros pasajeros y el encargado del correo no les prestaban atención. Apenas llevaban sacas de correo, pero el espacio disponible en la parte trasera del aparato lo ocupaban sacos y fardos de pieles no del todo curadas, a juzgar por el olor que despedían.

—Yo creía que estábamos volviendo de nuestro viaje de bodas —dijo.

—Nada de eso, señor. Esto ha sido un paseito, no más. El viaje ese que dice, durará todo el tiempo que nos aguantemos mutuamente.

—Parece razonable —dijo Víctor.

8

Aurora alargó un brazo, sujetó la rama y, con las tijeras que sostenía en la otra mano, cortó el tallo del aguacate. Al empinarse sobre las puntas de los pies, su cuerpo se transparentó bajo el fino vestido de algodón.

Víctor respiró hondo. Las lluvias habían cesado a comienzos de la semana, y en el jardín olía a las flores que competían en colorido y frescura.

Aurora depositó el aguacate en la cesta de mimbre, recuperó el cigarrillo que humeaba en la banqueta y se lo llevó a los labios. Luego ajustó el sombrero de ala con que se protegía del sol y levantó la cabeza. Cuando sus miradas se encontraron ella alzó la mano y agitó las tijeras.

Víctor le devolvió el saludo desde la galería techada donde se resguardaba, provisto de un libro y de cerveza fría. Aurora agarró de nuevo la cesta y, con el cigarrillo en los labios, se dirigió a la parte del jardín donde crecían otros árboles frutales. Era la primera tarde de domingo que pasaban solos en la casa desde hacia tiempo —la cocinera y el mozo visitaban a sus familias en aldeas próximas a Nairobi y el vigilante nocturno llegaría más tarde—, y Aurora se entretenía con los árboles frutales.

La luz nítida de abril perfilaba el contorno de los objetos y hacía que los colores parecieran más vivos que de costumbre, mientras que el aire dominical, libre de los humos y gases del tráfico, difundía los aromas de una vegetación renovada por las lluvias recientes.

Por primera vez en los tres meses que llevaba viviendo en casa de Aurora, Víctor pudo definir un bienestar que iba más allá del mero sentirse a gusto en aquel sitio. Lo que experimentaba, se dijo, era la sensación de pertenencia. Aquella casona destortalada, construida evidentemente para una amplia familia de colonos y ahora habitada sólo por ellos dos, se convertía poco a poco en su mundo gracias a la mujer que ahora se afanaba ante sus ojos.

Al principio las cosas no habían ido así. Su mudanza al barrio de los funcionarios internacionales a comienzos del noventa y dos, al caducar el arriendo del piso de Meda Tower, había reavivado el recuerdo de lo sucedido con Claudia. Como ya ocurriera en otra ocasión, empezar un nuevo año había supuesto para él dedicar muchas horas a poner conferencias telefónicas a Nueva York, en el intento vano de restablecer un contacto al que su hija había respondido con el silencio. Durante varias semanas, ya fuera desde su despacho en Gigiri o desde su nueva residencia, Víctor había escuchado el timbre de sus llamadas sonar sin éxito al otro extremo del mundo, cuando no era Esther quien respondía sólo para informarle de que la hija no estaba en casa. Así un día tras otro, hasta que su exmujer, con la que mantenía una relación centrada en el pago de la pensión alimenticia y los gastos escolares de la hija, le sugirió que cesara en sus tentativas por el momento. Desde entonces, Víctor sentía el extrañamiento de Claudia como algunos mutilados dicen sentir la presencia del brazo o la pierna amputados.

«Piensa que su amor y su compañía son ahora tu hogar», se dijo a sí mismo, con la mirada fija en la Aurora que se le acercaba con el cesto colgando de un brazo.

—¿Quieres? —ofreció el vaso mediado de cerveza.

—No, amor. Antes me voy a quitar el sabor del tabaco. ¿Por qué me mirabas así?

—Porque te quiero.

—¡Menuda novedad, señor! —rio ella, mientras desaparecía en el interior de la casa.

Víctor apuró la cerveza, se acomodó en la silla de lona y cerró los ojos. Pronto oyó a su alrededor el zumbido de los insectos, de nuevo dueños exclusivos del jardín.

Tenían que esforzarse más por descargar su agenda de compromisos sociales y aprovechar el tiempo libre para robustecer su relación y enraizarla en lo cotidiano, pensó. Sí, en mayo, antes de que empezaran los meses de actividad intensa en Gigiri, sería el mejor momento para proponerle a Aurora una visita a Mombasa, realizando por fin el famoso viaje nocturno en tren que colegas y amigos no cesaban de recomendarle.

En el interior de la casa sonó el teléfono y Víctor se puso en pie para atender la llamada, pero oyó que Aurora ya lo hacía.

«¡Que no sea alguna invitación a cenar indeclinable!», rogó en su fuero interno. «¡Que nos dejen en paz hasta mañana!».

Volvió a llenar el vaso de cerveza y espantó el moscardón que buscaba con insistencia la humedad de la espuma.

—Era Manuela —anunció Aurora desde la puerta con gesto preocupado—. Dice que acaba de tener malas noticias de Federico y nos pide que vayamos a ayudarle con las niñas.

—¿Qué ha pasado?

—No lo ha dicho, solo que vayamos. Creo que tenemos que ir corriendo.

Mientras cruzaba el salón hacia el teléfono, vio que Aurora había adornado la mesita baja del tresillo con las flores que acababa de cortar.

—Me parece que es mejor que no llames, amor —dijo Aurora a sus espaldas.

Con el auricular ya en la mano, por la mente de Víctor cruzó el recuerdo de la última conversación que Federico y él habían mantenido durante su visita al campamento y la respuesta que el amigo había dado entonces a su consejo de que evitara meterse en un callejón sin salida. El recuerdo le hizo colgar el teléfono.

Una veintena de personas con las cabezas inclinadas rodeaban la tumba reciente. Al fondo estaba el ataúd con el cuerpo de Federico. Más allá, formando un segundo círculo de asistentes al entierro, numerosos colegas ilustraban con su presencia el carácter multirracial de la Organización a cuyo servicio había muerto su amigo, pensó Víctor.

El sacerdote italiano acabó de leer la oración fúnebre y roció la fosa con agua bendita, trazando una cruz en el aire fresco de la tarde. Luego dio un paso atrás y cedió el protagonismo a la viuda, que se adelantó hasta el borde del agujero aferrando con ambas manos un ramo de flores. En el silencio que siguió a las palabras del sacerdote resonó el graznido de un pájaro invisible, pero Manuela, inmóvil y con la cabeza inclinada ante la tumba, no pareció oírlo.

Víctor recordó el estado sonámbulo en que Aurora y él habían encontrado a Manuela, derrumbada sobre el sofá con una hija a cada costado y la mirada perdida. Loli, la pequeña, dormitaba agarrada a una mano de la madre, pero Nerea miraba fijamente a Manuela, que le peinaba mecánicamente los cabellos con la otra mano libre. Víctor se arrepintió de no haber telefoneado. De haberlo hecho, habría podido preparar algún tipo de argumento por el camino.

El sirviente que les había recibido en silencio a su llegada fue en busca de la cocinera para encargarle que preparase té cargado, como Aurora le

había pedido que hiciera.

—Dile que no tome más pastillas, tío Víctor —dijo Nerea tan pronto como él se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

Antes de que pudiera reaccionar a la petición de la adolescente, Manuela habló con voz hueca y sin mirarle.

—Alberto ha llamado otra vez. Dice que Federico está muy grave, pero yo creo que ha muerto.

—No digas eso, mamá —pidió Nerea—. No lo digas.

—¡Dios mío! —exclamó Aurora, que se había sentado al otro lado de Manuela y, librándola del cuerpo dormido de Loli, acunaba a la pequeña con cuidado.

—Eso no es posible —dijo Víctor—, la Organización nos lo habría comunicado. Le habrían trasladado. Lo sabríamos. Y además, cuando le visitamos estaba bien.

Mientras hablaba vio el rostro de su amigo; las gafas sin aro siempre un poco sucias y la media sonrisa en los labios. Luego recordó el gesto entre confuso y resignado que lucía aquella noche en el campamento de refugiados. «Ojalá no haya sido esa tu salida», pensó.

—Lo ha dicho —repitió en tono sonámbulo Manuela—. Prometió llamar en cuanto supiera los detalles del traslado.

Y efectivamente, Alberto había telefoneado poco después del amanecer del lunes desde el hospital provincial de Wajir, adonde Sara y él llevaran a Federico en un intento vano por salvarle y donde aún le acompañaban.

«Malaria cerebral», anunció el arquitecto, antes de añadir que no se había podido hacer nada.

El anuncio había sido como un puñetazo en pleno pecho de Víctor, que entonces miró a Manuela a los ojos incapaz de articular palabra. Manuela comprendió y rompió a llorar, pero Aurora, sentada junto a ella en el diván, había reaccionado con rapidez y, apretando la cabeza de la amiga contra su pecho, había impedido que el llanto despertara a las niñas en la habitación contigua.

Sólo al segundo intento había entendido Víctor que el cuerpo del amigo llegaría a Nairobi la tarde del lunes, aunque la hora aún no se sabía, y que probablemente Manuela no podría hacerse cargo del cadáver de inmediato.

Ahora, pasadas las cinco de la tarde del miércoles, en el cementerio, una Manuela todavía aturdida por los calmantes atendió las indicaciones

de Sonia, que se había situado junto a ella, y dejó caer al fin el ramo de flores en el hoyo. Fue la señal para que los más próximos a la viuda retrocedieran, mientras que Alberto y Sonia la apartaban de la tumba sosteniéndola cada uno de un brazo. Víctor oyó que el cura se despedía con una expresión de consuelo, y él mismo se sumó al trío dispuesto a recibir en segundo plano las expresiones de condolencia que algunos colegas deseaban dirigir a Manuela antes de iniciar la desbandada.

Aurora no asistía al entierro. Se había quedado a cargo de las niñas y de los preparativos para la reunión con los colegas y amigos próximos que seguiría al sepelio. Durante los dos días y medio transcurridos desde que se tuviera noticia de la muerte de Federico, había correteado de un lugar a otro de Nairobi al volante de su maltrecho *escarabajo* para gestionar con las autoridades kenianas los trámites previos al entierro. Aunque sus conocimientos de la burocracia nairobita le habían permitido vencer obstáculos y acortar plazos a base de dinero, ni ella, ni las gestiones realizadas por Alberto desde la sede de la Organización, habían logrado impedir que a Federico se le hiciera la autopsia, contraviniendo así los deseos de Manuela.

—¿Crees que habrá problemas con el seguro de vida? —preguntó ahora Víctor, sin apartar la mirada del torrente de tráfico que les cerraba el paso.

Concluida la ceremonia del pésame, Alberto y él habían subido al auto del arquitecto, y Sonia se había hecho cargo de llevar a Manuela de regreso a su hogar.

—No lo sé —dijo Alberto—. Desde luego, quedarse allí tanto tiempo sin tomar antipalúdicos fue un acto suicida, pero el departamento de pensiones tendrá en cuenta la situación de Manuela y de las niñas, espero.

Hizo una pausa y añadió:

—Tampoco los del servicio médico querrán airear que Federico les ocultó durante años su insuficiencia renal, supongo.

—¿Cuándo se conocerán los resultados de la autopsia?

—La semana que viene, si nadie insiste en que sea muy exhaustiva.

Alberto llevaba razón, pensó Víctor. Tras la decisión de Federico de permanecer en el campamento pese a la virulencia de los mosquitos de aquella zona, había algo más que el deseo de estar junto a la médica angoleña.

El arquitecto aprovechó un hueco y se metió en la hilera de vehículos que avanzaban con lentitud por Kenyatta Avenue.

—¿Cómo no se dio cuenta Sara? —dijo Víctor.

—Él tampoco ayudó. Con las lluvias, medio campamento enfermó de malaria y el otro medio de bronquitis, pero él insistía en que lo suyo sólo era un resfriado.

Víctor observó de reojo a Alberto. Las penurias del campamento y los sucesos de los últimos días le habían demacrado. La barba le blanqueaba, y en la frente había dos arrugas que le parecieron nuevas. Eso hacía que aumentara su parecido con el Hemingway de los años difíciles.

—¿Cómo ha quedado ella? ¿Por qué no vino al entierro?

—Está desbordada. La situación sanitaria de los refugiados es muy mala y no conseguimos refuerzos. Yo me vuelvo mañana mismo.

Alberto maniobró con brusquedad, para evitar la embestida de un taxi desvencijado que pugnaba por meterse entre ellos y un autobús del que colgaban racimos de pasajeros.

—Casi no tuvo vómitos —dijo una vez terminada la maniobra—. Sólo fiebre y dolor de cabeza. Pero, de eso tú sabes más que yo, ¿no?

Precisamente, pensó Víctor, aunque no dijo nada.

—Cuando el dolor de cabeza se le hizo insoportable, aceptó la *nefloquina* que Sara insistía en hacerle tomar —añadió el arquitecto—. Pero hubo que dejar de dársela porque enseguida se produjo el bloqueo renal. Entonces nos pusimos a buscar una avioneta para trasladarle a Wajir.

Avanzaban tan despacio, que Víctor se fijó en las jóvenes kenianas muy maquilladas, con zapatos de tacón alto y vestidas a la última moda, que caminaban cimbreado entre vendedores infantiles, madres sentadas en tierra con sus hijos desnutridos en los brazos, mendigos y grupos de turistas de aspecto intimidado.

—Lo peor fue que no tuviera medicación preventiva en sangre —concluyó Alberto en un tono que a Víctor le pareció defensivo—. Eso le mató, unido al tiempo que tardamos en llegar a Wajir y disponer de plasma para transfusiones.

—¿Fue largo? —dijo Víctor tratando de descubrir por el retrovisor si Manuela y Sonia aún les seguían, en el coche que había pertenecido a Federico.

—No, y estuvo lúcido hasta el final. Creo que no pensó que podía morir.

Por fin accedieron a la autopista Uhuru y Alberto aumentó la velocidad. Llevaría semanas cumplimentar los trámites necesarios para

que la Organización repatriara a la viuda y a las huérfanas a España, pensó Víctor. Y tanto él como Aurora iban a tener que emplearse a fondo para sostener a las niñas y a Manuela, que ya maldecía la hora en que había permitido que Federico, con su idealismo, les arrastrara a África.

El campo de refugiados de Mandera se desmanteló a mediados del año siguiente, y ello dio lugar a que Sonia organizara una fiesta de bienvenida para su marido a la que invitó a los miembros del Club de los Trashumantes.

El cierre de los campamentos había seguido al desembarco en Somalia de una fuerza internacional patrocinada por la Organización y dirigida por los Estados Unidos. Cinco meses antes, en febrero del mismo año, terroristas musulmanes habían intentado destruir las Torres Gemelas de Nueva York haciendo estallar una camioneta cargada de explosivos en uno de sus aparcamientos subterráneos, y los servicios de inteligencia habían relacionado el hecho con la situación existente en el Cuerno de África. Para pacificar Somalia y reconstruirla era esencial que los refugiados retornaran al país, y el primer paso consistía en inducirlos a abandonar la seguridad relativa de los campamentos que jalonaban la línea divisoria entre Kenia y Somalia.

Víctor pensó en todo ello mientras Aurora terminaba de aparcar el escarabajo entre dos enormes todo-terreno, frente a la casa de Sonia y Alberto.

—Debemos de ser de los últimos en llegar —dijo ella colgándosele del brazo, mientras caminaban tras el criado con fez rojo y pantalones bombacho que atendía la puerta.

En efecto, la mayoría de los trashumantes les había precedido, y ahora se repartían en grupos por la amplia habitación decorada con motivos africanos entre los que no faltaban trofeos y cornamentas. Frente a la chimenea se hallaba el grupo más animado, en el que Víctor descubrió al anfitrión. Otros se agrupaban alrededor de una mesa con bandejas repletas de emparedados, pollo frío y dulces árabes, o bien conversaban vaso en mano arrellanados en las butacas. Una librería rebosante de figurillas artesanas y volúmenes encuadrados cubría la única pared que no daba al interior de la casa o al jardín.

—Me voy al gineceo, amor —dijo Aurora refiriéndose al grupo de las mujeres, que se habían instalado en sillas dispuestas al pie de una higuera

grande y frondosa.

Víctor se preparó un gintonic en la mesa de las bebidas y después se unió al grupo en que estaba Alberto.

Además del anfitrión, el corro lo formaban Álvaro, el exdiplomático reciclado en exportador de maderas preciosas, único de los presentes que vestía traje. A su lado, Jordi, el catalán malicioso, con pantalón verde olivo y un chaleco de safari lleno de bolsillos pero sin mangas que dejaba ver manchas de sudor bajo las axilas. Seguía Alfredo, impecable en un pantalón crema de raya marcada y camisa negra de cuello abierto, con los labios fruncidos en un gesto que Víctor no supo si era de fastidio o de displicencia. Y por último Peter el escocés, también en mangas de camisa, pantalones que le colgaban sobre los tobillos y un vaso mediado de güisqui en la mano.

—El peligro son esos generales que compensan su ignorancia de lo que se juega en esta parte del mundo con una potencia de fuego que no dudarán en emplear llegado el caso —decía el arquitecto, tironeándose con una mano el faldón de la camisa con bolsillos.

—Pero admitirás que, con todos sus defectos, ese poder de disuasión es necesario para acabar con el caos que hay en Somalia —dijo Álvaro.

Víctor se concentró en el sabor fuerte y amargo del gintonic, consciente del antagonismo que le producía la voz engolada del exdiplomático.

—Muchos somalíes ven en la operación intenciones agresivas disimuladas tras la verborrea habitual sobre democracia y derechos humanos —dijo el arquitecto—, y temen que su verdadero propósito sea someterles al imperio del mercado libre.

—Mercado libre o no —terció Peter, recalcando sus palabras con un gesto que hizo a Víctor temer por el güisqui de su vaso—, creo que los somalíes pueden esperar más de los americanos que de un puñado de caudillos tribales que recitan el Corán de memoria, pero no han oído hablar de la Declaración Universal de esos derechos tan denostados.

Víctor vio que Sonia entraba en el salón camino de la cocina, pero, al oír las palabras del escocés, cambiaba de rumbo para acercarse a ellos.

—Si yo fuera yanqui, no me separaría del maletín de primeros auxilios, por si acaso —dijo Jordi—. Me parece que abundan los somalíes sin tarjeta de crédito pero con mucha prisa por alcanzar el Paraíso.

—¿Cómo les va, chicos, tienen de todo? —dijo Sonia poniendo una mano sobre el hombro del marido y tocando su barba entrecana con la

punta de los dedos—. No sean muy duros con él, ¿eh?, que aún no se ha recuperado.

—Mándanos a Mutu, para que llene los vasos —dijo el arquitecto apartando la cara.

A Víctor le sorprendió la brusquedad de Alberto, que hizo a Sonia separarse del marido mientras él retomaba su argumentación donde la había dejado.

—Lo malo es que se utilice a la Organización en operaciones así —dijo—. Los misioneros del nuevo orden mundial se cansarán y se irán, como hacen siempre, pero nosotros seguiremos aquí y tendremos que vérnoslas con somalíes aún más radicalizados.

—Alguien tenía que poner orden y un poco de ley —dijo el exdiplomático—. Y hoy por hoy, ese alguien sólo pueden ser los americanos, que si actúan, pecan por actuar, y si no actúan, por dejar de hacerlo.

Víctor vio el guiño de ojo que Alfredo y Jordi intercambiaron, antes de que el último volviera a tomar la palabra.

—Hombre, también es comprensible que si alguien te pone media tonelada de dinamita en el garaje, tú quieras devolverle la visita. Es una reacción de lo más natural, diría yo.

El criado del fez rojo se acercó al grupo. Sostenía una bandeja con vasos, y a Víctor le cambió el suyo semivacío por otro lleno.

—Hace tiempo que el Islam más radical medra en el caos provocado por el marxismo en toda esta región —dijo el escocés cuando el criado se alejó—. ¿O es que nos hemos olvidado ya de sus hazañas en Somalia y Etiopía? Yo no, y estoy convencido de que, a poco que nos descuidemos, habrá otro Afganistán en la frontera norte de Kenia.

—Me conmueve tu identificación con los designios del nuevo orden mundial —dijo Alberto—, aunque entiendo que te resulte familiar algo que ya cantó con distinta letra el inolvidable Kipling.

—Y a mí me asombra un angelismo que sigue confundiendo neutralidad con ceguera voluntaria, mientras los islamistas aumentan su presencia en Somalia y comienzan a enseñar la oreja también en Kenia —respondió el escocés.

—Si no se les para a tiempo, se extenderán a zonas de África mucho más importantes que Somalia —le apoyó el exdiplomático.

Apenas había terminado de hablar cuando Jordi metió baza.

—Y tú, ¿qué opinas del asunto? —dijo interpelando a Víctor—. Estuviste en el campamento con Federico y viste cómo están las cosas, ¿no?

—Sólo estuve de visita y no conozco bien el tema —rehuyó Víctor la malevolencia que latía en la voz del catalán—. Así es que, antes de pronunciarme, quiero ver qué giro toma la situación.

—Cauto, el colega —habló por primera vez Alfredo—. Se nota que has pasado años en la secretaría general de Nueva York —dijo. Y antes de que Víctor pudiera responderle, añadió—. Pero ¿por qué no dejamos esas cuestiones para la oficina? Las mujeres deben sentirse un poco solas, ahí afuera.

Víctor miró en dirección al jardín, donde Sonia, Aurora y la mujer de Alfredo, Elena, reían de buena gana jaleadas por las otras.

—Sí, ya está bien de politueo, por hoy —se sumó a la propuesta Amadeo, repantigado en una butaca y agitando en el aire el porro que fumaba—. Disfrutad de la vida, que es corta y azarosa.

El grupo se disolvió, aceptando unos la invitación de Amadeo y dirigiéndose otros a la mesa de la comida. Víctor y el anfitrión se proveyeron de emparedados y salieron al jardín, donde la tarde comenzaba a refrescar.

—¿Crees que la situación en Somalia mejorará? —dijo Víctor, mientras buscaba con la mirada un lugar donde charlar a solas con el arquitecto.

—En absoluto. Los yanquis no saben en qué avispero se han metido. Pero no tardarán mucho en descubrirlo, y entonces nos tocará a nosotros actuar de bomberos, una vez más.

Sonia les hacía ya gestos con la mano para que se acercaran.

—¿Por qué eres tan pesimista?

—Realismo obliga. No creas que el escocés hablaba por hablar. Tiene más información de lo que la gente piensa. Contactos con determinados servicios, diría yo.

—Ya veo.

—¿Y tú, qué piensas? ¿Es cierto lo que le has dicho a Alfredo?

—Sólo en parte. Me molesta su cinismo. Si de verdad hay que volver al norte, me gustaría ir.

—¿A pesar de la malaria? —se detuvo Alberto para mirarle a los ojos, a sólo unos pasos del grupo de las mujeres—. ¿No fue bastante con Federico?

—Precisamente por él —sostuvo Víctor su mirada—. Pero yo me cuidaría mejor; no tengo motivos para no hacerlo.

—Entiendo —dijo Alberto.

Los pronósticos del arquitecto se cumplieron. A comienzos de octubre de ese año, islamistas radicales llegados de Afganistán organizaron en Mogadiscio ataques contra las fuerzas de la operación «Devolver la Esperanza» en los que se derribaron helicópteros y se infligió a los norteamericanos un número de bajas humillante. Washington ordenó poco después la retirada, y en Somalia la guerra de clanes reabrió con mayor violencia que antes. Al cabo de cuatro meses se calculaba que seiscientos mil somalíes vagaban por las regiones áridas del sureste de Etiopía.

Víctor había seguido de cerca los acontecimientos, y cuando la Organización aprobó la apertura de campos de refugiados en territorio etíope, hizo lo que le había anunciado a Alberto unos meses antes. En el intervalo, la desazón que le dejara la muerte de Federico no había hecho sino aumentar, y sólo una vez que hubo añadido su nombre al de los candidatos a la misión de Etiopía sintió que recuperaba en parte la tranquilidad perdida.

Pero esa tranquilidad no había durado mucho, admitió ahora Víctor, sentado en un rincón solitario de la cafetería de Gigiri. Se llevó a los labios el vaso de coca-cola y bebió un buen trago, cosa que sólo hacía en caso de diarrea o, como sucedía ahora, cuando necesitaba subirse el ánimo.

Al tiempo que bebía, miró a su alrededor. Dos agentes de seguridad del turno de noche comían algo antes de que la cafetería cerrara. Un chino leía un periódico impreso en su idioma. Y al fondo, junto a otro ventanal, la pareja formada por una australiana pelirroja a la que Víctor conocía de vista y su amigo keniano parecían tener algún problema. La australiana movía mucho las manos, hablaba con vehemencia e inclinaba el busto hacia su interlocutor, que la escuchaba en silencio con aire aburrido.

Víctor dejó de mirarlos y rememoró lo que le había dicho una hora antes el francés que dirigía los servicios médicos de Gigiri.

—En mi opinión, el exceso de hematíes y la inmadurez de muchos de ellos podría deberse al paludismo que usted sufrió —había anunciado el médico mientras manoseaba los papeles con los resultados de los últimos análisis—. Es sólo una hipótesis que habrá que confirmar, pero desde luego, la anomalía le incapacita para esta misión.

El anuncio había aturdido a Víctor, y ante su silencio el médico había optado por leer de nuevo los porcentajes analíticos.

—Sin embargo, los especialistas de Nairobi y de la Sede me declararon plenamente recuperado —había dicho él por fin—. Y en los tres años que llevo aquí, sólo he tenido un par de episodios febriles que ustedes mismos calificaron de propios del tipo de malaria que sufrió.

El francés se había ajustado la montura de las gafas y había suspirado. Era la segunda entrevista que mantenían en el mes largo de pruebas médicas a que habían dado lugar los resultados del primer análisis hematológico. En ambas ocasiones, y también en las consultas de Víctor con los médicos encargados de seleccionar al personal para Etiopía, había pesado, silenciada pero decisiva, la muerte de Federico y la polvareda que ella causara en los servicios médicos de la Organización. Nadie estaba dispuesto a correr el riesgo de que algo parecido se repitiera.

—Sí, eso indica su historial clínico —había dicho el francés—. No obstante, pensamos que debería consultar a los especialistas del Nairobi Hospital. Si ellos, con su experiencia, no confirman el origen palúdico de la anomalía, habrá que recurrir a los servicios centrales de Nueva York.

Víctor había abandonado el despacho del jefe de los médicos sintiendo una presión en el pecho que había ido en aumento mientras volvía a su oficina, apagaba el ordenador y, tras un breve titubeo, optaba por no telefonear a Aurora a casa, como habían acordado que él haría. Necesitaba hacer frente a la sensación de malestar, al nudo que empezaba a apretarse en la boca del estómago. Lo mejor era cerrar la oficina y buscar un lugar más aireado; la cafetería.

Ahora, el eructo, largo y ruidoso, alivió la presión que Víctor sentía en el pecho. Miró a su alrededor. El chino seguía leyendo. La australiana se había puesto en pie y se iba, mientras el keniano continuaba sentado con aire de resignación.

Observando a la pareja, se preguntó cómo reaccionaría Aurora a la noticia.

—¿No será psicosomático, amor? —había comentado ella al ver los resultados del segundo análisis de sangre exhaustivo.

—¿Por qué, psicosomático? —había dicho él—. Estamos en África, no en Viena o Nueva York.

Pero la frase de Aurora se había abierto camino, trepanando su falsa coraza de despreocupación y forzándole a preguntarse a qué o a quién respondía realmente su decisión de ocupar la vacante dejada por Federico.

¿A su mala conciencia por la muerte del amigo? ¿A quienes veían en él sólo un cínico que alegaba ignorancia para no comprometerse ni tomar partido? ¿A la deteriorada imagen de sí mismo que le devolvía su espejo interior? Sí, tenía que analizar eso, empezando por el principio. Había hablado consigo mismo y con otros de su deseo de llenar el hueco dejado por Federico. Bien, ¿qué hueco? ¿Tan seguro estaba de que el amigo había sido víctima del intento de sustituir las viejas ambiciones transformadoras por una variante de la caridad cristiana? ¿No habría sucumbido Federico más bien al intento chapucero de llevar la clásica doble vida sentimental, sólo que enmascarándola de retórica humanitaria? ¿No sería él mismo quien insistía en interpretar la actitud del amigo del modo que más le convenía?

Apuró el resto de la coca-cola. El keniano se levantó y se dirigió a la salida de la cafetería, bromeando al pasar con la joven negra que limpiaba las mesas y rellenaba los dispensadores de servilletas de papel.

Sí, dejando a Federico a un lado, ¿estaba él dispuesto a renunciar a su vida actual para irse a Etiopía a practicar una forma hipócrita de solidaridad? Vestir al desnudo; dar de comer al hambriento; enterrar a los muertos, mientras se espera que en el horizonte aparezca un nueva utopía radical. ¿No había denunciado esa impostura el propio Federico, ante el cadáver de la niña muerta en el campamento de Mandera? Contraditorio. Escurridizo y contradictorio. Tal vez Aurora no iba tan descaminada, con su idea de que los hematíes alterados sólo reflejaban un tumulto interior que él se empeñaba en escamotear tanto a sí mismo como a los demás.

El chino dobló el periódico, se puso en pie y se dirigió también a la salida de la cafetería, donde ya sólo quedaban la joven de la limpieza y él. Normal, en tarde de viernes. Colocó el vaso al lado del plato que contenía las empanadillas intactas y se levantó de la mesa. Al otro lado del ventanal, un pájaro grande emergió de entre las cañas de bambú que crecían junto al lago artificial y se elevó sacudiendo las alas. «Hora de buscar pareja», pensó al verlo.

Algo de bueno tenía la interpretación de Aurora, pues si la anomalía era de índole psicosomática, cabía esperar que, detectado y combatido el foco, su acción patógena desapareciera. Claro que eso llevaría tiempo, pero la crisis humanitaria planteada por la nueva ola de refugiados somalíes iba a ser prolongada. La Organización aplicaría con mayor rigor su política de rotar al personal destacado sobre el terreno, en las duras condiciones del sureste de Etiopía, y alguna de esas rotaciones le brindaría

a él una nueva oportunidad. ¿Cómo reaccionaría ella, cuando le dijera que le habían excluido de la misión por el momento porque los médicos no compartían su idea del origen psicosomático de la anomalía? Con alivio, probablemente, después de lo que habían visto en Mandera y de lo ocurrido a Federico.

Hizo un gesto de cabeza a la joven, después de introducir la bandeja en el carrito destinado a tal efecto, y dejó atrás la cafetería camino de la salida de Gigiri.

Tenemos todo el fin de semana para hablar de ello, pensó. Y sobre todo, el domingo por la tarde estaremos solos en casa, como en aquella otra ocasión.

Esta vez, el eructo que habría aliviado la presión acumulada en la boca del estómago no llegó.

Sí, lo más probable era que Aurora se alegrase, aunque recurriera a su tacto habitual para disimularlo. En situaciones así, ella solía optar por el silencio. Y tal vez luego se levantaría, iría a la cocina en busca de las tijeras de podar, y saldría al jardín para cortar unas flores con las que adornar la casa. Como aquel otro domingo.

9

En las semanas que siguieron, a los mareos y malestar que Víctor sentía en la boca del estómago se añadió la dificultad para respirar. De improviso le faltaba el aire, perdía el aliento, se ahogaba sin motivo aparente.

Mientras eso ocurría, los especialistas del Nairobi Hospital buscaban alguna relación entre la malaria de que le habían tratado y los síntomas que ahora le aquejaban. Hicieron análisis de sangre exhaustivos. Prepararon cultivos para detectar una posible mutación del parásito palúdico en su ciclo reproductivo, propiciada quizá por alguna singularidad orgánica de Víctor. Elaboraron curvas de temperatura, por si había lesiones en hígado o riñón. Pero todo fue en vano. Al final, sólo pudieron confirmar el aumento inexplicado de los glóbulos rojos presentes en la sangre de Víctor. Y ese resultado, opuesto a la anemia típica del proceso palúdico, les llevó a recomendar que consultara a un hematólogo.

—En Zúrich está el profesor Maier, autoridad mundial en la materia —le dijo el mismo especialista de acento británico que tratara su crisis palúdica—. Trabajé con él en Zimbabwe y conoce muy bien las enfermedades africanas. Podría ser útil en su caso.

El diagnóstico de los kenianos dejó confuso a Víctor. Parecía tranquilizador, y sin embargo, la sensación de fatiga que le obligaba a caminar despacio y a concentrarse en el acto de respirar no le auguraba nada bueno. La reacción de Aurora al consejo de que viera a un hematólogo tampoco ayudó.

Estaban instalados en el porche de la casa con el trago que precedía a la cena, y cuando Víctor terminó de resumir las conclusiones del médico y se llevó el vaso de gintonic a los labios, Aurora comentó:

—No veo qué pinta un hematólogo en todo esto. Si dejaras de pensar en Etiopía y en seguir los pasos de Federico, los síntomas desaparecerían.

Y ante el gesto de contrariedad de Víctor, aún añadió:

—Admite que no tienes vómitos, fiebre ni escalofríos. Sólo dolores de cabeza y esa opresión en el pecho que para mí no es más que ansiedad.

—Simplificas —dijo él—. Ni los kenianos ni los médicos de Gigiri creen que el pensamiento pueda hacer aumentar el número de glóbulos rojos.

—El pensamiento no, cariño; los sentimientos.

—Dejémoslo, ¿quieres?

Los servicios médicos de Gigiri no sólo respaldaron la recomendación de los kenianos. Además, contactaron al hematólogo suizo y tramitaron el permiso de Víctor para viajar a Zúrich y permanecer allí el tiempo necesario.

—La baja médica puede comenzar hoy mismo, si eso le ayuda a prepararse —ofreció el francés que dirigía los servicios—. La situación no está como para prescindir de funcionarios de su especialidad, pero podría hacerse.

—No es necesario.

Las circunstancias a que aludía el doctor Thierry llevaron a que el departamento de personal de la Organización rechazara la petición de Aurora de tomar vacaciones anticipadas para acompañar a Víctor.

—Debisteis casaros, chicos —dijo Sonia al enterarse del rechazo—. En el templo de los derechos humanos, cuchillo de palo. Aunque a mí también me negaron la autorización para visitar a Alberto en Etiopía, pese a nuestro certificado de matrimonio.

Los tres se habían reunido en la cafetería para comentar la decisión de Personal y ver qué se podía hacer.

—Podría recurrir a la Comisión de Arbitraje —dijo Aurora.

—No me parece buena idea —dijo Víctor—. Aún no sabemos cómo puede evolucionar esto ni cuánto durará.

—Lleva razón —se sumó Sonia—. Con la cantidad de trabajo que tenemos y vuestra situación de pareja, no creo que sea conveniente.

—Además, sólo estaré allí unos días —dijo él.

—O sea que prefieres ir sin mí —apretó los labios Aurora—. El primer problema serio que tenemos, y no me necesitas.

—No he dicho eso.

—En el fondo, sí.

—Vamos, chicos —les reprendió la argentina, tomando a cada uno de ellos de una mano—. No es el mejor momento para peleas domésticas.

Mientras hablaba, Víctor cogió con su mano libre la otra mano de Aurora y la apretó. Por un momento los tres guardaron silencio agarrados de la mano, como si invocaran la presencia de los espíritus en la bulliciosa cafetería de Gigiri.

La lluvia olía a queróseno cuando Víctor salió del avión en el aeropuerto zuriqués de Kolten, el último sábado de abril. Pequeños coches eléctricos arrastraban contenedores de catering por el asfalto encharcado sobre el que avanzó el autobús que le conducía hacia la entrada de la terminal aérea.

El hotel estaba en la parte antigua de la ciudad, y cuando el taxi se detuvo frente a su fachada después de recorrer once kilómetros, la humedad se metía en los huesos. Había poco tráfico y en las calles apenas se veía gente. Eran las seis hora local, dos menos que en Nairobi, pero ya costaba trabajo distinguir el caudal del río. Víctor deshizo el equipaje. La pequeña nevera le permitió prepararse un gintonic que bebió de pie junto a la ventana, antes de echar la cortina sobre el paisaje urbano. Luego se tendió en la cama sin desvestirse. Esperaría un par de horas, antes de telefonear a Nairobi. Allí serían ahora las ocho de una tarde seca y luminosa, y Aurora estaría jugando el partido de tenis de los sábados ajena a la humedad gris que a él le rodeaba. Se alegró de haberle ahorrado la experiencia, con su insistencia en viajar solo. Pero no se lo diría. Probablemente ella tenía razón, y su vida de pareja entraba en la fase en que se empieza a recurrir al silencio para evitar conflictos. La idea le llevó a pensar en Claudia y su lejanía le resultó insoportable.

El domingo amaneció con el cielo encapotado y las calles igual de desiertas. Después del desayuno, Víctor consiguió en la recepción un pequeño plano y salió a explorar los alrededores del hotel. Se había despertado sintiendo en los brazos un dolor que más que muscular parecía óseo y que atribuyó a haber dormido gran parte de la noche vestido y sin tapar. Por precaución, tomó dos aspirinas con el café.

En el barrio del hotel abundaban las iglesias protestantes, con alguna que otra católica. En la de Nuestra Señora estuvo tentado de entrar, pero en el último momento decidió cruzar el Münsterbrücke y visitar la Catedral. Sin embargo, cuando llegó al templo se estaba celebrando el oficio dominical, y tuvo que conformarse con echar una ojeada a la figura sedente de Carlomagno que adornaba uno de los muros. Las escenas de la

Reforma reflejadas en la puerta de bronce le interesaron más, y se entretuvo un rato ante ellas. Luego cruzó de nuevo el puente, a cuya entrada un perro olfateaba la base de una estatua ecuestre, y se encaminó al Platzpromenade. Según el mapa, en una lengua de tierra situada al extremo de ese parque público se juntaban las aguas de los dos ríos de la ciudad, el Limmat y el Sihl. La arquitectura urbana, pulcra, sólida y acorde con el poder financiero de la urbe, le resultaba abrumadora. Al menos en el parque habría un poco de color, se dijo.

Y lo había. Los jardineros suizos habían sembrado el recinto decimonónico de pensamientos, claveles chinos y unas extrañas coles moradas que parecían anémonas gigantes y alegraban el lugar. A la vez, alrededor de las estatuas de hombres ilustres, junto al quiosco de música y cerca de la fuente que manaba en la confluencia de ambos ríos, jóvenes toxicómanos mendigaban o dormían tirados en el suelo. Las parejas de policías que recorrían el parque parecían tener orden de no intervenir, aunque no les perdían de vista. Víctor se acodó en la barandilla que daba sobre el agua y estuvo observando el burbujeo causado por la fusión de ambas corrientes hasta que un escalofrío le obligó a marcharse.

Camino del hotel se detuvo en un centro comercial y compró varios discos, un tocadiscos portátil y una novela de Le Carré sobre blanqueo de capitales. Comería algo ligero, tomaría más aspirina y se metería en la cama, a esperar que llegara la mañana del lunes.

Al día siguiente Víctor acudió animoso a la consulta que el hematólogo tenía en la Clínica Universitaria. La secretaria le recibió con cortesía distante y le pidió que consignara en un formulario sus datos biográficos, profesionales, médicos y bancarios. Ahora él la miraba teclear en el ordenador, del que sólo levantó la vista al oír el suave zumbido procedente del despacho del médico.

El profesor Maier aparecía sesenta años, llevaba perilla y lentes de concha y mostró una afabilidad que casaba bien con su aspecto saludable. También él tenía sobre la mesa un pequeño ordenador, y a medida que leía los datos facilitados por Víctor, le fue haciendo preguntas aclaratorias. Tras los gruesos cristales de los lentes, los ojos del especialista miraban de forma penetrante pero cordial, se dijo Víctor.

Cuando el suizo decidió que tenía toda la información necesaria, explicó a Víctor la estrategia que pensaba seguir. Esa misma mañana sería ingresado en la clínica, y a lo largo de la jornada le prepararían para las pruebas diagnósticas del día siguiente. Comenzarían por un hemograma,

seguido de pruebas dirigidas a establecer su capacidad de oxigenación, sus ritmos cardíacos y su flujo sanguíneo, entre otras.

—Siéntase como en casa —dijo el hematólogo mientras estrechaba la mano de Víctor a la puerta del despacho—. La señorita Muth se encargará de instalarle entre nosotros, y cuando esté listo, mis ayudantes iniciarán la rutina.

El cuarto que le asignaron era espacioso pero con poca luz, debido al bosque de abetos que crecía detrás de la clínica. Más allá de los troncos altos y rectos Víctor divisó edificios que supuso dedicados a la docencia, aunque la bruma que desdibujaba el paisaje le disuadió de salir a la terraza a comprobarlo. Era probable que aquella humedad tuviese algo que ver con los extraños dolores que sentía en brazos y piernas.

Contrariamente a lo que temiera, esa noche Víctor durmió sin sobresaltos, y apenas había tenido tiempo de afeitarse y ducharse cuando los ayudantes del profesor Maier llamaron a su puerta. Los dos pasaban de la treintena, pero ahí terminaba su similitud. El doctor D'Amato era un suizo italiano extravertido y hablador, mientras que el doctor Gertsch era un germano reservado. En compañía de ambos, Víctor inició la jornada con análisis de sangre y orina, a los que siguió una revisión general de su estado físico que incluyó constantes cardíacas, pulso, equilibrio, electrocardiograma, fondo de ojos y reflejos. Tras la pausa del mediodía, consistente en un almuerzo ligero y una siesta, le hicieron pedalear en una bicicleta fija y caminar a distintas velocidades sobre una cinta sin fin que controlaba el doctor Gertsch. Al final de cada prueba le tomaban el pulso y comprobaban su ritmo cardíaco con unos electrodos. Cuando dieron por terminado el programa del día, Víctor se dirigió a su habitación cansado como hacía mucho tiempo que no lo estaba. Fuera seguía lloviznando, y la ráfaga de aire húmedo que le golpeó nada más entreabrir la puerta de la terraza le quitó el deseo de asomarse al exterior.

El día siguiente continuaron las pruebas respiratorias. Víctor tuvo que pedalear de nuevo, esta vez con una pinza en la nariz y un tubo encajado en la boca mediante una abrazadera. Tenía que aspirar a fondo el aire enriquecido con oxígeno y, tras retenerlo el mayor tiempo posible en los pulmones, expulsarlo atendiendo a la luz roja accionada por el doctor Gertsch.

—¿Qué buscan con tanta prueba respiratoria? —preguntó Víctor al profesor, cuando le visitó esa tarde en su habitación.

—El exceso de glóbulos rojos puede tener que ver con la oxigenación de su sangre, y tratamos de comprobarlo —dijo el hematólogo—. Mañana le inyectaremos un isótopo para acabar con esas pruebas.

Cuando esa noche comunicó a Aurora el anuncio del profesor, ella volvió a reaccionar con escepticismo. Los suizos trataban de amortizar los aparatos nuevos que tanto les gustaban, dijo. Víctor optó por no responder al comentario, y entonces ella insistió en su deseo de tomar el primer avión que la llevase junto a él.

—No serviría de nada —dijo él por fin—. Aquí hace un tiempo de perros, y no hay necesidad de que lo sufran dos.

Después de colgar el teléfono aún se sentía confundido por la obstinación de Aurora en no aceptar la realidad. Para huir de la espiral de las recriminaciones a distancia, metió en el tocadiscos el compacto que contenía la selección de adagios y se refugió en los compases lentos y serenos de Albilloni y de Mozart. Cuando esa serenidad dio paso a la melancolía dulzona de los epígonos, apagó el tocadiscos y buscó distraerse con la lectura de la novela de Le Carré.

La mañana del jueves la pasó Víctor tendido boca arriba en una camilla, con una aguja insertada en cada brazo y la vista fija en el punto verde que se desplazaba oscilante de izquierda a derecha de la pantalla. Eso permitía seguir el curso del isótopo en su sangre. D'Amato controlaba la exploración, hacía que Víctor bebiera agua a intervalos regulares y charlaba con la enfermera encargada de vigilar las agujas. El sueño le venció en varias ocasiones, aunque él sólo fuera consciente de ello cuando el médico le despertaba sacudiéndole por el hombro.

Por la tarde dejó de llover y Víctor pudo dar un corto paseo por el bosquecillo de abetos. La tierra estaba cubierta por una gruesa capa de ramas y cortezas, y Víctor descubrió a unas ardillas rojas que correteaban por el lugar transportando un botín de piñas alargadas recién caídas.

Durante el paseo, reflexionó sobre la conversación mantenida poco antes con el doctor D'Amato.

—Un cáncer oculto —había dicho el suizo italiano, respondiendo a su pregunta de qué buscaba el profesor Maier con aquel isótopo—. Pero no me cite, ¿eh?

—¿Cuándo piensan decírmelo oficialmente?

—Dentro de un par de días, supongo, aunque faltan los resultados de algunas exploraciones y la biopsia de médula que se le tomará mañana.

—¿Médula? —se había alarmado Víctor.

—Sí, hay que averiguar por qué produce tantas células.

Era la primera vez que Víctor oía hablar de semejante prueba, y esa noche, dando vueltas en la cama, se arrepintió de haber sonsacado a D'Amato.

Mediada la mañana del viernes, el profesor Maier y los dos ayudantes se presentaron en la habitación de Víctor nada más terminar su recorrido por las salas.

—Vamos a hacer una punción para ver el estado de su médula —dijo el hematólogo—. Le daremos anestesia local y no sentirá nada. Sólo un poco de presión en la zona lumbar. Usted relajase.

Le desvistieron de cintura para abajo. Le cubrieron de desinfectante el final de la espalda y Gertsch buscó con dedos ágiles la punta de su columna vertebral. Como había dicho el profesor, Víctor no sintió dolor cuando el suizo alemán insertó la aguja en la parte baja de su espalda. Solo tuvo la sensación de que algo extraño penetraba hasta el centro de su yo y lo tocaba. Eso le causó una desazón profunda y le impulsó a girar la cabeza para ver qué le hacían, pero el profesor le inmovilizó con una mano y con la otra apretó una de las suyas. Sintió en la cara el aliento del suizo.

—Todavía no, amigo mío —le oyó decir—. Ya queda poco.

—Me falta el aire —dijo Víctor.

—Figuraciones. Relájese y aspire hondo por la nariz. Así —dijo el otro.

Víctor notó que le frotaban la zona lumbar y luego le pareció que la cubrían con un apósito.

—Hemos terminado —anunció el profesor—. Ahora le daremos un calmante y podrá dormir cuanto quiera.

Cuando Víctor despertó todavía quedaba luz diurna. Tenía dolorida la espalda de la cintura para abajo. Aun así, abandonó el lecho, se vistió el batín sobre el pijama y, tras meter un compacto en el tocadiscos y ponerse los auriculares, fue hasta la ventana. Había soñado. Había sido el líquido denso y ferroso que llenaba una pila y que de pronto comenzaba a girar. Primero despacio y luego más deprisa, en torno al sumidero que se lo iba tragando. Lo había soñado no una vez, sino varias, durante el sueño inducido por los calmantes.

La voz de la soprano que cantaba un aria sacra de Mozart se metió por los oídos de Víctor y se adueñó de él. Bárbara Hendricks ascendía cielo arriba y él se dejó llevar, sintiéndose ligero como una cometa. Atrás quedó el desconsuelo que le embargaba desde que la aguja le hiciera encogerse

como el cuerno de un caracol. Un cielo africano, azul y protector, perforaba aquí y allá las nubes grises. Pensó en Claudia, perdida, y en Aurora. Tenerlas a su lado habría hecho más soportable la sensación de desamparo, pero sólo la voz de una desconocida acudía a consolarlo.

—Yo no hablaría de cáncer —dijo el profesor Maier respondiendo a la pregunta de Víctor—. El aumento de las células rojas puede indicar una anomalía medular, pero también alteraciones de la respiración o circulatorias que influyen en la oxigenación de la sangre. Si hubiera cáncer, sería de riñón, y los análisis no han mostrado nada.

Volvía a ser lunes, y el hematólogo había recibido a Víctor para comunicarle el fin de las pruebas y exploraciones y el punto en que se hallaban en la elaboración del diagnóstico. Al otro lado de la ventana seguía lloviendo.

—Y usted, ¿por cuál de esas posibilidades se inclina?

—De momento, por ninguna. Faltan resultados.

—¿Cuándo sabré a qué atenerme?

—En dos o tres semanas, una vez que lleguen los cultivos celulares que encargamos a Berna.

—¿Y entonces?

—Entonces diagnosticaremos y propondremos un tratamiento.

La luz roja del teléfono parpadeó insistente, pero el profesor no lo atendió.

—Usted no tiene necesidad de esperar aquí. Vuelva a Nairobi, reintégrese a su trabajo y su familia, y confíe en un buen resultado.

—¿Y si no lo fuera?

El suizo debió de notar el vacío que Víctor sentía en el estómago.

—¿Por qué no habría de serlo? —dijo—. Y en todo caso, mucha gente con enfermedades serias tiene una buena calidad de vida. ¿Alguna pregunta más?

—Tantas, que no sé por cuál empezar.

—Hagamos lo siguiente —levantó una mano el médico—. Usted se vuelve a su casa y espera. Estaremos en contacto con sus médicos de Nairobi y ellos le atenderán, si es preciso, hasta que tengamos un diagnóstico firme. Cuando eso ocurra, se lo enviaremos. ¿De acuerdo?

La luz roja volvió a parpadear insistente y el hematólogo se puso en pie.

Víctor se preguntó si la señorita Muth facilitaba la retirada a su jefe o bien algún enfermo necesitaba su atención inmediata. Controló su

desencanto, murmuró unas palabras de agradecimiento, y se dispuso a iniciar los trámites para abandonar la Clínica Universitaria y Zúrich.

Luego, durante el vuelo de regreso a Nairobi, tendría tiempo de pensar en su vida futura con Aurora.

«¡Buenos días, doña Normalidad!», saludó la célula anormal, al encontrarse con otra célula anormal.

Víctor abrió los ojos y volvió a la realidad del porche iluminado por el sol de las siete de la tarde. La estación de las lluvias largas había terminado al finalizar junio, y el jardín de la casa era un mural impresionista del que brotaba un denso olor a flores.

De nuevo había tenido uno de aquellos sueños propiciados por el sopor que ahora dominaba una buena porción de sus días. Se levantó de la tumbona y redujo el ángulo de inclinación del respaldo para respirar mejor y evitar que el sueño le venciera de nuevo. Luego se acomodó en la hamaca, se echó una manta a cuadros sobre el chándal y se llevó a los labios el vaso mediado de gintonic. Bebió, lo dejó sobre la mesa y se pasó una mano por la barba crecida.

—Ponte guapo esta tarde, amor. Quiero que Alberto y Sonia te admiren —le había pedido Aurora esa mañana, antes de partir camino de Gigiri.

Él no iba por la sede de la Organización desde hacía tres semanas. Pasaba los días tumbado en el porche, concentrándose en respirar mejor. Leía. Contemplaba el jardín o dormía, y entonces tenía uno de aquellos sueños fugaces cuyo propósito parecía ser ilustrarle sobre lo que estaba ocurriendo en su interior. Los médicos de Gigiri le habían dado de baja por enfermedad, en vista de su dificultad creciente para desempeñar una actividad normal. Según ellos, esa dificultad podía indicar que el organismo de Víctor reaccionaba al potente tratamiento que seguía por prescripción del profesor Maier, y lo mejor era ahorrarle esfuerzos innecesarios.

El diagnóstico del hematólogo suizo había llegado a Nairobi a fines de mayo, apenas quince días después de que el propio Víctor regresara a la ciudad, y hablaba de una alteración inexplicada de la producción de glóbulos rojos en la médula ósea. Eso podía causar trombosis y daños en órganos esenciales, pero se trataba con radioterapia, medicación o sangrías. El profesor Maier proponía recurrir en primer lugar a la química,

y desde entonces Víctor tomaba la medicina prescrita por el suizo intentando no precipitarse al juzgar sus resultados.

Al cabo de seis semanas, a los dolores óseos, las dificultades respiratorias, la debilidad y el malestar general se había añadido la modorra que le incapacitaba para trabajar y que él consideraba un efecto secundario de la medicación, aunque los médicos de Gigiri no lo confirmaran.

Por otra parte, el diagnóstico procedente de Zúrich había tenido efectos positivos en Aurora, que había pasado de su escepticismo inicial a una actitud protectora, mientras él trataba de aceptar su situación y no sucumbir tan a menudo al sueño. No era fácil, y entre los ardides a que recurría para conseguirlo, estaba el de no enfrentarse cada mañana al individuo que aprovechaba el afeitado para cuestionar la utilidad de todo aquello. Pero Aurora le había pedido que se acomodara para recibir a Alberto y Sonia, y el arquitecto podía aparecer en cualquier instante.

Se levantó, apuró los restos de gintonic y se metió en la casa resignado a enfrentarse con el espejo.

El Alberto que se apeó del todo terreno delante de la cancela del jardín que Víctor mantenía entreabierta irradiaba vitalidad. Llevaba la barba entrecana recortada con esmero. Vestía de color caqui, pero aun así la camisa de manga corta revelaba el intenso bronceado de la piel, y cuando se abrazaron Víctor olió el fuerte aroma mentolado de la loción aftershave que el otro despedía.

—¡No veía la hora de venir! —dijo el amigo mientras se acomodaba en una silla—. ¿Cómo te sientes? Para estar de baja por enfermedad, tienes un aspecto muy saludable.

—La procesión va por dentro.

Víctor no pudo reprimir una sonrisa, ante la exactitud de la metáfora espontánea. Millones de células rojas avanzaban apretujándose por sus venas en ese mismo instante.

—Güisqui, ¿verdad? —preguntó ante la silenciosa presencia del mozo que había aparecido en el porche.

—Me estoy planteando dejarlo —dijo el arquitecto al tiempo que asentía con la cabeza—, pero esta tarde es especial.

—A mí me sucede lo contrario. Este es mi tercer gintonic.

—¿Lo aprobarían los médicos?

—No pienso decírselo.

—Necesidad de trasgresión, ¿eh?

—Aburrimiento. Venga, los detalles sobre Etiopía.

—¿No os lo ha dicho Sonia?

—Algo nos iba contando, en sus visitas. ¿Sabes que se ha hecho asidua de esta casa?

—Os quiere. Y tú la preocupas.

—Parece que, en dobles, Aurora y ella son imbatibles. Al principio yo iba a animarlas desde la grada, pero dejé de hacerlo. Dentro de poco estarán aquí. Y bien, ¿qué es lo que no nos ha dicho Sonia?

El mozo reapareció portando una bandeja con vasos, botellas y una jarra de agua que rezumaba humedad. El arquitecto le indicó con un gesto que él mismo se serviría, y sólo cuando le vio alejarse respondió a la pregunta de Víctor.

—Lo más importante. Que dimito de la Organización.

Víctor se quedó sin palabras, mientras el otro se servía un par de dedos de güisqui, agua y varios cubitos de hielo.

—Esta tarde he entregado los papeles en Personal —añadió Alberto al tiempo que removía el líquido en el vaso.

—¿Tan decepcionante ha sido la experiencia etíope? —consiguió decir Víctor.

—No más de lo normal, salvo por el olor. Aún no me libro del hedor de los muertos que se pudrían con el vientre hinchado por el hambre. Miles de ellos. Y tuve más de cien noches interminables, para sopesar los pros y los contras de lo que hacemos. Así que al final me decidí.

—¡Y yo que según Aurora enfermé al no poder participar en la misión!

—No te preocunes. Líbrate de esa sangre que te sobra y entonces podrás ir. El affaire somalí va para largo.

Por un momento los dos bebieron en silencio.

—¿Qué gota colmó el vaso? —dijo luego Víctor.

—Ninguna en particular. Hace tiempo que me pregunto qué pintamos aquí, y una de esas noches interminables llegué a la conclusión de que no tenemos nada que ofrecerles.

—¿Hablas de nosotros o de la Organización?

—Digamos que, hoy por hoy, la Organización sirve a los intereses de Occidente, que no tiene soluciones que ofrecer a los problemas de África y ni siquiera se plantea hallarlas. Pero las cosas están empezando a cambiar.

—Vieja cantinela. Dame un ejemplo.

Alberto pareció meditar su respuesta. Se le veía reacio a discutir el asunto, y Víctor pensó que se negaría a hacerlo.

—El despertar de un nuevo Islam —dijo sin embargo el arquitecto—. Eso puede proporcionar a los africanos un sentido de la identidad y un rumbo a seguir, algo de lo que carecen desde que su universo saltó hecho pedazos bajo el impacto del colonialismo.

—No creo que Occidente, y Estados Unidos en concreto, permitan que eso ocurra.

—Lo tendrán que aceptar. Sus políticos saben que la opinión pública no quiere ni oír hablar de bajas. Lo vimos ya en Somalia, y estos seis meses no han hecho más que confirmarlo. En lo sucesivo, las bombas y los alimentos llegarán por el aire. Pero sobre el terreno, los islamistas seguirán progresando. Creen en sí mismos, no tienen nada que perder, y pueden ofrecer a los africanos una visión del mundo basada en el apoyo mutuo y en la seguridad de saberse en manos de un dios severo pero clemente y misericordioso. Quieren unificar todo el continente bajo la bandera verde, y con el tiempo lo conseguirán. Occidente no entiende el concepto musulmán de la *umma*, o comunidad de los creyentes, pero el africano sí, porque sigue siendo esencialmente gregario. La comunidad basada en la religión ocupará el vacío dejado por la desaparición de la comunidad tribal. Y en ese aspecto, Occidente no dispone de nada que se acerque siquiera al poder aglutinador de compartir creencias. Su población ya no visita más templos que los del consumo ni cree en otra cosa que el placer y el lucro personales. ¿Por qué sonrías?

—Me hace gracia verte atrapado en el dilema del vaso medio vacío o medio lleno, cuando es evidente que nunca hubo ningún vaso —se encogió de hombros Víctor.

Alberto hizo un gesto con la mano, como si apartara una mosca, pero no respondió.

Más que divertirle, pensó Víctor, el entusiasmo y la contundencia con que hablaba el arquitecto le irritaban. Su interlocutor en nada se parecía al burócrata escéptico con quien él se había identificado en más de una ocasión, no hacía mucho tiempo. Su nueva actitud le parecía imbécil en un hombre de su edad y experiencia. No podía tomarse en serio aquella teoría de un panafricanismo basado en el Islam.

—¿Te tienta la conversión? —dijo—. ¿Te ves tocando el polvo con la frente cinco veces al día?

—Por ahora, no.

—¿Y qué harás, hasta ver si te caes o no del caballo? ¿Volver a la Europa hedonista y descreída?

—Tengo mejores planes. Me voy a Lamu.

—¡Lamu! —se asombro Víctor—. Esa sí que es buena.

—¿Por qué? ¿Acaso a ti no te gustó?

—Para unas vacaciones exóticas.

—Pues yo pienso recuperar allí mi profesión, y ya tengo algunas ofertas de trabajo —dijo Alberto, al tiempo que cogía el vaso sin apartar la mirada de Víctor.

—Tus contactos saudíes, ¿eh?

—¿Y qué si así fuera?

Se interrumpió para beber, aunque Víctor pensó que lo hacía para imprimir otro rumbo a la conversación. Pero se equivocaba.

—Hace tiempo que me propusieron construir un hospital allí, y hay gente interesada en renovar antiguas mansiones suahilis.

—Ya veo —dijo Víctor—. ¿Y qué hará Sonia? ¿Ayudarte con los planos?

El arquitecto le miró con los ojos entornados, antes de encogerse de hombros.

—Ahora le asusta la idea de abandonar la Organización —dijo al fin —, pero con el tiempo me lo agradecerá.

—¿Con el tiempo? No creo que a nuestra edad dispongamos de mucho, para cometer equivocaciones que pueden ser decisivas.

El arquitecto volvió a mirarle en silencio unos segundos, como si buscara un significado oculto a sus palabras, pensó Víctor. Ambos echaron mano del recurso que les ofrecía la bandeja y alargaron la operación de llenar los vasos de nuevo.

—¿Y tú? ¿Qué perspectivas te ofrecen los médicos? —dijo por fin el arquitecto.

—Optimistas. Calidad de vida aceptable. Estadísticas prometedoras. Pero de momento, ya me ves.

—¿Y posibilidades de curación?

Víctor se encogió de hombros.

—La ciencia médica no avanza tan deprisa como sus apóstoles quieren hacernos creer.

—Este rincón del mundo queda un poco a trasmano de los lugares donde se dan los nuevos pasos. ¿Te plantearías volver a Nueva York?

—En absoluto.

Víctor no apartó la mirada del arquitecto. En el fondo, le agradaba verlo incómodo. Tomó de nuevo el vaso y se lo llevó a los labios. Se

disponía a volver sobre el asunto del Islam, cuando desde el interior de la casa llegaron las risas de las dos mujeres. En unos segundos, Aurora y Sonia aparecerían en el vano de la puerta, relajadas y desprendiendo esa sensación de bienestar que sigue al deporte practicado al aire libre. La idea de pasar el resto de la tarde rodeado de tanta vitalidad le deprimió.

10

Víctor estudió el tablero luminoso y comprobó que el tren de alta velocidad procedente de París llegaba a la hora prevista. Tenía treinta minutos de espera por delante.

Cruzó el vestíbulo de la Estación Central de Ginebra, transitado a esa hora por empleados de banca suizos y funcionarios internacionales que volvían a casa en los núcleos residenciales situados a orillas del lago Lemán, y se dirigió al *Café de la Gare*. Media docena de chicos y chicas, con aspecto de llevar todos sus bienes terrenales apelotonados en la mochila y de no haberse bañado en mucho tiempo, dormían sentados en el suelo con las espaldas apoyadas contra la pared.

¿Becarios en tránsito de la Europa unida o víctimas del desempleo juvenil?, pensó Víctor mientras empujaba la puerta del café.

El aire del local estaba muy viciado y olía a comida recalentada, pero era preferible a la humedad gris del otoño ginebrino que reinaba fuera. Casi todas las mesas parecían ocupadas, y por fin Víctor se instaló en un rincón, frente a un viejo que leía un periódico deportivo y tenía delante un vaso de cerveza. Pidió un agua tónica al mozo que se le acercó y miró a su alrededor. Parejas maduras hablaban con las cabezas inclinadas, otros hombres leían periódicos y una mujer sola bebía con aire reconcentrado.

Víctor entornó los ojos. Esa mañana, la casualidad había hecho que el cartero le encontrara aún en casa, a punto de salir camino de su despacho en el Palacio de las Naciones. «llego jueves 18.45 gare central sonia», decía el telegrama que leyó de pie junto a la puerta sin cerrar. Su pulso se había acelerado. Casi tres años desde que viera a Sonia y Alberto por última vez en Nairobi, en vísperas de la partida de ambos rumbo a Lamu.

—Hasta pronto, chicos. En cuanto nos hayamos instalado, os llamo para que vayáis —había anunciado la argentina en su despedida—. Voy a necesitar todas las visitas de amigos fieles que pueda conseguir.

—Iremos —había prometido él, recuperando su viejo deseo de hacer con Aurora el viaje en tren desde Nairobi a Mombasa.

El camarero puso ante Víctor un vaso alto con una rodaja de lima y dos cubitos de hielo y le sirvió la bebida.

La proliferación de sus células rojas le había impedido cumplir su promesa y realizar aquel viaje. Pero esa no había sido la mayor de las frustraciones que la enfermedad le acarreara.

—Los suizos están de acuerdo en que la altura de Nairobi y el poco oxígeno que su organismo recibe, pueden estar exacerbando la enfermedad y explicar los pobres resultados del tratamiento —le había dicho el doctor Thierry poco después de que sus amigos partieran hacia la costa—. Y apoyan la idea de que Ginebra o Nueva York serían lugares más positivos. Por supuesto, ellos recomiendan Ginebra, por la proximidad con Zúrich.

Víctor tomó con los dedos los trozos de hielo y los puso al borde del platillo en el que descansaba el vaso.

La recomendación de los servicios médicos de Gigiri había tardado tres meses en tramitarse, y Aurora y él habían llegado a Ginebra un día gélido de febrero del noventa y cinco. En esa época del año, la ciudad de Calvin adquiere su aspecto invernal más sombrío, y la sucesión interminable de días de cielo encapotado, viento cortante y ausencia absoluta del sol, había acentuado su estado de ánimo depresivo. No pasó mucho tiempo antes de que el profesor Maier renunciara al enfoque químico de su tratamiento, sustituyéndolo por un régimen de sangrías frecuentes.

Se llevó el vaso a los labios y bebió el agua de gusto salado y chispeante a la que años atrás se aficionara por la quinina. ¡Para lo que le había servido!

El cambio de tratamiento, y el optimismo y la eficacia con que Aurora solventó los problemas de su instalación en el nuevo destino, habían despejado su paisaje interior. Y también la llegada del buen tiempo, que les encontró instalados en una vivienda confortable y rodeada de árboles donde abundaban tórtolas y mirlos, contribuyó a su cambio de actitud. A mediados de primavera decidió atender por fin la recomendación del hematólogo de que practicara algún deporte, y apoyándose en la paciencia de Aurora, que combinaba el papel de contrincante con el de compañera en las partidas de dobles mixtos, había comenzado a jugar al tenis dos veces por semana. Todo contribuyó a facilitar su ajuste a un trabajo muy similar al que realizara ya en Nueva York o Nairobi, así como a una sociedad local regida por la cortesía, el bienestar económico y la eficiencia.

Un altavoz anunció en ese momento la llegada inmediata del tren procedente de París. Víctor dejó unas monedas sobre la mesa y abandonó

el local. Pasada la hora punta, el vestíbulo semidesierto se poblaba de ecos. Grupos de inmigrantes conversaban arracimados junto a los radiadores de la calefacción. Los jóvenes mochileros habían desaparecido. Una pareja de gendarmes paseaban su solemnidad por el vestíbulo.

Víctor buscó la puerta por la que los viajeros accedían a la parte exterior de la estación y se apostó frente a ella. Entre los compañeros de espera, atrajo su atención una pareja de jóvenes que permanecían abrazados y ajenos a cuanto les rodeaba. Apartó la mirada de ellos y entonces vio a Sonia. La argentina avanzaba por el pasillo que conducía al control de pasaportes, con una maleta azul en una mano y un bolso en la otra. A Víctor le pareció más gruesa y avejentada, pero se dijo que podía deberse al viaje y al abrigo de entretiempo. En cambio, la sonrisa que Sonia le dedicó nada más descubrirle apenas mitigó su gesto de fatiga, pensó mientras sonreía a su vez y saludaba con la mano.

Tan pronto como Sonia apareció en la puerta Víctor hizo ademán de librarla de la maleta, pero ella la dejó caer al suelo y le abrazó. Víctor tuvo la sensación de que muchos pares de ojos les miraban como él había mirado a la pareja.

—¡Bienvenida! —atinó a decir.

—Gracias. Estoy agotada.

Al salir de la estación, la humedad desapacible de la tarde les hizo tiritar al unísono, y se pegaron uno al otro en busca de calor, camino de la parada de taxis.

Ya en el vehículo, Sonia apoyó la cabeza en su hombro, y Víctor vio que el taxista les dedicaba una sonrisa por el espejo retrovisor.

—¡Qué descanso! —dijo Sonia.

Él no supo cómo debía reaccionar ante tales muestras de vulnerabilidad. Esa faceta de la amiga resultaba completamente nueva para él.

—¿Os ha causado trastornos mi telegrama? —quiso saber Sonia.

—En absoluto, aunque sí sorpresa. No teníamos idea de que estuvieras en Europa.

—Anduve dudándolo hasta el último momento porque me sentía culpable por no haberlos avisado que venía y por más de dos años de silencio. Pero no tenía fuerzas para regresar directamente a Kenia, después de lo que he vivido en París. De modo que, aquí estoy.

—¿Puedo preguntarte qué te llevó allí?

La vio titubear.

—Bueno, fue lo que se suelen llamar problemas de mujeres. Los médicos insisten en que la operación fue un éxito, aunque debo de renunciar a cualquier idea de maternidad. Pero no hablemos de eso ahora, por favor, no puedo.

—De acuerdo —dijo él—. Aunque Aurora te reñirá cuando se entere. Seguro que habría querido estar a tu lado, en París.

—¿Aún no ha visto mi telegrama?

—Está de misión en Viena desde hace cuatro días. Regresa el domingo.

—¡Y yo imaginando que no había venido a la estación porque estaba ofendida conmigo!

—Esta noche podrás contárselo todo, cuando hablemos por teléfono —la tranquilizó.

Una vez en casa, el cansancio del que había hablado Sonia se concretó a ojos de Víctor en la uve invertida que iba de la nariz a la comisura de los labios y en los surcos laterales que partían de los párpados de la amiga. Sus facciones daban la impresión de estar hinchadas.

—Tengo una botella de champaña y caviar iraní en el refrigerador —anunció una vez que Sonia hubo deshecho la maleta y admirado la comodidad de su habitación.

—Eres un sol, pero voy a decepcionarte —dijo ella dejándose caer en el sofá—. ¿Sabes lo que de verdad me haría feliz? Un tazón de cacao bien caliente.

—¿Comiste en el tren?

—Apenas. Es la medicación, que me tiene el estómago alterado.

—Enseguida te lo preparo.

—Fenómeno. Mientras, yo me doy una ducha calentita. Pero, antes, dime, ¿cómo vas de lo tuyo?

A Víctor le pareció que los labios de la amiga esbozaban una mueca de complicidad y también él sonrió. Ahora somos compañeros de fatigas, pensó para sí.

—Mucho mejor. Pero dejemos eso. Anda a la ducha, mientras yo te preparo el cacao y un vodka para mí.

—Vaya, te pasaste a las bebidas duras.

—Sólo de vez en cuando.

Más tarde, relajada por el baño y envuelta en un grueso albornoz de Aurora, ella le contó que por fortuna había acudido a su especialista de Nairobi nada más sentir las primeras molestias raras. Aun así, el riesgo

parecía tan inminente que aquel había aconsejado actuar lo antes posible. La elección de París se debió a las excelentes referencias que le dieron sobre un cirujano especializado.

—¿Y Alberto? ¿Cómo es que no te acompañó?

—No podía ausentarse de Lamu tanto tiempo. Aunque tampoco yo insistí mucho, la verdad. Creo que, en eso, tú y yo nos parecemos.

—¿Quieres telefonearle?

—Más tarde. Ahora andará en alguna reunión con los saudíes.

—Mantiene esas relaciones, ¿eh?

—No sabes hasta qué punto. Cuando salí, él se quedó en Mombasa, cerrando el trato para construirles una escuela coránica.

—Trataremos de que lo pases lo mejor posible, mientras estés aquí.

—Tengo billete para volar a Nairobi el sábado.

—¡Eso es pasado mañana! —protestó él—. ¿No podrías prorrogarlo?

—Ya lo hice, para venir a veros.

—Aurora no te lo va a perdonar.

—Se lo explicaré, cuando hablemos luego.

Las nueve horas de descanso parecían haberle sentado muy bien a Sonia, se dijo Víctor al descubrir que la amiga lucía en los labios su sonrisa habitual de Nairobi, cuando apareció en el umbral de la cocina ya vestida y arreglada.

—El ginecólogo me dio ocho pastillas de somnífero y la orden de no tomar más de dos por semana —le dio ella la clave de su recuperada frescura—. Según él, ese es el tiempo que una mujer normal necesita para superar el trauma, y ante tanto halago no me atreví a mencionar las dificultades del viaje de regreso a Lamu.

—En todo caso, tu primera noche en Ginebra ha sido un éxito —dijo Víctor.

Había dispuesto el desayuno en la parte de la cocina que daba a la terraza y al jardín arbolado que rodeaba la urbanización, aprovechando que la tapadera de nubes tenía más claros de lo que era habitual a esa hora. Según el pronóstico del tiempo, la jornada sería desusadamente luminosa y templada.

—Sí, el lugar también ha ayudado —dijo Sonia—. Tanta tranquilidad se contagia, y parece que los ginebrinos son muy civilizados. Al menos tus vecinos.

—Es cierto, aunque a menudo resulta difícil averiguar qué hay detrás de su cortesía y sus buenos modales. Yo aún no sé qué pensar de ellos.

—Antes de irme te daré mi impresión.

Después del desayuno decidieron ir paseando hasta la Iglesia Rusa de Ginebra, y para ello tomaron la Route de Malagnou, en esos días cubierta de doradas hojas otoñales. Babosas de color marrón gruesas como pulgares salían de la tierra húmeda y reptaban por el pavimento, y Víctor se mantuvo vigilante para evitar que Sonia pisara alguna por descuido. A la entrada del templo ortodoxo leyeron la placa que conmemora la visita de Dostoyevski, pero Sonia rehusó ver su interior, escandalizada por el lujo de su arquitectura.

Después, en la Rue Chantepoulet, Sonia se quedó en el salón de belleza que solía frecuentar Aurora, quien esa mañana había telefoneado desde Viena para conseguirle una cita a su amiga. La argentina quería someterse a un tratamiento estético completo, y Víctor dedicó las dos horas siguientes a buscar en las librerías del centro algún libro de arquitectura que pudiera interesar a Alberto.

Cuando, bien pasado el mediodía, se reunió de nuevo con Sonia, la encontró rejuvenecida y radiante en su traje de chaqueta, su peinado a la moda y el maquillaje que destacaba la sonrisa carmesí de sus labios. Y así se lo dijo.

—Acabas de ganarte una invitación a almorzar —agradeció ella el cumplido.

—Ni lo sueñas —dijo Víctor—. Jugamos en mi campo, y los visitantes no pagan. Ya reservé mesa en un sitio que te va a gustar. Pero si quieres, luego me puedes invitar a café y copa en la parte antigua de la ciudad.

Cruzaron el puente peatonal sobre el lago, donde la vista del gran chorro de agua que asciende desde su superficie inspiró a Sonia un comentario sobre el uso que se podría hacer de él en el norte desértico de Kenia.

El *Restaurant du Lac* se hallaba en el barrio de Ginebra ocupado por las organizaciones internacionales y, fiel a su nombre, se alzaba a la orilla del Leman. Era un local amplio y luminoso, con grandes ventanas que ofrecían una vista panorámica del lago y, en su orilla opuesta, de la marina repleta de embarcaciones deportivas y de placer. El día había aclarado y la visibilidad era buena. Se instalaron junto a un ventanal y estudiaron el menú que les había entregado el maître.

—Sugiero que pruebes las percás del Ródano —dijo Víctor—. Es el plato que da fama a este lugar.

—De acuerdo —dijo Sonia—, pero de entrada voy a tomar la ensalada. No acabo de fiamre de mi estómago.

—Buena idea. Te acompañaré en el primero, y las percás las regaremos con *fendant*, un blanco suizo un poquito espumoso que va bien con el pescado y se toma muy frío.

—Eso ayudará.

Pidieron dos *martini rosso* para brindar por la ocasión y mientras lo paladeaban observaron lo que les rodeaba.

A esa hora el restaurante estaba lleno de funcionarios, hombres de negocios y empleados de banca y seguros que comían en grupos o por parejas y hablaban de cuestiones que Víctor supuso relacionadas con su trabajo. Había pocas mujeres y ninguna mesa estaba ocupada por una sola persona.

El murmullo de las conversaciones mantenidas en voz baja, unido a la luz matizada que entraba por los ventanales, daban al salón un ambiente íntimo por el que los camareros evolucionaban con movimientos precisos.

—Lindo lugar —dijo Sonia mientras daban cuenta de la ensalada—. Y hace mucho tiempo que no comía tantos tipos de lechuga juntos. Vivir en África tiene sus inconvenientes.

—Aurora y yo venimos aquí cuando tenemos algo que celebrar.

—Y hoy, ¿celebramos algo?

—Tu llegada, aunque haya sido por sorpresa y casi de refilón.

—Lo que me duele es no haber encontrado a Aurora. A pesar de lo que dijo anoche, no me va a perdonar.

—No es rencorosa. Y te quiere.

El camarero cambió los platos y les sirvió sendas porciones de percás, fritas de manera que conservaban todo el gusto de su carne sabrosa; verduras al vapor y patatas asadas sin pelar. Luego vertió vino en el vaso de Víctor y, tras recibir su aprobación, hizo otro tanto con el vaso de Sonia y les deseó buen apetito.

Para alivio de Víctor, la medicación no pareció impedir a su amiga apreciar el exquisito sabor del pescado, y también el *fendant* le arrancó un elogio instantáneo. Todo ello desató además la lengua de Sonia, que pasó sin transición de los elogios de la comida a la situación que había vivido en París.

—El ginecólogo insistió en que debo buscar la compañía de mujeres que hayan pasado por lo mismo que yo, para apoyarme en ellas —dijo—. Les aseguré que lo haría, pero la realidad es que, salvo Madame, allá no tengo amistades femeninas.

Por eso echa de menos a Aurora, pensó Víctor, sorprendido de que la amiga volviera sobre el asunto que la noche anterior parecía querer dar por cerrado. Inseguro de las intenciones de ella, evitó seguirla por ese camino y aprovechó su alusión a la exembajadora consorte.

—Siempre he pensado que tú y Madame os entendíais bien —dijo.

—Es cierto. Ella fue mi tabla de salvación, cuando terminé de acondicionar el nido en Lamu y me quedé sin nada que hacer, salvo mirarme el ombligo. ¡Y pensar que le seguí a Lamu convencida de que cambiaba mi vida profesional por la maternidad tanto tiempo aplazada!

—¿Y la idea de Alberto de incorporarte a sus actividades?

—Quimeras. Trabaja con musulmanes, y ya sabes el lugar que esa gente reserva a la mujer en su vida social o de negocios. Bastante fue que lo aceptaran a él. Aunque lo cierto es que ahí no puede quejarse. Cada día está más metido con ellos. Demasiado, en mi opinión.

Hizo una pausa para beber, y Víctor volvió a servirle vino tan pronto como hubo terminado.

—En cuanto a mí, de no haber sido por Madame y sus partidas de bridge, me habría venido abajo antes.

—Vamos —dijo él, dejando de comer para tomar una de sus manos y oprimírsela—. No sabía que te gustara el bridge.

—Lo aprendí de jovencita, como parte del arsenal de seducción de las chicas de mi clase, pero prácticamente lo había olvidado.

—¿Cómo le ha ido a Madame en estos años, con las autoridades?

—Siguen obligándola a pedir autorización para salir de la isla, y el resultado es que ha renunciado a hacerlo. Cuando nos trasladamos allí, me alarmó encontrarla tan resignada a su situación. Además, los años se le han venido encima, al faltarle el aliciente de la vida social. Por eso acepté unirme a su círculo de jugadores, antes de saber la importancia que eso tendría para mí.

Sonia se llevó de nuevo el vaso a los labios, y Víctor indicó al camarero mediante una señal que les trajera otra botella.

—Por mí no dejes de comer —dijo Sonia al tiempo que su mano se libraba de la de Víctor—. Este pescado es delicioso.

Ella misma volvió a ocuparse de su plato, entre pequeñas pausas en las que describió el ambiente de decadencia que se había adueñado de *Le Mirage* y la poca entidad de las personas con las que la exembajadora compartía sus veladas.

—Los más notables son una pareja de kenianos blancos que se instalaron en Lamu tras la jubilación —dijo volviendo sobre el tema del bridge—. Él había enseñado economía en la Universidad de Nairobi, y son de esa gente que se interesa por todo y tiene facilidad para relacionarse. Alberto los tacha de entrometidos, pero a mí me conectaron con los círculos del bridge de Mombasa.

Se llevó el vaso a los labios y bebió despacio hasta vaciarlo. Víctor se lo llenó de nuevo, con la botella que el camarero acababa de descorchar.

—Gracias a ellos conocí a Kebir —continuó Sonia. Y esta vez fue ella quien tomó la mano de Víctor, tan pronto como el hubo acabado de servirle más vino—. ¿Y tú, sabes jugar al bridge?

—No, nunca tuve tiempo para juegos de azar —dijo él.

—Lástima. Te habría ayudado a entender, quizá.

—Entender, ¿qué?

—La razón de que yo esté aquí. De lo que te voy a contar —dijo ella, y Víctor sintió la presión de la mano caliente de la amiga sobre sus dedos—. Sé que eres amigo de Alberto y que no es justo ponerte en esta situación —añadió—. Pero Aurora no está, y yo no puedo volver allí sin compartirlo con alguien que me entienda.

Al decir esto, Sonia había soltado su mano, y ahora apartaba el plato a un lado y agarraba el vaso mediado de vino con ambas manos, aunque sin llevárselo a los labios. Víctor temió por un segundo lo que presintió que iba a oír.

—Se llama Kebir Singh y lo conocí gracias a un contrato que ningún jugador avezado habría planteado pero que yo planteé y gané, favorecida por la suerte del principiante —dijo Sonia—. Eso hizo que él se fijara en mí. Yo, en cambio, había notado desde el principio el brillo de sus ojos bajo el turbante. Por cierto, el apellido Singh significa león en su idioma, y se da a muchos sijs.

—Vaya. ¿Y qué hace un sij en Lamu? —dijo Víctor, evitando que sus ojos encontraran los de ella.

—Nos conocimos en Mombasa, durante el torneo regional de bridge, y es keniano de tercera generación. Uno de sus abuelos trabajó en el tendido del ferrocarril que une la costa con el Lago Victoria.

—Así que el bridge os unió.

Ahora, Sonia sí se llevó el vaso a los labios y lo vació.

Víctor indicó al camarero que podía retirar los platos del pescado. Luego se ocupó del vaso de la amiga.

—Sí —confirmó Sonia—. Kebir juega mucho mejor que yo, pero el proceso de eliminación nos emparejó, y si quedamos terceros fue por mi culpa. Otro me lo habría reprochado, en ese mundo tan machista, pero él optó por hacerme la corte.

Sonia dejó de hablar y Víctor sintió que sus ojos le sondeaban, por lo que cuidó de mantener la actitud de oyente interesado y neutral.

—Tienes que entender mi situación —reanudó ella su relato—. Alberto apenas está en casa, cuando trabaja en Lamu. Si va al continente, me quedo sola varios días. Y en los últimos tiempos ha comenzado a pasar semanas enteras en Zanzíbar.

—Suena a éxito profesional —dijo él, resistiéndose a que Sonia le llevara por otro camino.

—Desde luego. Su ambición no deja de crecer y tiene padrinos poderosos, pero a mí me deja cada día más al margen de todo ello. Con Kebir fue al contrario.

—Yo tenía a los sijs por gente muy interesada en el dinero, pero ascética en su vida personal —dijo él.

—¡Nada de eso! Posee un negocio de importación y exportación y es copropietario de un par de hoteles en la costa, pero el dinero no le obsesiona. Y el ascetismo y la mortificación son contrarios a sus creencias, además. Tiene cinco hijos.

—¡Vaya con el sij!

En los labios de Sonia apuntó una sonrisa.

—No es polígamo, si estás pensando eso. Aunque hay sijs que sí lo son.

—En realidad, los relacionaba más con el hinduismo.

—Tal vez, pero son monoteístas y rechazan toda idea de encarnación divina.

—Bueno, veo que te has hecho una experta.

—Experta en él, si acaso. Es apuesto, atento, generoso. Y le gustan las mujeres con curvas.

Sonia apartó la mirada y la fijó en el panorama de velas que ofrecía el lago. Él se llevó el vaso a los labios, para no tener que hablar. Un

numeroso grupo de comensales abandonaba en ese momento el salón, charlando en voz alta.

—Cuando nos eliminaron del torneo seguimos viéndonos —continuó la amiga—. La primera vez fue muy formal. Cenamos en el *Tamarindo*, con la Ciudad Vieja iluminada al otro lado del puerto, y después bailamos en la terraza. Enseguida me di cuenta de que era un hombre muy sensual y seguro de sí mismo.

Víctor vio que el camarero se acercaba portando el postre de tarta de queso neoyorquina con frambuesas.

—Además, tenía tiempo para mí —oyó que decía Sonia—. Desde nuestra segunda cita se dedicó a descubrirme una Mombasa que yo ni siquiera imaginaba que existiese. Pequeños restaurantes apartados de la ruta turística.

El camarero depositó los dos postres sobre la mesa.

Una vez que se hubo alejado, Sonia bebió un poco de vino y lanzó a Víctor una mirada rápida que él fingió no advertir, manteniendo la cabeza baja en actitud atenta.

—La verdad es que yo vivía en un mundo irreal —prosiguió entonces ella—. Nos veíamos dos veces por semana, en un estudio que él tiene cerca del Mercado Colonial. Yo llegaba a Mombasa antes del encuentro y callejeaba. Compraba kargas, cerámica o pequeñas antigüedades que me llevaba de vuelta a Lamu. Supongo que lo hacía por si Alberto me preguntaba a qué venía tanto viajar a Mombasa, pero me lo podía haber ahorrado. En los cuatro meses que duró, rara vez reparó en los objetos que yo dejaba en lugares bien visibles. Claro que tampoco él paraba mucho en casa.

Las mesas que Víctor divisaba por encima de los hombros de Sonia se habían ido vaciando. La gente tenía que volver al trabajo.

—¿Duró? —dijo al ver que el silencio de ella se prolongaba.

—¿Sabes lo que más me sorprendió de él? —continuó la amiga—. Su pelo. Le llegaba casi a las corvas, cuando se quitaba el turbante y lo desanudaba. Su religión les prohíbe cortárselo, y también afeitarse... ¡Lo que me reí, al verle por primera vez sin ropa y tan peludo! Pero no es rencoroso. Me dijo que lo entendería cuando leyéramos juntos el libro sagrado de los sijs. Que entonces comprendería el valor simbólico de tales cosas. Pero eso nunca ocurrió.

Sonia se llevó una cucharada de tarta a los labios y comió con evidente desgana. Solo otra mesa además de la suya permanecía ocupada, al otro

extremo del local, y los camareros disponían ya manteles y cubiertos nuevos para la cena. Víctor extendió los brazos y tomó entre las suyas la mano temblorosa de la amiga.

—Fue él quien lo terminó, con su insistencia en que dejara a Alberto para ser sólo suya —la oyó Víctor responder a su anterior pregunta—. Al final, no estaba tan occidentalizado como yo creía, aunque tal vez exageró adrede. Uno de los dos tenía que hacerlo, y yo no habría sido capaz. Aun así, pensé que me volvía loca.

Víctor vio que el maître les miraba con insistencia, después de haber despedido a los clientes de la otra mesa, y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—En realidad, creo que lo estuve durante un tiempo —continuó Sonia—. Entiéndeme. Es la única vez que he vivido algo así. Pero, bueno, también en eso Madame me ayudó. Debió de verme tan sola y tan vacía. Por suerte, Alberto no estaba. Andaba en Zanzíbar, supervisando la recuperación de los baños de no sé qué sultán.

El maître se dirigió hacia ellos.

—Fue una coincidencia afortunada —oyó Víctor que seguía diciendo su amiga—. Diez días me mantuvo Madame en *Le Mirage*, a base de fruta fresca y de un té que ella misma preparaba con algo que nunca he querido saber, pero que me ayudaba a dormir durante horas sin sueños que recordar.

Víctor metió la tarjeta de crédito en la carpetilla de piel y el maître se alejó, mientras Sonia se llevaba de nuevo el vaso a los labios.

—¿Sabes lo primero que pensé, cuando el especialista de Nairobi mencionó la palabra temida? —continuó tan pronto como dejó de beber—. Que me lo merecía. Que era una especie de castigo, por mi infidelidad. Pero si quieras saber la verdad, hoy me alegro de haberlo vivido.

Se quedó sin voz y Víctor volvió a apretarle la mano.

—¿Entiendes ahora por qué estoy aquí? —dijo ella, recuperándose—. Tenía que compartirlo con alguien que de verdad me importe. Y para Madame la palabra culpa no existe, nunca ha estado en su diccionario.

—*Ego te absuelvo...* —susurró Víctor ante la proximidad del maître, que ya volvía.

Al tiempo que hablaba, hizo un guiño cómplice a la amiga y dejó de sujetar su mano. Luego tomó la carpetilla que el maître le ofrecía y se dispuso a firmar la cuenta.

El avión de Swissair que llevaba a Sonia de vuelta a Kenia se despegó de la pista, apuntó el morro al cielo y comenzó a elevarse siguiendo una línea oblicua muy pronunciada que lo hizo desaparecer al poco, engullido por la densa capa de nubes grises que de nuevo cubría la ciudad.

Víctor tiritó bajo los efectos de la humedad y buscó la puerta más cercana para abandonar la terraza destinada al público. Una vez al abrigo del aire frío, se dirigió a las escaleras mecánicas que llevaban al vestíbulo del moderno edificio. Aún tenía en la retina la figura sonriente de Sonia, agitando la mano desde el otro lado de la cristalera que separaba a viajeros de acompañantes.

—Tenéis que venir a verme —había insistido la amiga junto al control de pasaportes—. No os hagáis de rogar. Recuerda que tú y yo vivimos al día.

—Iremos. ¿Vas a seguir en Lamu?

—¿A qué otro sitio podría ir, ahora? Y tú, ¿dimitirás pronto de la Organización?

—Para eso, necesitaría tener un buen motivo. Algo que valiese la pena.

—Lo encontrarás, si aprendes a entregarte un poquito más.

—Prometo intentarlo.

—Bueno, el último beso —había esbozado Sonia su sonrisa de mujer valiente, antes de cruzar la línea y entregar el pasaporte al gendarme que la miraba con insistencia.

Al salir de la terminal del aeropuerto para introducirse en el taxi que le llevaría a casa, Víctor sintió las primeras punzadas del viejo dolor de huesos. Se refugió en un rincón del vehículo y, con la mirada puesta en la tapadera de nubes que impedía ver el cielo, se sintió ganado por la nostalgia. Envidió a Sonia, que a pesar de todo volaba hacia la luz de África. Su partida le hacía sentirse doblemente vacío, por cuanto a la jornada rutinaria que le esperaba se añadía ahora la añoranza de los colores, olores y paisajes de Kenia.

Pasaron frente a unos obreros que reparaban una señal de tráfico.

Por fortuna, Aurora no regresaba hasta el día siguiente. Mejor que no le encontrara así. Sin duda, ella querría saberlo todo sobre la visita de la amiga, pero ¿cómo hablarle de su historia con el sij? Sonia no le había pedido que lo hiciera ni que dejara de hacerlo, aunque había venido a Ginebra para hablar con Aurora de ello. Él sólo había sido la segunda opción. Probablemente ni siquiera se lo habría contado, de no saber que al

día siguiente tomaría ese avión que ahora empezaba a poner cinco mil kilómetros de distancia entre ellos.

En ese momento cruzaban el puente sobre el lago. A su salida, un cartel anunciaba la exposición sobre neosurrealismo y cadáveres exquisitos que acababa de inaugurarse en el *Cabinet des estampes* de la ciudad. Aurora y él tenían planeado ir a verla. Esas eran ahora sus expectativas. Realizar un trabajo tedioso en el Palacio de las Naciones. Tratarse la enfermedad. Consumir arte y cultura. Asistir a debates más o menos vacuos sobre el futuro de Europa. Y los viajes, claro. Viajarían con mayor frecuencia aún de lo que hasta ahora lo habían hecho. Visitarían o volverían a visitar París, Atenas, Roma, Estambul, Venecia, Praga, Budapest, San Petersburgo, incluso, si la situación en Rusia mejoraba un poco. Irían a la ópera en Milán y explorarían por fin los museos de la Alemania reunificada. Había tanto, tantísimo que ver.

Dejaron atrás el *Jardin anglais* y el taxista, tras consultarle, tomó una ruta que no era la más directa para llevarle a casa, pero evitaba los tranvías y un tráfico colapsado por quienes aprovechaban la tarde del sábado para ir a hacer sus compras al otro lado de la cercana frontera francesa. Víctor cerró los ojos. Cuando llegara a casa, prepararía un vodka bien helado y se sentaría en el rincón del salón donde solía leer, pero mantendría la luz apagada y escucharía música. Algo de Bárbara Hendricks, quizá.

Eso le ayudaría a no pensar en los cielos y los paisajes hacia los que volaba su amiga.

11

A la derecha de Víctor, el verdor de la franja costera en torno a Malindi se convirtió en una planicie seca que se perdía en el horizonte. Poco después, las nubes bajo las que volaban se abrieron y la lluvia comenzó a picotear el fuselaje del pequeño bimotor de ocho asientos y a formar cordones de agua sobre el cristal de la ventanilla.

—No durará mucho —dijo Aurora, sentada junto a él.

Víctor apretó la mano de ella abandonada sobre su pierna, pero no apartó la vista del paisaje que discurría unos centenares de metros más abajo. Los dos días que acababan de pasar en el Hotel Hemingways de Malindi habían tenido un efecto benéfico para ambos, al evocar la visita que hicieran ocho años antes a la ciudad en un viaje de bodas nunca declarado. Entonces recordó que aquel viaje había sido el de su último encuentro con Federico, y el recuerdo reactivó los sentimientos encontrados con que había iniciado el periplo que ahora les llevaba a Lamu. De una parte, le ilusionaba la posibilidad de ver con ojos nuevos los paisajes y escenarios donde Aurora y él se habían conocido. Pero de otra, y en particular desde que el avión que les llevara de Zúrich a Nairobi se había posado en tierra africana, le rondaba el presentimiento de que algo iba a salir mal en aquella peregrinación a los orígenes. La Kenia que le había expulsado de su seno casi cinco años antes al agudizar los síntomas de su dolencia sanguínea no iba a aceptarle ahora sin más.

—Nos libramos de las nubes —anunció en voz alta el piloto del avión, cuyas reducidas dimensiones hacían que tripulante y viajeros compartieran un único espacio.

Víctor miró hacia arriba por la ventanilla y vio que, en efecto, el cielo volvía a ser azul. Y también Aurora había acertado en su pronóstico, pues abajo se divisaba una pequeña península rodeada de agua verde botella que le resultó familiar.

—Cuidado, que aún no está seca —dijo la viajera pelirroja que iba sentada delante de Víctor, quien se apartó de la ventanilla para mirarla.

La mujer mostraba al piloto una fotografía de polaroid que al parecer acababa de tomarle, y aquel la cogió con una mano mientras con la otra sujetaba el mando del avión. Era un kikuyu cordial de mediana edad que vestía la camisa blanca de manga corta y el pantalón azul marino reglamentarios de la compañía aérea.

—¡Espléndido! —dijo mientras encajaba la cartulina en un ángulo del tablero de instrumentos—. Seguro que la empresa la utiliza en su publicidad.

La fotógrafo iba en el grupo de cuatro viajeros nórdicos que Aurora y él habían encontrado ya instalados en los dos pares de asientos delanteros de que disponía el pequeño aparato de la *Eagle Aviation* que hacía la ruta de Malindi a Lamu, de manera que ellos habían tenido que conformarse con los asientos de atrás. El compañero de la pelirroja dormitaba, y la otra pareja, también en los cuarenta, se turnaban en la tarea de captar con el tomavistas todo lo que alcanzaban a ver por la ventanilla.

Víctor volvió a ocuparse de lo que desfilaba bajo sus pies. El aparato había descendido, y ahora se veían con nitidez unas cabañas de tejado cónico construidas cerca del mar.

—Eso es Karawa, una aldea de pescadores —dijo el piloto—. Enseguida podrán ver la desembocadura del río Tana y sus manglares.

De momento, Víctor no vio más que la superficie del océano Índico, mientras pensaba que tal vez fuese la cercanía del mar lo que le inquietaba. No muy lejos de donde ahora estaban, su confianza en la promesa de Aurora de ayudarle a flotar sin problemas en aquel mismo mar había estado a punto de costarle cara. El Índico era un mar peligroso. Toda África era peligrosa. En realidad, no había cesado de hacerse cada día más peligrosa, desde aquel suceso absurdo.

La propia Aurora había aludido a esa realidad en su primera reacción a la idea de regresar a Lamu, recordó Víctor.

Tres meses antes, a últimos de marzo, Víctor había encontrado sobre la mesa de la cocina de su piso de Ginebra, junto a los diarios matutinos que Aurora y él solían opear mientras desayunaban, una carta con sellos de Kenia. Que Aurora recogiera la prensa y el correo al volver del jogging con que combatía el sobrepeso causado por su renuncia al tabaco era algo habitual, pero recibir una carta con matasellos de Mombasa no lo era, y la novedad hizo que Víctor pensara en Sonia con aprensión.

Apenas habían sabido de ella en los cuatro años transcurridos desde su visita a Ginebra, y la idea de tener noticias del estado y la situación de la amiga le hizo abrir el sobre tan pronto como tuvo listos el croissant y la taza de café. Normalmente esperaba a que Aurora se le uniera en el desayuno, pero esa mañana tenían cita para el tratamiento a que él se sometía en un hospital de las afueras, y ella sólo tomaría un zumo de pomelo para ganar tiempo. El café lo compartirían más tarde, en el Palacio de las Naciones.

Nada más desplegar la página escrita a mano, Víctor descubrió que se había equivocado. Su autor era Alberto y no Sonia. Ojeó la carta con rapidez mientras masticaba y bebía, de modo que cuando Aurora apareció en el umbral de la cocina la misiva ya estaba de nuevo en el sobre.

—¿Noticias de Sonia? —dijo ella.

—No, de Alberto.

—¡Vaya! ¿Y qué dice?

—Apenas lo he ojeado, pero parece una invitación. En la consulta lo leeré con calma.

—Sí, vamos un poco atrasados.

Por fortuna, cruzar la ciudad y alcanzar el hospital les llevó menos tiempo del que habían previsto, pese a que la lluvia que caía desde la madrugada había incrementado el número de vehículos en circulación. Cuando por fin se detuvieron ante la entrada del hospital, Aurora dijo:

—¿Quieres que suba contigo?

—No, me basta con saber que estás aquí.

—Entonces, aprovecharé para leer papeles de la oficina mientras te atienden.

El enfermero joven que le recibió era el habitual.

—¿Todo bien?

—Sin novedad, Bernard.

—Fabuloso.

Víctor pasó ante una joven aquejada de leucemia, que esa mañana parecía dormir con el gorro de lana hundido hasta las cejas y la bolsa del gota a gota colgada a su lado, y se acomodó en su propio sillón reclinable, mientras el enfermero disponía lo necesario para la extracción. Hacía más de cuatro años que ambos repetían, a intervalos de dos o tres semanas, aquel rito mediante el cual Bernard le libraba de una parte de los hematíes que su organismo producía con una generosidad que podía ser letal. Apretó el puño para facilitar la entrada de la aguja en la vena y se llenó los

pulmones de aire. La sangre comenzó a fluir sin problemas por el tubo de plástico transparente. Pero aun así el proceso sería largo.

Una vez que el enfermero hubo salido, Víctor sacó la carta de Alberto del bolsillo de la chaqueta que colgaba a su alcance, la desplegó con dificultad y volvió a leerla.

Sí, su primera impresión había sido correcta. Alberto invocaba el décimo aniversario de aquel fin de año en *Le Mirage* y les invitaba a conmemorarlo visitando Lamu durante la festividad del nacimiento de Mahoma. Este año el Maulidi podría deparar alguna sorpresa, anunciaba el arquitecto, y conociendo a Víctor, estaba seguro de que no desearía perdérsela. Luego le aseguraba que muchos de los Trashumantes habían confirmado ya su asistencia, y terminaba con un «Vuestra presencia podría ser beneficiosa para Sonia en particular» que dejó a Víctor pensativo.

Guardó la carta y cerró los ojos dispuesto a sopesar su contenido, pero el estallido de un trueno que rodó por el cielo ginebrino le hizo abrirlos de nuevo. También la joven sometida a quimioterapia se había despertado. La lluvia se estrellaba en ráfagas contra la ventana que tenía a su derecha, y mientras la miraba caer, añoró los paisajes, el clima y los colores africanos. Abrumado, se entregó al sopor que la sangría comenzaba a provocarle.

Una hora después, antes de bajar del Volvo para dirigirse cada uno a su despacho en el Palacio de las Naciones, Víctor resumió a Aurora el contenido de la carta.

—Nos invitan a las fiestas del nacimiento del Profeta —dijo.

—¡Al Maulidi, con la que está cayendo!

—Bueno, también invocan cierto décimo aniversario.

Aurora le miró a los ojos y suspiró.

—Aquello sucedió a fin de año —dijo.

Víctor conocía aquel tono y supo que no iba a ser fácil convencerla.

—Así podremos celebrarlo dos veces —probó con el humor—. Parece que la mayoría del clan ha confirmado su asistencia y podría ser divertido. Y hablan de una sorpresa.

—Ya veo que te tienta —dijo ella.

—¿A ti no?

—¿Podríamos pensar un poco? Alberto siempre tiene motivos que no explica, y salir con esas al cabo de cinco años de silencio... No sé.

—Claro que podemos. Hay dos meses largos para pensarla.

Más avanzada la mañana, en una pausa entre dos reuniones de trabajo, Víctor se descubrió dándole vueltas a lo que Aurora había dicho sobre Alberto, pero no llegó a ninguna conclusión.

—Allí está Lamu —oyó que decía Aurora, y el peso del cuerpo de ella al inclinarse sobre el suyo le sacó de la introspección.

Víctor miró hacia donde Aurora indicaba y divisó el archipiélago. Lamu y sus hermanas menores, Manda y Pate, relucían bajo el sol como recién lavadas por la lluvia caída.

—En seguida aterrizamos —anunció al poco el piloto, mientras iniciaban el descenso sobre Manda.

Víctor pegó la nariz a la ventanilla y trató de divisar los detalles de Lamu, que espejeaba por obra de los rayos del sol. Más al norte, Pate, estrecha y alargada, subía y bajaba en el océano al ritmo del curso descendente del pequeño bimotor. Avanzaban describiendo una parábola, y por un instante Víctor entrevió la silueta del Fuerte del Sultán dominando el casco antiguo de la isla mayor con su mole. Luego enfilaron la pista de aterrizaje, y al poco empezaron a rebotar sobre la superficie terrosa hasta detenerse.

Aurora y él fueron los primeros en descender los peldaños que les separaban del suelo, y nada más hacerlo Víctor sintió en la cara la brisa húmeda y aspiró el olor dulzón de las flores.

—Nada ha cambiado —dijo Aurora.

Varios jóvenes cruzaron la valla metálica vigilada por un soldado y avanzaron hacia ellos. Víctor dejó que el primero en llegar tomara las dos bolsas de viaje grandes, pero reservó para sí la pequeña que contenía los documentos, el dinero y las cámaras.

—¿Notas los olores? —dijo Aurora, mientras se dirigían hacia el lugar donde unos árboles y arbustos en flor sombreaban el armazón de palos rudimentario que hacía de sala de espera del aeródromo.

El grupo de hombres a los que el soldado había impedido acceder a la pista les miraron con insistencia desde la puerta de la barraca. Los viajeros nórdicos se les adelantaron camino del embarcadero y se llevaron consigo a la nube de ofertantes de servicios turísticos y alojamiento. Como muchos de sus compañeros, el mozo que llevaba las bolsas de ellos dos vestía el *kikoi* o falda larga ceñida a la cintura, la blusa de manga corta y el gorro de tela blanco tradicionales de la costa.

—¿Conoces a la gente de Halili House? —preguntó Aurora al mozo.

—Conozco a Sammy, que trabaja allí.

—¿Está en ese grupo? —señaló Aurora a los que les precedían.

—No está, señora. Antes estuvo aquí, pero cuando el avión de Mombasa se fue, él también se fue. La gente que esperaba no llegó.

—Nosotros somos esa gente.

—¿Ustedes? —abrió mucho los ojos el mozo—. Pues él ya se fue. Pero no hay problema.

Llegaron a la plataforma de tablones que servía de embarcadero. La cubierta del trasbordador que enlazaba Manda y Lamu por el canal entre ambas islas estaba medio metro por debajo del maderamen. Un joven tendió la mano a Aurora para ayudarla a bajar y Víctor saltó a cubierta. Aurora y las dos nórdicas eran las únicas mujeres a bordo.

—¿Hotel? ¿Necesita hotel, señor? —le abordó el joven que había ayudado a Aurora.

—Ya tenemos, gracias —dijo Víctor.

—¿Y guía? ¿Alguien que acompañe y explique las fiestas?

—No, gracias.

—¿Visitar monumentos de Takwa? ¿Navegar por manglares y hacer barbacoa de pescado?

—No —intervino Aurora—. Tenemos alojamiento y amigos aquí.

—¡Ah, amigos *mzungu*! —mostró su decepción el joven al recalcar el término suahili para blanco.

Se apartó de ellos y fue a reunirse con los que rodeaban a los nórdicos.

—Sammy estará en Lamu —dijo el mozo.

—Quizás —dijo Víctor.

—Si pensó que no veníamos, se habrá vuelto a Shela —dijo Aurora—. Lo que me sorprende es que Alberto y Sonia no hayan acudido.

El trasbordador se puso en marcha y pronto siguió una línea oblicua a cuyo final estaba Lamu. El agua era densa y el barco apenas hacía espuma en su avance. A babor, dos faluchos navegaban con las velas triangulares abombadas por la brisa.

El regateo entre suahilis y nórdicos terminó y los contratados se quedaron con los turistas, mientras el resto de aquellos se desparramaban por cubierta. El patrón del barco había asistido a las tratativas sujetando el timón con una mano y rascándose el pecho con la otra.

—Parece que ya están aquí todos los peregrinos del Maulidi —dijo Aurora, a la vez que señalaba el gentío concentrado en el Malecón y en lo

que hacía las veces de paseo marítimo de Lamu.

Víctor asintió. Aunque según la tradición el nacimiento de Mahoma se había producido un jueves, su celebración comenzaba el lunes y duraba toda la semana, alcanzando el máximo esplendor el jueves y el viernes después de la plegaria de la tarde. De ahí que el muelle estuviera repleto de embarcaciones de diseño y envergadura variados, lo que obligó al patrón del trasbordador a maniobrar con cautela hasta alcanzar el atracadero. Por encima del público congregado asomaba la fachada del Lamu Palace Hotel. Los nórdicos, con sus mozos y guías, se abrieron paso entre los curiosos, pero el que les acompañaba a ellos, después de escudriñar la multitud, aseguró que el criado de Halili House no estaba allí.

—No se preocupe, señora —dijo a Aurora—. El capitán nos lleva a Shela y allí le encontrarán.

—¿Cuánto nos cobrará por ir hasta la aldea? —dijo ella.

El mozo fue donde estaba el patrón, que se afanaba en despegar la embarcación del atracadero, y esperó a que terminara de maniobrar. Luego ambos hablaron un momento, y después el mozo volvió junto a Víctor y Aurora. El trayecto de Manda a Lamu era servicio público y solo costaba cuarenta chelines, explicó. Pero ir a Shela costaría un poco más, por ser privado.

—De acuerdo —dijo Víctor.

—Deberíamos preguntar cuánto más —observó Aurora.

—No mucho, señora. El capitán dice que no es caro. No hay problema.

Dejaron atrás la algarabía del muelle y pusieron rumbo a la aldea, situada tres kilómetros al sur de la ciudad y alcanzable también por el camino de tierra que Federico y él habían recorrido a pie en su primera visita a la isla. Por su mente pasó la expresión risueña con que le había recibido Federico a su llegada, y el dolor que aún le producía la evocación del amigo perdido le sorprendió. La marea entrante inundaba ahora el camino y llegaba hasta los muros de protección de las casas construidas frente al mar, por lo que habría sido imposible hacer de nuevo aquel recorrido. Más adelante apareció la central eléctrica construida por los ingleses durante la colonia, y después, pasado un grupo de bungalós, surgió la arquitectura blanca de un moderno hospital con galerías que daban al mar. Edificios rectangulares de tres pisos rodeaban lo que parecía ser el centro administrativo, pues en él ondeaban una bandera verde con caligrafía en negro y la enseña del Creciente Rojo islámico. Víctor no recordaba aquellas instalaciones de su anterior estancia en Lamu y buscó a

Aurora con la mirada para consultarla, pero vio que hablaba con el mozo y el patrón al otro extremo del navío.

Pronto alcanzaron el saliente que constituía el punto más elevado de Shela, y tras superarlo, el trasbordador inició el acercamiento a la orilla. Víctor se preguntó si la casa a medio reconstruir que se alzaba cerca del agua sería obra de Alberto. Al poco, la embarcación chocó con el muro del pequeño atracadero y vibró bajo sus pies. Cuando se reunió con Aurora para bajar del barco, descubrió que ella estaba protestando.

—¡Quinientos chelines! —decía en ese momento.

—Es un viaje particular —respondió el patrón.

—Pero aun así es demasiado —dijo Aurora. Y dirigiéndose a él añadió —. Te dije que debíamos de saber el precio, antes de aceptar.

—Déjalo. No vamos a arruinarnos —replicó él, incómodo.

El mozo había saltado a tierra y hablaba con un negro joven en shorts y camisa caqui. Al ver que Aurora discutía con el patrón, ambos dejaron de hablar y les observaron.

Aurora pagó por fin, de mala gana, y Víctor y ella descendieron por la pasarela.

—Este es Sammy —dijo el mozo señalando a su interlocutor.

—*Karibu*, señor —utilizó el joven la expresión de saludo suahili, a la vez que se tocaba el gorro blanco que le cubría la cabeza.

Era lampiño y tenía los labios abultados y la nariz aplastada de los bantúes. En los ojos que miraron a Víctor brillaba una chispa de desenfado.

—¿De dónde sales tú? —dijo Aurora.

Varios hombres habían asistido a la llegada del trasbordador sentados a las mesas de un cafetín cuyo cañizo rudimentario les protegía del sol, y ahora uno de ellos se levantó y se acercó a Víctor.

—¿Qué ocurre, señor? —dijo.

—Un malentendido con el patrón del barco —explicó Víctor.

—Nada de malentendido —medió Aurora—, nos ha estafado.

El hombre, de rasgos árabes, no pareció oírla.

—¿Cuánto les ha cobrado? —se dirigió de nuevo a Víctor.

—Quinientos chelines, creo.

—Es mucho —asintió el hombre.

—Demasiado —dijo Aurora.

Se hizo un silencio que el empleado de Halili House aprovechó para responder a la anterior pregunta de Aurora.

—Yo iba ahora a Lamu, señora —dijo—. Esta mañana también fui, pero nadie llegó. El señor llamó al mediodía desde Mombasa y dijo que ustedes llegaban esta tarde.

—Y hemos llegado —dijo Aurora—, pero no había nadie esperando, y ahora estamos aquí. ¿Dónde están tus señores?

—En Mombasa todavía, creo —dijo él.

El patrón del trasbordador gritó algo que Víctor no entendió, y el mozo que había llevado las bolsas extendió la mano y le miró expectante.

—Dale cincuenta chelines —dijo Aurora—. Es poco, pero el del barco le dará su parte del botín.

Víctor alargó tres billetes de veinte al mozo, que los tomó y corrió al trasbordador, saltando a su interior en el momento en que aquel comenzaba a apartarse del atracadero. El curioso que se les había acercado hizo un gesto de reprobación con la cabeza.

—Nosotros venimos de Malindi, no de Mombasa —decía en ese momento Aurora al empleado.

—¡De Malindi! —se llevó las manos a la cabeza el joven—. Los señores dijeron que venían de Mombasa.

—¿Podríamos ponernos en marcha? —dijo Víctor, molesto.

Su sensación de incomodidad aumentaba, pues creía percibir hostilidad en las miradas de los hombres instalados bajo el cañizo.

El joven tomó una bolsa en cada mano y echó a andar. Cruzaron la terraza del cafetín y se metieron por un callejón en el que había una madrasa de la que brotaba un coro de voces infantiles que recitaban una letanía. Por allí salieron a una callejuela algo más ancha, con casas de paredes renegridas. El suelo de tierra estaba cubierto de bosta de burro de la que se alzaron enjambres de moscas al paso de ellos tres. Había que caminar con cuidado.

Al poco llegaron a una plazoleta con charcas que testimoniaban la lluvia reciente y en la que una higuera de grueso tronco ofrecía su sombra. Víctor había comenzado a sudar y de buena gana se habría detenido al pie del árbol, pero le cohibió la presencia de un grupo de hombres que les observaban desde la puerta de una tienda con serones mediados de fruta y aperos de labranza.

—Ya llegamos —dijo el joven poco después de dar la vuelta a una esquina—. Esa es Halili House.

Víctor miró el edificio de tres plantas y azotea con cisterna. De sus muros encalados colgaban hibiscos y buganvillas azules. El joven abrió el

portón de madera y les cedió el paso. Entraron a un zaguán. A la izquierda, Víctor vio un patio abierto en el que crecía una palmera. La galería con arcos que rodeaba el recinto le hizo pensar en un pequeño claustro catedralicio. A la derecha, adosado a la pared, un banco de piedra parecía destinado a las visitas que esperasen ser recibidas por los dueños de la casa. Al fondo del zaguán había una escalera de piedra con balaustrada.

—Por aquí —les dirigió hacia ella el joven.

En el primer piso, una puerta entornada reveló a Víctor lo que parecía ser un despacho, con escritorio provisto de teléfono y varias sillas. Un corredor les condujo a la terraza central de la casa, amplia, irregular y en ese momento soleada. Era un espacio abierto, con un fogón para barbacoas, una mesa ovalada de piedra rosácea y un par de bancos del mismo material adosados a las paredes. También parecía contener la cocina, siguiendo el principio arquitectónico suahili de situarla de modo que los humos y olores escapen directamente al aire libre y no entren en la vivienda. Un bastidor de madera cubierto de buganvillas sobrevolaba en parte la terraza y le daba sombra.

—Esas son las habitaciones de los amos —indicó el joven el pasillo que se abría a su derecha en la segunda planta, sin dejar de subir con una bolsa en cada mano—. Las suyas están arriba.

El nuevo tramo les llevó al tercer piso y a la entrada del aposento que se les había destinado. Había recibidor, cuarto de baño y un dormitorio amplio con dos camas adosadas que miraban a un muro con celosía. El mosquitero colgaba de las vigas de madera que cruzaban la habitación, y en las mesillas de noche había flores. El armario ropero arrancó una exclamación de alegría a Aurora, mientras Víctor metía la cabeza por la puerta del baño y admiraba su amplitud. Sillas de respaldo alto completaban el mobiliario de la habitación, iluminada por ventanas alargadas con vidrieras multicolores que daban a la galería.

Víctor salió a ella. A su izquierda, una cama con mosquitero, destinada a la siesta o a las noches de calor, miraba a un arco practicado en el muro que permitía divisar algunas terrazas y, más allá, el horizonte cobalto del mar. Por el otro lado la galería daba al patio donde crecía la palmera, y contaba con una mesa baja y dos sillones. También desde allí se divisaba una perspectiva de azoteas que se sucedían hasta el palmeral donde terminaba la aldea.

—¿Me ayudas a distribuir la ropa, cariño? —oyó que le reclamaba Aurora.

Volvió al dormitorio y entre los dos repartieron por perchas y cajones las prendas que ella había colocado previamente sobre las camas.

—¿Crees que esto pudo ser el aposento de las mujeres? —dijo al cabo de un rato Víctor.

—Es muy posible —asintió Aurora—. Se les destinaban las habitaciones más recónditas, y la celosía les permitiría ver lo que pasaba en la calle sin ser vistas a su vez.

Él trató de imaginar cómo habría sido la vida de esas mujeres.

—¡Víctor! ¡Aurora! ¿Estáis ahí?

La llamada de Alberto sacó a Víctor de la evocación.

Abrió una de las ventanas que daban al patio interior y, aunque no podía ver a su anfitrión, respondió en voz alta.

—Sí, aquí estamos.

—Mejor vamos a su encuentro —dijo Aurora tomándole del brazo.

En el arranque del tramo de escalera que partía de la terraza del primer piso, Alberto y Sonia les esperaban con aire perplejo.

—¿Qué diablos ha pasado? —dijo el arquitecto.

—Creíamos que no llegabais —se le sumó Sonia.

—Parece que hubo un malentendido —dijo Víctor.

—¡Qué guapa estás, Sonia! —dijo Aurora mientras llegaba a la altura de la amiga y ambas se besaban.

—Llevamos dos días intentando averiguar dónde os habíais metido —insistió Alberto—. Pero, bueno, ¡bienvenidos!

Víctor respondió al abrazo del arquitecto. Tuvo la sensación de hallarse ante un hombre al que los cinco años transcurridos parecían haber rejuvenecido, en lugar de avejentarlo. Lucía la barba entrecana recortada con más esmero. Había adelgazado y su abrazo fue firme y vigoroso, pese a los reproches que acaba de lanzar. De nuevo le sorprendió su estudiado parecido con el Hemingway maduro.

—Venid que nos sentamos —dijo Sonia, llevando a Aurora hacia uno de los bancos adosados a la pared—. Estoy muerta, de tanto ir y venir. ¡Y todo ese gentío metido ya en celebraciones!

Esperó a que todos estuvieran sentados y entonces se dirigió al empleado, testigo del encuentro desde el umbral de la cocina.

—Sammy, los refrescos —dijo.

—Sí, mama.

—Tú sí que estás linda —correspondió Sonia al elogio de Aurora—. A ver, déjame que te mire a gusto.

Víctor sonrió al verlas contemplarse mutuamente con cariño.

—Pasamos el domingo y el lunes en Malindi, para recuperarnos del viaje y por otros motivos —dijo volviendo a ocuparse de Alberto—. ¿No recibisteis el fax?

—¿Qué fax? —se sorprendió el arquitecto.

—Os puse uno desde Nairobi, cuando decidimos hacer escala en Malindi.

—¡Acabáramos! —resopló el arquitecto—. No recibimos ningún fax. Esto es Shela, ¿recuerdas? El último rincón del mundo.

—Lo siento —dijo Víctor.

—Pero déjalo ya, Papá —se dirigió Sonia a su marido con el apelativo que Víctor ya había olvidado—. Están aquí, ¿no? Ahí, ponlo ahí —ordenó sin transición al empleado, que sostenía una bandeja con vasos y una jarra.

—Sí, podría haber sido peor, considerando que habéis llegado en pleno Maulidi —dijo el arquitecto.

—Queríamos librarnos de la tensión del viaje —dijo Aurora—, y pensamos que bastaría con avisaros a través del Peponi.

—¡Bienvenidos, chicos! —levantó Sonia uno de los vasos.

El frescor agridulce de la fruta de la pasión devolvió a Víctor sensaciones perdidas.

—Bueno, así está mejor —chasqueó los labios Alberto, que dejó su vaso vacío sobre la mesa y se arrellanó en la silla, al parecer dispuesto a dar por zanjado el asunto.

El empleado se acercó en ese momento a él y le tendió un sobre que llevaba el membrete del Hotel Peponi.

—Sammy, trae otra jarra de esto mismo —pidió Sonia.

Alberto había abierto el sobre y leía el fax.

—¡Sammy! —gritó nada mas terminar de hacerlo—. ¡Sammy!

El joven asomó la cabeza por el vano de la puerta de la cocina.

—¿Desde cuándo está aquí esta carta?

—La trajeron el lunes, después que el señor y mama se fueron a Mombasa —dijo el empleado—. La dejé en el despacho.

—¡Qué harto estoy de inútiles! —dijo el arquitecto.

—Sammy, ve y prepara otra jarra de jugo, anda —dijo Sonia.

Víctor pensó que la aparición del fax entregado por la gente del Peponi con un poco de retraso ponía fin al asunto, pero se equivocaba.

—Sí, en realidad él no es responsable de nada —dijo Alberto.

—Déjalo, ya está resuelto, no le des más vueltas —dijo Sonia.

Víctor miró a Aurora y la vio preocupada.

—Si en vez de insistir en acompañarme a Mombasa, te hubieses quedado aquí, como te pedí, nos habríamos ahorrado día y medio de zozobra, algún dinero y bastante ridículo —dijo Alberto.

—No entiendo —dijo Aurora, a la vez que pasaba el brazo derecho por los hombros de la amiga y la atraía hacia ella.

Sonia se había encogido sobre sí misma bajo la crudeza del reproche.

—El domingo, al ver que no llegabais, telefoneé a Kenian Airways y me informaron que habíais volado a Mombasa el sábado, como estaba previsto —se esforzó visiblemente por contener la ira el arquitecto—. Como el Maulidi lo trastorna todo, el lunes decidí ir Mombasa y ver qué había sucedido. De haber estado aquí Sonia, habría recibido vuestro fax y todo lo demás nos lo habríamos ahorrado. Pero no, tenía que ir conmigo, no sé por qué. Cuando al fin supimos que habíais ido a Malindi con la *Eagle Aviation* y que llegabais hoy, tuve que recurrir a un socio saudí propietario de una avioneta para poder volver aquí.

Víctor buscaba la manera de acabar con la tensión, pero Sonia se le adelantó.

—Fui porque son tan amigos míos como tuyos —respondió al anterior reproche del marido—. Y porque les debo mucho más de lo que puedes imaginarte.

El empleado reapareció con la jarra de nuevo llena de zumo y la dejó sobre la mesa, frente a Sonia. La jarra rezumaba gotitas de humedad. Víctor llenó los vasos. Los cuatro bebieron en silencio.

—¿No vais a enseñarnos la casa? —dijo por fin Aurora.

—Ya habrá tiempo —dijo el arquitecto—. Ahora, vamos a disfrutar de las vistas que ofrece la azotea, antes de que comience a oscurecer.

Mientras hablaba, se levantó y se dirigió al arranque de la escalera. Aurora fue la primera en seguirle.

—Sí, vamos —se puso en pie también Sonia—. Merece la pena, y el señor disfruta mostrando sus dominios.

Se emparejaron y Víctor la observó. Sonia había ganado peso desde la última vez que la viera, en Ginebra. La blusa de flores y los bermudas verde manzana ceñían su figura, de la que se desprendía una sensación de flacidez y cansancio que el bronceado y el tinte rubio de los cabellos no

lograban disimular. ¡Qué lejos quedaba ya en el tiempo la Sonia atractiva y risueña que había propiciado los primeros encuentros entre Aurora y él!

—¿Cómo vas de salud? —se le adelantó ella en la pregunta.

—Bien. Creo que mi sangre y yo acabaremos por hacer las paces. ¿Y tú?

Ella se detuvo al comienzo de los escalones.

—¡Cuánto me alegro! —dijo. Y añadió—. Yo... ¿qué quieres que te diga? Después de aquello no he vuelto a ser la misma. Y además trabajamos como mulas. Las ambiciones del señor, ya sabes.

Víctor apretó la mano que Sonia había posado en su brazo. Sintió que los ojos de ella le sondeaban, inquisitivos, como lo habían hecho durante aquel almuerzo a orillas del lago Leman, pero también ahora rehuyó la mirada. Le había sorprendido la agresividad latente entre sus amigos; el resentimiento que creía detectar en la voz de ella. Sonia apartó la mano y comenzó a subir escalones en silencio. A Víctor le pareció reconocer el olor del perfume francés que había regalado a la amiga, al despedirla en el aeropuerto de Ginebra.

Salieron a la azotea. Una cucaracha marrón del tamaño de un dedo pulgar agonizaba sobre las baldosas, agitando las patas en el aire junto a la cisterna que recogía el agua de lluvia. Víctor evitó pisarla y se unió al trío. Alberto señalaba el armazón ruinoso de lo que había sido una mansión suahili, ahora reducida a unos cuantos muros y arcos renegridos, pero que a juzgar por su estructura debía constar de tres niveles. El patio interior estaba cubierto de malezas, y grandes arbustos de flores cárdenas trepaban por las paredes.

—Empezaremos a trabajar en ella después de la estación de los monzones —decía en ese instante Alberto—. Y cuando terminemos será más espaciosa que esta, aunque ahora no parezca gran cosa. Perteneció a un líder musulmán de la época.

—¿Cuántos edificios has renovado ya? —dijo Víctor.

—Una decena, aquí. Pero también trabajo en Mombasa, y últimamente cada vez más en Zanzíbar.

—Sí, pasa la mitad de su vida en Zanzíbar —dijo Aurora.

—No exageres —respondió el arquitecto.

Víctor intentó evitar la deriva que intuía.

—¿Ese moderno hospital que vimos desde el trasbordador, también es obra tuya? —dijo.

—Sí señor.

—Pues parece espléndido —elogió Aurora—, con todas esas galerías abiertas a la brisa del mar y lo bien que se integra en el paisaje.

—De eso se trataba —dijo Alberto en tono satisfecho—. No todo van a ser mansiones amuralladas. Si hay ocasión, podemos visitarlo un día de estos. Os sorprenderán las soluciones que la arquitectura y las técnicas de construcción locales ofrecen para estos climas.

—Lo cual no impide que a los enfermos les sigan llevando al hospital en carretilla —dijo Sonia.

—Sabes de sobra que eso es porque el empleo de vehículos a motor está prohibido en toda la isla —dijo el arquitecto, a la vez que lanzaba un suspiro.

—El delegado del gobierno solía tener un auto, ¿no? —dijo Aurora.

—Es el único que lo tiene —asintió con la cabeza Alberto—. Ni siquiera los militares pueden tenerlos. Pero quizás las cosas cambien.

No dijo más.

Ante ellos, las azoteas y los sombrajos que servían de tendederos componían un fresco cubista que cambiaba con el movimiento de la luz y en el que destacaba, rotunda, la torre cónica de la Mezquita del Viernes. La tarde comenzaba a fundirse con el azul añil del mar, y la vecina Manda parecía un solo plano verde intenso sobre el que colgaba inmóvil una nube color salmón.

—Debéis estar agotados, ¿no? —dijo Sonia, que al hablar dedicó a Víctor una mirada que él no supo cómo interpretar—. Andaros a descansar un rato, antes de la cena.

12

*Alá akbar! Echhed en la ila ella Alá! Echhed en Mohammed Rasou
Alá! ...*

La voz del almuédano llamando a la oración despertó a Víctor. Más allá del mosquitero, la claridad procedente de la galería comenzaba a recortar la silueta de los muebles. Aurora dormía a su lado, desparramada. Se incorporó sobre un codo y la miró dormir. La cena de la noche anterior en la terraza, a base de un pescado local que ellos dos y Sonia habían acompañado de abundante vino —mientras Alberto les sorprendía con el anuncio de que ya no bebía alcohol—, le había dejado un palpitar de sienes que amenazaba convertirse en jaqueca. Tal vez cupiera atribuir también al vino la animosidad que Sonia había mostrado hacia Alberto, y que había hecho que Aurora invocase su necesidad de descanso para acortar la velada. Ahora no daba muestras de tener problemas para disfrutar de un sueño que, a él en cambio, se le había hecho corto y agitado por imágenes cuyo sentido prefería no intentar desentrañar.

Víctor abandonó la cama con precaución, se puso unos pantalones cortos y salió a la galería. La humedad de las baldosas bajo los pies descalzos le dio tiritera. Fue a la parte que miraba al Este y contempló la silueta cónica de la Mezquita del Viernes, iluminada por el resplandor creciente del sol. Varias figuras femeninas aparecieron al poco en las azoteas que se extendían ante él y se pusieron a trajinar, y Víctor las estuvo observando un rato antes de volver al dormitorio.

Aurora había cambiado de posición. Fue al cuarto de baño y mientras se afeitaba recordó la mañana de diez años atrás en que los dos habían despertado por primera vez juntos, no lejos de allí. ¡Qué poco había imaginado entonces el giro que daría su vida como consecuencia de aquel despertar! Detuvo en el aire la mano que sostenía la cuchilla y cerró los ojos, para alejar de su mente las imágenes de su ruptura con Esther y el extrañamiento de Claudia. Terminó de afeitarse. Se duchó, se puso una camiseta y un bañador bajo los pantalones y volvió junto a Aurora. El

lento subir y bajar de su cuerpo al ritmo de la respiración le conmovió y le hizo repudiar lo que acababa de pensar en el cuarto de baño. Los rayos de luz procedentes de la celosía iluminaban lugares concretos de la desnudez femenina: el hueco de una corva, parte de una cadera, la curva del vientre. Levantó el mosquitero, se sentó al borde de la cama y se inclinó sobre Aurora.

—Te pierdes la primera luz del día, dormilona, —susurró mientras aspiraba el olor a sueño que brotaba de ella.

Aurora abrió un ojo y le tendió la mano.

—Vamos, no intentes seducirme —dijo él.

La ayudó a incorporarse y acarició su piel cálida.

—Al mar —suspiró ella, despegándose de él para dirigirse al cuarto de baño.

Abandonaron Halili House. Se habían provisto de pareos y toallas, y tras calzarse las sandalias una vez fuera de la casa, tomaron la primera callejuela que encontraron. Pronto llegaron a un solar cubierto de matorrales, donde un par de burros de color canela levantaron las orejas al verles aparecer. Después siguieron varios callejones, y comenzaban a desorientarse cuando en una plazoleta encontraron a unos niños que jugaban acuclillados en el polvo.

—¿Podéis indicarnos el camino de la playa? —dijo Víctor.

—¡Yo puedo! —anunció un chico de unos diez años y ojos enormes. Él y sus compañeros vestían guardapolvos grises por los que asomaban los pies descalzos—. Es por ahí, señor.

Empezó a caminar y Víctor y Aurora le siguieron, acompañados del resto de los chicos. Víctor vio que la mujer envuelta en negro que había presenciado la escena desde el umbral de una vivienda desaparecía antes de que ellos llegaran a su altura. Los niños cuchicheaban. Pasadas algunas calles estrechas con casas humildes de una sola planta, llegaron al final de la aldea.

—Vayan por el sendero —extendió un brazo el niño—. Después del cuartel viene la escalera que baja a la playa.

Luego dio media vuelta y echó a correr sin esperar las gracias, seguido por sus amigos.

El cuartel consistía en tres edificios dispuestos en forma de U. Sobre los tejados había unas grandes antenas blancas que apuntaban al mar abierto, más allá del canal que separaba Lamu y Manda. Como había indicado el niño, una escalera de troncos semienterrada conducía a la

playa. Bajaron hasta la ancha franja de arena que les separaba del agua. La playa se prolongaba desierta ante ellos en dirección a la embocadura del canal. Pequeñas dunas coronadas por cocoteros corrían paralelas a la orilla. La arena estaba húmeda y apenas cedía bajo sus pies, mientras caminaban dando la espalda a la aldea. En ese momento, un pequeño barco de guerra con pabellón keniano abandonaba el canal por su extremo oriental. Avanzaron varios metros antes de detenerse junto a uno de los montículos. Aurora fue a la orilla y metió los pies en el agua.

Víctor extendió los pareos sobre la arena y los aseguró con ayuda del calzado. Luego se quitó la camiseta y los pantalones y miró nadar a Aurora, que cruzaba el canal con brazadas cortas y regulares. Cuando llegó al centro de la corriente, desapareció bajo la superficie rizada por la brisa que soplaba desde el océano.

Víctor pensó en la fama de imprevisible que tenía la vía de agua que separaba las dos islas, debido a las corrientes. Frente a él, Manda aparecía cubierta de una vegetación frondosa que llegaba hasta el borde del agua, y creyó recordar que su playa, Ras Kitau, estaba un par de kilómetros a la izquierda, en dirección a Shela. Estudió los cocoteros, desmedrados por el agua salada que lamía sus raíces al subir la marea. Sus troncos y copas se vencían al oeste, indicando la dirección seguida por los monzones. Dio unos pasos y recogió una pequeña rama de la que pendían varios cocos malogrados, cada uno del tamaño de un huevo.

Aurora había reaparecido en la superficie del agua y le hacía señales con la mano. Dejó caer la rama junto a las sandalias, caminó hasta la orilla y comenzó a adentrarse en el canal, tanteando su lecho con un pie antes de levantar el otro. Cuando el agua le rebasó la cintura se detuvo, sintiendo contra el pecho los embates de las pequeñas olas. Sólo dio unos pasos más antes de detenerse, paralizado por una zozobra que le indujo a afianzarse en el fondo terroso. Aurora llegó hasta él nadando, hizo pie a su vez y se apartó el pelo mojado de la cara, sonriente.

—Ven —dijo—. Si te mantienes paralelo a la playa no te cubrirá, y yo iré junto a ti por si acaso.

—No, gracias. Está un poco fría para mi gusto. Creo que voy a salir y esperar a que el sol caliente.

—Tan desconfiado como hace diez años —dijo ella, antes de ceñir su cuerpo al de Víctor y besarle, mientras metía una pierna entre las suyas.

Él temió perder el equilibrio y se apartó.

—Chao, entonces —dijo Aurora, y se dejó caer de espaldas.

Víctor la miró nadar de vuelta hacia el centro del canal. Luego salió del agua, fue donde estaban los pareos y se secó. Después se tumbó bocabajo y cerró los ojos.

Debió quedarse dormido, porque le sobresaltaron las gotas de agua que caían sobre su piel calentada por el sol.

—Hola, señor precavido —dijo Aurora—. Ahora verás.

Antes de poder reaccionar, Víctor sintió contra el suyo el peso del cuerpo mojado de ella. Lanzó un grito de protesta y luchó por revolverse. Aurora reía y se restregaba contra él. Sólo recurriendo a las cosquillas logró escapar de debajo de ella y darse media vuelta. La lucha le había excitado. Aurora se retorcía ahora bajo el roce de los dedos de él en su cintura, agitada por la risa. Consiguió inmovilizar sus brazos por encima de la cabeza y comenzó a lamerle las axilas, sabedor de que ella no podría resistirlo, mientras con la mano libre buscaba su entrepierna. Entonces, en un movimiento brusco de cabeza, percibió con el rabillo del ojo la presencia de la figura que les observaba desde lo alto de un montículo. Cesó en sus maniobras y se dejó caer junto a Aurora.

—Espera —dijo—. Hay mirones.

Mientras hablaba, se incorporó sobre un codo. El hombre era blanco, vestía pantalón corto y camisa caqui, se cubría con un gorro de tela y sostenía una cámara fotográfica que en ese momento no apuntaba hacia ellos. Cuando vio que Víctor le observaba, levantó una mano en un gesto que podía ser de disculpa o de saludo, giró sobre sí mismo, y se alejó en dirección a la entrada del canal.

—Vaya —dijo Aurora—. ¿Cuánto llevaría ahí?

—Deja que el sol te seque y nos vamos —respondió él.

Decidieron regresar a la aldea caminando por la playa. No habían tomado nada antes de salir de Halili House, y Víctor propuso que se detuvieran en el cafetín del atracadero. A medida que se aproximaban al saliente rocoso donde terminaba la aldea, la playa se estrechaba y se cubría de algas grandes y correosas que empezaban a negrear bajo los efectos del sol. Se calzaron para evitar cortarse con el filo de rocas y corales. En las charcas dejadas por la marea pululaban pequeños cangrejos rosados que desaparecían veloces en las quedades cuando ellos se acercaban. A la luz del sol, la arquitectura blanca y cubista del Hotel Peponi parecía un barco varado. Se detuvieron a contemplar el hotel agarrados de la cintura.

—¿Te acuerdas? —dijo Aurora.

—¿Cómo podría olvidarlo?

Antes de reanudar la marcha hacia el cafetín se besaron.

—¿Guía, señor? —dijo uno de los adolescentes que balanceaban las piernas al aire sentados sobre el muro que protegía el atracadero de los embates del mar.

—No, gracias —dijo Víctor.

Eran cuatro y vestían ropas descoloridas por el sol. Ante las miradas insistentes de los jóvenes, Víctor ayudó a Aurora a cubrirse los hombros con el pareo que llevaba anudado al pecho. Cuando llegaron al cafetín, varios hombres ocupaban mesas en su terraza.

—Sigamos —dijo Aurora—. Ya tomaremos algo en casa.

Pasaron frente a los bebedores de café y respondieron a sus saludos. Víctor sintió que las miradas, aunque carentes de la insolencia de los jóvenes, se clavaban obstinadas en su espalda.

Dejaron atrás la terraza y pasaron de nuevo junto a la escuela coránica, donde voces infantiles coreaban letanías. A su entrada, una mujer envuelta en negro de los pies a la cabeza barría el suelo de tierra con un escobón de ramas. Atravesaron el laberinto de callejuelas por las que les guiara el criado de Halili House y en una de las casas parcialmente derruidas encontraron un grupo de albañiles que trabajaban parsimoniosos.

Víctor se preguntó si también la recuperación de aquel edificio sería obra de Alberto.

En la terraza de Halili House, Sonia y Alberto acababan de iniciar el desayuno tardío para el que evidentemente les habían esperado, y Víctor sugirió a Aurora dejar la ducha para más tarde.

—Si pensabais salir temprano, debisteis de decírmelo anoche y Sammy os habría acompañado —les recibió el arquitecto en un tono que a Víctor le recordó las tensiones de la noche anterior.

Decidió pasar por alto el reproche y se concentró en el frescor del zumo que Sonia les había servido.

—No era necesario —dijo Aurora—. Queríamos darnos un baño rápido.

—Es cuestión de seguridad —dijo Alberto.

—¡Ay, Papá, déjalo ya! —terció Sonia.

—¡Qué papá ni qué demonios! Si hay un riesgo, deben tenerlo en cuenta, ¿no?

—¿De qué riesgo hablas? —dijo al fin Víctor—. Al llegar a la playa, hemos visto un barco de guerra que salía del canal. ¿Te refieres a eso?

—¡Ah!, entonces, ¿se han ido? —dijo el arquitecto. Y mientras se mesaba la barba entrecana, respondió en un tono de voz más controlado—. Hablo de un incidente que les costó la vida a un par de turistas, hace varias semanas. Esta isla ya no es la que vosotros conocisteis, ¿sabes? Y con tanta gente venida de fuera para El Maulidi, menos aún.

Los cuatro habían dejado de comer.

—Mataron a dos pobres chicas australianas —confirmó Sonia.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? —se alarmó Víctor ante la idea de que sus amigos fueran a reanudar la disputa soterrada que parecían mantener, tomándoles a ellos como pretexto.

—Eran estudiantes de arqueología interesadas en los primeros asentamientos suahilis de la costa y se juntaron con quien no debían —eludió responder a su pregunta el arquitecto.

—Tampoco es la primera vez que algo así ocurre en la costa, ¿no? —dijo Aurora.

Sus palabras trajeron a la memoria de Víctor el suceso del italiano homosexual asesinado en la fiesta de fin de año celebrada en *Le Mirage*, la noche que ellos se conocieran.

—Antes las habían robado y violado —dijo Sonia—. Al menos a una de ellas.

—Como estaba diciendo, eligieron mal sus compañías —retomó la palabra el arquitecto en tono desabrido—. El día que ocurrió habían ido a Matandoni, a ver los astilleros, y como hacía mucho calor, en el camino de vuelta se bañaron con los tipos que les servían de guías. Lo que sucedió a continuación es algo que cada cual explica a su manera.

—Pero nadie niega que ellas llevaban dinero y una cámara de vídeo que nunca aparecieron —le corrigió con vehemencia Sonia.

—Entonces, ¿se sabe quién fue? —dijo Aurora.

—Sí, tres pobres diablos del barrio más humilde de Lamu que se creyeron *beach boys* —ironizó a las claras Alberto.

—Se habló de drogas y de favores sexuales —dijo Sonia—, porque según parece una de ellas había recibido en el hotel al chico más guapo.

—Eso lo hicieron correr los interesados en echar tierra al asunto —dio un manotazo al aire el arquitecto—. Y en cuanto a la droga, no eran mas que unos tallos de *mira'a* que la propia policía pudo poner en la habitación del hotel, cuando la registraron.

—No veo por qué alguien querría echar tierra a un asunto así —dijo Víctor.

—Pues por la tensión que se vive en toda la costa desde hace meses —respondió Alberto, con una rapidez que hizo sospechar a Víctor que el otro esperaba su objeción—. Pero los yanquis obligaron al gobierno a intervenir. Andaban con ganas de dar un puñetazo en la mesa, desde el ataque contra su embajada el año pasado.

—¡Ah, sí, el atentado de Nairobi! —dijo Aurora—. Lo vimos por televisión y me pareció horrible.

—Una carnicería —convino el arquitecto con impaciencia—. El hecho es que el gobierno cedió y encomendó el asunto a la marina, para que no se dijera que la policía de Mombasa contemporizaba. Alegaron que, al haber aquí una base, el crimen quedaba bajo jurisdicción militar.

—Hemos visto el cuartel camino de la playa —dijo Víctor—. Antes no estaba ahí, ¿no?

—Lo pusieron hace cosa de cuatro años, también bajo presión de los americanos —dijo el arquitecto. Y añadió—. Eso es lo que me preocupaba en vuestro caso, si quieras saberlo. No conviene acercarse mucho por esos lados.

—Pues en la playa había un fotógrafo curioseando —dijo Aurora.

—¿Un hombre de unos treinta años con aspecto de inglés? —dijo Alberto.

—Esa es su descripción, sí —dijo Víctor—. ¿Le conoces?

—De oídas. Llegó hace unos días y anda de un lado para otro fotografiándolo todo —se encogió de hombros el arquitecto—. Afirma que le interesa la arquitectura de la costa, pero, por lo que decís, parece que también las playas de Lamu le atraen.

Víctor tuvo la sensación de que Alberto sabía más de lo que decía y esperó que continuara hablando, pero el arquitecto se llevó la taza de café a los labios y bebió con lentitud.

—Los marinos detuvieron por la noche a esos tres y al día siguiente ya se sabía todo con pelos y señales —volvió Sonia sobre lo que al parecer la interesaba—. Pero los dólares de las chicas nunca se encontraron.

—Los dejaron baldados —recobró el tono de fastidio Alberto—. Así, cualquiera lo confiesa todo y rápido.

Levantó una mano en dirección a Sammy, que les observaba desde el vano de la cocina, y le indicó que se acercara.

—Pero los imanes dieron por buena su confesión —dijo Sonia.

Víctor se preguntó qué podía estar ocurriendo entre sus amigos para que la animosidad se instalara entre ellos prácticamente por cualquier motivo.

—Trae más galletas —pidió Alberto al criado, cuando estuvo junto a él.

—¿Qué tienen que ver los imanes con todo eso? —dijo Víctor.

—Convocaron al cuartel a todos los de la isla y les hicieron firmar un papel diciendo que la confesión de los chicos había sido voluntaria y ajustada a la ley islámica, aunque luego se supo que los habían encontrado medio muertos —dijo el arquitecto una vez que el cocinero se hubo alejado.

—Les interesaría hacer constar que se respetaba la *sharía*, supongo —dijo Víctor.

—No lo creo —volvió a encogerse de hombros Alberto—. En mi opinión, lo que de verdad les preocupa es que sucesos así hagan que Lamu pierda atractivo turístico.

—Pues la ciudad está llena de turistas —dijo Aurora.

—Desde luego —admitió Alberto—. Pero han venido al Maulidi y en su mayoría son musulmanes africanos. Este año el turismo europeo aquí es muy bajo.

Sammy salió de la cocina y se acercó a Sonia.

—No hay más galletas, mama —dijo,

—¡Por Dios, Sammy! ¿Por qué no me dijiste que se estaban terminando? —exclamó aquella.

El cocinero no respondió, con la mirada fija en el suelo.

—¡Ándate! —le despidió Sonia.

—Es una nulidad —dijo Alberto.

Víctor pensó que Sonia esperaba hasta que el criado hubo desaparecido por la puerta de la cocina, antes de salir en su defensa.

—No es cierto —contradijo entonces al marido—. Es muy buen cocinero. Lo que ocurre es que está desbordado porque tiene que hacer su trabajo y el de Freddy. Menos mal que ese vuelve mañana, si es que no ha tenido problemas con la compra de la novia.

—¡Ahora sí que me siento de vuelta en Lamu! —dijo Aurora.

—¿Pues qué esperabas? —dijo Sonia.

—¿Y cuántas cabras cuesta una novia hoy día?

—Nada de cabras —respondió Sonia—. Veinte mil chelines de dote, nos dijo que le pedía la familia de ella. El pobre andaba desesperado, hasta

que Alberto le prestó seis mil para el pago inicial. ¿Verdad, Papá?

—Bueno, bueno —se rebulló en su asiento el aludido, antes de añadir—. Hablando de dinero; ha estado a veros el responsable local de turismo.

—Vaya. ¿Y qué quería? —dejó Víctor de remover el café de su taza.

—Devolveros lo que el patrón del trasbordador os cobró de más ayer; doscientos chelines. ¿Por qué no me habíais dicho nada?

—¡Qué pesadez! Ya les aclaré que no quería perder más tiempo con ese asunto —no pudo contener su contrariedad Víctor—. Que se queden con los doscientos chelines y nos dejen en paz.

—¡No señor! —se alteró el tono de voz del arquitecto—. Las cosas no son tan sencillas. No se puede acusar de estafa a alguien y luego tumbarse al sol y pedir que no lo molesten a uno. Además, sois mis invitados, y yo tengo obligaciones en esta comunidad y una reputación que cuidar.

Se hizo un silencio incómodo que la intervención de Sonia evitó que se prolongara.

—Ya que hablas de obligaciones —dijo dirigiéndose a su marido—, ¿no tenías una reunión con tus socios y los italianos?

—Sí —asintió aquel—. Los italianos han conseguido que Nairobi respalde su oferta de compra de *Le Mirage* y quieren forzar una decisión antes de...

—No me digas que Madame vende *Le Mirage* —le interrumpió Aurora.

—¿Madame? —se desconcertó visiblemente Sonia—. ¿Quieres decir que no sabíais que murió hace ya dos años?

Víctor se sintió ganado por el mismo desaliento que hizo que Aurora se encogiera en su silla.

—Pero, sí, mi hijita, dos años! —elevó la voz Sonia—. Y antes tuvo la mala idea de vendernos *Le Mirage*. ¿Cómo es posible que no os lo escribiera? ¿Tan trastornada estoy?

—En realidad no fue una venta —dijo el arquitecto mientras miraba a su mujer con una dureza que no pasó inadvertida para Víctor—. Acordamos que le pagaría una cantidad mensual de por vida y que a su muerte me ocuparía de vender la casa de forma que sirviese para perpetuar su recuerdo. Ella pensaba en una escuela de música y danza o en un dispensario médico.

Pareció ordenar sus recuerdos y añadió:

—En eso estamos ahora. Los notables quieren convertir *Le Mirage* en una maternidad que dependa del Hospital de Lamu, y ya cuentan con

fondos saudíes para las reformas y el mantenimiento. Pero apareció un grupo inversor italiano que quiere convertir la casa en un hotel de lujo similar al Peponi y, si les va bien, crear luego un centro de buceo. Se diría que no les basta con los que ya poseen en Malindi y en Zanzíbar.

Hizo una pausa, como si sopesara la conveniencia de compartir con ellos lo que iba a decir, y por fin añadió:

—Se comenta que detrás de los italianos hay intereses israelíes, y que Tel Aviv busca establecer una presencia estratégica en esta parte del Índico con las bendiciones de Washington y Londres. La situación en Somalia preocupa cada día más a esa gente.

Víctor aún trataba de digerir el significado de lo dicho por el arquitecto cuando Aurora salió de su mutismo.

—¿Nos vais a contar cómo ocurrió o no? —reclamó.

—La encontró muerta Daniel, su mayordomo para todo —dijo Sonia—. Os acordáis de él, supongo.

Víctor evocó la figura hierática del somalí que controlaba el entorno de Madame con discreción y eficacia, como quedó de manifiesto aquella lejana noche de fin de año en *Le Mirage*.

—Dijeron que fue un infarto cerebral, aunque hubo quien habló de sobredosis y hasta de veneno, para exigir una autopsia —se adelantó en la explicación Alberto—. Pero al final se impuso la cordura y todo quedó en nada, como siempre.

—No me creo que nadie quisiera envenenarla —protestó Aurora.

—Espero que la incluyas a ella misma —dijo en tono cortante Alberto—. Siempre anduvo un poco ida, ¿no? Además, al final estaba bastante decrepita.

—Y también muy sola, ¿sabes? —medió Sonia—. Todos la habían abandonado y no era mujer capaz de aguantar la soledad; especialmente aquí. No te imaginas lo sola y aislada que una mujer occidental puede llegar a sentirse en este paraíso, querida.

—Aun así cuesta creerlo —dijo Aurora—. Le gustaba demasiado la vida.

—Sonia lleva razón, aunque exagere —dijo Alberto—. La verdad es que aquí no se integra quien no quiere hacerlo, y Madame se había encierrado en *Le Mirage* hace ya mucho tiempo. Tampoco es la única —añadió. Y tras un silencio que Víctor interpretó como destinado a que su mujer pudiera replicarle si lo deseaba, concluyó—. Ya os he dicho que Lamu ha cambiado últimamente. El sida acabó con el turismo sexual y los

beach boys lo tienen cada día más difícil. Ahora los turistas llegan en grupo y rara vez pernoctan, por mucho que las agencias de Nairobi traten de vender esto como una especie de Saint-Tropez africano para evitar el colapso económico y sus consecuencias.

Víctor iba a preguntar al arquitecto a qué consecuencias se refería cuando Aurora volvió a adelantársele.

—No me habéis dicho cómo acabó lo de Madame —reclamó.

—Claro que te lo he dicho —la corrigió Alberto—. Hablamos con el Comisionado de Lamu y lo de la autopsia se paró. Una vez muerta, ¿para qué meterse en averiguaciones? La incineraron y echamos sus cenizas al mar junto a los manglares, como pedía en su testamento.

—Lo más lindo fue que legó dinero a Daniel, ¿verdad, Papá? —apostilló Sonia.

—Yo no lo calificaría así, porque eso dio pie a los rumores que estuvieron a punto de llevarlo a la cárcel, con la historia del envenenamiento.

Víctor aprovechó el silencio que siguió para tratar de que le resolvieran una duda.

—¿Qué edad tenía Madame cuando murió? —dijo.

—Por lo menos noventa años, ¿por qué? —dijo Alberto.

—¡Exagerado! —protestó Aurora.

—Sólo un poco —sonrió el arquitecto—. Según su documentación había nacido en Varsovia el año veinte, aunque, con la vida que llevó... En cambio, de orígenes nobles, ni rastro, en los papeles que encontramos.

Víctor asintió, commovido por el recuerdo de la exembajadora, y los demás guardaron silencio.

—La verdad es que Alberto no deja de tener problemas, con eso de que ella lo nombrara su albacea —dijo al cabo Sonia.

—¿Qué problemas? —reaccionó el aludido.

—No irás a negar que cada día estás más involucrado en los líos de la comunidad, por el dichoso legado. ¿Acaso no tienes que andarte ya a esa reunión con los notables, los italianos y las sanguijuelas de Nairobi?

—Sí, precisamente —se puso en pie el arquitecto con brusquedad indisimulada—. Si queremos seguir viviendo aquí, haciendo negocios y que nos dejen en paz, más vale que alguien se ocupe de mantener las buenas relaciones con la comunidad.

—Claro, mi hijito —dijo Sonia.

Pero su sorna rebotó en las espaldas de Alberto, que ya desaparecía en el interior de la casa sin mayores despedidas.

Algo marcha muy mal entre estos dos, pensó Víctor.

Desiertas están hoy las mansiones ayer iluminadas
Con murciélagos jóvenes colgando de sus techos;
Ni gritos ni susurros escapan ya de sus ventanas
Y por sus camas vacías corretean las arañas.

Las hornacinas que ayer contenían la rica porcelana
Nichos son hoy donde anidan las crías
De los búhos que gritan por todos los rincones
De la casa que ahora han hecho suya.

Víctor concluyó la lectura del poema consagrado a la decadencia sufrida por Pate, tras la batalla sangrienta que en 1812 enfrentara a esta isla con Lamu en la lucha por la hegemonía en todo el archipiélago, y cerró el libro que había tomado de la biblioteca de Alberto.

Luego se reclinó en el cabezal del lecho de columnas situado en la galería, junto al hueco en forma de arco que permitía ver el mar, y pensó que aquel poema era una buena metáfora no sólo de la decadencia que Lamu había sufrido desde que él llegara a la isla por primera vez, sino también de la seguida por él mismo, cada día más indiferente a las grandes cuestiones y a las ambiciones, los secretos y las disputas de sus semejantes. Seguramente la enfermedad había tenido algo que ver con eso, al acentuar su tendencia a evitar cualquier relación problemática con los que le rodeaban. Que no le vinieran con culpas, conflictos o decepciones, que bastantes llevaba él acumulados por el mero hecho de nacer donde había nacido o por obra de su propia incapacidad para vivir en compañía.

Entornó los ojos, tentado por la idea de ceder a la laxitud que le ganaba. La excursión de esa mañana, y el rato que se había dormido en la playa bajo el sol, le habían debilitado. Pero también la noticia de la muerte de Madame y sus circunstancias tenían algo que ver con la sensación de malestar interior que le iba poseyendo, admitió. Mejor dejarlo.

Abrió los ojos y observó a Aurora, que pintaba una acuarela inspirada por el ramillete de cocos inmaduros que él recogiera en la playa. Trabajaba en bikini, de pie frente a la mesa de café sobre la que había improvisado la naturaleza muerta, y en ese momento silbaba una melodía en la que él creyó reconocer las gracias a la vida que un día hiciera famosas una

cantante chilena. Sí, la vitalidad y las certezas a toda prueba de Aurora podían resultar agobiantes.

La muestra más reciente de ello era lo sucedido después del desayuno-almuerzo que habían compartido con los anfitriones. De vuelta en su habitación, se habían duchado y luego, para huir del calor de las primeras horas de la tarde, se habían tumbado en la cama que él ocupaba ahora y evocado la influencia que Madame había tenido en la vida de ambos, desde la noche que se conocieran en su casa.

La evocación había estado marcada por el cariño y la admiración en el caso de Aurora, mientras que él había pensado, sin decirlo, que el final de la exembajadora narrado por Alberto podía ser un ejemplo a seguir, llegado el caso.

—No sé qué será, pero algo le pasa —había aludido Aurora a la actitud del arquitecto durante la descripción de lo ocurrido con Madame y, en general, en toda la comida—. Nunca le había visto así.

—Siempre le ha gustado hacerse un poco el cínico —se había encogido de hombros él.

—No de esa manera. Además, tiene poca paciencia con Sonia.

—Todos nos deterioramos con la edad.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—La verdad es lo que se siente, y me parece que él está desempeñando un papel.

Entonces él había optado por guardar silencio y por acariciar la curva de su vientre con lentitud. Poco después habían consumado el acto de amor que la presencia del fotógrafo frustrara por la mañana en la playa, y al poco él se había quedado dormido.

—¿Molesto? —oyó ahora Víctor la voz de Sonia, al tiempo que la cabeza de la amiga asomaba por la puerta que comunicaba la escalera con la galería.

—¡Cómo se te ocurre! —respondió Aurora.

Víctor observó a Sonia mientras se dejaba caer en uno de los sillones de madera sin tapizar colocados a un lado y otro de la mesa de café. Parecía más relajada que durante la comida en la terraza, pero el pliegue de sus labios y sus hombros caídos transmitían una sensación de furia resignada, de fracaso.

—Eso va a ser muy lindo —dijo tras mirar lo que hacía Aurora—. No sabía que pintaras.

—Hace tres años que empecé.

—¿Y ya expusiste?

—No, mujer, ¡qué cosas tienes! Aún me queda mucho que aprender.

—Siempre tan modesta —dijo Sonia, y luego se dirigió a él—. Y tú, ¿qué estás leyendo?

—La versión local de la *Caída de la casa de Usher* que tu marido guarda entre sus libros —dijo Víctor. Y ante el gesto de extrañeza de la amiga, añadió—. No me hagas caso. Sólo es un volumen de poesía suahili traducida al inglés.

—¡Cómo os envidio la actividad, chicos! —dijo Sonia—. Por eso os van tan bien, supongo. En cambio yo me estoy convirtiendo en un vegetal, en este agujero donde, según mi muy activo marido, el que está solo y aislado es porque quiere.

—¿No exageras un poco? —dijo Aurora—. Puedes vivir al aire libre, viajar entre las islas, ir a Mombasa cuando te apetezca. Ojalá el clima de Ginebra se pareciera un poco a este. Dime, ¿ya fuisteis a las Comores, como querías?

—Aún no, querida. Cada vez salimos menos de aquí. Bueno, salgo menos yo, porque Alberto siempre anda de un lado para otro. Obligaciones, dice, pero apenas para en casa.

—¿Y el bridge? —intervino Víctor—. ¿No volviste a él, después de todo aquello?

—No, eso se acabó —dijo la amiga—. Claro que, en opinión de Alberto, yo podría dar clases de inglés en Mombasa, en lugar de quedarme todo el tiempo aquí rumiando mi descontento.

—Pero ¿por qué renunciar al bridge? —dijo Aurora—. Víctor me contó que fuiste finalista, en un torneo entre clubes.

La mirada de Víctor se encontró con la de Sonia y le pareció que la amiga le interrogaba en silencio. También que ella pensaba lo que iba a decir, antes de responder a Aurora.

—Hubo varios motivos —dijo por fin Sonia—. Sobre todo, que al regreso de mi viaje a Europa no estaba en condiciones para empezar de nuevo. Además, Madame ya no organizaba partidas.

Aurora había dejado de pintar para ponerse una bata floreada, antes de tomar de nuevo el pincel.

—Pero tampoco he renunciado del todo, ¿eh? —continuó Sonia—. Llevo tiempo trabajando en un sistema de juego para principiantes que colme el vacío que hay en Kenia en esa materia.

—¿Hablas de publicar un método? —dejó de pintar Aurora para mirar a la amiga.

—Nada serio. Sólo unas variantes que habíamos ideado mi último compañero de juego y yo. Pero no creo que llegue a publicarlo. En realidad, lo hago por incordiar a Alberto, más que otra cosa.

—No veo por qué eso habría de molestarle —dijo Víctor.

—Pues está claro —respondió la amiga—. Además de ser una frivolidad por mi parte, le puede acarrear problemas con sus socios de Lamu y Mombasa. Sobre todo con los saudíes, que son más intolerantes y extremistas que los que tienen la fama, aunque ellos lo disimulen.

La amiga calló, y Víctor tuvo la sensación de que se obligaba a sí misma a hacerlo.

—Alberto ha telefoneado —salió al poco de su silencio Sonia—. Habló con alguien y sugiere que la suma que os cobraron de más en el trasbordador la donéis a la madrasa de la Mezquita del Viernes. Según él, ese es el modo más rápido de librados del asunto.

—Me parece bien, si de verdad es el final de todo eso —dijo Víctor.

—Creía que los no musulmanes no pueden hacer donativos a las mezquitas —dijo Aurora.

—Alguna solución buscarán, tratándose de dinero —respondió Sonia. Y al tiempo que se ponía en pie, añadió—. Si os apetece, nos vestimos y vamos a la ciudad a ver las celebraciones del Maulidi. La pandilla de Nairobi está citada en *Petley's Inn* a las siete de la tarde, y Alberto ha prometido reunirse con nosotros allí.

—¿Qué ropa nos ponemos? —dijo Aurora.

—Ligera pero discreta. Los ánimos andan un poco exaltados entre los peregrinos.

—¿Y eso? —dijo Víctor.

—Se rumorea que algunos jóvenes quieren vengar el trato que los milicos dieron a los asesinos de las australianas y a los imanes, cuando les tuvieron en el cuartel. Pero es probable que sólo sean eso, rumores.

Ya en la puerta, dijo:

—¿Os basta con media hora para acicalaros?

—Me voy a la ducha —dijo Víctor a modo de respuesta, mientras saltaba de la cama.

Los tres se reunieron en el pequeño patio donde crecía la palmera y salieron al aire templado de la tarde. Las dos mujeres se habían vestido con discreción, como la argentina sugiriera. Ella lucía una prenda larga color tabaco que desdibujaba su figura, y Aurora había optado por un azul índigo que recordaba la tonalidad del mar local, con flores de color rosa bordadas a mano. Caminaron por las callejuelas todavía soleadas buscando el fresco de la sombra.

En el cafetín del atracadero, hombres sentados por parejas o en pequeños grupos y tocados con el gorro de tela tradicional que les protegía del sol bebían un café cuyo aroma flotaba en el aire. Al verles llegar, todos cesaron en sus conversaciones para observarlos. Víctor habría preferido pasar de largo, pero Sonia fue directamente a la mesa ocupada por el hombre que se interesara por la discusión de Aurora con el patrón del trasbordador la tarde de su llegada a Shela. Resultó que él era el responsable de turismo local.

—Mis huéspedes quieren hacer un donativo para la madrasa —anunció Sonia al hombre, que se había puesto en pie para saludarla.

—¿Un donativo, señora?

—Sí, con el dinero devuelto por el dueño de la embarcación.

—Aquí lo tengo, señora —dijo el hombre, al tiempo que sacaba de su larga túnica un pequeño fajo de billetes.

—Pues queremos donarlo —se impacientó Víctor, convencido de que las miradas fijas en ellos revelaban más animadversión que curiosidad.

—Comprendo —dijo el responsable de turismo.

A continuación, habló en suahili con uno de sus compañeros de mesa, un anciano de barba blanca que le escuchó en silencio y, tras ponderar sus palabras, asintió con la cabeza. El hombre sacó de otro bolsillo un lápiz y un talonario de recibos e invitó a Víctor a firmar en la página que le mostraba. El texto del recibo estaba en suahili y en inglés, pero Víctor sólo comprobó la cifra escrita al final. Luego firmó donde el hombre le indicaba y este hizo lo mismo y le entregó una copia.

—¿Esto termina todo el asunto? —dijo Víctor.

—Sí, —respondió Sonia.

—Pues vayámonos.

El responsable de turismo se había llevado la mano derecha al corazón y musitó unas palabras de las que Víctor creyó entender Maulidi al Nebi, o

nacimiento del Profeta. Sus compañeros de mesa le imitaron.

Ellos tres se despidieron y abandonaron la terraza del cafetín por el sendero de tierra que conducía a la playa entre Shela y la ciudad.

A la orilla del mar, una brisa que olía a yodo y algas hacía temblar la luz. Caminaron en silencio por el borde del agua, evitando los envases de plástico y demás detritus depositados por la marea. Unos pájaros grandes de aspecto siniestro que Víctor no recordaba de visitas anteriores a la isla sobrevolaban el agua o hundían en ella los picos alargados.

Llevarían un cuarto de hora de camino cuando Víctor divisó la cabeza de una procesión que avanzaba en sentido opuesto al suyo. A cincuenta metros de distancia comenzó a oír el sonido de chirimías y tamborines y vio ondear banderas rojas, negras y verdes.

—¿Esa gente va a la aldea? —dijo a Sonia.

—Tal vez a la Mezquita del Viernes —respondió ella—, aunque allí las procesiones suelen llegar el jueves, que es el día del nacimiento del Profeta.

Cuando estuvieron más cerca, Víctor observó molesto que delante del cortejo avanzaba con dificultad una vaquilla de la que un hombre tiraba ayudado por una correa mientras otro la sujetaba del rabo. El animal cabeceaba con los ojos desorbitados y lanzaba arena al aire con las patas traseras. A continuación iba un nutrido grupo de hombres vestidos con sayos grises y turbantes, dirigidos por uno de más edad con la cabeza afeitada y que no cesaba de golpearse el pecho mientras entonaba una salmodia. A varios pasos de distancia, dos docenas de jóvenes caminaban detrás de una pancarta escrita en árabe y suahili.

—Son somalíes —se adelantó Sonia a la pregunta que Víctor le iba a hacer—. Van a la mezquita que mandó construir un santón yemení en el siglo diecisiete.

—¿Y la vaca? —intervino Aurora.

—La sacrificarán y distribuirán su carne entre los peregrinos y los pobres del lugar.

—¿Dice algo más la pancarta? —dijo Víctor.

—Lo habitual. No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta.

—¿Y los gritos?

—Creo que alaban a los mártires.

Niños y adolescentes bailaban al ritmo de los tamborines y las flautas que tocaban cinco músicos, seguidos por filas compactas de hombres que ondeaban las banderas con citas del Corán bordadas. Al final marchaba un

contingente de mujeres envueltas en negro de los pies a la cabeza, protegidas o custodiadas por hombres provistos de garrotes que cerraban la procesión.

—No es frecuente ver peregrinos somalíes —dijo Sonia mientras los tres observaban cómo el desfile se perdía en la distancia camino de Shela.

—Parecen fervorosos y bien organizados —dijo Víctor.

—Demasiado, para lo que es normal aquí —respondió la amiga. Y en tono preocupado añadió—. Tienen fama de fanáticos y camorristas, y su presencia está contribuyendo a la tensión que rodea este Maulidi.

—¿Lo dices por los bastones?

—Si sólo fuera eso...

Víctor esperó en vano el final de la frase de la amiga, que reanudó sin mas la marcha hacia la ciudad. Mientras caminaban con el sol a la espalda, Víctor prestó más atención a los grupos de hombres, mujeres y niños que avanzaban alrededor de ellos.

Cuando llegaron a la altura de Kijani House, el hotel de bungalós que se alzaba frente al mar protegido por matorrales de espinos y buganvillas, el olor pútrido de las algas dio paso al aroma a jazmín que brotaba de sus bien cuidados jardines.

—Ahí se alojan Álvaro y Alfredo con sus mujeres —indicó Sonia los bungalós—. Tal vez estén aún en la piscina, si queréis conocer el lugar.

—Los amigos de lo nativo prefieren el confort, ¿eh? —dijo Víctor.

—A esos sólo les gusta el confort. Los amigos de lo nativo están en el Hotel Mahrus o en casas suahili reformadas de la ciudad vieja. Es lo que han hecho Peter y Pamela, por ejemplo, y también el matrimonio mixto que ha venido.

—Yo voto por continuar —intervino Aurora, Y dirigiéndose a Víctor añadió—. Ya tuvimos nuestra ración de hoteles turísticos en Malindi, ¿cierto?

—Sigamos, entonces —dijo Sonia.

Continuaron la marcha. En el mar, fondeados a distancia prudencial de la playa, se balanceaban faluchos locales y embarcaciones llegadas del continente que no habían hallado sitio para atracar en el muelle de la ciudad. Aurora y Sonia caminaban cogidas del brazo y Víctor las seguía a dos pasos de distancia, tratando de oír sus comentarios y preguntándose el motivo de su risa frecuente. La actitud de las dos amigas le hacía recordar tiempos mejores.

En las afueras de Lamu el número de mujeres presentes entre el público aumentó. Las más jóvenes sólo se cubrían la cabeza con el velo tradicional, mirándolo todo con grandes ojos rutilantes y gesticulando con las manos pintadas de gena. Algunas lucían pulseras con campanillas a la altura de los tobillos, descubiertos por pantalones negros que se adivinaban ajustados bajo la amplia vestimenta corporal. Víctor deseó que el código social que regía los contactos entre blancos y mujeres suahilis en Lamu no le impidiera tratar a esas jóvenes y conocer el mundo de deseos y realidades en que vivían.

Ya dentro de los límites de la ciudad, en la explanada que había frente a un hotel ocupado por peregrinos, la multitud formaba un amplio corro de espectadores, y Víctor sugirió abrirse paso entre ellos para ver lo que ocurría. Dos hombres corpulentos ataviados con largas túnicas blancas entrechocaban sus espadas en una esgrima lenta y ceremoniosa, observados en silencio por un público que a Víctor le dio la impresión de estar dividido en dos bandos, uno formado por gente de aspecto local y el otro por forasteros. Los contendientes se protegían del filo de las espadas con pequeños escudos redondos, aunque Víctor pensó que los alfanjes eran bastante romos. Un tercer personaje actuaba de árbitro, controlando los movimientos y golpes de los combatientes y haciéndoles observaciones.

—El del turbante verde representa a Lamu y el del turbante azul a Pate —dijo Sonia—. La gracia consiste en que el primero venza al segundo de manera creíble, como ocurrió en la realidad.

—¿Y si gana el contrario? —dijo Víctor.

—Que yo sepa, eso nunca ha ocurrido —respondió Sonia—. La fidelidad a la historia cuenta mucho para esta gente.

El público saludó con una exclamación el golpe con que el representante de los vencidos de ayer alcanzó al adalid de Lamu, pero el combate no cesó.

—¿Seguimos? —dijo Sonia.

Se apartaron del corro y se unieron al caudal de gente que entraba en la ciudad pasando ante las casas del barrio pobre de Lamu. Al final estaba el Malecón, maloliente por los desagües que vertían al mar desde su muro de cemento, y Víctor notó que había pocos occidentales entre la multitud.

La terraza del *Petley's Inn*, en cambio, estaba repleta de no africanos que ocupaban casi todas sus mesas. Entre ellos Víctor divisó a varios miembros de los Trashumantes, instalados de manera que podían ver cuanto sucedía en el Malecón. Allí estaban los matrimonios formados por

Alfredo y Elena y Jordi y Tina, acompañados de una pareja mixta a la que Víctor no reconoció al principio.

—¡Eh, desertores! —les dio la bienvenida el catalán, alzando una mano en el aire—. Buscad sillas y arrimaros.

Mientras tomaba un par de sillas desocupadas, Víctor descubrió a las dos parejas de nórdicos que habían viajado con ellos desde Malindi, sentados en medio de un grupo en el que predominaban los locales. La pelirroja le hizo un gesto de saludo y él se lo devolvió. En su propio corillo, hubo besos y apretones de manos antes de que todos quedaran acomodados.

—¿A qué venía eso? —preguntó Aurora a Jordi tan pronto como estuvieron sentados.

—¿Qué?

—Lo de desertores.

—¡Ah, eso! —adoptó un aire falsamente cándido el catalán—. Como habéis preferido la intimidad y el confort de Halili House a hospedaros con la plebe...

—No le hagas caso —intervino Tina—. Está un poco achispado, para variar.

Víctor se había instalado frente a la pareja mixta, en la que, ahora sí, reconoció a la funcionaria aragonesa y al médico keniano que un día conociera en casa de Federico. Ella había engordado, y su pelo, que lucía a lo garsón, mostraba raíces agrisadas bajo el tinte rubio; su compañero no tenía ya el porte atlético y la postura que entonces le habían caracterizado.

Jordi le sacó de sus observaciones al ofrecerle una petaca forrada de piel. Víctor la aceptó, se la llevó a los labios, y sintió el ardor del güisqui en la garganta.

—Jack Daniels del noventa y dos —dijo el catalán—. Tengo media docena más de botellas en la habitación.

Víctor le devolvió la licorera y Jordi se la pasó al keniano, que bebió hasta agotar su contenido.

—¡Caramba, compañero! Si llego a saber que tenías tanta sed atrasada, te traigo una para ti solo —dijo Jordi, al tiempo que se ponía en pie y, tras meterse el recipiente en el bolsillo trasero del pantalón y cubrirlo con la camisa floreada que llevaba por fuera, se apartaba de la mesa y se dirigía a la puerta que comunicaba con el interior del hotel.

—¿Os alojáis aquí? —dijo Víctor, que había sorprendido el gesto de desaprobación de Tina hacia su marido.

—Sí, aquí andamos. Él y Karioki se lo están pasando en grande.

—¿Cómo os ha tratado Ginebra todos estos años? —intervino en la conversación la mujer del keniano—. ¿Vais camino de convertiros en banqueros?

Leonor, recordó su nombre Víctor, al tiempo que atribuía la hostilidad latente en la voz de la aragonesa al comentario que Tina acababa de hacer. Buscaba la mejor manera de responder cuando Aurora se le adelantó.

—No, querida, los suizos son muy suyos, cuando se trata de manejar el dinero de los demás —dijo—. ¿Y a vosotros, cómo os va? A ti no te debe de faltar el trabajo, a juzgar por el aspecto de la playa y los olores del Malecón, ¿cierto? —se dirigió al keniano.

Leonor soltó la risa.

—¿He dicho algo divertido? —dijo Aurora.

—Ya lo creo, querida —asintió la otra—. La mitad de Kenia está infectada de sida, y a ti te molesta la suciedad de la playa y el hedor del alcantarillado de Lamu. Se ve que no vivís aquí desde hace tiempo.

—Creo recordar que tu especialidad era la salud pública, ¿verdad? —trató Víctor de cortar el giro sarcástico que tomaba la conversación involucrando en ella al el keniano,

—Eso no pasa de ser un eufemismo, en este país —se encogió de hombros el médico—. Mayormente, nos dedicamos a recoger los muertos que aparecen cada mañana abandonados ante las puertas de las chabolas de Kibera, para evitar que esa bomba de medio millón de pobres portadores de toda clase de plagas estalle e infecte los barrios residenciales de Nairobi.

Víctor no detectó indicios de cinismo o de quejumbre en la voz del keniano. Lo que decía sonaba a simple diagnóstico de una realidad que, sin embargo, a él parecía haberle arrebatado su vitalidad de joven médico dispuesto a devolver a su país la oportunidad que le brindara.

—De una u otra forma, Darwin y Malthus tienen que hacer su trabajo, ¿no? Sobra mucha gente en el planeta —dijo Jordi.

El catalán se había reincorporado al grupo a tiempo de escuchar la explicación de su compañero de tragos, al que volvió a alargar la petaca con gesto cómplice.

—¿Es ese el pensamiento oficial que reina hoy en las altas esferas de Gigiri? —se esforzó Víctor por contener la irritación.

—¿No lo ha sido siempre? —respondió el catalán.

—¡No digas barbaridades! —reprendió Tina a su marido—. Es verdad que la corrupción nunca había sido tan desenfrenada en este el país, probablemente porque con el final de la era Moi, todos tratan de llenarse bien los bolsillos. Pero de ahí a acusar de complacencia a la Organización...

Karioki se encogió de hombros ante el juicio de la barcelonesa y ofreció la licorera a Víctor, después de haber bebido largamente de ella.

—No sé si será eso u otra cosa —intervino Sonia—, pero cada vez que venís por aquí sonáis más cínicos.

—Y a vosotros, ¿cómo os van los negocios con los saudíes? —la miró Jordi con lo que Víctor consideró malevolencia—. Tengo entendido que viento en popa, ¿no?

Desde el Malecón llegó un griterío que les hizo guardar silencio y volver la mirada en esa dirección. Cuando el tumulto cesó, quedó claro que Sonia había decidido no responder al comentario del catalán. Las luces de la terraza se encendieron en ese momento, y Víctor vio que un gato se escurría veloz por un extremo del techo de palos de manglar que protegía la terraza del hotel. El aire trajo el fuerte olor de la carne de cordero que se asaba en las parrillas.

—Aquí estáis —irrumpió la voz de Alberto en el silencio que se había adueñado del grupo.

—Hablábamos de ti, precisamente —dijo Jordi—. Mal, por supuesto.

—No esperaba menos de ti —le respondió el arquitecto, mientras se quedaba de pie junto a Sonia y hacía un ademán de pasarle el brazo por los hombros que ella evitó.

—¿Qué pasaba ahí afuera? —se dirigió a él Leonor.

—Nada serio —dijo el arquitecto—. Los yemeníes ven con malos ojos la falta de fervor de los locales y tratan de hacérselo saber.

—Algo más que una competición por ver quien es más fervoroso ronda por ahí —dijo Karioki.

Por un instante, Víctor esperó que el keniano aclarara el sentido de sus palabras, pero la aclaración no llegó. Eso acentuó su sensación de que todos, menos Aurora y él, compartían secretos que nadie parecía dispuesto a revelar.

—Bueno, sea como sea, todos estáis invitados a la fiesta que mañana por la tarde damos en casa —se dirigió el arquitecto de nuevo a Jordi, a la

vez que buscaba la aprobación de Sonia con la mirada—. Habrá barra libre y un encendido contraste de pareceres, si os conozco.

—A mí me gustaría saber algo sobre los otros invitados a la fiesta —dijo Jordi.

—No te preocunes, tendrás un público amplio y variado.

—Qué susceptibles estamos —dijo Tina—. Sólo te preguntaba porque Alfredo y Peter quedaron en venir a tomar un trago aquí.

—Entonces, lo harán —dijo el arquitecto—. Yo he venido a hacer oficial la invitación de mañana. —Y dirigiéndose a Víctor, añadió—. Por ahora, las cosas discurren con normalidad ahí fuera, pero a medida que la noche avance pueden cambiar de signo, y el camino a Shela es largo y poco iluminado. Así que sugiero que nos pongamos en marcha.

—Sí, ya sabemos que has dejado el trago —dijo Jordi.

—¿Entonces? —insistió el arquitecto a Víctor.

—Hemos tenido un día muy largo —cedió él, sin entender a qué venía la premura del otro.

—Pues en marcha.

Sonia y Aurora se habían puesto en pie, y Víctor las imitó mientras rechazaba con un gesto la petaca que le tendía el catalán.

—Que os divirtáis mucho —les deseó Leonor, que miraba preocupada cómo su marido se llevaba de nuevo a los labios la licorera que Víctor acababa de rehusar.

Fuera, un gentío bullicioso llenaba el Malecón y se arremolinaba en torno a los tenderetes donde se servía comida en cucuruchos de papel y pequeños recipientes de cartón. El humo que brotaban de los hornillos impregnaban el aire de un fuerte olor a grasa quemada que a Víctor le repugnó. Niños y perros correteaban entre las piernas de los peregrinos y contribuían a la tensión que él creyó detectar en el ambiente.

13

Víctor se dijo que el responsable de turismo y el anciano de barba blanca que había autorizado la aceptación de su donativo, reaccionaban con sorpresa al verlo sentado en la terraza del cafetín. No obstante, ambos le dirigieron inclinaciones de cabeza, a las que él respondió de igual manera, y se incorporaron a un grupo de peregrinos que conversaban animadamente en torno a una mesa. Algo agitaba a aquellos hombres cuyo rechazo Víctor había sentido poco antes, mientras se instalaba en un rincón a esperar la llegada de Aurora.

Eran casi las once de la mañana, y aunque el cielo había amanecido claro, ahora había grupos de nubes oscuras que avanzaban hacia la aldea procedentes del mar. Víctor volvió a concentrarse en la superficie revuelta del agua y en el chasquido que las olas producían al estrellarse contra el muro del atracadero.

Aurora se había quedado en Halili House para ayudar en los preparativos de la recepción que se iba a celebrar por la tarde, y antes de la irrupción de los dos suahilis Víctor había estado pensando en ella. En ella y en el desencanto que había mostrado el día anterior ante su negativa a nadar juntos en el canal. Aurora le había reprochado entonces su desconfianza, pero sentado en el cafetín, mientras miraba la masa gris e inabarcable del océano, Víctor decidió que aquel reproche no era justo. Su negativa sin duda había sido provocada por lo ocurrido en Malindi años atrás, cuando un exceso de confianza en ella casi le había costado la vida. Pero también por algo más: el miedo a que la trombosis siempre posible a causa de su enfermedad le sorprendiese en el mar.

Apuró el café que quedaba en la taza y bebió un sorbo de agua.

Por otra parte, siguió con sus pensamientos Víctor, el agua nunca había sido para él un medio familiar, en el Madrid de su niñez. Y aunque con los años había descubierto el placer de navegar o de recorrer la orilla del mar, el contacto con su masa informe siempre le producía inseguridad. Sobre

todo cuando, como ahora, se estrellaba violento contra las rocas o contra el muro de hormigón del atracadero.

Le vino a la mente la imagen de una playa de Long Island un día que también amenazaba lluvia y rememoró las circunstancias que habían rodeado la Semana Santa pasada allí junto con su exmujer y su hija. Eso había sido el prólogo de la separación matrimonial y del fracaso de aquel safari concebido para afirmar los lazos que le unían a Claudia. Desde entonces, su hija se había ido distanciado cada vez más de él, y en el caso poco probable de que se reencontraran, la mujer de veintitrés años que hoy era Claudia le resultaría una extraña. Sin embargo, todavía le asaltaba a menudo el sentimiento de que cada día vivido junto a Aurora era un día robado a su exmujer y a su hija. ¿Nunca iba a cesar aquella sensación estéril?

—Un chelín por lo que piensas.

La voz de Aurora, que se le había acercado por detrás, sobresaltó a Víctor.

—¿Pasa algo? —dijo ella mientras se sentaba frente a él.

—Nada. Estaba distraído —dijo Víctor.

Añadió que le quedaban muy bien aquella falda con figurillas humanas estampadas al batik y la blusa negra de escote cuadrado, pero no por eso consiguió que la mirada de ella dejara de sondarle.

—¿Persiguiendo fantasmas? —insistió Aurora.

—Qué bien me conoces.

—Milagros del amor, señor.

—Será eso. ¿Cómo es que has podido escapar tan pronto?

—Sonia necesita especias para esta tarde y me ha pedido que las compre en la ciudad. Además, creo que no le gusta vernos separados.

Él sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Lo que dije en el desayuno era verdad —dijo—. Desde que he abierto los ojos esta mañana, siento necesidad de estar cerca del mar.

—Tú y el mar —dijo ella.

Víctor vio que el encargado del cafetín les miraba con insistencia desde la puerta del local.

—¿Pedimos algo para ti? —dijo.

—No, mejor nos vamos. Me siento incómoda, con todos los ojos puestos en mí.

—Es que estás muy guapa —lo intentó él de nuevo, mientras hacía un gesto con la mano en dirección al encargado—. ¿Sigue Sonia quejándose

de Alberto?

—Sí, ahora lo acusa de desentenderse de una fiesta que él es quien más deseaba, según ella.

—Al menos, parece que los dos criados se entienden bien en su trabajo.

—No creas. Se lo pasan peleando. Pero es divertido, verles ir de un lado a otro de la casa parloteando entre ellos y amenazándose con el puño. Según Sonia, Sammy no quiere que Freddy se case. Llevan mucho tiempo juntos, y parece que antes se consolaban mutuamente.

—¿Ya no lo hacen?

—Eso es lo que Sonia trata de descubrir. El asunto la tiene sobre ascuas.

Víctor pagó la consumición y dio las gracias al encargado del cafetín, que tomó el dinero en silencio y les despidió con una inclinación de cabeza.

Las nubes cubrían el cielo de Lamu cuando Víctor y Aurora dejaron atrás el mercado al aire libre, repleto de gente a esa hora próxima al mediodía, y se metieron por un callejón que daba a la calle principal. En algún lugar de esta última estaba la tienda donde Aurora encontraría las especias que Sonia necesitaba, y no les quedó más remedio que unirse a las mujeres y niños que recorrían la arteria comercial comprando lo necesario para la cena del Maulidi. Víctor observó que, mientras las adultas se tapaban de pies a cabeza con el *bui-bui* negro tradicional, las adolescentes lucían prendas de colores vivos que mostraban las rodillas y la piel morena de sus brazos.

—¡Y yo me quejaba del gentío cuando estuvimos aquí hace cinco años! —comentó al poco, mientras les apretujaban frente a un carro de mano volcado en mitad de la calle.

—Así hay más jovencitas que admirar, cariño —dijo Aurora.

—Preferiría no tenerlas tan cerca.

No era fácil avanzar por aquel desfiladero de casas de dos pisos en cuyos bajos se alternaban tenduchos y talleres diminutos donde los sastres accionaban máquinas de coser manuales, los joyeros fundían barritas de plata y los zapateros y artesanos machacaban la piel.

—Allí está la plaza que mencionó Sonia —dijo al fin Aurora.

Víctor siguió su indicación y vio que, en el lado opuesto de la calle, el muro continuo de fachadas cesaba de pronto. Cruzaron la vereda y se encontraron ante una plaza repleta de público, sin árboles y con los laterales ocupados por edificaciones más antiguas que las de la calle principal. Al fondo, bajo una hilera de soportales, se hallaba el bazar indio que ellos buscaban, y formando ángulo con la tienda Víctor divisó el viejo muro de una mansión suahili. Precedió a Aurora en la tarea de abrirse paso entre la gente que se apiñaba alrededor de los vendedores de los pastelillos de harina y miel típicos del Maulidi y así consiguieron atravesar la plaza.

El bazar era un local amplio y profundo, con largos mostradores donde se amontonaban mercaderías muy diversas. Víctor reconoció clavo, canela, cardamomo y jengibre entre las especias que Aurora señalaba a la mujer encargada de condimentos y plantas medicinales cuya fragancia casi le impedía respirar. Más allá, vendedoras con sari desplegaban telas multicolores ante las clientas, y al fondo del local vio algunos de los baúles con adornos de latón que daban fama a Lamu.

—Te espero afuera —dijo mientras se apartaba de una Aurora ocupada en oler las muestras que la vendedora le ofrecía.

Su salida al aire libre coincidió con la llamada a la oración del mediodía.

Alá akbar! Echhed en la ila ella Alá..., proclamaba una vez más el almuédano la grandeza y la exclusividad de su dios. El rumor de voces que colmaba la plaza disminuyó, y por un instante la invocación secular se impuso al bullicio.

Víctor fue hasta el final de los soportales y entonces reparó en que la puerta de madera de la mansión suahili que se alzaba frente a él estaba prolijamente tallada. Se disponía a acercarse para estudiar sus motivos ornamentales, cuando aquella se abrió y dio paso a la figura familiar de Alberto. Víctor comenzó a levantar la mano para llamar la atención del amigo, pero antes de completar su acción descubrió que un sujeto se interesaba también por la mansión y reconoció en él al fotógrafo que el día antes espiara su abrazo con Aurora en la playa. Luego todo fue muy deprisa. La puerta se cerró a espaldas de Alberto, que desapareció entre el gentío camino de la calle principal. El fotógrafo apuntó su cámara a la entrada de la mansión y la disparó. Después hizo lo mismo con la mata roja de hibiscos que colgaban del muro y a continuación siguió los pasos del arquitecto.

Víctor se interrogaba sobre el significado de la escena que acababa de presenciar cuando la voz de Aurora le reclamó.

—Ven a darme tu opinión, cariño —le pedía desde la puerta del bazar.

La siguió de nuevo al interior de la tienda, donde una joven mestiza ayudó a Aurora a adornarse con un chal de color esmeralda y filamentos dorados.

—¿Te gusta? —dijo Aurora.

—Mucho.

Mientras aprobaba, Víctor se dijo que tal vez la presencia del fotógrafo ante la casa de la que había salido Alberto se debiera a la casualidad. O a que la puerta tallada había atraído su interés profesional de la misma manera que había despertado su propia curiosidad.

—Mira, tienen pomeros —dijo Aurora, que al hablar le mostraba una manzana seca con varios clavos de olor hundidos en ella hasta la mitad—. Voy a comprar seis.

—¿Para qué?

—Los pondremos en los armarios de Ginebra, entre la ropa, y nos recordarán este lugar.

—Así que desearás recordarlo —dijo él.

—¿Quieres decirme qué te pasa hoy? —respondió con un mohín Aurora.

—Nada, sólo me he acordado del poco entusiasmo que al principio te produjo la idea de venir.

—Rectificar es de sabias.

Aún les llevó un rato acabar las compras, y cuando por fin salieron del bazar, la lluvia caía en ráfagas oblicuas. La gente, sin embargo, no parecía prestarle atención, y continuaba congregada alrededor de los vendedores de pastelillos. Aurora y Víctor se protegieron con los paquetes y cruzaron la plaza para tomar de nuevo la calle principal, desandando el camino que les había llevado hasta allí. No fueron muy lejos antes de que la lluvia les obligara a pegarse a las fachadas, mientras por el centro de la calzada empezaba a correr un arroyuelo de agua turbia. Temeroso de que el aguacero dañara los artículos envueltos en papel, Víctor propuso refugiarse hasta que la lluvia amainara, lo que al poco hicieron bajo el umbral de una joyería.

Allí, mientras Aurora se probaba pendientes a propuesta del joyero, Víctor descubrió que, al otro lado de la calle, mujeres y niños se apelotonaban a la entrada de la pensión donde ellos dos se habían alojado

durante su viaje de bodas. Recordó la máscara roja y negra, con dientes de marfil picudos, que le había sobrecogido una noche en el rellano de la escalera mal iluminada, y se preguntó si aún estaría allí. Aurora, divertida por su sobresalto, le había asegurado entonces que la máscara representaba un espíritu protector. Pero él no la había creído del todo, y en vista de la jugarreta que el destino le tenía guardada para poco después, había hecho bien en no creerla.

—¿Qué tal me sientan? —le tocó el brazo Aurora.

Le mostraba unos pendientes largos de plata trabajada en filigrana que le recordaron joyas vistas hacía mucho tiempo en Córdoba.

—De maravilla —dijo—. Pareces una morisca.

—Y eso es bueno, supongo.

—Buenísimo.

—Pues me los llevo, si crees que los merezco.

Víctor la besó bajo la mirada atenta del joyero.

—Eso y mucho más —dijo, emocionado por su insistencia en hacerle jugar.

—La lluvia le aclaró el ánimo, señor —respondió ella.

El aguacero cesó de manera tan brusca como había empezado y entonces pudieron reanudar la marcha. Cuando llegaron de vuelta al Malecón, el cielo estaba en gran parte limpio y el sol arrancaba destellos de las nubes rezagadas. La multitud de peregrinos llenaba de nuevo el paseo marítimo.

Horas después, Víctor observó interesado cómo Jordi se inclinaba sobre Alberto y le decía algo que indujo a aquel a asentir con la cabeza mientras se rascaba la barba.

Los dos estaban frente a Víctor bajo uno de los arcos del patio de Halili House, iluminado por los focos que colgaban de la galería porticada. Jordi y el arquitecto figuraban en el grupo que Víctor había calificado mentalmente de «notables», y como el resto de los presentes esperaban el comienzo del espectáculo anunciado poco antes por el propio anfitrión.

Un escenario improvisado con tela oscura cortaba el patio en dos y ocultaba la base de la palmera que crecía en su centro, de forma que el tronco y el ramaje del árbol parecían colgar suspendidos en el aire nocturno.

—Los ánimos se apaciguan —dijo Amadeo a su lado—. ¿Seguro que no quieres una calada?

—Seguro —rechazó Víctor el porro que el colega le ofrecía.

Amadeo llevaba razón. Las expectativas suscitadas por el anuncio de Alberto, y la diseminación de los invitados por el patio, habían serenado unos ánimos hasta poco antes exaltados.

Los Trashumantes habían comenzado a llegar a las seis de la tarde a Halili House, en cuya terraza habían disfrutado del bufé caliente que Sammy preparaba y Freddy distribuía con diligencia. Como Alberto prometiera la noche antes en *Petley's Inn*, el güisqui, la ginebra, el vermú, la cerveza y el vino abundaban, y la animación de los reunidos para celebrar el nacimiento del Profeta había aumentado con el paso del tiempo.

—Con razón no están aquí tus amigos musulmanes —había dicho Jordi al anfitrión mediada ya la fiesta—. Si vieran lo que se bebe y se come en tu casa, dejarían de tenerte por socio.

El catalán se había secado el sudor de la frente con la manga de su camisa floreada. Había tironeado la cintura de su pantalón beige hasta cubrirse el ombligo, y había mirado con satisfacción al corro de Trashumantes que le rodeaban, entre ellos el propio Víctor.

—Mis socios son más sofisticados de lo que tú crees —había respondido el arquitecto—. Separan la religión de los negocios.

—Pues ya tiene mérito, viniendo de los seguidores de un credo que al cabo de trece siglos no ha sido capaz de fijar el día en que nació su inventor —dijo el catalán—. Ni de ponerse de acuerdo en una fecha única para celebrarlo.

—Esa fecha se estableció hace mucho —replicó Alberto—. Es el último jueves del mes de *Rabi al Awal*. O sea, hoy.

—¡Vaya! Entonces, aclárame una duda —salió de su silencio habitual Amadeo, que sostenía un vaso de güisqui en una mano y un tosco cigarrillo en la otra—. Si hoy es 28 de junio y estamos celebrando el Maulidi, ¿cómo es que el año pasado lo celebramos aquí mismo el siete de julio, según yo recuerdo?

El arquitecto contuvo un gesto de impaciencia.

—El Islam se rige por el calendario lunar y no por el que un Papa de Roma se inventó —dijo—. Eso lo sabe cualquiera que viva en un país donde se practica el islamismo. O al menos debería saberlo.

A Víctor le preocupó la tensión que enronquecía el tono de voz de su amigo.

Amadeo se metió el porro entre los labios y cerró uno tras otro los cinco dedos de la mano, parodiando el gesto infantil de contar. Pero antes de que pudiera anunciar el resultado de sus cálculos, intervino Alfredo.

—En eso tienes razón —dijo el traductor—. Al cabo de diez años de vivir en Kenia, hasta yo me he dado cuenta de que el Maulidi cae durante tres años consecutivos en el mismo mes de nuestro calendario infiel, antes de saltar a un mes distinto —hizo una pausa, y añadió socarrón—. Lo que no consigo entender es que el nacimiento del Profeta se celebre en fechas diferentes según que uno esté en El Cairo, Yakarta o Marrakech.

Alberto se encogió de hombros y se llevó el vaso mediado de Coca-Cola a los labios. Víctor decidió que necesitaba otro gintonic y se apartó de ellos para acercarse al carrito de las bebidas. Cerca de este, alrededor de la mesa ovalada con bancos de piedra, Aurora, Sonia y varias invitadas rodeaban a una Melania resplandeciente en su embarazo. Víctor se preguntó si la futura madre habría interrumpido el consumo de marihuana. Diez años antes, en la fiesta de *Le Mirage* en que les había conocido a ella y Amadeo, la pareja figuraba entre los fumadores más activos. Terminó de prepararse el trago y volvió al corro.

Amadeo había encendido su cigarro, y Víctor percibió el olor dulzón de la hierba.

—Qué yo sepa, la luna llena tampoco aparece el mismo día en todos los países cristianos —oyó que refutaba el arquitecto con desgana.

—Es mucho más sencillo —se hizo de nuevo con la palabra Jordi—. Tus socios no son capaces de ponerse de acuerdo en nada. Como buenos árabes, llevan la querella en la sangre.

—Ni siquiera son árabes —irrumpió Peter en el debate.

—¿Cómo? —dijo Jordi.

—Aquí los musulmanes no son árabes, sino suahilis —aclaró el escocés—. Mestizos de árabe y de bantú.

—Más a mi favor —se encogió de hombros el catalán antes de seguir ocupándose de Alberto—. No me negarás que lo suyo es comer, beber, darle a la pipa, intrigar y mantener preñada a la mujer, a juzgar por la chiquillería que inunda Lamu.

Parece que todos se hayan conjurado contra él, pensó Víctor, como si no le perdonaran haberse independizado de la Organización. Sin embargo, se abstuvo de intervenir en defensa de un Alberto cuya actuación le resultaba poco clara.

—Esos incapaces llevaron su álgebra, y la medicina y la filosofía que habían tomado de los griegos, a la Europa de la peste y las hogueras —dijo el arquitecto—. En el caso de España, iban camino de convertirla en un vergel y...

—Y ahí se quedaron —le interrumpió Alfredo—. Admítelo. Hace mucho que el Islam perdió el tren. Hoy es una civilización obsoleta y resentida que envidia a los otros su prosperidad, pero se niega a hacer lo necesario para alcanzarlos. El día que se queden sin petróleo, volverán a la Edad Media.

Víctor vio que Freddy salía de la cocina portando una bandeja repleta de dulces del Maulidi y la depositaba sobre la mesa grande, donde las mujeres le recibieron entre alabanzas.

—Tal vez, pero mientras, los capitales islámicos penetran en las fortalezas financieras del Occidente cristiano. Pakistán fabrica bombas atómicas. Y los Emiratos se adentran en la senda del siglo veintiuno sin pedir permiso a nadie —dijo Peter.

Ahí fue Álvaro, el diplomático reciclado en exportador de maderas preciosas, quien salió del mutismo que había mantenido hasta entonces.

—Tampoco en eso han cambiado tanto —dijo mientras alisaba una arruga imaginaria de su chaqueta blanca y dirigía una mirada de desaprobación a la nubecilla de humo creada por Amadeo—. Lo mismo que los antiguos árabes vivían del pillaje de las caravanas y del tráfico de esclavos, los de hoy viven de chantajearnos con el precio del petróleo y se hacen servir por inmigrantes a los que niegan cualquier derecho ya sean musulmanes o infieles.

—¿Sigue fumando tu mujer? —dejó de rememorar Víctor para concentrarse en lo que sucedía en el patio iluminado por los focos, mientras alejaba de sí el humo que Amadeo lanzaba al aire.

—¿Te refieres a la maría? —dijo este.

—En general.

—Melania nunca ha fumado en general. Sólo se echa un canuto cuando el cuerpo se lo pide o para pasar de colegas tan plástas. Míralos, parece que vuelven a las andadas.

Víctor apenas tuvo tiempo de fijarse en un Jordi que de nuevo gesticulaba excitado, porque en ese momento, por la puerta del pasillo que conducía al interior de la casa, hicieron su aparición los músicos.

—¡Qué belleza! —llegó hasta él, procedente del grupo de mujeres situadas a su derecha, el comentario de Melania.

En el escenario improvisado, los tres músicos y la bailarina se dispusieron a iniciar su actuación bajo la luz de los focos. Los músicos, provistos de tamboriles y flauta dulce, se situaron en semicírculo. Vestían camisa y falda blanca de vuelo, chaleco rojo y faja del mismo color, y se tocaban con turbantes azules a juego con las babuchas. Su piel oscura brillaba, y los tres tenían una sonrisa fija en los labios. La bailarina se colocó en el centro del semicírculo. Una túnica lisa de color naranja colgaba de sus hombros hasta casi tocar los pies, calzados con sandalias abiertas que mostraban los adornos hechos con gena.

Los dos tambores y la flauta iniciaron una melodía sinuosa. La bailarina comenzó a cimbrear las caderas muy despacio, al tiempo que separaba los brazos del cuerpo con lentitud. Ajustando sus movimientos al ritmo de la música, avanzó unos pasos hacia los espectadores situados en el ángulo del patio. El batir de los tamboriles y el lamento agudo de la flauta se aceleraron y subieron de tono, y las caderas de la mujer aumentaron la cadencia de su bamboleo.

Al tenerla frente a él, Víctor calculó que, bajo el colorete rojo de sus mejillas, el azul añil de sus ojos y el bermellón que exageraba el tamaño de su boca, la bailarina no debía pasar de los treinta años. Así lo proclamaba la tersura de la piel color canela que asomaba por las mangas de la túnica, abiertas desde las axilas hasta las muñecas. El pelo lo llevaba recogido en una trenza, con guedejas de un negro azulado sobre la frente. Sus ojos relucían bajo el rimel. Las esclavas de los tobillos tintineaban, aunque sus pies dieran la impresión de permanecer inmóviles mientras todo el cuerpo aumentaba la velocidad de sus movimientos. Los brazos se retorcían en el aire como serpientes hipnotizadas. Bajo la túnica, que se ceñía al cuerpo femenino o se despegaba de él al compás de sus contorsiones, los pechos firmes y las piernas ágiles se movían al ritmo dictado por las caderas.

Víctor respiró con dificultad.

La bailarina giró entonces sobre sí misma en una pируeta brusca y exacta que reveló el contorno posterior de su figura cimbante a la mirada de Víctor. Cuando ocupó de nuevo su lugar frente a los músicos, la mujer levantó el brazo derecho en un gesto rotundo que silenció en seco la melodía. De entre los presentes brotó el comienzo de un aplauso solitario que nadie secundó. La bailarina dio de nuevo la cara a los invitados y se dobló en un gesto de reverencia, con la gruesa trenza colgando delante de su cuerpo. Luego se enderezó de nuevo. Los tambores rompieron a percutir con un ritmo más seco y veloz y la flauta corrió tras ellos

cambiando su lamento en un chillido. La mujer levantó los brazos, se llevó las manos a los hombros y, con un movimiento seco, hizo que la túnica le resbalara por el cuerpo hasta quedar sobre el suelo. Su figura perfecta, adornada sólo por el sujetador y el faldellín dorados, deslumbraba.

—¡Está de pecado! —oyó Víctor que exclamaba Amadeo.

La bailarina avanzó hacia ellos. Sin perder la sonrisa, comenzó girar el cuello largo y redondo en círculos cuyo diámetro aumentaba a cada vuelta obedeciendo al ritmo de la música. Víctor tuvo la sensación de que la cabeza femenina se podía desprender en cualquier momento del cuerpo. La mujer recorrió así la distancia que la separaba de los espectadores hasta situarse a poco más de un metro de ellos. Entonces se apoyó sobre una pierna, levantó la otra de manera que la rodilla formó un ángulo recto, la extendió y la desplazó de izquierda a derecha con lentitud antes de dejarla caer de nuevo. Su pie izquierdo ocupó el lugar del derecho y el derecho el lugar del izquierdo, en un cruzarse y descruzarse alternativo más y más veloz, hasta que los tambores dejaron de batir en seco con un golpe que vibró en el aire antes de que su cadencia se acelerara a partir de un ritmo más lento. La mujer comenzó a sacudir la cintura. Bajo el faldellín abierto en los costados, los muslos empezaron a moverse como si recogieran algo para luego empujarlo en la dirección opuesta. Las manos y el cuello de la bailarina imitaron el vaivén del resto del cuerpo. Más que balancearse y sacudirse ella misma, parecía dejarse llevar por el ritmo oscilante y sinuoso de la música. El vientre, las caderas y el nacimiento de las nalgas se agitaban desnudos siguiendo la cadencia apremiante de flauta y tamboriles. El busto imprimía movimientos espasmódicos a los pechos y los brazos dibujaban arabescos en el aire.

Víctor sintió que la voz chillona de la flauta y el percutir acelerado de los tambores le retumbaban en el plexo y las sienes.

En medio de la vorágine que hacía rodar su vientre como una ola, el rostro de la mujer se mantenía inexpresivo, pese al sudor que escurría por los afeites. Al fin, giró de nuevo sobre sí misma y dirigió los movimientos de caderas y brazos hacia el trío de músicos. Entonces, en respuesta a la llamada, el flautista se separó de sus compañeros y avanzó bamboleándose hacia la mujer. Cuando estuvo frente a la bailarina, esta comenzó a inclinarse hacia atrás hasta tocar el suelo con la trenza, al tiempo que hacía vibrar el vientre y los muslos. Mientras tocaba, el flautista se dobló sobre la mujer, que mantenía la espalda horizontal al suelo y no dejaba de moverse. La flauta pareció rozar primero el faldellín de la bailarina y

después su vientre, sacudido por las vibraciones, y entonces dejó de sonar por un segundo. La mujer apoyó las manos en el suelo y recuperó la posición vertical con un salto hacia adelante, como un junco al que el viento dejara de doblegar. El flautista saltó a su vez hacia atrás y retrocedió de espaldas en dirección a sus compañeros sin dejar de soplar. El ritmo de la música decreció hasta cesar por completo, y la bailarina, sola frente al público en suspenso, inmovilizó el cuerpo y levantó al cielo el rostro inexpresivo cubierto sudor.

Víctor sumó su aplauso al de los otros espectadores con la mirada fija en la bailarina, que respondía con gestos de agradecimiento. Los músicos se adelantaron también e hicieron reverencias. Entonces Víctor sintió en el brazo la presión de la mano de Aurora, que se le había acercado al final del espectáculo. Apartó la mirada del escenario con un suspiro y la miró sonriente.

—¿Será esta la sorpresa que Alberto te prometía en su carta? —dijo ella.

—Tú, ¿qué crees?

—Que si lo es, merecía la pena, ¿no?

—Es muy buena.

—Seguro que esa es la opinión general.

Concluido el espectáculo y de vuelta en la terraza bajo una luz menos intensa pero más uniforme, Víctor tuvo que admitir que se había equivocado al calcular la edad de la bailarina.

La mujer que correspondió a su saludo con una mirada directa a los ojos y una sonrisa difícil de interpretar en los labios, estaba sin duda más cerca de los cuarenta que de los treinta años. En cambio, su figura, bajo la blusa de seda clara, el chaleco granate sin mangas y los pantalones bombachos de un verde limón, ganaba en atractivo con la proximidad. Su piel, lustrosa y de un canela claro, parecía ser el resultado de una mezcla racial que Víctor asoció con el sur de la península arábiga. Un hibisco rojo prendido en el pelo sobre la oreja izquierda resaltaba la negrura azulada de los cabellos.

—Me sorprende no haberla visto actuar en alguno de los clubs de Mombasa —dijo Peter cuando le llegó el turno de estrechar la mano de la bailarina.

—No tiene nada de extraño —dijo ella—, es la primera vez que bailo fuera de Zanzíbar, y lo he hecho sólo porque él me lo pidió —señaló a Alberto.

—Zora es una de las joyas ocultas de esa isla llena de especias y mujeres hermosas —no disimuló su satisfacción el arquitecto.

—Al fin se desvela el secreto de tus visitas allí, viejo zorro —intervino Jordi. Y dirigiéndose a Sonia, que con Aurora y Melania se incorporaba en ese momento al corillo, añadió en el tono malévolamente habitual—. Creo que va siendo hora de que acompañes a tu marido en sus viajes de trabajo, che.

Junto a la cocina, los tres músicos eran atendidos por Sammy y Freddy, que les servían de comer.

—¡Cómo te envidio tu control del cuerpo! —dijo Melania a la bailarina—. Daría cualquier cosa por poder imitarte.

—Más te envidio yo a ti —replicó la aludida. Y acercándose a la embarazada, posó una mano sobre su cintura al tiempo que decía—. ¿Puedo?

—Entonces, ¿os conocisteis en Zanzíbar? —se dirigió a ella Sonia. Y sin esperar su respuesta se volvió a Alberto y dijo—. Que callado lo tenías, Papá.

—Zora y su marido me acogieron desde el principio como a un amigo —dijo el arquitecto en un tono que a Víctor le pareció forzado—. Hamid es uno de los mayores contratistas de obras de Zanzíbar, y le debo que me introdujera en los círculos profesionales de la isla.

—Entiendo, cariño, pero en ese caso también deberías haberlo invitado a él, ¿no? —dijo Sonia. Y sin dejar de sonreír volvió a encararse con la bailarina—. ¿Conocíais ya nuestras famosas fiestas del Maulidi?

—Hamid sí, porque vivió algún tiempo en Lamu —respondió aquella—. Pero aun así le habría encantado venir, de no estar en Somalia ocupándose de sus negocios.

—¿De veras hay alguien en Somalia que se dedique a construir casas, en vez de a destruirlas? —intervino Peter.

—Además de construir casas, mi marido exporta especias —dijo la bailarina. Y dirigiéndose de nuevo a Melania exclamó—. ¡Uy!, creo que da pataditas. ¿Ya sabes lo que será?

—No, ese hombre no quiso que lo supiéramos —dijo Melania mientras señalaba a Amadeo—. Según él, podía traernos mala suerte.

—Cómo cambian los hombres, cuando está en juego su descendencia —dijo Sonia.

Víctor notó que los ojos de Aurora buscaban los suyos, como si quisiera confirmar algo, pero evitó su mirada.

En ese momento, Freddy apareció en la terraza acompañado del responsable de turismo local.

Víctor vio el gesto de contrariedad que cruzó el semblante de Alberto, quien se separó del grupo para reunirse con el recién llegado. Los dos hombres se saludaron con familiaridad y, tras cruzar unas palabras, desaparecieron escaleras abajo.

Cuando volvió a prestar atención a lo que se decía en el corro, Zora debía estar respondiendo a alguna nueva pregunta de Peter, pues le miraba a él al hablar.

—Me parece que, en algunos aspectos, en Zanzíbar las mujeres estamos más liberadas que en Lamu, —decía en ese momento la bailarina.

—¿Herencia de los años de gobierno marxista tal vez? —respondió el escocés en el tono pendenciero que, según había tenido ocasión de observar Víctor, afloraba en él cuando llevaba bebidos varios güisquis.

—Creo que tiene menos que ver con la política que con saber cómo poner a los hombres en su lugar —replicó sin perder la sonrisa la bailarina —. Mi madre era al menos tan liberada como yo, y se había criado en una colonia británica.

—¡Bien dicho! —exclamó Melania.

El dueño de la casa reapareció en ese momento en la terraza y se dirigió hacia ellos. Víctor observó que el arquitecto se rascaba la barba con aire preocupado.

—¿Ocurre algo? —le interpeló tan pronto como llegó junto a él.

—Han encontrado a un hombre muerto cerca de aquí, con signos de violencia. Según el responsable de turismo, se trata del forastero que andaba por ahí desde hace días fotografiándolo todo.

Víctor descubrió que la noticia no le sorprendía, pero no tuvo tiempo de preguntarse por qué.

—Es peligroso ir por ahí tomando fotos, en una isla llena de musulmanes enfervorizados —decía ya Jordi.

Peter masculló un juramento, y los demás se miraron entre sí con preocupación. —¿Alguien conocido? — quiso saber la bailarina.

—Nuestro, no —respondió Alberto, mientras se encogía de hombros —. Ya han avisado a la policía de Mombasa.

Víctor asintió con la cabeza a la mirada de alarma que Aurora le dirigía. El resto de los invitados se unieron al grupo, atraídos por el tono excitado de las voces.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó el escocés—. ¿Cómo?

—Tal vez para robarle —dijo Alberto—. Dicen que sus cámaras han desaparecido.

—Igual que ocurrió con esas pobres chicas australianas —terció Sonia.

—Con tantos peregrinos y turistas, la policía lo va a tener difícil —comentó Amadeo, y pasó el brazo por los hombros de Melania con gesto teatral.

—Antes o después tenía que ocurrir —sentenció Karioki, que se había incorporado al grupo junto con su mujer.

—¿Por qué? —saltó Sonia.

Víctor también habría deseado escuchar las razones del keniano, pero este no ofreció ninguna explicación.

—Nosotros nos volvemos al hotel antes de que se haga noche cerrada —se limitó a decir. Y sin dirigirse a nadie en particular, añadió—. Me parece lo más sensato que se pude hacer; sobre todo, los extranjeros.

—Tiene razón —pareció contagiársele la alarma a la bailarina—. Hay que irse.

Mientras hablaba se apartó del grupo e hizo un gesto en dirección a los músicos para que se le unieran. Luego sorprendió a Víctor con una acción que este no supo cómo interpretar.

—Permíteme, querida —dijo mientras se quitaba el hibisco que lucía sobre la oreja y, tras besarlo, se acercaba a la embarazada y lo prendía de su pelo—. Te traerá buena suerte, ya verás.

Ella y Melania se besaron en las mejillas.

—¡Adiós a todos! —se despidió la bailarina con un gesto de la mano.

Nadie respondió, quizás debido a la rapidez con que ella había actuado.

—¡Espera, Zora! —gritó Alberto, mientras seguía al pequeño grupo musical—. Mejor os acompañó hasta el atracadero.

Karioki le imitó, y tomando del brazo a su mujer se alejó del resto de los invitados.

Entre estos hubo un momento de indecisión, antes de que Amadeo, Melania, Peter y los demás buscaran también la salida. Aurora, Sonia y Víctor se quedaron solos en la terraza, y Víctor descubrió que, desde la puerta de la cocina, los dos empleados les miraban expectantes.

14

La insistencia de Aurora acaba por prevalecer, y Víctor se adentra en el mar en dirección a ella. Avanza con cautela, consciente de que el agua le cubre hasta el pecho y de que el más mínimo embate de un ola puede derribarlo. Por fortuna, las puntas de sus dedos tocan ya las manos que Aurora le tiende. Pero entonces descubre que no es ella, sino Zora, quien le agarra y tira de él. «No temas. Abajo se está mejor», le dice la bailarina. Y sin más se sumerge y le arrastra con ella a la oscuridad de las profundidades.

La sensación de asfixia del agua en los pulmones hizo que Víctor despertara boqueando. Parpadeó. La manta aún le cubría las piernas, que el sol comenzaba a tocar. Abrió y cerró los ojos para librarse de las imágenes oníricas y miró alrededor. En la mesa-café estaban los pinceles y el ramillete de cocos utilizado por Aurora para componer la naturaleza muerta aún inacabada. En el otro sillón, el libro de poesía suahili abierto por la mitad. Y al fondo, la cama con mosquitero pegada al arco en el muro que permitía ver el mar. El cielo se había despejado y el sol empezaba a ser fuerte, pero un escalofrío le recordó el malestar que le hiciera instalarse en la galería, mientras los demás trabajaban a su alrededor.

La cuestión se había planteado en el desayuno, al mencionar Alberto su propósito de ir a Lamu tan pronto como terminaran la colación.

—No, Papá, —protestó Sonia—. Fue tu fiesta, y lo menos que puedes hacer es ayudarnos a ordenar un poco, antes de salir rajando.

La vehemencia de Sonia no sorprendió a Víctor, que ya la noche anterior había visto aumentar la tensión entre la pareja a raíz del espectáculo ofrecido por los músicos y la bailarina.

—Pensaba que con dos criados te las podrías arreglar —no había disimulado su sarcasmo Alberto—. Pero si insistes, me quedaré.

—Yo os ayudo —se adelantó Aurora a la réplica de Sonia—. Pero creo que Víctor debe de reposar. Se ha pasado la noche tiritando, después de la

mojadura de ayer.

De nada habían servido sus protestas, frente a la insistencia de los otros tres, y Aurora le había hecho tomar dos aspirinas e instalarse bien arropado en la galería. Ahora, Víctor escuchó cómo ella y Sonia ponían orden en la terraza con ayuda de Sammy, mientras las voces procedentes del patio interior de la casa le indicaron que Alberto y Freddy desmontaban el telón y los focos del escenario improvisado para la actuación de Zora.

Los rayos del sol le obligaron a cerrar los ojos y sintió que la modorra se adueñaba nuevamente de él. Debería evitar que me den tan de lleno, pensó. Pero no hizo nada.

—¡Eh, dormilón! ¿Sigues con nosotros?

En esta ocasión fue la voz de Alberto la que arrancó a Víctor del sopor. El arquitecto estaba a su lado sin que él le hubiera sentido llegar. El sol ya no le daba en los ojos, y observó cómo el amigo ocupaba el otro sillón después de cerrar el libro de poesía y dejarlo sobre la mesa-café. Parecía menos tenso que en el desayuno.

—Aquí estoy, sí —dijo Víctor—. Creo que librarme de las tareas domésticas ha sido una buena idea; me siento mejor.

—De eso se trataba —dijo el anfitrión, y le dedicó una mirada que a Víctor le pareció calculadora—. Aunque te has perdido la visita de Alfredo.

—¿Tan temprano?

—Están inquietos por lo de anoche, y quieren que averigüe el rumbo que pueden tomar los acontecimientos.

—¿Quiénes se inquietan, Karioki y compañía?

—Sobre todo el grupo de Kijani House, diría yo —se rascó la barba el otro—. Aunque según Alfredo todos están de acuerdo en renunciar al vermut que pensaban compartir a mediodía en *Petley's Inn*.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Ir a la ciudad y sondear el ambiente —se encogió de hombros Alberto—. Se me ha ocurrido que tal vez quisieras acompañarme; un poco de ejercicio podría sentarte bien.

Lo que tú quieras es salir de aquí cuanto antes, pensó Víctor.

—De acuerdo —dijo, y se puso en pie tras librarse de la manta—. Busco una cazadora y bajo.

—A ver si Aurora no me acusa de poner en peligro tu salud —dijo Alberto—. Mejor te espero en el patio.

Y en efecto, Aurora se mostró contrariada por la idea de verles partir.

—¿Crees que es lo que más te conviene? —dijo, cuando Víctor se reunió con ella y con Sonia en la terraza. Le tocó la frente, y añadió—. Te puede volver la fiebre, y en el camino de la playa siempre sopla el aire.

—No te preocupes —dijo Sonia—. Pasarán junto al hospital, y si es necesario, Alberto puede pedir a uno de sus amigos médicos que le vea.

Evidentemente, Sonia prefería que el marido no fuera sólo a Lamu, pensó Víctor.

El Paseo Marítimo y el Malecón estaban menos concurridos de lo que Víctor había esperado del Viernes de Maulidi. No vio mujeres o niños entre los peregrinos que hablaban en coros, paseaban por parejas junto al agua o estaban sentados en las terrazas. Los nativos parecían mantenerse aparte. Varios de ellos saludaron a Alberto llevándose la mano derecha al corazón y su amigo respondió de igual modo.

Bajo los soportales del Lamu Palace Hotel, el responsable de turismo local, el anciano que solía acompañarle y el hombre de cráneo afeitado que dos días antes encabezaba la procesión de somalíes por la playa compartían tazas de café en torno a una mesa. Los tres dirigieron a Víctor inclinaciones de cabeza a las que él respondió. Se acercaron a ellos. Alberto y el somalí parecían conocerse, y aquel asintió varias veces a lo que su interlocutor le decía. El anciano y el responsable de turismo guardaban silencio.

Concluida la conversación, reanudaron la marcha y Alberto anunció que en lugar de seguir por el Paseo Marítimo hasta la calle principal, acortarían camino por el dédalo de callejuelas que formaban el corazón de la ciudad vieja. La decisión sorprendió a Víctor. Si su amigo se proponía pulsar el ambiente, la calle mayor parecía el lugar más adecuado para hacerlo. No dijo nada, pero mientras avanzaban por calles tan estrechas que sus dos lados se podían tocar a la vez, no dejó de preguntarse si el cambio de parecer de Alberto obedecería a algo que le había dicho el somalí. Las casas que les rodeaban no podían ser más decrepitas, y del suelo de tierra, sembrado de charcos y bolsas de basura reventadas, brotaba un fuerte olor a orines. Caminaron en silencio y deprisa por las callejuelas vacías, aunque Víctor tuvo la sensación de que muchos ojos le observaban por las celosías de los muros.

Cuando una de las callejuelas desembocó en la plazoleta donde estaba el bazar indio, Víctor no se sorprendió. Ni le extrañó que Alberto llamara a la puerta de la mansión suahili de la que el día antes le había visto salir.

Pero en cambio no estaba preparado para ver que al abrirse aquella, bajo su marco aparecía la figura solemne de Daniel.

—¿Cómo está, señor? —le recibió el antiguo mayordomo de Madame.

—Bien —dijo Víctor.

Al sirviente no le había extrañado verle, pensó mientras observaba cómo Daniel, que vestía el pantalón caqui y el suéter azul marino con hombreras de cuero de los vigilantes privados, cerraba la puerta a sus espaldas con un grueso cerrojo.

Víctor se preguntaba sobre lo que aquello podía significar, cuando Alberto dijo algo en suahili al criado y luego le hizo un gesto a él para que le siguiera al interior de la casa. En un rincón del jardín que se extendía entre esta y el muro de protección exterior, Víctor vio el disco de una antena de las utilizadas en las comunicaciones telefónicas por satélite. La fuente con surtidor que manaba en el centro del bien cuidado jardín también le sorprendió, pues era un motivo ornamental insólito en la isla.

—Ahora te lo explico —dijo Alberto mientras cruzaban el umbral.

La mansión tenía los techos altos y las ventanas estrechas de la arquitectura suahili, pero su mobiliario y decoración eran de un estilo moruno que en nada recordaba a Halili House. Atravesaron habitaciones con arcos en vez de puertas y entraron en un salón rectangular de suelo cubierto por alfombras, con un diván corrido a lo largo de la pared y abundantes cojines de seda. Al fondo había una mesa redonda para el té, y Alberto se instaló en la otomana después de descalzarse y le indicó que hiciera otro tanto. Víctor obedeció, aunque le habría gustado examinar el cuadro que entonces quedó a sus espaldas.

—La casa es mía, si es eso lo que te estás preguntando —dijo Alberto una vez que se hubieron sentado—. Te he traído aquí porque hay un asunto del que quiero hablarte y que guarda relación con este lugar.

—¿Lo sabe Sonia? —dijo Víctor.

—No por mí.

—¿Y hace mucho que la tienes?

Víctor pensaba en la antena vista en el jardín y en el embrollo que había rodeado su llegada a Lamu a causa de las dificultades para comunicarse con sus anfitriones.

—Empecé a acondicionarla hace seis meses, por si Sonia decidiera quedarse en Halili House a pesar de todo.

Por un momento Víctor no supo cómo reaccionar.

—Supongo que detrás de todo esto hay otra mujer —dijo por fin.

—¿No suele ser ese el caso? —se encogió de hombros Alberto.

—Sí. Pero no entiendo por qué me lo cuentas ahora.

Alberto se pellizcó la barba.

—No lo haría si hubiese modo de evitarlo —dijo—. Pero el tiempo apremia, y sólo Aurora y tú podéis influir en Sonia.

—Nos vamos el lunes por la mañana —le recordó Víctor.

—Hablo de otros plazos —dijo Alberto, que había entrelazado las manos y se balanceaba adelante y atrás—. Amina se instalará aquí dentro de dos meses, una vez que haya dado a luz.

Daniel apareció sin que Víctor le hubiese oído llegar. Sostenía una bandeja con vasos de té ya servidos y una tetera de plata. Víctor aprovechó la parsimonia del criado para asimilar lo que Alberto acababa de decir.

—Amina es... —dijo una vez que Daniel hubo salido.

—La otra mujer, como tú dices.

—¿Y dónde está ahora?

—Lejos.

—Entiendo —asintió Víctor, aunque no dijo lo que de verdad sentía.

Cuando me invitaste al Maulidi ya lo tenías pensado; eso era lo que habría querido decir.

—Supongo que debo felicitarte por la paternidad —añadió, comparando en silencio la actuación de Sonia en el asunto del sij con lo que parecía presagiar la actitud de Alberto.

—A mi edad es importante —dijo aquel—, y celebro que lo entiendas.

—Desde luego.

Acababa de recordar lo dicho por Sonia hacía poco sobre la disposición de los hombres a hacer cualquier cosa con tal de asegurarse la descendencia.

Alberto había cogido el vaso de té y se lo llevaba a los labios sin dejar de mirarle, y Víctor le imitó. El vaso era de un cristal grueso que mantenía caliente el líquido dulzón con fuerte sabor a menta. Trató de imaginar lo que el amigo podía revelarle aún.

—¿Por qué estás tan seguro de que Sonia no lo aceptará? —dijo.

—Vamos. La conoces bastante para saber que no va a hacerlo —dijo el amigo—. Por lo menos durante algún tiempo.

—¿Y qué te hace pensar que Aurora y yo podemos ayudarte en eso?

—Desde que Madame murió, sois sus únicos amigos.

Alberto se secó los labios con el dorso de la mano antes de continuar.

—La habéis oido quejarse de lo sola que está y es verdad —dijo—. Nunca encajará aquí, y menos ahora. Por eso pensé en vosotros. Podría irse a Europa por una temporada. Incluso trabajar allí para la Organización. He hecho gestiones y sé que le ofrecerían un contrato temporal sin problemas.

—Lo has pensado todo, ¿eh?

—Mira, Sonia ya estaba mal antes de que ocurriera esto —juntó las manos y apoyó la barba en ellas Alberto—. Después de lo que vivió en París no ha hecho más que empeorar, y la edad en que está tampoco ayuda. Al principio creí que lograría sobreponerse con el apoyo de Madame, pero una vez que ella desapareció...

Víctor sintió deseos de ponerse en pie y salir de la habitación.

—No sé cómo va a tomárselo Aurora —dijo—. Se quieren mucho.

—Habla tú con ella. Yo pienso hacerlo con Sonia esta noche, antes de la cena, y quizás después, mientras comemos.

—¿Sabes ya lo que será? —buscó cambiar de tema Víctor, mientras dejaba el vaso sobre la mesa.

—Niño.

Víctor creyó oír un clamor de voces procedentes de la plaza cercana, pero al ver que Alberto no reaccionaba, dedujo que era la llamada a la oración del mediodía.

—¿No hay ninguna posibilidad de que sea pasajero? —dijo.

—¿Fue pasajero lo tuyo con Aurora? —le devolvió la pregunta el amigo.

Víctor evitó mirarle.

—¿Hace mucho que os conocéis? —dijo.

Alberto se pellizcó la barba.

—Dos años —dijo por fin—. Fui a Zanzíbar en viaje de negocios y la conocí en casa de Hamid, el empresario al que me habían dirigido mis socios saudíes.

Calló de nuevo. Apuró el té que le quedaba en el vaso y volvió a llenarlo.

—¿No se llama Hamid el marido de la bailarina? —dijo Víctor.

—Es la misma persona —asintió Alberto.

—Entonces, ya le conocías.

—Yo no, pero mis socios sí. Y ellos participaban en la financiación del proyecto.

—Realmente están en todas partes, esos socios tuyos —dijo Víctor.

—No exageres. Se trataba de restaurar los Baños del Sultán, famosos desde el siglo diecinueve, y la obra superaba mis posibilidades, así que les dije que buscaran otro arquitecto. Pero insistieron en que lo hiciera yo.

—¿Y dónde entra Amina, en todo eso?

—Es hermana de Zora y vive en casa de Hamid —dijo Alberto en el tono de quien se resigna a dar explicaciones—. El marido murió de paludismo en Somalia, y siguiendo la costumbre musulmana, su cuñado se hizo cargo de ella.

Mientras el amigo le miraba en silencio, como si sopesara cuánto más tendría que contarle para asegurarse su ayuda, Víctor calculó que la época de que hablaba Alberto coincidía con la llegada de Sonia a Ginebra, tras la operación a que se había sometido en París.

—No fue algo que pasara de la noche a la mañana —añadió Alberto—. La dirección de las obras me obligó a pasar mucho tiempo en Zanzíbar y, bueno, un día sucedió.

—Comprendo —dijo Víctor.

—Desde el principio acordamos no hacer nada hasta ver qué pasaba con Sonia —continuó el amigo—. Amina estaba dispuesta a ser la segunda esposa, pero eso significaba que yo me convirtiera al Islam. Hamid no habría tolerado otra solución, y la verdad es que sólo la complicidad y el ingenio de Zora hicieron posibles las relaciones que mantuvimos hasta que sobrevino el embarazo. Eso ha precipitado las cosas.

—Ahora entiendo que estuviera en tu casa anoche, aunque no que se marchara de esa forma.

Antes de que Alberto pudiera contestarle, Daniel volvió a aparecer bajo el arco que comunicaba la habitación con el resto de la casa.

—Una llamada de teléfono urgente, señor —anunció.

El arquitecto se puso en pie, se calzó y siguió al criado hacia el interior de la vivienda.

Víctor también se levantó, se acercó al retrato al óleo de medio cuerpo que había tenido a sus espaldas durante la conversación, y lo examinó. La mujer debía de tener unos treinta y cinco años —veinte menos que Alberto, calculó—, y se cubría la cabeza con el tipo de velo musulmán que permite ver la cara. Tenía los ojos y la boca de Zora, aunque no el rictus desafiante de la bailarina. En cambio, a juzgar por el cutis y las manos pintadas con gena y unidas sobre el regazo, su piel era más oscura que la de la hermana, y eso la hacía más exótica.

Víctor empezaba a preguntarse si el encuentro de Alberto con la viuda habría sido tan casual como su amigo parecía querer hacerle creer, cuando este reapareció. Traía la frente arrugada, pero al verle junto al retrato cambió de gesto.

—Es Amina, sí —dijo mientras se sentaba de nuevo en el diván con las piernas recogidas—. ¿Qué era lo que me habías preguntado?

—No tiene importancia. ¿Noticias sobre la situación?

—Han llegado refuerzos policiales de Mombasa, por el asunto del fotógrafo. Al final, la muerte de ese entrometido va a traer cola.

—¿Sabes que ayer por la mañana te fotografió al salir de esta casa? —dijo Víctor.

La sorpresa que se pintó en la cara del amigo no parecía fingida y eso le reconfortó.

—¡No me digas! Pero, entonces, tú también...

—Fue por casualidad —le interrumpió—. Aurora y yo estábamos comprando especias en el bazar indio de la plaza cuando te vi salir de aquí y a él tomarte una foto.

Alberto volvió a pellizcarse la barba.

—Las cosas van a empeorar —dijo al cabo de un instante—. Tenéis que ayudarme a convencer a Sonia para...

—¿Vas a decirme de una vez en qué estás metido? —dio salida a su irritación Víctor.

Alberto clavó en él la mirada, sorprendido, y luego se encogió de hombros.

—Te lo dije ya al regreso de mi última misión como funcionario, ¿no recuerdas? —dijo—. Que la Organización, lejos de ayudar a resolver los problemas de esta parte del mundo, se había convertido en un instrumento para su perpetuación, por su dependencia de los yanquis y de sus aliados. Mi venida a Lamu no hizo más que confirmar esa creencia.

—Te estás yendo por las ramas.

Alberto cogió la tetera para servirse, pero volvió a dejarla sobre la mesa y dio dos palmadas.

—Muy bien, al grano —continuó—. Desde hace años se trabaja para unificar a la población suahili dispersa a lo largo de la costa oriental africana. Está claro que el Islam es hoy la única alternativa global a la hegemonía yanqui, y en África eso es evidente desde hace mucho tiempo. Pero toda la mitad del siglo pasado se perdió por culpa del falso dilema entre Islam y negritud.

—También rusos y chinos tuvieron algo que ver en eso, ¿no? —dijo Víctor.

—La naturaleza no soporta el vacío —dio un manotazo al aire Alberto—. En cualquier caso, si miras un mapa, verás que la costa oriental africana se divide en dos regiones geográficas: el litoral somalí al norte y el suahili al sur. Los suahilis son musulmanes. Hace casi cuatro siglos que constituyen la mayoría de la población desde Zanzíbar hasta las islas Comores. Y sin embargo, han sido y siguen siendo gobernados por el Imperio Británico, sus herederos yanquis o las minúsculas élites que les sirven de marionetas.

Daniel apareció bajo el arco de entrada y Alberto le indicó con un gesto que renovara el servicio de té.

Una mezcla de malestar e impaciencia obligó a Víctor a cambiar de postura sobre el diván de modo que sus piernas se apoyaran en el suelo.

—Vengo escuchando esa cantinela desde que llegué a esta isla por primera vez —dijo cuando el criado hubo desaparecido.

—Es posible —asintió Alberto—, pero resulta que mientras tú entretenías tu tedio nihilista en Europa, aquí las cosas han cambiado. En la invitación a venir te escribí que en este Maulidi podía haber alguna sorpresa, ¿recuerdas? Bueno, pues ayer, los delegados regionales firmaron el llamamiento a crear una Confederación Suahili Islámica que abarcará toda la costa oriental africana y controlará las rutas marítimas y petroleras desde el Golfo de Adén hasta el Canal de Mozambique.

—Es un delirio —dijo Víctor—. Los americanos nunca lo permitirán. Ni Europa. Ni Asia.

—Veremos si pueden evitarlo —se acarició la barba Alberto.

—Dime una cosa, ¿tu conversión al islamismo militante es anterior al encuentro con la hermana de Zora o consecuencia de él?

—No es asunto tuyo.

—Ciento. Pero si quieras que hable con Sonia, me gustaría tener claro si su presencia anoche en tu casa tuvo que ver con la política, con el embarazo de su hermana o con ambas cosas a la vez.

—¿Sabes lo que me sorprendió más en ti desde el principio? —le respondió hablando despacio Alberto—. Que alguien con tu historial de militancia se mostrara tan incapaz de plantearse las cosas en términos que no fueran estrictamente personales.

—No creo que tu actitud para con Sonia pueda considerarse un dechado de altruismo —dijo Víctor—. Y encuentro un poco adolescente

que alguien con tu edad y experiencia confunda cama y credo, aunque admiro tu capacidad de autoengaño.

Daniel reapareció antes de que Alberto tuviera oportunidad de responder. No traía nada en las manos, y en contra de su habitual actitud imperturbable parecía alterado.

—¿Sí? —dijo Alberto.

—Ha llegado el responsable de turismo, señor. Quiere hablarleenseguida.

Alberto se puso en pie y salió tras él.

A solas de nuevo, Víctor reflexionó. Lo que acababa de decir a Alberto, aunque respondiera a la dura observación que este le había dirigido, tenía un fondo de verdad. Envidiaba al arquitecto que conservara el entusiasmo necesario para involucrarse en los asuntos en que parecía estar mezclado. El hijo por nacer. El egoísmo con que afirmaba su derecho a anteponer el placer propio al dolor que iba a causar a Sonia. La valentía de arriesgarse a perderlo todo, incluso la vida, en una aventura que alguien como él por fuerza tenía que saber condenada al fracaso.

—Debes irte —dijo Alberto irrumpiendo en la habitación—. Daniel te acompañará hasta Halili House. Haced el equipaje por si tenéis que partir. Y por Dios, convence a Sonia para que se vaya con vosotros.

—¿Qué está ocurriendo? —dijo Víctor.

—En varias mezquitas ha habido enfrentamientos entre peregrinos y locales, parece que con muertos. Se habla de un motín, aunque no me han dado detalles. Voy a salir para enterarme y en cuanto tenga más datos te pondré al corriente. ¡Vamos!

Víctor vio que Freddy bajaba a trompicones el tramo de la escalera que conectaba con la azotea de Halili House y se puso en pie. Su gesto hizo que Sonia interrumpiera las quejas que les estaba exponiendo a él y a Aurora sobre las prolongadas ausencias de Alberto.

—¡Hay humo en la ciudad, mama! —anunció el empleado deteniéndose a unos pasos de la mesa donde ellos tres prolongaban el almuerzo con tazas de café.

Víctor no esperó a oír las explicaciones de Freddy. Trepó por las escaleras y nada más salir a la azotea entendió la alarma del empleado. Del centro de Lamu ascendían columnas de humo que el aire procedente del mar deshacía y transformaba en nubes negras. Aquello debía ser

consecuencia del motín a que se había referido Alberto, antes de mandarle de regreso a Shela con la recomendación de que hicieran las maletas, mientras él se informaba de lo que estaba ocurriendo. Habían pasado casi cuatro horas y el arquitecto aún no daba señales de vida.

—¡Qué pasa ahora! —exclamó Sonia cuando Aurora y ella se le unieron junto al muro protector de la azotea.

—Son incendios provocados —dijo Aurora.

—Voy en busca de Alberto —anunció Sonia—. Pediré a Freddy que me acompañe e iré a ver dónde se ha metido. Vosotros quedaos aquí.

—No creo que debas de hacerlo —dijo Víctor y retuvo a la amiga por el brazo—. Eso es precisamente lo que tu marido pidió. Que no saliéramos por ningún motivo mientras él no volviera con noticias de lo que está ocurriendo.

Freddy apareció jadeante en la entrada de la azotea.

—El señor está en el teléfono, mama —dijo con voz entrecortada—. Quiere hablar.

Víctor soltó el brazo de Sonia, que cruzó la azotea a zancadas y desapareció en el interior de la casa.

—Hay algo que no nos has dicho durante la comida, ¿verdad? —dijo Aurora tan pronto como la amiga se hubo ido.

—Sí —dijo él—. No podía hablar de ello delante de Sonia.

—Ahora no está.

—Mejor te lo cuento luego, a solas. Ahora tenemos que ver qué ocurre en Lamu.

—Estás muy misterioso, desde que has regresado de tu paseo con Alberto —dijo Aurora, y se apartó de él con expresión contrariada, yendo al lugar de la azotea que daba directamente sobre la aldea.

Víctor pensó que los misterios sólo eran dos, y tenían que ver con el asunto de Alberto y la hermana de Zora, y con las condiciones en que se había producido su propio regreso a Shela unas horas antes.

Alberto había acertado al insistir en que Daniel le acompañara en su camino de vuelta a Halili House. Víctor lo comprendió tan pronto como dejaron atrás las callejuelas de la ciudad vieja y salieron al Malecón. Allí donde poco antes sólo había coros de peregrinos, ahora encontraron una multitud en la que forasteros y residentes de Lamu se confundían y mostraban igual excitación. Daniel se colocó delante y fue abriendo paso entre hombres cuya hostilidad Víctor vio reflejarse en muchas miradas y en la resistencia que oponían con sus cuerpos. En varias ocasiones oyó a sus

espaldas la palabra *mzungu* pronunciada en tono de insulto. Incluso hubo un momento, cuando se hallaban a la altura del Lamu Palace Hotel, en que temió que no podrían seguir avanzando, pero Daniel se enfrentó a quienes les cerraban el paso y, sin perder la flema, masculló algo en suahili que hizo que se apartaran. Por fortuna, al final del Paseo Marítimo el gentío disminuyó coincidiendo con la presencia de la policía. Y también en la playa y a la entrada de Shela se encontraron con agentes uniformados, ante lo cual Daniel había dado por terminada su labor de protección.

—Buena suerte, señor —se había despedido antes de dar media vuelta y emprender el regreso a Lamu.

Víctor se había encaminado a Halili House sorprendido por la quietud y el silencio que reinaban en la aldea. Luego, una vez en la casa, Sonia y Aurora le habían contado que dos horas antes, mientras él escuchaba los apremios de Alberto para que regresara a Shela, la situación en la aldea no era tan tranquila. Al final de las plegarias y el sermón del mediodía en la Mezquita del Viernes, entre peregrinos y locales habían estallado altercados que los policías vistos por él a la entrada de la aldea habían reprimido sin contemplaciones. Al menos eso era lo que Freddy había conseguido averiguar, cuando Sonia le envió a ver qué era lo que estaba ocurriendo. Desde entonces reinaba en Shela la calma inusitada que a él le había sorprendido a su regreso a la aldea.

La aparición de Sonia de vuelta en la azotea sacó a Víctor de sus reflexiones. Aurora y ella se aproximaron, y tan pronto como estuvieron junto a él, la amiga les resumió la llamada telefónica:

—Alberto dice que estéis listos para iros —anunció—. Acaba de hablar con los de Kijani House, y ellos se van a marchar en cuanto confirmen que ha llegado a Manda un avión que les llevará a Mombasa. Os llamarán para que os unáis a ellos. Según Alberto, están muy preocupados por lo que pueda suceder.

—Me pidió que vinieras con nosotros, si teníamos que partir antes de que él regresara —dijo Víctor.

Notó la mirada de reproche que Aurora le dirigió, pero Sonia no parecía sorprendida.

—Si, también me lo ha pedido a mí —dijo la amiga—. Que coja dinero en efectivo y el pasaporte y me vaya con vosotros. ¡Qué curioso! Por un lado me dice que no lleve más que alguna ropa en una bolsa de mano, porque será cuestión de días y él se reunirá conmigo en Mombasa, y por otro insiste en que no me olvide del pasaporte. No pienso hacerle caso.

—Tampoco yo entiendo a qué viene tanta prisa —dijo Aurora.

—Creo que deberías de hacer lo que te pide tu marido —dijo Víctor—. No me explicó lo que sucedía, pero está claro que es grave y teme que pueda afectarlos.

—Pues ahora dice que unos provocadores llegados de Mombasa han atacado al imán de aquí, a la salida de la plegaria, y que habrá una huida masiva de los peregrinos. Cree que se producirán incidentes cuando todos intenten embarcar a la vez y que por eso han llegado más policías. Pero yo no me voy sin él. Sería muy cómodo, para el señor.

A Víctor le alarmaron las últimas palabras de la amiga, pero antes de que pudiera contestarla, intervino Aurora.

—Freddy no mencionó nada sobre la agresión al imán —dijo.

—Mi marido es un hombre muy bien informado —replicó en tono irónico Sonia.

—Y tú, ¿no dices nada? —se dirigió a él Aurora.

—Digo que hagamos lo que Alberto ha pedido —respondió—. Vamos a preparar el equipaje y a estar listos, por lo que pueda ocurrir. Y tú también deberías de prepararte, Sonia.

—De acuerdo —dijo la amiga—. Juntaré unas cosas y un poco de dinero. Pero no pienso ir a Mombasa ni a ningún lado sin él. Ha dicho que volvería a telefonear.

Abandonaron la azotea, y al separarse ante la puerta que llevaba al aposento de Aurora y Víctor, acordaron reunirse de nuevo en breve, junto al teléfono.

Apenas habían empezado a seleccionar la ropa y los objetos esenciales que llevarían con ellos, cuando Aurora se detuvo. Víctor vio con el rabillo del ojo que le observaba con atención y se giró hasta quedar cara a cara con ella.

—¿Vamos a empezar a tener secretos entre nosotros? —dijo Aurora.

—Son secretos de ellos —dijo Víctor.

Pero acto seguido resumió lo que Alberto le había revelado sobre su relación con Amina y la paternidad inminente.

—Y tiene el desparpajo de pedir que le ayudemos a librarse de Sonia —dijo Aurora tras escucharle en silencio—. Además, me parece que ella sospecha y por eso se niega a partir. Yo también lo haría, en su lugar.

Víctor iba a argumentar la existencia de un peligro real para Sonia y para ellos, si se quedaban en la isla, cuando del lado de la galería llegaron gritos y detonaciones. Se miraron y salieron a toda prisa a la galería.

El tumulto parecía estar produciéndose en torno a la Mezquita del Viernes, aunque también de las inmediaciones del Hotel Peponi ascendía una columna de humo gris. Por las callejuelas que rodeaban la mezquita vieron correr grupos de hombres que blandían palos y gritaban invocaciones a Alá. Sonaron más disparos por la parte del Peponi y del atracadero. Víctor se acordó del responsable de turismo local y de sus compañeros habituales en la terraza del cafetín. Los grupos vociferantes aparecían y desaparecían por las calles estrechas, pero Víctor tuvo la impresión de que buscaban llegar al hotel.

—¡Vamos con Sonia! —dijo Aurora, apartándose de la balaustrada de la galería para dirigirse a la puerta.

Víctor la siguió.

Encontraron a la amiga en el pequeño despacho donde estaba el teléfono. Sonia sostenía el auricular pegado a la oreja, pero parecía estar riñendo con los dos empleados, inmóviles frente a ella.

—¿Qué ocurre? —dijo Víctor.

Los cinco apenas cabían en la habitación, y Sammy se hizo a un lado para permitir que Aurora se acercara a su amiga.

—¡Estos cretinos se niegan a ir a ver qué pasa ahí fuera! —dijo Sonia
—. Tienen miedo.

—No, mama —dijo Sammy junto a Víctor—. Hace días que la gente espera algo así. Hablan mal del señor y de mama y de sus amigos *mzungus*. Mejor no salir.

—Mal, ¿por qué? —dijo Sonia, sin apartar el auricular de la oreja.

—Por la fiesta, mama —dijo Sammy—. Después del baile, la gente critica mucho esta casa.

—¡Tonterías! —dijo Sonia—. Lo que pasa es que sois unos cobardes.

—Yo no soy cobarde, mama —protestó Freddy, mientras su compañero retrocedía hasta quedar fuera de la habitación.

—¿Qué haces con el teléfono? —intervino Aurora.

—Esperar a que se ponga ese histérico de Alfredo —respondió la amiga—. Hace diez minutos que espero.

Víctor creyó oír nuevas detonaciones, amortiguadas por la ubicación del despacho al fondo del corredor de la primera planta.

—¿Cómo? —gritó Sonia al auricular—. Sí, soy yo. ¿Con Víctor? Sí, sí, los dos están aquí.

Mientras la amiga hablaba, Víctor vio que Sammy hacía un gesto con la mano a Freddy para que abandonara la habitación pero este no se daba

por aludido, tras lo cual el cocinero se alejó por el corredor.

—Toma, quiere hablar contigo —dijo Sonia alargándole el auricular.

Víctor lo cogió y oyó la voz de Alfredo. El colega hablaba deprisa y de manera atropellada, por lo que se limitó a escuchar con atención sin interrumpirle. Según Alfredo, Peter acababa de confirmar a Álvaro que el pequeño avión que les sacaría de allí y les llevaría a Mombasa estaba ya en camino. La situación se descontrolaba. Media ciudad vieja ardía, según Peter, y los colegas alojados en *Pettley's Inn* también iban a partir por su cuenta. Los disturbios se extendían por toda la isla. A las seis y media en punto, Álvaro y su mujer, Amadeo y Melania, y él mismo con Elena, subirían a una embarcación frente Kijani House y partirían hacia Manda. Si ellos dos se sumaban, les harían sitio como fuera. Pero no les esperarían ni un minuto. El avión tenía que partir hacia Mombasa antes del crepúsculo.

—¿Puede venir Sonia? —dijo Víctor cuando Alfredo dejó de hablar para recuperar el aliento.

La respuesta del otro fue tajante. Sonia no cabía. Peter había sido muy claro al respecto. Ni uno más de ocho, o el piloto se negaría a llevarlos. Y nada de equipaje. Bolsas de mano pequeñas. Pero que Víctor no se preocupara, los amigos de Alberto cuidarían de ponerle a salvo a él y a Sonia. A las seis y media. Ni un minuto mas. Y colgó.

—¿Qué ha dicho? —dijo Aurora cuando Víctor devolvió el auricular a Sonia.

—Que dentro de media hora en punto tenemos que estar en Kijani House, si queremos salir de aquí hoy —dijo él. Respiró hondo y mirando a Sonia añadió—. Dice que no hay sitio para ti.

—¡Ni hablar! —dijo Aurora.

—No te preocupes, lo esperaba —dijo la amiga, con una sonrisa—. Y es mejor así. De todas formas, no me voy a ir sin Alberto.

—Pues nosotros tampoco —dijo Aurora.

—No digas pavadas —dijo Sonia—. Vosotros os ibais ya, de cualquier modo, y sabe Dios cuándo habrá otro avión para salir de aquí, con todos esos peregrinos queriendo escapar a la vez.

Se encaró con Víctor, que la observaba en silencio.

—Andate —le dijo exagerando el acento argentino—. Agarra las bolsas y poneros en camino. Yo me encargo de mandaros el resto del equipaje, una vez que las cosas se hayan calmado.

—Pero... —empezó a decir Aurora.

—No hay peros, querida. Vuestra vida está en Ginebra y la nuestra aquí, para bien o para mal. Tenéis que salir rajando. Freddy os acompañará, ¿verdad, Freddy? Es menos gallina que el otro.

—Los acompañaré, mama —dijo el aludido.

—¿Y tú a que esperas, amigazo? —dijo Sonia dirigiéndose de nuevo a él—. ¿Tengo que subir yo a por esas bolsas?

15

Sobre la mesa del estudio esperaban la carta y el paquete postal llegados hacía poco rato. La primera la remitía el hospital de Valencia y probablemente contenía el diagnóstico sobre el cambio ocurrido varios meses atrás en la enfermedad de Víctor, que de la producción descontrolada de glóbulos rojos había pasado a dejar de producirlos casi por completo. El paquete era rectangular y estaba mal envuelto, como si lo hubieran inspeccionado para comprobar su contenido y después lo hubiesen rehecho de cualquier manera. Mientras el cartero anotaba el número de su documento de identidad en la libreta de recepción de certificados, Víctor se había fijado en que el matasellos del envoltorio correspondía a Mombasa. Y después, cuando el tacto le reveló la posible cinta de vídeo en su interior, había decidido no abrirlo. Pero estaba la carta.

Víctor abandonó la hamaca instalada bajo el emparrado que le protegía del sol y de la curiosidad de los bañistas o paseantes de la playa que se extendía frente a la vivienda y fue al carrito de las botellas. Se sirvió una dosis más que generosa de vermú, añadió un poco de soda y bebió un trago. Después, vaso en mano, entró en la casa y se dirigió al estudio.

En el salón-comedor, Montse, la empleada corpulenta, rubia y extrovertida, tarareaba una canción mientras disponía la mesa para el almuerzo.

Quizá la decisión de no abrir el envoltorio se debiera a que no había podido identificar el nombre que figuraba en el remite. O a que su llegada le hubiera hecho recordar otro mensaje de la misma procedencia que había resultado en que Aurora y él se vieran envueltos en los sucesos ocurridos en Lamu hacía año y medio. Lo cierto era que su aparición le había puesto en guardia.

En el estudio, Víctor dejó el vaso encima de la mesa, tomó el sobre que le enviaba el hospital y lo contempló. Era ligero, pero su contenido podía resultar decisivo. Lo abrió con cuidado. Desplegó el folio y leyó la

confirmación del diagnóstico provisional emitido por el profesor Maier hacía dos semanas. Cuando terminó de leer se pasó la lengua por los labios, de pronto resecos, y volvió a doblar la hoja para meterla en el sobre. Luego cogió el vaso de vermú y lo vació, consciente de que su mano temblaba. Acto seguido fue a la estantería que ocupaba toda una pared de la habitación y disimuló la carta entre dos libros, antes de abandonar el estudio vaso en mano.

Por fortuna, Montse había acabado de preparar la mesa y ahora cantaba en la cocina, con lo que ni ella le vio ni él tuvo que fingir.

De vuelta en la terraza se sirvió más vermú, esta vez sin añadir sifón, y bebió despacio. Una gaviota que volaba a poca altura atrajo su atención, y al seguir su rumbo con la mirada descubrió que Aurora le hacía señas desde el agua para que se uniera a ella. Levantó la mano en la que sostenía el vaso, para indicarle que lo haría tan pronto como terminara el trago. Desde el interior de la casa le llegó la voz desafinada de Montse. En el cielo de un azul metálico reinaba el sol que los folletos turísticos prometían para esa época del año en el rincón del Mediterráneo dominado por la presencia masiva del Montgó.

Vació el vaso, lo dejó en el carrito y, ya con una idea clara sobre cuál debía de ser su actitud con Aurora, abandonó la protección del emparrado y abrió la cancela. La playa estaba casi vacía a esa hora. Nada recordaba su aspecto del día anterior, cuando la Fiesta de la Hispanidad, como ahora se llamaba lo que antaño fue el Día de la Raza, había convocado sobre su arena a una multitud de adultos en chándal y niños gordos y alborotadores. Mientras sus pies se hundía en la arena, evocó la presencia de aquellos exponentes de una España en la que apenas se reconocía, desde que se produjera su reencuentro con el país en las visitas periódicas que Aurora y él habían ido realizando a partir de su instalación en Ginebra.

Cuando llegó al agua ya sentía la quemazón del sol en los brazos y piernas, que la camiseta y el pantalón corto dejaban al desnudo. Aurora le había visto llegar y braceó en dirección a él hasta que pudo ponerse de pie con el agua por la cintura. Víctor avanzó unos pasos, tanteando con cuidado el fondo arenoso.

—¿Qué trajo el cartero? —dijo ella.

—Un paquete, pero aún no lo he abierto.

—Siempre aplazando las cosas. Anda ven —le tomó de las manos—. Túmbate bocarriba, relájate y verás cómo flotas. Parece mercurio, en vez de agua. Víctor supo lo que ocurriría si aceptaba la propuesta de Aurora.

Su cuerpo se envararía nada mas sentir que el agua cedía bajo su peso. Los pulmones se le cerrarían en un acto reflejo. Le faltaría el aire. Trataría de respirar y, en su agitación, sentiría el sabor salado del agua en la boca. Entonces comenzaría a hundirse, como si un peso lo arrastrara al fondo.

—Montse ha puesto la mesa —dijo mientras se libraba de las manos de Aurora—. Por la tarde me baño. Ahora sal y te seco.

Dio media vuelta y caminó hacia la orilla. Aurora reaccionó a su negativa con una rociada de agua que le mojó la espalda.

Debería intentarlo, pensó Víctor mientras la miraba salir del agua. Sería extraordinario que ella tuviese razón y que el secreto haya consistido siempre en ponerse sin reservas en manos de quien te ama.

Como si leyera su pensamiento, Aurora le echó los brazos al cuello y le besó, mientras él la envolvía en la toalla.

Después de la siesta, Aurora preparó té frío en la cocina y Víctor abrió el paquete que había llegado de Mombasa. En su interior encontró efectivamente una cinta de vídeo, rotulada con caligrafía grande e irregular que creyó reconocer. *Mensaje en una botella*, decía el título. Mientras él introducía la casete en el lector de cintas, Aurora dejó la jarra de té y los vasos sobre la mesa situada delante del sofá y se instaló en él.

—Me parece que es de Sonia —dijo Víctor.

—Es raro que haya filmado en lugar de escribir, ¿no?

Se sentó a su vez en el sofá y accionó el mando a distancia buscando el canal del vídeo. Aurora se tumbó de costado, apoyó la cabeza en las piernas de él y desde allí miró el televisor.

La nieve electrónica que crepitaba en la pantalla dio paso a las primeras imágenes. Sonia apareció ante ellos de medio cuerpo, en lo que parecía un salón-comedor con muebles y adornos que Víctor no reconoció.

«¡Hola, chicos!», dijo la amiga con voz metalizada por la grabación. «No sé si, después de lo que sucedió, aún querréis saber de nosotros, pero no tengo nadie más de confianza a quien dirigirme. Sois los únicos amigos que nos quedan, suponiendo que sigáis siéndolo. Todos los demás desaparecieron del mapa, y los primeros fueron los Trashumantes, ¡cómo no!».

El vídeo era en color, y tal vez eso contribuía a que la imagen de Sonia se desenfocara a veces y diera la impresión de estar rodeada por un halo. O quizá aquel efecto se debiera al temblor de la mano que sostenía la cámara.

«He recurrido al vídeo porque me parece que es lo que más probabilidades tiene de pasar la barrera. Nos tienen rodeados, chicos. Arresto domiciliario las veinticuatro horas del día. Seis horas semanales para compras o visitas al hospital, y una semana de preaviso si pretendemos a salir de la ciudad. ¡Como si estuviésemos en condiciones de escapar a ningún sitio!».

—Está muy desmejorada —dijo Aurora.

Un mechón de pelo gris caía sobre el ojo izquierdo de la amiga, cuyas facciones aparecían hinchadas y con bolsas bajo los ojos y la barbilla.

—Puede ser la película —dijo Víctor—. Es de mala calidad.

«Estamos a veinte de septiembre y voy a darle esto a alguien que os lo enviará desde el Correo Central utilizando sólo su apellido en la hoja de certificar. Espero de veras que os llegue, porque necesito que sepáis que seguimos aquí y cómo nos va».

Sonia alargó un brazo y se desplazó un poco hacia la izquierda. Cuando dejó de moverse, su imagen había ganado en claridad de contornos.

«Así está mejor», volvió a hablar la amiga. «Aprovecho que estamos solos y tengo la cámara sujetada con libros sobre la mesa», dijo. «Pero he comenzado por el final, así que mejor os cuento. Tras aquella noche horrible, tardé dos semanas en encontrar a Alberto. Lo habían traído a Mombasa después de tenerlo diez días en el cuartel de la marina en Lamu, haciéndole Dios sabe qué. Yo no lo sé, porque él no habla ni anda desde entonces; según los milicos, a causa de las lesiones que sufrió al caerle encima parte del techo incendiado de la casa. Al menos eso pusieron en el registro de su ingreso en el hospital. Y digo que lo trajeron a Mombasa porque aquí estamos desde que le dieron de alta, al cabo de cuatro meses. En custodia domiciliaria, privados de pasaporte y sin saber aún si le procesarán ni cuándo».

Sonia volvió a guardar silencio. Apartó el mechón de pelo que le tapaba el ojo e intentó retenerlo detrás de la oreja sin mucho éxito.

«Nos confiscaron los bienes y congelaron las cuentas bancarias, de modo que vivimos en una casa modesta con dos dormitorios y una terraza minúscula, pero que al menos da al mar. Y aún así somos afortunados, porque o bien decidieron no bloquear la cuenta que yo abrí solo a mi nombre precisamente aquí, en Mombasa, cuando jugaba al bridge, o todavía no han descubierto su existencia. De ella vivimos ahora. Daniel se ocupa de todo y me ayuda con Alberto».

Víctor dejó de mirar el televisor y sus ojos se encontraron con los de Aurora, pero no dijeron nada.

«Daniel apareció en Halili House el día siguiente a vuestra marcha. Fue muy oportuno, porque Sammy y Freddy se habían ido durante la noche sin despedirse. Daniel me habló de la casa que Alberto tenía en Lamu sin que yo lo supiera. Dijo que la había encontrado quemada, cuando regresó a la ciudad después de dejarte a ti en Shela, y que al no hallar rastro alguno de Alberto, volvió a la aldea para estar a mi lado, como él le había pedido que hiciera si llegaba el caso. Para entonces, frente a la puerta de Halili House había ya una pareja de soldados con orden de no permitir a nadie entrar o salir de la casa, pero a él sí le dejaron entrar, lo que últimamente me ha dado que pensar sobre sus relaciones con las autoridades».

La imagen de Sonia desapareció de la pantalla. Siguieron unos planos del suelo sin alfombrar, las patas de una mesa y secciones de muebles. Luego se vio lo que parecía el quicio de una puerta.

Víctor cogió uno de los vasos de té y se lo ofreció a Aurora, que se irguió para beber. Él mismo hizo otro tanto. Cuando procedía a dejar el vaso de nuevo sobre la mesa, en la pantalla apareció Alberto. Estaba sentado en una silla de ruedas. De frente. Envejecido. Con las piernas cubiertas por una manta a cuadros. El pelo, largo y totalmente blanco, contribuía a avejentarlo. A sus espaldas se veía parte de la balaustrada de una terraza y, más allá, el mar y el cielo con nubes color acero de Mombasa.

—¡Le han destruido! —dijo Aurora.

La cámara se acercó al arquitecto, de nuevo temblorosa.

«Saluda a Víctor y Aurora, Papá. Te estoy filmando para ellos», dijo la voz de Sonia. «Anda, no seas arisco. Diles hola con la mano, por lo menos».

Alberto giró la cabeza a un lado, esquivando la cámara.

«Vamos, Papá, saluda», insistía Sonia. «Es importante. Son nuestros únicos amigos».

Víctor sintió que Aurora apretaba la cabeza contra su vientre y le acarició el pelo. Le pareció que Alberto levantaba ligeramente la mano derecha, en lo que podía ser un gesto de saludo o de repulsa, antes de hundir la barba blanca y descuidada en el pecho y cerrar los ojos.

«Así está desde hace un año», explicó la voz de Sonia. «Por él, se lo pasaría acostado, pero los médicos insisten en que lo vistamos y lo

saquemos al aire. También dijeron que pronto volvería a hablar, pero claro, eso fue antes de que Daniel le contara que esa mujer y lo que esperaba habían muerto».

Sonia enmudeció, como si se concentrara en el esfuerzo de mantener firme la cámara. Alberto había desaparecido de la pantalla, y por encima de la balaustrada se vieron casas bajas y jardines descuidados. La cámara barrió el paisaje de izquierda a derecha.

«La mujer era hermana de aquella bailarina que actuó la noche del Maulidi, y las dos murieron mientras intentaban escapar de Zanzíbar hacia Somalia», irrumpió de nuevo la voz de Sonia. «Según Daniel, las autoridades de Tanzania colaboraron con las de Kenia en reprimir el motín, y hundieron la embarcación en la que esas dos huían».

La cámara enfocó la silla de ruedas, que cruzaba lentamente la pequeña terraza en dirección al interior de la casa. Por encima del respaldo sobresalía el pelo blanco de Alberto.

«No voy a decir que lo sentí. Ni por ellas, ni por él», continuó la voz de Sonia. «Y creo que si no habla, es porque no tiene el valor necesario para hacerlo o aún no ha sido capaz de urdir alguna patraña con la que envolverme. Pero no importa, puedo esperar. Vamos a tener todo el tiempo del mundo para rumiarlo. Sobre todo él».

La cámara avanzó hacia la puerta por la que había salido la silla de ruedas y al poco reapareció en la pantalla el salón-comedor. Por un hueco hasta entonces invisible se perdían en ese momento las ruedas traseras de la silla accionada por Alberto.

«Porque yo voy a volver al bridge», habló de nuevo Sonia. «Hace unos días me encontré por casualidad con un antiguo compañero de torneos», dijo con voz entrecortada por el esfuerzo de afirmar otra vez la cámara sobre la mesa, «y a estas alturas no pienso andarme con miramientos. Además, por sus negocios es persona bien conectada con la gente que manda aquí, de modo que podrá ayudarnos. Para empezar, se ofreció a llevar esta cinta al correo».

K. Singh, pensó Víctor. Ese era el nombre del remitente. K de Kebir. El sij amigo de Sonia. Buena suerte, deseó en silencio a su amiga.

Sonia reapareció en el encuadre inicial y, como si hubiera escuchado la reflexión de Víctor, dijo:

«Bueno, chicos, esto se acaba. Insisto en lo de tener noticias vuestras. Bastará una postal acusando recibo del culebrón. De ese modo, esta gente verá que en Europa hay quien se preocupa de lo que pueda pasarnos. Es el

método que utilizó Jordi —sí, quién lo iba a decir, ¿verdad?— para comunicarme vuestra dirección española. Contaba que estáis bien. Sobre todo tú, enfermo imaginario. ¡Cómo os envidio!». Se metió el mechón de pelo gris tras la oreja y añadió, «Entonces, quedamos en que mandaréis esa postal, ¿verdad? Chao, queridos». Al final se le había enronquecido la voz, mientras alargaba el brazo hacia el objetivo y apagaba la cámara.

La nieve electrónica volvió a llenar la pantalla del televisor. Aurora y Víctor permanecieron en silencio, con la mirada fija en el aparato.

Cuando Víctor reaccionó y oprimió el botón que desactivaba la función de vídeo, la pantalla del televisor la ocupó un avance informativo en curso. Había un buque ardiendo. Aurora se irguió en el sofá hasta quedar sentada. Víctor puso el sonido y la voz en off de una locutora comentaba las imágenes. El destructor norteamericano *USS Cole* había sido atacado por terroristas en el puerto de Adén. Habían estrellado una lancha rápida contra el navío, y se hablaba de veinte marineros muertos y medio centenar heridos. La imagen se amplió y mostró el barco con un boquete oscuro en el costado que daba al mar abierto. Figuras enfundadas en trajes ignífugos iban de un lado para otro arrastrando mangueras que lanzaban chorros de agua sobre las llamas.

Los socios de Alberto no descansan, pensó Víctor.

—Apágalo, ¿quieres? —dijo Aurora.

Víctor oprimió el botón que desconectaba el receptor y ambos se miraron.

—Cosas como esa no les van a ayudar —dijo Aurora.

—Quizás no influyan. Al fin y al cabo, ha sido en otro país.

Se habían puesto en pie, y Víctor propuso sin pensarlo.

—Vamos a bañarnos.

—¿Ahora mismo?

—Sí, nos vendrá bien. Anda, prepárate, mientras recojo esto.

—Voy al baño y me cambio.

Víctor fue a la cocina, enjuagó los vasos y metió la jarra de té medio llena en la nevera. Luego fue al estudio y cerró la puerta a sus espaldas. Recuperó el sobre del hospital de entre los libros, sacó la hoja mecanografiada y la volvió a leer. Escuchó el ruido de la cisterna al descargarse y el producido por Aurora al salir del cuarto de baño. Rompió la carta y el sobre en pequeños trozos y fue a su vez al baño. Allí arrojó la

bola de papel a la taza del inodoro, esperó que comenzara a deshacerse, y entonces accionó la palanca de la cisterna. Observó cómo los últimos pedazos eran arrastrados por el remolino de agua, respiró hondo y salió.

En el dormitorio, Aurora se recogía el pelo en un moño para luego poder ponerse el gorro de goma que estaba sobre la cómoda. Llevaba el biquini negro y le sonrió desde el espejo.

—Voy a bucear —anunció.

Víctor se acercó y la abrazó desde atrás. Sus manos se unieron sobre el vientre de ella, mientras inclinaba la cabeza y la besaba en el punto donde se juntan hombro y cuello. Aurora bajó los brazos y sus manos presionaron sobre su espalda, para unirlo más a ella.

—Esto promete, señor —dijo.

El olor de su pelo turbó a Víctor. Con los ojos cerrados, y sintiendo el calor vital que emanaba de Aurora, se dijo que los años vividos con ella habían sido buenos. Ojalá el amor durara más, pensó.

—Eh, que ya tuviste tu siesta —dijo Aurora, mientras restregaba sus nalgas contra él—. Y prometiste nadar conmigo.

—Eso hago.

—Tramposo.

Víctor separó los labios de la piel cálida, levantó la cabeza y vio que Aurora le observaba con atención desde el espejo. «Cuando me necesites, estaré junto a ti», le había dicho ella una vez que la naturaleza y la evolución previsible de su mal crónico quedaron establecidos sin lugar a dudas. Pues bien, ese momento había llegado.

—¿Ocurre algo? —dijo ella.

—Que te necesito.

—¿Ahora te das cuenta? —le sonrió desde el espejo, antes de darse media vuelta de modo que quedaron frente a frente.

—No, pero lo veo con más claridad.

Aurora le tomó la cara entre sus manos y le besó.

—Gracias por decirlo. ¿Seguro que quieres ir a nadar?

—Segurísimo.

Se separaron. Víctor se puso el calzón de baño mientras Aurora acababa de recogerse el pelo y se envolvía en un pareo. Luego salieron.

Eran las cinco y media de la tarde pasadas y el sol aún calentaba, pese a haber iniciado la caída sobre el horizonte. En la playa, casi frente a la casa, una mujer mayor caminaba por la orilla acompañada de un setter irlandés. Levantó el brazo y arrojó un palo mar adentro. El perro titubeó

con las patas hundidas en la espuma, ladró un par de veces, miró a la mujer, y por fin se echó al agua para nadar en dirección a la presa.

Eso es lo que hay que hacer, pensó Víctor. Ya está bien de dudas. Agarró la mano de Aurora y, evitando pisar el agua, se dirigieron hacia la cala nudista situada más allá del punto donde terminaba la carretera asfaltada.

—Necesito un buen remezón, después de ese vídeo —dijo al cabo Aurora—. Si no te importa, primero voy a bucear hasta llegar al agua más fría, en la caleta, y después me reúno contigo aquí, en la playa, y chapoteamos juntos.

—Nada de chapotear. Esta tarde va en serio. Me pongo en tus manos hasta el final.

—No lo lamentarás —dijo Aurora, y le besó en la mejilla.

—Anda, que el sol baja deprisa.

La miró mientras se alejaba, tras despojarse del pareo y las sandalias. Curioso que al cabo de diez años de vida en común, los dos hubieran actuado casi del mismo modo que aquella primera noche en Lamu, pensó.

Cuando la vio desaparecer tras el montículo que cerraba la caleta por el lado sur, echó a andar a su vez, decidido a alejarse de la playa y tomar el camino que conducía a la colina con la torre vigía que antaño avisara de la llegada de piratas berberiscos.

La subida por el camino pedregoso era inclinada, y al cabo de unas decenas de metros Víctor tuvo que detenerse para tomar aliento. Ese era entonces su porvenir, pensó. Aceptar que lugares como la vieja torre quedasen fuera de su alcance. Tomó aire y lo expelió varias veces, tratando de facilitar la respiración desde el estómago. Cuando el corazón dejó de latir acelerado reanudó la subida. Al pasar frente a un chalet solitario, un perro negro de gran tamaño sacó las patas delanteras por la cancela y le ladró. Sobresaltado, Víctor cruzó a la otra orilla del camino y siguió subiendo con lentitud, atento a respirar. Aun así, apenas se hubo internado en el sendero que partía del camino principal y que entre malezas llevaba hasta el borde del farallón que dominaba la caleta, cuando un vahído le obligó a pararse en seco. Hundió los talones en la tierra, por temor a caerse, y cerró los ojos, al tiempo que respiraba con aspiraciones y espiraciones cortas y rápidas.

Es el calor, pensó, la impresión del vídeo y de las imágenes del televisor, con la comida a medio digerir. Pero se corrigió en el acto: ¿a quién trataba de engañar? Aunque sin duda le había alterado ver a Alberto

en su silla de ruedas. El gran boquete negro en el costado del barco que ardía. ¿Conseguirían mantenerlo a flote o se hundiría?

Una vez recuperó el aliento, reanudó la marcha pisando con precaución entre arbustos cada vez más tupidos, decidido a alcanzar el punto en que la pared rocosa descendía vertical y se hundía en el mar. Cuando lo hubo conseguido y levantó la vista reparó en lo que le rodeaba. La luz oblicua del sol daba al mar una pátina esmeralda.

Su superficie era densa y tranquila, con una calma que se prolongaba hasta el horizonte anaranjado. Unas gaviotas planeaban a ras del agua. El aire aún templado que le rozaba la piel olía a tomillo. Respiró hondo para sentir en los pulmones su presión cálida y perfumada. Todo ello le conmovió.

Tendré que aprender a vivir con menos fuerzas, decidió. Se había acabado el margen para la indefinición y la pasividad. Si deseaba gozar de esa belleza aunque sólo fuera un día más, tenía que actuar. Jugarse el todo por el todo de una vez. Comprometerse con ese mundo y con las gentes que lo conformaban y lo prolongarían, a pesar de sus egoísmos, carencias y engaños. Como se había comprometido Federico, en aquel rincón polvoriento de Kenia. Y también Alberto, en su búsqueda miope de remedio para injusticias tan antiguas que eran como pústulas enquistadas en la belleza del mundo.

En ese momento, sobre la superficie tranquila del agua en la pequeña cala emergieron la cabeza y los hombros de Aurora. Víctor se fue desprendiendo de las sandalias, la camiseta y el pantalón corto. Aurora le había visto. Sacaba un brazo del agua y le hacía señas. Unas señas que él no entendió y que podían ser un saludo o un gesto de retención. El brazo que se alza para pedir a los peatones que no crucen, que permanezcan donde están, pese a que su turno de avanzar ha llegado. Levantó su brazo y lo agitó de izquierda a derecha, acusando recibo de la señal que Aurora le enviaba y devolviéndola. Ella dejó de saludarle y nadó a grandes brazadas hacia el punto de la pared rocosa en lo alto de la que él estaba. Podía llegar a tiempo o no. Él mismo podía sobreponerse o no al temor paralizante que le había impedido vivir con plenitud hasta ese momento. Ahogarse oemerger de su propio Jordán lavado de miedos y aprensiones. Pero lo que viniera después de la inmersión sería finalmente su destino querido y aceptado.

Víctor aspiró todo el aire que sus pulmones fueron capaces de acoger, se echó hacia atrás para tomar impulso, y saltó al vacío agitando brazos y

piernas.

Sí, ahora, sí. Ahora voy a..., pensó mientras caía.

Madrid, Julio de 2008

© Eugenio Viejo



EUGENIO VIEJO GARCÍA (Madrid, España, 1942). Nace en el barrio madrileño de Lavapiés en el seno de una familia obrera. A los trece años abandona la escuela para comenzar a trabajar, y durante los diez años siguientes ejercerá diversos oficios al tiempo que busca ampliar sus conocimientos de manera autodidacta, estudiando idiomas y frecuentando ambientes como el Ateneo y el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. Cumplido el servicio militar emigra a Inglaterra, donde trabaja un año en un hospital próximo a Liverpool, regresando luego temporalmente a España para obtener la cartilla de navegación que le permite enrolarse en un pequeño buque mercante que navega por el Mediterráneo. Después se dirige a Rótterdam, donde es contratado como camarero de oficiales en un trasatlántico que hace la ruta Rótterdam - Nueva York.

En 1966 contrae matrimonio y junto con su esposa norteamericana emigra a Chile, donde hasta 1970 trabaja en una revista de divulgación científica en cuya creación participa, compaginando las labores periodísticas con la traducción de libros. De vuelta en Madrid, a finales de 1970 es contratado como traductor por la Agencia EFE, donde permanecerá los ocho años siguientes, compaginando su trabajo con los estudios de periodismo hasta licenciarse en la primera promoción salida de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. En esa época milita política y

sindicalmente, participando junto con otros periodistas en la publicación de la revista Gaceta de Derecho Social, creada por varios despachos de abogados laboralistas que asesoran al emergente movimiento obrero de oposición al régimen.

Después de la muerte de Franco, abandona la militancia política y sindical y, tras aprobar un concurso internacional convocado por la Organización de las Naciones Unidas, en 1977 es contratado como traductor y redactor de actas por la Secretaría de esa organización y viaja a Nueva York con su esposa y su hija, permaneciendo en dicha ciudad hasta 1987, cuando se traslada a la sede de la ONU en Ginebra para seguir desempeñando las mismas funciones. La naturaleza de su trabajo le lleva a viajar por África, América, Asia y Europa hasta que, en 1997, renuncia a su puesto en la organización mundial y vuelve a España con su familia, radicándose en Madrid y dedicándose desde entonces a la traducción y la escritura.